

UNA CITA CON *Connie Bowler*

MÓNICA BENÍTEZ



UNA CITA CON CONNIE BOWLER

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2025 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2505201796915

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

<https://www.facebook.com/monicabntz>

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Hayden, hace once años.

Hayden corre bajo la lluvia helada de Detroit sin mirar atrás. El agua se le mete por el cuello de la cazadora vaquera —insuficiente para esa época del año y poco adecuada para un día lluvioso como ese— pero es lo primero que ha visto en el armario y no le importa que el agua le empape la camiseta que lleva debajo. La mochila le pesa a pesar de que solo ha metido lo imprescindible: dos mudas, el neceser y los pocos ahorros que tenía escondidos debajo del colchón.

Anoche, los perdigones le rezaron la oreja derecha y supo que no podía seguir esperando. Así que, en cuanto regresó a su cuarto, se curó como hace siempre, se vistió y preparó la mochila. Ha estado esperando junto a la puerta casi toda la noche, sabiendo que él estaba dormido en el salón, borracho. Lo ha hecho hasta que, cuando estaba amaneciendo, lo ha escuchado dando pasos torpes hacia la habitación para acostarse en la cama. Hayden ha salido entonces, entumecida por el frío de haber estado quieta, dolorida por los impactos de los perdigones y la tensión producida por los nervios y el miedo. Cuando ha abierto la puerta de su habitación, se ha dado cuenta de que no llevaba chaqueta, así que ha vuelto a entrar, aturdida, y ha cogido la primera que ha visto antes de atravesar el pasillo, bajar las escaleras y salir con la intención de no volver.

Ahora sigue corriendo por las calles de Detroit a pesar de que sabe que él no la persigue, de hecho, está segura de que no lo haría, aunque la hubiera visto salir. Sin embargo, algo la impulsa a no detenerse, a seguir hasta llegar a la estación de autobuses. Hayden tiene un plan, la ruta está grabada a fuego en su cabeza y

debe seguirla. Nada puede alterarla, todo ha de salir como lo ha pensado porque la improvisación la pone muy nerviosa.

—¡Como te pille, te juro que te mato, mocosa de mierda!

Se sobresalta cuando lo escucha, pero no es él, y tampoco se lo dicen a ella. La frase la acaba de pronunciar el dueño de una tienda y Hayden ni siquiera puede ver a quién va dirigida. No se detiene, sigue corriendo a pesar de que los pulmones le arden y la lluvia la tiene calada hasta los huesos. Hasta que ve la estación.

Cuando llega, tiembla tanto que apenas puede sacar el dinero para comprar el billete. La mujer de la ventanilla la mira con cara de circunstancias y Hayden tiene la sensación de que piensa que solo es una cría que se escapa de casa tras una discusión con sus padres que no es capaz de asimilar. En realidad, sí que está asustada, pero ya no es tan cría, ha cumplido los dieciséis, e intenta convencerse de que es lo suficiente madura para tomar decisiones como esa. Decisiones que le salvarán la vida.

—El próximo autobús a Pittsburgh sale en media hora, cielo — dice la mujer.

Pittsburgh. Ahí es donde vive su tía Clarice, la hermana mayor de su madre y la única familia que le consta que tiene. Hayden nunca ha estado allí, pero se sabe la dirección de memoria. La tiene anotada en una libreta desde hace meses, cuando empezó a planear su huida poco después de que él llegase.

Se sienta en un banco alejado de la gente. No le gusta que la miren, se siente incómoda. El pelo mojado le gotea sobre los hombros y se abraza las rodillas contra el pecho, empezando un balanceo de delante hacia atrás del que no suele ser consciente, pero que la ayuda a calmar la ansiedad.

El altavoz anuncia la salida del autobús y se levanta como un resorte. Hayden es la primera en subir y se sienta en el fondo, junto a la ventana, esperando que el asiento de al lado se mantenga vacío.

El viaje dura casi seis horas, pero Hayden no duerme porque cada vez que cierra los ojos, escucha su voz siniestra, también sus carcajadas mientras ella tiembla, pero lo peor es no escuchar a su madre, porque ella siempre está en silencio como si no viera nada.

Cuando llega a Pittsburgh, está agotada y solo quiere dormir, pero empieza a caminar tal y como tiene planeado.

La casa de su tía está en Shadyside, un barrio residencial con casas enormes y jardines perfectos. Camina durante casi una hora hasta que la encuentra. Es una mansión victoriana de tres plantas, pintada de color gris con molduras blancas. Hayden sube los escalones del porche con las piernas temblando. Cuando pulsa el timbre, el sonido le recuerda el de la campana de una iglesia y se asusta. Espera tiritando y nadie responde, así que vuelve a llamar.

La puerta se abre unos minutos después y aparece su tía Clarice. Hayden sabe que es ella porque la ha visto en fotos y, aunque son muy antiguas —de cuando ella era pequeña—, la reconoce de inmediato porque se parece mucho a su madre, pero con el pelo arreglado y la mirada más dura, aunque vacía de esa maldad que tiene la de su progenitora. Clarice la mira de arriba abajo, con el ceño fruncido.

—¿Hayden? —pregunta contrariada.

Hayden asiente, incapaz de articular palabra porque tiene la garganta cerrada y el pecho tan apretado que le cuesta respirar. No sabe cómo explicarle lo que hace ahí y, en realidad, tampoco quiere hacerlo.

—¿Qué ha hecho mi hermana esta vez? —las palabras de su tía la atraviesan como una flecha.

La pregunta le sorprende, pero no contesta, paralizada. Explicar lo que sucede no es algo que entre dentro de sus planes porque no está preparada. Ni siquiera se ha planteado lo que pasará si su tía no la quiere ahí, pero la mujer no hace más preguntas, la coge por un brazo y la arrastra al interior de su casa con tanta rapidez, que Hayden siente vértigo.

Hayden se derrumba tal y como entra. Las piernas le fallan y cae de rodillas al lado de la puerta. No puede llorar, y tampoco habla, pero su cuerpo tiembla porque, de algún modo, se siente liberada a pesar de que sabe por su madre que a su tía no le gustan las visitas.

"Es antisocial y rara" respondía siempre que Hayden preguntaba por ella, pero prefiere arriesgarse con su tía que quedarse en su casa y esperar a que él la mate.

—Aquí no te puedes quedar —dice su tía Clarice ayudándola a levantarse—, pero tampoco permitiré que vuelvas con ella. No te preocupes —zanja, y Hayden sabe que por fin está a salvo.

Capítulo 1

Actualidad.

Connie Bowler se detiene frente al edificio mientras su mirada azulada va recorriendo la imponente fachada de ladrillo rojo con líneas modernas de acero y cristal que resaltan los ventanales. El diseño combina lo clásico del vecindario de Federal Hill con toques contemporáneos.

Está nerviosa y le cuesta disimularlo, a pesar de que ya hace un mes del fallecimiento de su padre y de que ha tenido tiempo para mentalizarse de todos los cambios, no lo ha conseguido.

—¿Estás bien? —la pregunta procede de su amiga Madison Shaw, la única persona además de sus padres con la que Connie ha mantenido contacto desde que se marchó de Baltimore hace ahora diez años.

Madison le pone una mano en la espalda, pero Connie no puede sentir el calor reconfortante de su amiga porque están a mediados de octubre y su abrigo se interpone entre ellas.

—Sí, estoy bien —dice y le da vueltas a la tarjeta que tiene en la mano, la que da acceso al que será su nuevo apartamento tras su vuelta a esa ciudad de la que prácticamente fue expulsada por su padre.

Se centra de nuevo en el edificio mientras llena los pulmones de aire. Al lado de la puerta principal hay una placa de metal pulido que lleva grabado el nombre del condominio al que pertenece su apartamento.

—No está mal, eh —comenta Madison invitándola a entrar con un ligero empujón.

Connie sonríe y suspira.

—Es moderno y funcional, y tiene buenas vistas. Supongo que es perfecto para mí —comenta por decir algo.

La entrada principal es un amplio portón de vidrio reforzado con detalles metálicos en negro mate. Al pasar, se activa un suave chasquido mecánico y ambas entran al vestíbulo iluminado por una gran lámpara colgante de diseño minimalista. El suelo de mármol gris reluce bajo las luces empotradas del techo, haciendo que sus siluetas se reflejen como en un espejo.

A su izquierda, hay un mostrador de recepción atendido por un conserje uniformado.

—Bienvenida, señora —dice el hombre cuando Connie se acerca a saludarlo—. ¿Nueva por aquí?

—Sí, me mudo al apartamento 608, soy Connie Bowler —se presenta—. Ella es una amiga.

—Ah, sí. Un placer, señora Bowler. Todas sus pertenencias llegaron ayer, yo mismo supervisé a los de la mudanza. Soy Eric Baser. El gimnasio se encuentra en la última planta y necesitará esta llave para entrar en la terraza comunitaria —dice entregándole una copia—. Si necesita cualquier cosa, no dude en descolgar el teléfono y marcar la extensión 01. Estoy aquí para servirla.

—Así lo haré. Gracias, señor Baser —dice Connie, aceptando la tarjeta antes de darse la vuelta.

—Joder, como me pone esa voz ronca que tienes —suelta Madison colgándose del brazo de su amiga.

Connie la mira de soslayo y se ríe. Su voz un poco ronca siempre ha sido muy particular, con una mezcla intrigante entre dulzura y aspereza. No es grave ni particularmente fuerte, suena como el terciopelo desgastado y, aunque de adolescente sentía cierto complejo por esa ronquera sutil, ahora está orgullosa de esa voz que parece hechizar a todas las mujeres que la escuchan, hasta el punto de que, en ocasiones, Connie tiene la sensación de que no importa lo que diga, ellas solo quieren que les hable.

Las dos mujeres se dirigen hacia el ascensor y Connie pulsa el botón de la sexta planta. Cuando las puertas se abren, salen a un pasillo alfombrado en tonos grises iluminado con apliques de pared. A pesar de que no quiere estar allí, Connie se siente cómoda de inmediato y va contando puertas hasta que llega a la 608.

—Bueno, vamos allá —dice mientras desliza la llave electrónica por el lector.

Con un movimiento decidido, Connie empuja la puerta. La sala de estar está ocupada por todas las cajas de la mudanza, pero lo que a ella le llama la atención, son las impresionantes vistas al puerto a través de los ventanales que van desde el suelo hasta el techo.

—Joder —dice Madison impresionada—, con estas vistas, yo no querría salir de casa —añade pegando la cara al cristal.

Connie se ríe y sigue observando el que será su nuevo hogar. El sofá modular de color gris, está frente a una chimenea eléctrica de diseño. La cocina es un espacio abierto con una isla central de mármol blanco, equipada con taburetes altos y electrodomésticos de alta gama. Las dos siguen explorando y llegan al dormitorio principal, amplio y orientado también hacia el puerto. La cama es grande con el cabecero tapizado, una alfombra mullida, un vestidor y el baño con acabados en mármol.

—Nadie puede negar que eres empresaria —comenta Madison mientras vuelven al salón y se dejan caer en el sofá—, la directora del consejo para ser exactos.

—Y directora de operaciones, no te dejes nada —añade Connie con desgana.

Madison se gira hacia ella y le da un toque en la pierna para conseguir que la mire.

—Lo harás bien, Connie, llevas toda tu vida adulta trabajando en la empresa, conoces el funcionamiento perfectamente —la anima Madison.

—No me preocupa hacerlo mal, me incomoda tener que volver así, por obligación —dice molesta.

—Lo sé, pero nadie contaba con que tu padre, bueno..., ya sabes, sufriera un infarto así, de repente. Tú eres su única hija, Connie, es normal que te pongas al frente.

—También lo era cuando prácticamente me desterró de aquí y me mandó a dirigir una sucursal en otro estado. Me pregunto qué diría si levantara la cabeza de la tumba, estoy segura de que se

retorcería si me viera aquí de nuevo, en la sede principal, dirigiéndola.

Connie suelta una risa irónica al pensarlo y Madison se contagia.

—Entiendo que el cambio es duro, en cuestión de un mes, has tenido que abandonar tu vida otra vez. Dejar todo lo que habías construido en Toronto y volver aquí de nuevo —dice Madison dándole un apretón afectuoso en la pierna.

—Eso no me importa. Ya sabes que nunca llegué a adaptarme a vivir en Toronto, pero volver así..., ni siquiera sé cómo van a mirarme, aunque supongo que no importa porque ahora soy yo la que manda y si alguna mirada no me gusta, despediré a esa persona —dice y resopla con frustración.

—De la gente que había entonces en esa sede me parece que ahora quedará muy poca. Además, han pasado diez años —le recuerda su amiga—. Entonces eras una cría que cometió un error, ahora eres una mujer experimentada.

—Tenía veintisiete años, Madison —la corrige Connie—, no era tan cría, más bien era estúpida por no verlo venir.

—Tampoco es eso, te enamoraste y ya está. En cualquier caso, ahora tienes diez años más. Eres una mujer madura capaz de oler ese tipo de problemas a distancia. Relájate de una vez. A partir de mañana empiezas de cero al frente de Bowler Securnet Industries. Has vuelto a casa, estás donde debes, y tú y yo vamos a comernos la ciudad juntas —asegura Madison.

—Joder, no —se ríe Connie y la aparta cuando su amiga trata de abrazarla—. A mí no me metas en tus líos de faldas. Yo voy a ir a trabajar, no a tirarme a todas las enfermeras y doctoras como haces tú en el hospital.

Madison explota en una sonora carcajada.

—No me las he tirado a todas, ¿por quién me tomas? —pregunta riendo.

Connie levanta una ceja y su amiga se muerde el labio. Madison es dos años mayor que ella, pero incapaz de sentar cabeza. Trabaja en las urgencias de uno de los hospitales de Baltimore y su fama de conquistar mujeres y después olvidarlas es conocida por todo el personal médico.

—Por alguien que sabe disfrutar de la vida sin complicarse —dice Connie y se levanta—. Anda, acompáñame a hacer la compra o moriré de hambre en este apartamento pijo.

—Claro, ¿la señora Bowler desea algo más? —hace una reverencia Madison, sin esconder su expresión burlona.

—Pues ya que lo dices, podrías acompañarme pasado mañana a la empresa. Será mi primer día y, aunque he pedido expresamente que no lo hagan, sé que desde la junta se ha ordenado hacer una especie de desayuno informal para presentarme ante todos los trabajadores. Y no quiero ir sola, Madison, no estoy preparada para soportar esas miradas inquisitivas todavía.

—Vale, tengo turno de tarde, así que no hay problema. Además, será bueno que vean a la jefaza acompañada de una tía buena como yo, así pensarán que estamos juntas y evitarán hacer conjeturas absurdas —bromea Madison, pero a Connie no le importaría que lo pensasen. De hecho, la idea le provoca una sonrisa traviesa que esconde mientras busca su bolso.

—Anda, vámonos antes de que se te suba más a la cabeza —dice Connie, empujando a su amiga hacia la puerta.

Capítulo 2

Hayden Reid llega a la oficina una hora antes que el resto de sus compañeros. Siempre lo hace así. Necesita ese tiempo para adaptarse al espacio, para sentir que el lugar le pertenece antes de que se llene de voces y risas que la pongan nerviosa.

Entra en la amplia sala donde están dispuestas todas las mesas del personal informático, tanto los que trabajan protegiendo la seguridad de los clientes de Bowler Securnet Industries como los que se ocupan de la seguridad directa de la compañía, que es lo que hacen ella y su compañero Miles Bennett. A Hayden no le gusta trabajar en esa sala llena de gente con la que no tiene nada que ver, en realidad, ella solo está cómoda con Miles, y él con ella. Los demás los miran como si fueran bichos raros y, en parte ella lo entiende porque su amigo es un friki redomado y ella, con su carácter esquivo y todos esos comportamientos extraños como estar siempre de cara a la puerta o controlar a cualquiera que pase por detrás de ella, la han convertido en la chica rara de la empresa. Tampoco le importa, las personas no le gustan. Hayden no se siente cómoda entre las multitudes y suele desconfiar de todo el mundo, salvo de Miles, la señora Merrell, jefa de personal y el señor Turrell, el portero del edificio que a esas horas también hace rondas como si fuera un guardia de seguridad.

Camina hasta su mesa, situada al fondo de la sala, frente a la puerta, desentonando con el conjunto ordenado en el centro que ocupan las del resto de sus compañeros, todas alineadas en dos filas paralelas. La suya, sin embargo, está pegada a la pared, con el ventanal a su espalda, así Hayden puede controlar la puerta sin tener que preocuparse de que nadie pase por detrás de su silla. A su lado, casi formando una escuadra, está la de Miles, los dos marginados de la esquina. Están ahí desde hace algunos meses,

cuando Tasha Merrell, la jefa de personal, le ofreció mover su mesa donde se sintiera más cómoda tras haberse dado cuenta a lo largo del tiempo de que Hayden no podía concentrarse si siempre estaba pendiente de todo lo que se movía a su alrededor.

Se sienta a su mesa, perfectamente ordenada, y enciende el ordenador. Le gusta el sonido del ventilador cuando arranca, es como un suspiro mecánico que la tranquiliza. Observa la sala vacía y medio oscura porque solo ha encendido la luz del fondo. Cuando todos lleguen, se iluminará como una sala de operaciones. A Hayden le molesta, pero sabe que tiene que aguantarse. Abre su mochila y saca el termo de café —siempre preparado en su casa, nunca de la máquina común cuyo mueble está al lado de su mesa, salvo que no le quede más remedio— y lo coloca en la esquina derecha del escritorio, junto al monitor.

—Buenos días, Hayden —la saluda Randy desde la puerta.

El portero del edificio es probablemente la única persona después de su amigo Miles con la que Hayden interactúa. Randy Turrell es un hombre de piel tan oscura que, cuando las luces están apagadas como ahora, a Hayden le cuesta discernir su silueta enfundada en ese traje negro impoluto que siempre lleva. Es un hombre de casi sesenta años, casado, con más nietos que hijos, que la trata con la dulzura del abuelo que nunca ha tenido, como si fuera una de sus nietas.

—Hola, señor Turrell —saluda ella desde su mesa.

—¿Todo bien por aquí? —bromea él, sacando su linterna y enfocando los rincones como si hubiera un bandido escondido.

Hayden se ríe, una risa franca que rara vez comparte con la gente.

—Sí, señor Turrell, todo controlado. Gritaré si necesito ayuda —sigue riendo.

—Así me gusta —dice él y guarda la linterna—. ¿Qué tal has dormido? Hoy has llegado antes.

Randy Turrell comprueba la hora en su reloj.

—Bien. Me acosté pronto —responde Hayden, parca en palabras como siempre.

No está dispuesta a contarle —ni a él ni a nadie— que, aunque ya han pasado once años desde que huyó de aquella casa, a veces tiene pesadillas y se despierta tan asustada que ya no puede seguir durmiendo. Hoy ha sido una noche de esas, el corazón le latía tan deprisa al despertarse que se ha metido debajo de la ducha con el agua hirviendo y se ha quedado ahí casi media hora. Después se ha vestido, se ha preparado el termo de café y se ha ido caminando hasta la oficina.

—Ojalá mis nietos hicieran lo mismo —dice Randy—. Pasa una buena mañana, Hayden.

—Usted también, señor Turrell.

El conserje continúa su ronda y Hayden empieza con su ritual matutino. Revisa su bandeja de entrada, organiza las carpetas del escritorio por orden alfabético y comprueba que su algoritmo de seguridad sigue funcionando correctamente.

A las ocho, la oficina empieza a llenarse y Hayden se tensa. Odia el ruido de tacones sobre el suelo, las conversaciones mezcladas con susurros y las risas demasiado altas. Se concentra en su pantalla, intentando crear una burbuja invisible a su alrededor, pero como siempre, le resulta imposible.

—¡Hola, Hayden! —Miles se apoya en su escritorio con su habitual sonrisa despreocupada—. ¿Has visto el nuevo capítulo de esa serie de robots que me recomendaste?

Hayden levanta la vista y sonríe levemente. Miles es como un Golden Retriever excesivamente entusiasta, pero hay algo en su sinceridad que la hizo sentir cómoda desde el primer día que se conocieron. Quizá sea porque nunca la presiona, o porque acepta sus peculiaridades sin cuestionarlas, igual que hace ella con él.

—Aún no. Esta noche pensaba verlo —responde algo aturdida, desconcentrada con el alboroto de la gente mientras se van sentando en sus mesas.

—Podemos verlo juntos en tu casa si quieres. Llevo pizza, y después vamos un rato a los recreativos —propone Miles, apartándose los mechones dorados y enroscados que le caen por la frente.

—Mejor en la tuya —responde ella, y ambos saben por qué.

Su casa, una adosada situada a pocas manzanas de la oficina, es su santuario, su lugar seguro y, aunque Miles es su único amigo y confía en él, Hayden no está preparada para dejar que invada ese espacio.

—Claro, sin problema, pero la pizza la traes tú —la señala él antes de saltar sobre su mesa para sentarse—. Y nada de piña, por favor. Hay límites que no debemos cruzar nunca —añade y ella hace una mueca de asco.

La mañana transcurre con relativa calma hasta que Tasha Merrell, la jefa de personal, convoca una reunión que no estaba programada. Hayden siente cómo se le acelera el pulso. Odia las reuniones improvisadas porque, entre sus muchas manías, está la de anticipar todas las variables, por lo que necesita tiempo para prepararse mentalmente, y ahora no lo tiene. Sus compañeros salen casi en tromba, como si buscasen una excusa para cambiar de sala y, cuando Hayden y Miles llegan a la sala de juntas, los únicos sitios libres que quedan están en los asientos de en medio.

Se queda paralizada junto a la puerta, notando cómo el sudor le empapa la espalda mientras siente las miradas sobre ellos y la nariz empieza a picarle por dentro.

—Vamos al fondo —dice Miles, haciendo un gesto que invita a su compañera a caminar.

Ambos pegan la espalda a la pared en completo silencio, siendo los únicos que se quedan de pie en toda la sala. La mirada de Tasha Merrell se posa sobre ellos un momento y Hayden quiere desaparecer, pero la mujer hace ver que no los ha visto y comienza la reunión.

Hayden suspira aliviada, pero el estrés sigue dentro de su cuerpo y enseguida nota la primera gota caliente resbalar de su nariz. Desea estar en la azotea del edificio en ese instante, el único sitio donde se siente tranquila y donde sube cuando siente que colapsa. Se lleva el portátil y, tras permitirse unos minutos para que el aire fresco y el silencio la tranquilicen, se sienta en una butaca —siempre en una esquina desde donde ve la puerta— y trabaja desde ahí durante un rato. Tasha Merrell tampoco le llama la atención por eso, en realidad, no se la llama por nada porque Hayden es tan

competente que la dejaría trabajar desde los baños si así se sintiera más tranquila.

Se pasa la mano por la nariz y el líquido rojizo se arrastra sobre su labio superior. Hayden se mira la palma, manchada con su sangre, y se vuelve a pasar los dedos cuando nota la siguiente gota.

—¿No has traído pañuelos? —pregunta Miles al darse cuenta.

Ella niega con un movimiento de cabeza, cada vez más angustiada, porque no quiere ser el centro de atención. Miles se rasca el pelo intentando encontrar una solución, pero no la hay. La nariz de Hayden sangra y necesita detener la hemorragia, así que la coge de la mano y la saca de la sala de juntas para guiarla hasta los baños.

—La señora Merrell se enfadará —dice Hayden con un destello de diversión en la mirada, mientras se tapona la nariz con la mano.

Miles se ríe y le señala la puerta del baño, él sabe que no se enfadará, que hará la vista gorda como hace siempre. Es una especie de aliada silenciosa que ambos tienen allí, al menos desde la llegada de Hayden.

La primera vez que Miles vio a la jefa de personal sintió terror. Tasha es alta, de porte serio y elegante. Tiene los ojos rasgados, de un marrón varios tonos más oscuro que el de su piel. Es mulata. Miles no sabe si es por parte de madre o de padre, pero su piel de un tono chocolate claro siempre le ha fascinado, aunque no tanto como su melena de rizos negros siempre perfectos, no como los suyos, descontrolados e irregulares. Pero Tasha Merrell no es la mujer temible que él pensaba y siempre se ha mostrado amable y comprensiva tanto con él como con Hayden.

—Tú, entra, yo asistiré a la reunión por los dos —dice su amigo, y ella se mete en los baños y comprueba que todos están vacíos antes de limpiarse.

Hayden se mira en el espejo y le resulta imposible definir de qué color tiene los ojos ahora mismo. Su mirada siempre ha sido una especie de misterio líquido atrapada entre el verde y el azul. Hayden nunca entendió el motivo por el que a ratos los tenía de un color y a ratos de otro, e incluso otras veces como ahora, es difícil definir uno solo, hasta que conoció a Miles. Su amigo es de los que necesitan

respuestas para todo y cuando reparó en su mirada misteriosa, hizo una investigación que él denominó como exhaustiva —aunque no le llevó más de cinco minutos— hasta descubrir que Hayden tiene lo que se llama ojos cambiantes.

—Los ojos cambian entre el verde y el azul según la iluminación. Esto se debe a la cantidad de melamina en el iris y a como interactúa la luz en las capas del ojo —leyó textualmente, con las cejas levantadas por la sorpresa.

Hayden respira hondo y se lava la cara, consciente de que debe intentar calmarse o la nariz le sangrará otra vez.

Tras contener la hemorragia y serenarse, sale de los baños y sube por la escalera del edificio hasta la última planta. Empuja la puerta metálica que da acceso a la azotea y siente cómo el aire fresco de octubre la envuelve de inmediato. El edificio ofrece unas vistas inigualables y el viento sopla con suavidad, cargado del aroma salino del agua mezclado con un toque a humedad que trae consigo el cambio de estación. Hayden cierra los ojos por un momento y respira profundamente, dejando que ese aire fresco y limpio despeje su mente. Siente cómo el caos de su cabeza y el estrés que le produce no poder controlar las situaciones comienza a disiparse con cada respiración.

La azotea está diseñada para ser funcional pero acogedora, con un suelo de baldosas gris oscuro que absorbe el calor del día. En un rincón, su favorito porque desde ahí puede ver la puerta, hay un conjunto de muebles minimalistas de madera y acero en el que puede sentarse. Hayden elige una silla y se acomoda, cruzando las piernas en posición de loto mientras alterna la mirada entre la puerta y el mar.

Le gusta este sitio; aquí arriba, el mundo parece más sencillo.

Hayden se pone la capucha de la sudadera y cruza los brazos para abrigarse del frío mientras empieza a balancear el cuerpo hacia delante y hacia atrás, absorta, hasta que, al cabo de unos minutos, se levanta y se dirige hacia la puerta.

Regresa a su mesa cuando la sala todavía está vacía y siente alivio, así que aprovecha esos minutos de paz para prepararse mentalmente para el bullicio al que deberá someterse de nuevo.

Veinte minutos después, todos vuelven y Miles arrastra su silla para sentarse frente a ella.

—¿Qué han dicho? —pregunta Hayden.

—Quieren que amplíemos las actualizaciones de seguridad, tanto interna como externamente, he apuntado algunas cosas. Ahora te las paso al correo. También han anunciado lo que ya sabíamos, que mañana empieza oficialmente la señora Bowler sustituyendo a su padre —explica Miles—. De nuevo nos reunirán a todos para darle la bienvenida, será un pequeño desayuno, así que mentalízate, ¿vale? No quiero que te desangres otra vez. Seguro que se gastan una pasta en el cáterin y pienso comer como un cerdo.

Hayden se ríe y nota la incomodidad de la sangre reseca dentro de la nariz.

—Vale —responde, y empieza a balancearse de nuevo mientras se centra en su pantalla, sin ser consciente del alivio que siente con esos movimientos repetitivos.

Capítulo 3

A Connie le molesta mucho estar tan nerviosa cuando cruza la puerta de la oficina esa mañana. Ni siquiera la compañía de su amiga Madison a su lado, logra transmitirle serenidad. Ha saludado a Randy Turrell, que ya trabajaba allí cuando sucedió todo, y si el hombre llegó a enterarse de lo que ocurrió, ha disimulado muy bien o simplemente no le importa, porque la ha saludado con la misma amabilidad de siempre.

Suben en el ascensor hasta la quinta planta y, cuando la puerta se abre, la esperan dos de los directivos que forman parte de la junta. Estos sí que lo saben, recuerdan perfectamente el incidente porque fue precisamente uno de ellos el que le recomendó a su padre enviar a Connie fuera del estado, alejarla de la sede principal hasta que todo se enfriase.

—Es lo mejor para todos —dijo Orlando Mason y Connie tuvo la impresión de que esa expresión no la incluía a ella.

Diez años han pasado y si su padre no hubiera muerto, Connie seguiría enfriándose.

—Bienvenida, señora Bowler —dice Mason con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Connie aprieta la mandíbula, incómoda ante tanta falsedad. Podría despedirlo con tan solo una orden porque ahora tiene ese poder, pero no quiere ser esa persona. Nadie apostó por ella, por su versión, por su corazón hecho pedazos. Creyeron a Samantha Collins, dejaron que arruinara su reputación y que casi se llevase su carrera por delante. Le pagaron lo que pedía y a ella la sentenciaron a una vida nueva que no había pedido.

—Hola —su voz ronca sale con la misma fiereza con la que ella aprieta la mano de Orlando Mason. El hombre parece sorprendido por la fuerza del agarre, pero se guarda el pensamiento.

Connie hace lo mismo con el hombre que está a su lado, dejando claro quién manda.

—Es un placer tenerla aquí de nuevo —dice Mason.

—Estoy segura —responde Connie con aspereza, mirándolo con una fijeza que hace que el hombre aparte la mirada.

—La recepción con los empleados es en una hora. Puede acomodarse en su despacho mientras tanto, enseguida vendrá la señora Merrell para hacerle una ronda y explicarle el funcionamiento de todo. Han cambiado muchas cosas —dice el otro, del que ella no recuerda el apellido.

—Gracias.

Connie los deja plantados y camina junto a su amiga hacia el que fue su despacho en su momento. Dio orden explícita de que fuera ese, no quería ocupar el de su padre ni ningún otro, le daba igual si estaba ocupado. Madison la sigue, en silencio, consciente de lo complicado que es esto para su amiga. Desde que la llamaron anunciando la muerte repentina de su padre, todo ha sido un caos para ella. Un entierro donde se sintió fuera de lugar, como si sobrase, al lado de una madre que la trata como si fuera una extraña, incapaz de perdonarle que sea lesbiana, incapaz de perdonarle que avergonzase a la familia, incapaz de pensar en nadie que no sea ella misma, ni siquiera en su hija.

Connie podría haber rechazado el puesto, de hecho, se lo planteó, pero la rabia acumulada en todos estos años le hizo aceptarlo. Madison no sabe exactamente lo que pretende demostrar, si es solo una cuestión de orgullo y quiere que todos vean el error que cometieron, o quizá quiera hundir la empresa para horrorizar a su madre. Ahora mismo, tiene tanto poder que puede hacer cualquier cosa porque, para sorpresa de todos —incluida ella misma — la única heredera de todas las acciones de su padre; es ella. Eso le otorga un 51 %, que sumado al 15 % que ya poseía, la convierte en la socia mayoritaria, dejando a su madre y al resto de socios de la empresa con el 34 % restante.

Entran en su antiguo despacho y a Connie la golpea una sensación de nostalgia que la deja paralizada en la puerta. Solo se permite estar así unos segundos, no piensa dejar que un pasado en

el que pecó de inocente, vuelva a joderla. Se quita el abrigo y lo deja caer sobre un sofá que antes no estaba. Madison la mira, sonríe y se acerca con expresión lobuna.

— De verdad que no quieres ser mi novia? —pregunta y coge la corbata mal anudada de Connie para ajustarla a la altura de esos dos botones desabrochados de su blusa.

Connie suelta una pequeña carcajada que la ayuda a tranquilizarse mientras Madison la observa con expresión divertida. Para Madison —y cualquiera con ojos en la cara— Connie es simplemente arrebatadora. Ha sentido atracción por ella desde que la conoce, una atracción sana porque siempre ha tenido claro que entre ellas no puede haber nada. Son amigas ante todo y no quieren hacer nada que pueda estropear eso, pero cuando la mira, muchas veces piensa que ojalá no hubieran conectado tanto cuando se conocieron. Así podría acostarse con ella.

Su amiga siempre viste el t pico traje sastre que le sienta como un guante, con la particularidad de que a Connie le gusta utilizar corbatas, pero jams  las lleva ajustadas. Lleva el nudo flojo, descolgado, a la altura de esos botones abiertos en su camisa que dejan al descubierto su clavícula. Su melena ondulada, larga por debajo de los hombros, es de color castaño oscuro con mechas un poco más claras. Rara vez la lleva recogida, casi siempre cae desordenada sobre sus hombros, a veces por detrás, otras por detrás y por delante de su hombro derecho, dándole al conjunto un aspecto que se mezcla entre lo elegante y lo informal, lo sobrio y lo desenfadado.

—T  no quieres novias, quieres amantes de una noche —le recuerda Connie, apartándole las manos de su corbata.

—Eso es verdad, pero contigo, podría hacer una excepción —se ríe Madison y la mira de arriba abajo como si quisiera com rsela.

—Sabes que eso es mentira, me meter as en tu cama y al día siguiente me mandar as a paseo —Connie camina hasta su mesa, pero no se sienta en la silla, se queda junto a ella y mira por la ventana. La ciudad sigue exactamente igual, pero ella no. Connie ha cambiado mucho en estos diez años, sobre todo su carácter, volviéndola desconfiada.

—Tienes razón, me has pillado, pero reconoce que sería una noche inolvidable —se ríe Madison—, y después podríamos seguir siendo amigas —añade con un guiño.

—No te he traído aquí para que intentes seducirme —le recuerda Connie.

—Lo sé, perdona. Solo intento distraerte, todo esto es un poco raro, no quiero ni imaginarme cómo te sientes.

—Estoy bien, tranquila —asegura Connie.

Madison sabe que miente, pero no puede rebatirlo porque la puerta se abre.

—Hola, señora Bowler, soy Tasha Merrell, la jefa de personal —se presenta la mujer con una sonrisa cálida.

El primer pensamiento de Connie mientras se acerca para estrecharle la mano, es que ella no estaba. Merrell tuvo que entrar en la empresa después de que ella se fuera, después del incidente, por eso no la mira como si fuera culpable.

—Un placer, Tasha —dice Connie al mismo tiempo que se pregunta si esto va a ser así siempre. Si cada vez que se cruce con alguien en la empresa, su primer pensamiento será recordar si estaba allí cuando ella metió la pata o si llegó después.

—Yo soy Madison, una amiga de Connie —dice la doctora con ese tono meloso que hace que la empresaria levante las cejas.

Connie la observa cuando se presenta ante la jefa de personal y pone los ojos en blanco. Tasha Merrell debe tener unos cuarenta años, igual que Madison y, para su desgracia, es una mujer muy atractiva, vestida con un traje de color crema que hace resaltar el tono color chocolate de su piel, y es evidente que Madison pretende desplegar todos sus encantos ante ella.

—¿Hacemos esa ronda y me enseñas esto? —propone Connie dirigiéndose a Tasha, mientras le lanza una mirada cortante a su amiga que le deja muy claro que debe comportarse.

—Por supuesto, si es tan amable de seguirme —dice Tasha, acomodándose esa melena rizada perfecta simplemente por pura costumbre.

—Yo te espero aquí —dice Madison dando un paso atrás.

Connie coge aire. Pretendía que su amiga la acompañara, pero entiende que es mejor así. Tasha le va enseñando cada sala de la planta, las de reuniones, las de conferencias, una de descanso, un comedor y otro pasillo con distintos despachos personales. Connie recuerda cada habitáculo, aunque cuando ella estaba allí, los usos eran otros y la mayoría de los nombres en las puertas también.

—Y esta sala del fondo —señala Tasha conforme se acercan a la puerta de cristal—, es donde trabajan la mayoría de los informáticos.

Desde la puerta, Connie mira el amplio espacio que en su día se utilizaba como sala de juntas. Ahora ese tipo de reuniones y ese personal de escala ejecutiva, están en la planta de arriba, salvo ella, que quiere continuar en el que fue su despacho y permanecerá en esa planta. La sala es grande, con dos hileras de mesas ocupadas en su mayoría por hombres, aunque también hay algunas mujeres.

—Es como la sala del tesoro —explica Tasha—, lo que se hace aquí es el núcleo de la empresa, como ya sabrá. Ellos son la base de todo, los que se encargan de que esa seguridad informática que les prometemos a nuestros clientes, sea real y efectiva.

Connie asiente. Lo típico de las empresas, el trabajo de unos pocos, es el que les da de comer a todos.

—¿Y ellos? —inquire Connie con un movimiento de cabeza muy sutil.

No puede evitar la pregunta. Desde que han llegado, sus ojos se han detenido en las dos mesas de la esquina, la nota discordante de una sala donde todo está en perfecta armonía salvo el chico de los rizos desordenados y la chica que no levanta la mirada de la pantalla mientras se balancea sobre la silla con las piernas cruzadas en posición de loto, despertando una curiosidad en Connie que le inquieta sentir. Ellos tampoco estaban antes del incidente, de hecho, debían ser muy jóvenes, sobre todo la chica, porque Connie no le echa mucho más de veinticinco años.

—Digamos que son el eje central del núcleo. Ellos se encargan de la seguridad interna de la empresa —explica Tasha.

—¿Solo ellos dos? —curioseas Connie con cierto escepticismo.

—Sí. La chica, Hayden, desarrolló un algoritmo de cifrado dinámico basado en inteligencia artificial que cambia

constantemente las claves y los protocolos de seguridad en tiempo real, haciendo prácticamente imposible que los hackers descifren la comunicación o penetren en los sistemas —Tasha hace una pausa para aclararse la voz—. Sinceramente, yo no entiendo de eso, pero, al parecer, nos mantiene prácticamente blindados. Entre ella y Miles, su compañero, lo implementaron y hacen actualizaciones constantes, además de encargarse de que todos los sistemas funcionen. Si tiene cualquier problema informático, ellos lo solucionan.

Connie asiente, impresionada, pero sus ojos no se apartan de Hayden. Es una especie de magnetismo que no controla, y le irrita que esto le pase el primer día, cuando lleva menos de una hora dentro de la empresa. Observa cómo un mechón de pelo oscuro cae sobre su rostro mientras teclea sin que parezca molestarle, como si no lo viera.

—¿Por qué están ahí? Quiero decir, en esa esquina, como si fueran... —Connie no se atreve a seguir, no quiere decir lo que piensa porque le molesta, pero le parecen los típicos marginados y eso le hace hervir la sangre.

Tasha suspira y carraspea con incomodidad, sin saber cómo se explica algo así.

—Es por Hayden, es..., digamos que especial, ya la ve —Tasha hace un gesto sutil hacia ella y Connie tiene claro que se refiere a ese balanceo constante de Hayden, a su expresión absorta, como si estuviera en otro sitio—. A veces creo que tiene dos mentes, o que tiene la capacidad de compartimentarla —empieza a explicar Tasha como si pensase en voz alta—. Una está aquí, aunque dé la impresión de estar muy lejos. Parece no estar centrada, pero le aseguro que no se le escapa nada, puede teclear código a una velocidad asombrosa sin equivocarse y ni siquiera parpadea. Y otra parte de su mente está muy lejos, en algún lugar oscuro. Y respondiendo a su pregunta, no los hemos apartado nosotros, la dejé escoger su sitio a ella. A Hayden la pone muy nerviosa no controlar el espacio, necesita ver la puerta.

—¿La puerta? —se sorprende Connie—. ¿Para qué? —pregunta muerta de curiosidad.

—Eso no lo sé. Le pasa lo mismo con lo que sucede detrás de ella. Antes estaban alineados con los demás y, cada vez que alguien pasaba por detrás de su silla, se sobresaltaba. No podía centrarse, siempre estaba pendiente de todo lo que sucedía a su alrededor, así que le di permiso para colocar su mesa donde ella se sintiera más cómoda.

—Y la puso allí —completa Connie.

—Así es.

—¿Y él? —pregunta la empresaria.

—Miles simplemente quiso sentarse con ella. Es con el único que parece sentirse cómoda. Con él está relajada, así que no me opuse a que la acompañase.

Connie asiente y, justo cuando se va a dar la vuelta para dar por finalizada la ronda, Hayden levanta la mirada y las dos se quedan enganchadas un segundo, suficiente para que a Hayden el corazón le dé un vuelco sin que pueda explicarse el motivo y su tranquilidad se altere. Ella siempre ha tenido claro que le gustan las mujeres y se ha sentido atraída por unas cuantas a lo largo de sus veintisiete años, pero esto es diferente, el corazón nunca le ha latido tan deprisa ni ha experimentado ese cosquilleo repentino por el estómago, como si un millón de mariposas hubieran despertado de golpe. Se yergue en la silla, sobresaltada mientras sus ojos memorizan cada rasgo de la mujer en décimas de segundo, los que ella tarda en girarse y marcharse con la señora Merrell.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunta Miles mirando hacia la puerta, siguiendo la dirección donde su amiga tiene clavados esos ojos de color indescifrable en ese instante.

Hayden no responde, solo mueve la cabeza lentamente de manera afirmativa. Miles no entiende nada, él solo tiene tiempo de ver a las dos mujeres alejarse por el pasillo, a una la conoce, a la otra no, pero no tardarán en saber de quién se trata.

Capítulo 4

—¿Qué tal ha ido la excursión? —pregunta Madison cuando Connie regresa a su despacho, observando la expresión tensa de su amiga.

Ella mira el reloj antes de responder, apenas faltan diez minutos para esa recepción a la que no le apetece asistir y ahora está más nerviosa que cuando ha llegado.

—Bien, supongo. La única diferencia es que ahora hay mucho más personal que cuando me fui y está todo reestructurado — responde con esa voz áspera y carraspea cuando acaba de hablar, moviendo el nudo de la corbata hacia un lado como si lo estuviera arreglando, aunque, la realidad, es que se siente asfixiada a pesar de que no le aprieta.

—¿Sigues queriendo que te acompañe? —pregunta Madison.

—Parezco infantil, ¿no? Treinta y siete años y necesita que su mejor amiga la lleve de la mano ante sus súbditos —bromea con tono dramático y Madison suelta una pequeña carcajada.

—Bueno —dice su amiga, apoyando el culo en la mesa de la empresaria—, yo no lo veo así. Es normal que te sientas insegura, Connie. Prácticamente te echaron de aquí sin escucharte. Tu declaración acabó escrita en un papel que probablemente nadie leyó. No quiero imaginarme cómo te hizo sentir que ni siquiera tus padres te apoyasen, que eligieran creer a una desconocida antes que a su hija.

—La reputación, ya sabes —dice Connie, con la mirada perdida en la ventana—. Creerme a mí era montar un escándalo que incluía denuncias y abogados. Era mejor callarse, pagar y esconder el asunto debajo de la alfombra.

—Y a su hija en otro estado —chasquea la lengua Madison, cruzando los brazos sobre el pecho—. Y ahora tu padre muere y de

pronto eres la dueña de todo. La jefa de los que te jodieron — Madison esboza una sonrisa siniestra.

—Es incómodo verlos —dice Connie—. No soporto que me miren como si no hubiera pasado nada. En el entierro se acercaron a darme el pésame como si me apreciaran, pero solo lo hacían porque sabían lo que se les venía encima. Seguro que todos rezaron para que me quedara en Toronto, hasta mi madre.

—Pero estás aquí y yo creo que has tomado la decisión correcta. Se equivocaron contigo, Connie. Tu sitio es este, así que vamos a esa mierda de recepción impostada y falsa. Saluda a los trabajadores, al fin y al cabo, ellos no son los que te jodieron. Y después vuelves aquí y empiezas a hacer tu trabajo, a esos directivos soplapollas no tendrás que verlos más que en las reuniones de la junta.

—Eso si no los despido antes —bromea Connie esbozando una sonrisa torcida mientras vuelve a mover el nudo de su corbata.

—Uno al mes, para que los demás se caguen encima —apoya la broma Madison y las dos sueltan una carcajada.

Dos golpes en la puerta las interrumpen. De nuevo, Tasha Merrell aparece en el despacho.

—Cuando quiera, señora Bowler.

—Tiene un revolcón importante —susurra Madison pegada a la espalda de Connie cuando empiezan a seguir a Tasha por el pasillo.

Connie quiere detenerse y darle un codazo a su amiga, pero debe admitir que tiene razón. La jefa de personal es muy atractiva, con ese traje sastre y esa manera confiada de moverse.

—Puede ser una buena opción los días que estés de mal humor —sigue Madison, poniendo nerviosa a Connie porque teme que Tasha pueda escucharla—. No creo que te diga que no, ya te ha dado un par de repasos importantes.

Connie frunce el ceño y no contesta. Si eso es verdad, ella no se ha dado cuenta. En cualquier caso, no es lo que busca, lo último que necesita es intimar con alguien del trabajo. La imagen de Hayden mirándola desde el fondo de la sala de informáticos aparece en su mente como un destello y por poco se atraganta. Tasha las conduce

a la sala de conferencias, una de las más grandes, y las dos amigas entran encontrándola llena.

A Connie los primeros minutos le parecen una nebulosa mientras Orlando Mason la sitúa sobre un pequeño escenario que utilizan en ciertas reuniones y la presenta a todo el personal. Las luces le parecen muy brillantes y el nudo de su corbata demasiado apretado a pesar de que sabe que está flojo.

Hayden está al fondo de la sala, con la espalda pegada a la pared mientras intenta que su corazón deje de latir tan deprisa. Esto no se lo esperaba, en ningún momento se le ha pasado por la cabeza que la mujer cuyas facciones la han dejado trastornada hace unos minutos, sea la hija del fallecido señor Bowler y, por lo tanto, su nueva jefa.

Sus ojos se clavan en la corbata de Connie. El nudo flojo y descolgado la pone nerviosa porque a ella le gusta el orden y, al mismo tiempo, siente que forma parte de una armonía perfecta en conjunto con el traje sastre de Connie Bowler. Se fija entonces en sus ojos, maquillados suavemente con sombra oscura y se le seca la boca. Es una sensación nueva y Hayden saca la lengua y paladea intentando descubrir el origen repentino de esa sequedad, como si estuviera realizando un experimento científico.

—¿Qué haces? —pregunta Miles a su lado, sin aguantarse la risa.

Hayden le devuelve una sonrisa nerviosa y cierra la boca, entonces siente un escalofrío, porque Connie Bowler está diciendo unas palabras que ella no puede retener, ni siquiera las entiende porque no se centra en lo que dice, solo en el tono ronco de su voz, algo que se le mete dentro y le suena a melodía, a algo único, a algo que quiere escuchar cada día, a todas horas. La voz de Connie es para ella como esa canción que no sabes que necesitabas hasta que la escuchas por primera vez.

—Creo que me gusta —dice en voz baja.

Miles gira la cabeza para mirarla, divertido porque Hayden está más rara que de costumbre.

—¿Qué es lo que te gusta? —pregunta él manteniendo el mismo tono de voz.

—Ella —responde Hayden con su habitual sinceridad aplastante.

Miles levanta la mirada y observa a Connie Bowler, que está terminando un breve discurso que no parece querer dar.

—Dudo que haya alguien aquí a quien no le guste, está muy buena —concluye Miles—, pero has pasado algo por alto.

—¿El qué? —pregunta Hayden sin dejar de mirarla, deseando que no deje de hablar nunca.

—A ella, no ha venido sola, Hayden. Creo que esa mujer es su pareja —dice, señalando de manera discreta a la mujer que tiene al lado.

Hayden mira hacia Madison un solo instante. La ha visto hace un momento, cuando ha entrado junto a la señora Bowler. No sabe quién es y tampoco le importa. Connie Bowler no está a su alcance, ella no es estúpida, así que puede soñar sin preocuparse de la otra mujer.

—Por fin —dice Miles cuando Connie termina su breve discurso—. Estoy muerto de hambre.

Su amigo se lanza hacia la mesa del centro como si llevase días sin comer, igual que la mayoría de los trabajadores. Hayden no, ella no se mueve de allí, las variables son demasiadas. Si se acerca a la mesa, quedará demasiado expuesta y no podrá controlar todo el espacio. Tiene hambre y le gustan mucho los cruasanes de chocolate, pero no se va a mover. Solo espera que eso no dure mucho, hay demasiada gente y está incómoda, pero hasta que la señora Merrell o alguien con autoridad no dé permiso, sabe que no debe marcharse.

—Ya ha pasado lo peor —le dice Madison a Connie cuando se acerca a ella.

La empresaria asiente sin pronunciar palabra. Está igual de incómoda que Hayden, aunque por otros motivos. En su caso, es cuestión de tiempo, necesita adaptarse, dejar de pensar en lo que pasó, en que cada persona que la mira lo sabe o la está juzgando. Entonces la ve otra vez, a Hayden, pegada a la pared como si quisiera desaparecer. Al momento ve a Miles acercarse a ella llevándole un par de cruasanes de chocolate. Hayden le sonríe y los coge. Connie también sonríe al ver cómo muerde el primero y se siente estúpida, pero no puede dejar de mirarla.

—¿De qué te ríes? —le pregunta Madison con ese tono que utiliza cuando sabe que la ha pillado.

—De nada —responde Connie con demasiada rapidez.

Quiere irse, dar por finalizada esa reunión estúpida, pero sus pies se quedan anclados al suelo como si fueran las raíces de un árbol y sus ojos bailotean dedicando miradas traicioneras hacia el fondo de la sala. Antes no podía verla bien. Hayden estaba sentada y la mesa la protegía, pero ahora está expuesta por completo. Connie calcula que es alta como ella, o quizá algo menos. Le parece frágil, escondida debajo de esa sudadera y los vaqueros desgastados, pero su figura le gusta. También le gustan sus labios finos y sonrosados, sus ojos rasgados y su pelo oscuro y tan lacio que es imposible de domar al completo dentro de esa cola alta que deja su cuello al descubierto.

—Es muy mona —dice Madison de repente, mientras sigue la dirección de su mirada—, pero no creo que llegue a los treinta, aunque a ti siempre te han gustado más jóvenes —añade y encoge los hombros.

Connie siente que el terror la invade como una ola traicionera y rápidamente aparta la mirada.

—No es lo que piensas —dice y casi se atraganta con su propia saliva.

—Yo no he pensado nada —sonríe Madison.

—Claro que sí, tienes una mente demasiado retorcida —asegura Connie señalando la puerta con la cabeza—. Sí que es mona, pero tú también lo eres y no quiero acostarme contigo, así que no veas cosas donde no las hay.

Su voz es tan firme que ni siquiera suena ronca.

—Vámonos ya, no quiero seguir aquí —añade y se gira sin dejar que Madison suelte uno de sus comentarios mordaces, pero antes, dedica una última mirada hacia el fondo de la sala y, en esta ocasión, Hayden parece intuirlo y también la enfoca.

La conexión que se establece es tan fuerte, que ambas tienen la sensación de que un hilo invisible se ha extendido entre ellas. El momento se rompe cuando alguien pasa por el medio y Connie aprovecha para abandonar la sala mientras intenta convencerse de

que el temblor de sus piernas es culpa del cansancio y no de esa mirada que siente que la ha atravesado.

Capítulo 5

Randy Turrell está detrás del mostrador que ocupa junto a la entrada de Bowler Securnet Industries. Acaba de volver de una de esas rondas que hace por el placer de estirar las piernas, tiene su taza de café humeante a un lado —esperando a que se enfríe un poco— la estufa al lado de la silla porque siempre se le quedan los pies fríos y el periódico sobre las piernas cuando ve llegar a la señora Bowler a pasos muy acelerados.

Se levanta todo lo rápido que le permite su edad y se acerca a la puerta acristalada, llegando justo a tiempo para abrirla sin que ella tenga que hacerlo. Su primer pensamiento mientras se movía ha sido que Connie Bowler llegaba tarde y por eso caminaba apresurada, pero Randy enseguida cae en la cuenta de que es muy temprano y el edificio está vacío, salvo por él y Hayden, que ha llegado hace diez minutos.

—Buenos días, señora Bowler —dice mientras sostiene la puerta, notando cómo el aire frío entra a la vez que ella.

Connie pasa junto a él y se detiene al lado de la puerta, frotándose los brazos.

—Qué frío —dice sonriendo—. Buenos días, señor Turrell.

Él le dedica una sonrisa amable y vuelve a su sitio.

—Sí, hoy hace una brisa muy poco agradable —comenta él—. ¿Me permite preguntarle qué hace aquí tan temprano? Todavía es de noche.

Connie mira hacia la calle y asiente mientras se desabrocha el abrigo.

—Una costumbre extraña, supongo —confiesa—. Me gusta madrugar. En Toronto siempre llegaba la primera a la oficina, le sorprendería saber la cantidad de trabajo que se puede adelantar

cuando el silencio es absoluto —sonríe Connie, dispuesta a enfrentar su primer día al frente de la empresa.

—Me temo que mi trabajo no es muy agradecido en ese sentido, señora Bowler —responde Randy con expresión divertida—, pero quizá eso explique el motivo por el que Hayden siempre llega tan temprano.

A Connie el corazón le da un vuelco. De repente, sin que lo vea venir, y necesita unos segundos para recomponerse.

—¿Hayden está aquí? —pregunta sin ocultar su sorpresa y la voz le sale más ronca de lo habitual.

—Ya lo creo. Debe haber llegado hace unos diez minutos, como cada día —asegura Randy con tranquilidad.

Connie parpadea varias veces, sin saber cómo se siente ante esa información.

—Vaya —dice finalmente—, es interesante saber que no soy la única que hace esto. En fin, ¿sabe dónde puedo conseguir un café como ese? —pregunta señalando la taza de Randy.

—Hay máquinas en todas las plantas. En la que usted ocupa, está en la sala de los informáticos, que es donde hay más gente —contesta Randy—. Si me permite un consejo, tráigase su propia taza —añade señalando la suya—. Los vasos que hay aquí son de plástico y el café sale tan caliente que en ocasiones se deforman, por no hablar de que no hay manera de sostenerlo en la mano sin quemarse.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, señor Turrell. Pase un buen día —se despide Connie.

—Usted también, señora Bowler.

Connie entra en el ascensor un poco desorientada. Es su primer día real de trabajo y sigue estando nerviosa, aunque no tanto como el día anterior porque ahora solo tiene que meterse en su despacho y hacer lo mismo que hacía en Toronto, encargarse de supervisar la facturación de todo el grupo empresarial, cosa que se le da muy bien pese a que su padre habría preferido que estudiase derecho para tratar los asuntos legales del negocio y no empresariales —que es lo que a ella le gusta— para acabar dedicándose a los números, algo que descubrió que le fascina.

Las puertas se abren y va directa hacia su despacho. Enciende las luces, deja el bolso y el abrigo y se queda de pie mirando hacia la puerta. Sabe que no debería hacer lo que pretende, y se dice que es porque es adicta al café y necesita uno, aunque también podría ir a buscarlo a cualquier otra planta, pero Connie sale del despacho y camina hacia la sala donde trabajan los informáticos, cruzando la puerta de cristal sin pensárselo dos veces.

Le sorprende que apenas haya luz, solo una en el lado opuesto de la sala al que se encuentra Hayden, que levanta la mirada cuando ella entra y se queda boquiabierta al verla. Connie localiza la máquina de café en una pequeña mesa a escasos dos metros de la de Hayden. No vacila, y camina hacia la zona haciendo que sus pasos firmes sean lo único que rompe el silencio de la sala.

—Hola, Hayden, ¿verdad? —saluda Connie, deteniéndose frente a ella.

Su voz rasposa atraviesa los tímpanos de Hayden cuando asiente, intentando apartar la mirada del nudo flojo de su corbata.

—Soy Connie —dice la empresaria mirando los ojos azules de Hayden, que le recuerdan un mar embravecido.

—Lo sé —dice Hayden apretando los labios en una sonrisa tímida.

Connie también sonríe, la suya es torcida, seductora sin pretenderlo, creándole un hoyuelo en la mejilla izquierda que le seca la garganta a Hayden.

—Sí, claro. Todo el mundo lo sabe, imagino —dice Connie alzando las cejas en una mueca de disculpa—. He venido a por café, no esperaba encontrar a nadie aquí —añade girándose hacia la máquina.

—Ese café está muy malo —dice Hayden de repente.

Connie la mira de reojo mientras pone una cápsula en la máquina. Hayden teclea algo, pero la empresaria está segura de que no mira ningún punto fijo en la pantalla, ni en ningún otro sitio.

—Creo que me arriesgaré —responde Connie colocando el vaso de plástico debajo—. El señor Turrell dice que sale muy caliente. Y tú que es muy malo, pero me vale con no tener que salir corriendo hacia el baño con el primer trago.

Hayden levanta la mirada y sonríe, el mismo tipo de sonrisa sincera que le vio dedicarle a su amigo Miles. Connie pretendía coger su café y marcharse a su despacho, pero tiene los pies pegados al suelo. Observa el vaso de café, el humo parece el de una hoguera y, en efecto, el plástico sufre una leve deformación.

—Joder —dice sorprendida mientras lo observa como si fuera un trozo de meteorito que acaba de caer frente a ella.

Las ruedas de la silla de Hayden al arrastrarse hacen que desvíe la mirada. La informática estira una mano hacia la estantería que ella y Miles comparten y coge una de las tres tazas que hay perfectamente alineadas en la balda superior. La mira asegurándose de que está limpia y después estira el brazo hacia Connie.

—No la rompa, esa taza me gusta —dice y Connie siente miedo incluso de mirarla.

—No es necesario, Hayden, mañana traeré una.

—Se la puede quedar, pero no la rompa —insiste Hayden.

Connie está desconcertada, sin entender por qué se la regala. Se fija en la taza y echa un vistazo rápido a las otras dos. No es que sean bonitas ni caras, no tienen nada en particular, salvo el hecho de que todas son recordatorios de la ciudad de Pittsburgh.

—¿Eres de Pittsburgh? —pregunta la empresaria aceptando la taza.

Uno de sus dedos roza sin querer otro de los de Hayden al cogerla. Connie nota que tiene la mano fría, casi helada. Hayden siente un cosquilleo que la hace contener un suspiro.

—No —responde seca y vuelve a sentarse.

—Gracias por la taza, Hayden —sonríe Connie y se las ingenia para verter el contenido del vaso de plástico sin quemarse.

Lo tira a la basura y se vuelve hacia la mesa. Hayden la está mirando, para ser exactos, mira su corbata, o su clavícula, Connie no puede saberlo con certeza. Al sentirse descubierta, Hayden baja la cabeza y comienza a balancear el cuerpo con incomodidad. A Connie la mata la curiosidad, no debería pasarle, pero siente una necesidad desesperante por saber cosas de Hayden, y sabe que eso no es bueno.

—Te dejo que sigas trabajando. Te prometo que cuidaré la taza —dice Connie alzando la cerámica, que sigue humeando como una chimenea.

Hayden asiente mirándola a la cara y Connie frunce el ceño antes de girarse, porque está segura de que sus ojos eran azules hace un rato, y ahora le ha parecido que eran verdes, como si fueran un caleidoscopio que cambia con la luz y las emociones.

—Adelante —dice Connie cuando alguien da dos toques en su puerta.

Al momento, Tasha Merrell aparece en su despacho.

—¿Quería verme, señora Bowler? —pregunta la jefa de personal con un tono de voz extremadamente sereno.

—Sí, siéntate, Tasha, por favor.

Connie le señala una de las sillas frente a su mesa y cierra la tapa de su portátil mientras echa un último vistazo a la pantalla de su ordenador de sobremesa para comprobar que no tiene más correos pendientes. Entonces mira a la mujer que tiene delante y se centra en ella.

—Quiero que redactes un documento donde todos los empleados del grupo puedan informar de cualquier relación que tengan con otro miembro de la empresa —dice Connie mirándola fijamente.

Tasha abre mucho los ojos y tarda en dar una respuesta porque no quiere meter la pata.

—¿Quiere saber si hay relaciones entre los empleados? —tantea Tasha.

—No. No es eso —aclarar Connie, incómoda—. La verdad es que a mí me da igual lo que los empleados hagan con su vida íntima. Lo que te pido es que redactes un documento que esté disponible por si quieren dar parte de dicha relación. Es solo algo voluntario, por supuesto, simplemente es una forma de protegerlos.

—Entiendo —Tasha carraspea y los ojos de Connie se clavan en ella como dos estacas.

—¿Qué quieres decir? —el tono ronco de Connie parece rasgarle la garganta cuando habla.

Tasha la mira y desvía la vista demasiado rápido, haciendo que la empresaria comprenda de inmediato que ella también lo sabe, a pesar de que no estaba.

—Ya veo —dice Connie.

—Aquí la gente habla, señora Bowler —explica Tasha—, pero para mí solo son rumores mientras conozca solo una versión. Y viendo el documento que quiere redactar, me inclino a pensar que aquella denuncia fue más falsa que el reloj que lleva el señor Mason.

Connie la mira, perpleja, hasta que suelta una pequeña carcajada que consigue relajar un poco la tensión de sus músculos.

—Lo siento —dice Tasha tratando de mantener la compostura sin reírse, aunque los labios le tiemblan por el esfuerzo.

—No pasa nada —dice Connie—. Mason tampoco es santo de mi devoción.

—Redactaré el documento. Intentaré tenerlo listo esta misma tarde para pasarle un borrador —dice Tasha al mismo tiempo que se levanta.

—Gracias. Si es posible, envía también un correo a todos los trabajadores, advirtiéndoles que recibirán ese documento y dejando muy claro que es completamente voluntario.

—Por supuesto —Tasha llega a la puerta, pero se detiene antes de salir—. Entiendo que lo hace para que puedan protegerse en caso de que la otra parte decida denunciarlos, para que tengan algo que demuestre que la relación existía y era de mutuo acuerdo.

—Sí, justo eso —dice Connie.

Tasha no sabe si es correcto lo que va a decir, pero lo dice igualmente.

—Siento que usted no lo tuviera en su momento, señora Bowler —dice y sale del despacho.

Connie nota que el estómago se le anuda y la rabia le sube por el cuello como la lava ardiente hasta explotarle dentro de la boca, haciendo que se muerda el interior de los labios con tanta fuerza que se clava los dientes.

Capítulo 6

El zumbido constante de las luces de neón y los sonidos entrecortados de los videojuegos llenan el aire del salón recreativo. Hayden entra junto a Miles con la respiración algo contenida mientras sus ojos se mueven rápidamente por cada rincón, escaneándolo todo con precisión como si pretendiera dibujar un mapa mental de la zona para controlar todas las variantes. Es un hecho que no le gustan los espacios abiertos, pero mucho menos aquellos donde hay tantas personas moviéndose al azar, por eso se siente tan incómoda cada vez que tiene que entrar allí, a pesar de que después se lo pasa muy bien compitiendo con Miles en uno de los juegos. Es un simulador de carreras, uno de esos juegos en los que te sientas dentro de una cabina con una pantalla envolvente y controles que hacen vibrar las manos con cada impacto virtual. Para Hayden es perfecto porque no se ha de preocupar de lo que pasa a su espalda. El techo también está cubierto y a su derecha siempre está su amigo, así que la única apertura está por su izquierda, algo aceptable para ella teniendo en cuenta el nivel de recompensa.

—Vamos —dice Miles mientras da un potente sorbo a su zumo hasta dejar el tetrabrik exprimido, señalando la máquina al otro lado del pasillo—. Voy a darte una paliza.

Hayden lo sigue mientras piensa que eso no va a pasar, pero cuando llegan se encuentran con un problema. Dos adolescentes ya están dentro de las cabinas, riendo y golpeando los botones mientras dan volantazos. Hayden frunce el ceño y suspira con incomodidad, manteniendo la vista fija en la máquina, pero evitando mirar directamente a los chicos.

—Ponte aquí mientras esperamos —dice Miles señalando una columna.

Hayden apoya la espalda contra el hormigón, con los hombros en tensión y la mirada esquiva, y su amigo se coloca a su lado ofreciéndole la poca seguridad que puede. Miles nunca hace preguntas, simplemente intenta facilitarle las cosas y ella lo agradece aunque a veces no sepa expresarlo. Un grupo de chavales alborotados pasa en tromba por su lado y ella siente un cosquilleo desagradable por la nuca, con la sensación de que algo podría sobresaltarla de repente.

—Ya está —anuncia Miles cuando los adolescentes terminan su partida y se marchan entre risas, dejando las cabinas libres.

Hayden respira hondo y entra rápidamente en una de las máquinas, sintiéndose aliviada al estar rodeada por los paneles de plástico que forman el cubículo. Miles se acomoda en la cabina junto a la suya y le guiña un ojo antes de agarrar el volante. Hayden sonríe e introduce las fichas que todavía les quedan del último día que estuvieron allí.

El juego comienza. La pantalla se ilumina con un paisaje futurista y Hayden coloca sus manos con firmeza en el volante.

—Pienso darte una paliza —dice Miles.

Ella no contesta, ha fijado los ojos en la pista, en su coche, en cada curva. En la vida real no conduce, pensar en el tráfico la pone muy nerviosa y está convencida de que no sería capaz de dar un solo acelerón sin sufrir un ataque de pánico. Pero eso es otra cosa, en la ficción, se le da muy bien y Miles siempre sufre las consecuencias.

La carrera empieza y los dos amigos —y compañeros de trabajo — empiezan a competir. Hayden parece muy concentrada, pero su atención siempre está dividida porque cada pocos segundos, su mirada se desvía hacia la izquierda, el único espacio abierto. No puede evitarlo, una parte de ella siempre está en alerta, temiendo que vengan a buscarla a pesar de que han pasado once años y jamás ha sabido nada de ellos.

—¡Te voy a adelantar! —exclama Miles eufórico mientras se acerca por detrás.

Hayden ladea una sonrisilla que él no puede ver y, simplemente, da un volantazo para cerrarle el paso en el momento exacto y lo

saca de la carretera.

—Joder —dice él frustrado justo cuando Hayden cruza la línea de meta.

—¿Otra? —pregunta ella aguantándose la risa.

—No puedo —responde Miles mirando el marcador con una mueca—. Le he dicho a mi madre que hoy iría a cenar y si empezamos otra es posible que se me haga tarde.

Hayden asiente y ambos salen del salón recreativo.

—Me sigue gustando —suelta Hayden al mismo tiempo que su amigo se sube la cremallera de la sudadera.

—¿De qué hablas? —pregunta Miles descolocado.

Hayden hunde las manos en los bolsillos y se detiene en el semáforo para cruzar, pegando la espalda al cuerpo de su amigo mientras espera.

—De la señora Bowler —aclara Hayden.

Miles es más alto que ella, le saca una cabeza, así que su amigo apoya la barbilla en su hombro y gira la cara mientras se ríe.

—Ya veo —contesta curioso—. ¿Y qué ha pasado para que te siga gustando?

—La he visto esta mañana. Ha venido a sacar café de esa máquina espantosa —explica Hayden.

—Yo no la he visto —frunce el ceño Miles, pensativo.

El semáforo se pone en verde y ambos reanudan el paso.

—Ha venido temprano, como yo.

—Joder —dice Miles—. ¿Es otra ave nocturna?

Hayden encoge los hombros.

—Le he regalado una taza.

Miles se encorva y ladea la cabeza para enfocarla con los ojos entornados.

—¿Una de tus tazas de Pittsburgh?

Hayden asiente.

—A mí nunca me has regalado ninguna —protesta entre ofendido y divertido.

—Tú tienes taza, ella no tenía —responde Hayden, con esa lógica simple y directa que tanto la caracteriza.

Su verdad es aplastante, así que Miles no se la rebate.

—¿Y has hablado con ella? —otra vez entorna la mirada y su tono tiene cierta sorna.

—No mucho. Me ha preguntado si soy de Pittsburgh.

—¿Y tú qué has respondido? —pregunta Miles conteniendo las ganas de reír ante la seriedad de Hayden.

—Que no.

Miles ya no se aguanta y suelta una sonora carcajada.

—Tienes que hablar más, Hayden. Ya sabes, más de una palabra, quiero decir.

—Es que no soy de Pittsburgh —declara ella con el ceño fruncido. Él vuelve a reírse.

—Lo sé, pero quizá podrías haberle dicho que eres de Detroit, así a lo mejor no habrías sonado tan cortante —le aconseja, dándole un suave empujón.

Ella lo mira intentando procesar la información.

—No quiero hablar de Detroit.

—Vale —dice Miles pensativo—, entonces, cambiamos de estrategia. Le dices que eres de Detroit y automáticamente le preguntas de dónde es ella. Así le pasas la pelota.

—Ella es de Baltimore, lo pone en su expediente —suelta Hayden con naturalidad.

La carcajada de Miles hace que se ponga rojo y los ojos se le humedezcan.

—No puedes leer su expediente, Hayden, aunque por nuestro trabajo tengamos acceso a toda la información.

—Vale —responde ella mientras procesa la información como si fuera otra regla social que desconoce.

—En cualquier caso, da igual que sepas que ha nacido en Baltimore, se lo preguntas igualmente —dice Miles.

—¿Por qué? —frunce el ceño ella, sin entender porque debe preguntar algo que ya sabe.

—Es igual, si otro día va a sacar café de la máquina, intenta responder con algo más que un monosílabo, ¿de acuerdo? —se rinde Miles pasándole un brazo sobre los hombros.

Ella asiente y respira hondo.

—Te puedes venir a cenar —cambia de tema Miles—. Creo que mi madre ha hecho pasta.

—Otro día —responde Hayden como siempre que la invita, aunque ese día nunca llega—. Hoy me apetece un sándwich.

Miles sonríe y le da otro empujón con suavidad. La sinceridad de Hayden le encanta.

—De acuerdo, te acompaño a casa.

—No hace falta, iré corriendo —dice ella y empieza a dar saltos sobre el asfalto para calentar.

Miles suelta una pequeña risotada.

—¿Segura? No me importa —insiste él.

—Segura, estamos cerca. Vete, no queremos que tu madre se ponga histérica si llegas tarde.

—Vale. Nos vemos mañana.

Miles se despide con la mano y se da la vuelta. Hayden hace lo que ha dicho y arranca a correr hacia su calle. Le resulta más cómodo hacer eso que estar girándose cada pocos pasos para controlar todo lo que sucede a su espalda. No llega hasta su casa; se detiene una manzana antes en la puerta de un *diner* en el que acostumbra a cenar muchas noches.

Hayden empuja la puerta de cristal haciendo sonar una campanilla cuando cruza el umbral. Un aroma envolvente de café recién hecho y tocino la recibe, un olor que para ella es lo más familiar que conoce. Pasa junto a las mesas de fórmica blanca rodeadas de banquetas cromadas que recuerdan a los años cincuenta y llega hasta la pequeña barra situada frente a la puerta. En el rincón, hay un taburete de madera plegado, apenas imperceptible a la vista de cualquiera salvo que sepas que está allí, y ella lo sabe porque Harry Lars, el dueño del bar, lo puso ahí para ella después de que él y su mujer, Anette, se dieran cuenta de que siempre se quedaba de pie en ese rincón, con la espalda pegada a la pared mientras se comía un sándwich.

—Hola, Hayden —saluda el hombre, que vuelve de dejar unos pedidos en las mesas—. ¿Te pongo lo de siempre?

—Hola, Harry —responde ella mientras abre el taburete—. Sí, con refresco de naranja, por favor.

—Marchando un sándwich vegetal y un refresco de naranja —dice solícito—. ¿De qué querrás la tarta hoy? Tengo de manzana y de queso.

—No quiero postre, Harry —dice ella, sonriendo con timidez.

—Lo sé, pero también sabes que Anette me dará con la sartén en la cabeza si no te sirvo un trozo —comenta sonriendo mientras mira hacia la puerta de la cocina, donde su mujer prepara la comida—. Te lo pongo para llevar si no te apetece ahora y te lo comes más tarde.

—Está bien —acepta Hayden—. De queso, pero un trozo pequeño.

Capítulo 7

Cuando Connie llega al edificio esa mañana —igual de temprano que el día anterior— no encuentra a Randy Turrell en su puesto. Tampoco le extraña, piensa que estará en el baño o haciendo alguna ronda, y lo confirma cuando, después de dejar sus cosas en el despacho y coger la taza que Hayden le regaló y que teme romper, se dirige hacia la sala de los informáticos para llenarla de café. Allí encuentra a Randy, en la puerta, deseándole un buen día a Hayden antes de decir que se va a su sitio.

—Ah, señora Bowler, buenos días —saluda el hombre cuando se da la vuelta, con su habitual tono amable.

—Hola, Randy —responde ella, dedicándole una sonrisa sincera cuando pasa por su lado.

Connie entra en la sala y Hayden ya la observa desde el fondo. Podría llenar la taza de café en cualquier otra planta, o comprar una cafetera y colocarla en su despacho. Sería más práctico y cómodo para ella, pero entonces no tendría una excusa para saludar a la informática. Su propio pensamiento es como una pedrada en medio de la frente. Connie sabe que no debe, Hayden es su empleada. Hayden tiene veintisiete años, diez menos que ella —y lo sabe porque también ha mirado su expediente, en su caso como jefa— y Hayden parece alguien un tanto especial, complicada de entender probablemente y, aun así, ella está ahí, deseando conocerla.

—Hola, Hayden —saluda y su voz ronca hace sonreír a la informática de manera espontánea.

—Hola —responde con la mirada clavada en la taza que Connie sostiene en la mano, la que ella le ha regalado.

Después levanta la mirada y la clava en el nudo de la corbata. Hoy ya no le importa que esté flojo, se fija en el color, azul oscuro en contraste con el azul cielo de la camisa, para acto seguido observar

la línea de su clavícula. De inmediato se ruboriza y aparta la mirada para clavarla en la pantalla. Mientras Connie espera a que la taza se llene, piensa que se marchará en cuanto lo haga, incluso se dice que saldrá esta noche porque necesita despejar la mente. Quizá llame a Madison para salir por ahí. Un poco de sexo casual con alguna desconocida no le vendrá mal, seguro que Madison puede presentarle a alguien, o sabrá dónde llevarla, y así dejará de sentir tanta curiosidad por Hayden.

—Miles dice que tengo que hablar más —dice Hayden de repente —, responder con más de un monosílabo cuando me preguntan — aclara.

Connie se gira hacia ella con la taza en la mano y sus pies se mueven solos, acercándola a la mesa como si de nuevo, un hilo invisible las uniera y tirara de ella.

—¿Miles? ¿Tu compañero? —trata de aclarar Connie.

—Sí —responde Hayden, y de inmediato frunce el ceño al darse cuenta de que acaba de hacer lo mismo, ser escueta.

Sus labios se tuercen en una mueca de frustración que a Connie le parece adorable, aunque no se lo dice.

—¿Y por qué te ha dicho eso? —a Connie la curiosidad le corre por las venas más rápido que su propia sangre.

Hayden encoge los hombros al principio, pero su sinceridad hace acto de presencia.

—Le dije que usted me gustaba, y él opina que tengo que hablar más —suelta Hayden con la misma naturalidad que quien habla del tiempo.

Connie por poco se atraganta con el café y Hayden vuelve a clavar la mirada en la pantalla como si lo que acaba de decir no tuviera la mayor importancia. Para ella es algo natural, un hecho, ella lo siente y lo comenta. La ejecutiva está sofocada y el rubor le sube por el cuello. Se ha encontrado en todo tipo de situaciones a lo largo de los años con algunas mujeres, pero esto no lo ha visto venir y tampoco sabe exactamente lo que debe decir, porque si algo tiene claro, es que Hayden no es como las demás, su mente no funciona igual y debe tener mucho cuidado.

—¿Y tú piensas que tiene razón? —tantea Connie con naturalidad.

Sabe que no puede ignorar lo que Hayden le ha dicho, pero tampoco quiere magnificarlo, así que intenta desviar la conversación hacia el consejo de Miles. A Hayden no parece molestarle, es como si no le importase, y levanta la mirada mientras piensa.

—No sé, a lo mejor —dice observándola con un deje de diversión en la mirada que hace sonreír a Connie.

La empresaria apoya el culo en la mesa de Miles y toma otro sorbo de café mientras observa a Hayden verter un chorro en su taza desde un termo de acero inoxidable que es evidente que trae de su casa. A ella el café de la máquina no le parece tan malo como ella le dijo, pero Hayden es muy particular y probablemente tenga algunas manías, así que no va a discutirlo.

—¿Por qué vienes tan temprano, Hayden? —pregunta Connie dando por zanjado el tema, aunque no puede sacarse de la cabeza su confesión anterior.

Hayden no sabe por qué le gusta tanto la voz rasposa de Connie, ni el motivo por el que acaba de sentir un cosquilleo recorrerle todo el pecho de manera repentina. Se queda callada unos segundos, pensando en que, por primera vez en toda su vida, hay una persona a la que le gustaría contarle todo lo que pasa por su cabeza. A ella siente que podría hablarle de sus pesadillas, de ese miedo que la persigue a todas horas y que no puede sacudirse de encima al pensar en que algún día vuelvan a buscarla. Contarle que le dan miedo los petardos o los ruidos fuertes y repentinos, que siente que no encaja en ningún sitio y que, al mismo tiempo, tampoco le importa y eso la hace sentir rara. Le podría contar todo eso, pero Hayden no lo hace y solo le explica la otra parte, la menos importante, aunque también es cierta.

—Es el único rato en que no hay ruido.

Connie aguarda unos segundos a que siga explicándose. Hayden es tan parca en palabras que le cuesta entender a qué se refiere con exactitud.

—¿Te refieres a tus compañeros? ¿A cuando la sala se llena? —intenta adivinar Connie.

Hayden se siente incómoda. Sabe que las personas normales no se quejan de estar con otras personas y de pronto se pone tan nerviosa, que empieza a picarle la nariz por dentro.

—Hayden —insiste Connie dejando la taza de café sobre la mesa de Miles—. ¿Te sientes incómoda trabajando en esta sala? No pasa nada si me lo cuentas, yo tengo mi propio despacho y, sinceramente, no me gustaría tener que trabajar con el resto de los ejecutivos, aunque todos estuviéramos haciendo lo mismo —añade y sonríe de manera comprensiva, intentando que Hayden se sienta segura para abrirse con ella.

—La gente me pone nerviosa —dice Hayden, aunque apenas levanta la cabeza para mirarla—. Hablan mucho, entre ellos, por teléfono, a veces gritan, se levantan, se pasean...

La primera gota de sangre le resbala sobre el labio y Hayden estira el brazo con rapidez para coger un pañuelo de papel de la caja que tiene sobre la mesa. Se limpia muy deprisa en un intento absurdo de que Connie no se dé cuenta, pero las siguientes gotas empapan el pañuelo demasiado rápido.

—Madre mía, estás sangrando —se alarma Connie, rodeando la mesa de Hayden hasta que se sitúa frente a ella.

Hayden abre un cajón y saca un bote de alcohol que tiene preparado para cuando eso sucede. El plan es sencillo: impregnar un pañuelo limpio e introducirse un trozo para cortar la hemorragia, pero tiene una mano ocupada taponándose la nariz.

—Deja, yo lo hago —dice Connie cuando adivina sus intenciones.

Hayden se queda quieta, observando las manos de Connie desde cerca, sus dedos largos y elegantes, el reloj plateado y el anillo que lleva en el dedo índice de la mano derecha. Sube la vista y enfoca la corbata que cuelga en medio de los mechones desordenados de su melena, que cae a ambos lados de sus hombros mientras un perfume afrutado se cuela por el lado de su nariz que tiene despejado. A Hayden le vuelve a hormigear todo el pecho y el estómago le da un vuelco cuando Connie se inclina un poco más sobre ella.

—¿Puedo? —le pregunta con cautela señalando su nariz, sin saber si puede tocarla.

Hayden duda, pero aparta el pañuelo ensangrentado y deja que Connie le introduzca un trozo impregnado con alcohol. La empresaria utiliza otro pañuelo completo para limpiarle los restos de sangre que tiene por la barbilla mientras desvía la mirada un par de veces hacia sus ojos. Hoy son verdes y Connie empieza a pensar que tiene problemas de memoria, segura de que el otro día eran azules.

—Toma —dice cuando acaba, impregnando otro pañuelo—. Límpiate las manos con este.

Hayden acepta el pañuelo y Connie tira los que están sucios a la basura como si allí no hubiera pasado nada.

—¿Te pasa a menudo? —pregunta la empresaria, preocupada.

—Alguna vez, no es nada —zanja Hayden.

Connie se queda mirándola, conteniendo el montón de preguntas que tiene en la punta de la lengua y que decide no hacer porque sabe que no debe implicarse. Hayden le ha confesado que le gusta y su obligación es mantener la distancia porque es evidente que el poder lo tiene ella, no Hayden, ella es la que provoca los acercamientos.

—Gracias por ayudarme —añade la informática.

—De nada, Hayden —responde Connie algo aturdida, cogiendo la taza antes de marcharse a su despacho.

En cuanto se aleja, Hayden desconecta su portátil y sube a la azotea. Aunque hace bastante frío para trabajar desde ahí, necesita que le dé el aire y despejar la mente, y eso solo lo consigue ahí arriba. Así que se sube la cremallera de la sudadera hasta el cuello, se pone la capucha y se sienta en el sofá de la esquina mientras intenta centrarse en el trabajo y no en su jefa.

Sobre las once, Connie recibe un correo de Tasha Merrell en el que le informa que ya ha hecho las modificaciones que le pidió ayer por la tarde cuando le presentó el borrador del documento que ella le solicitó por la mañana. Connie puede descolgar el teléfono y pedirle que vaya a su despacho para que se lo muestre, también que le pase el borrador por correo, pero le apetece estirar las piernas, así que es ella misma la que se dirige hacia el despacho de la jefa de personal.

—¿Me dejas verlo? —pregunta Connie tras sentarse frente a ella.

Tasha le sonríe e imprime el documento. Subraya un par de líneas con un marcador y lo extiende hacia su jefa.

—Los cambios son los que están marcados tal y como solicitó, pero dé un repaso general por si se nos ha pasado algo —le pide y se permite observarla de soslayo mientras Connie va leyendo.

Tasha no se lo niega a sí misma. Connie Bowler le gusta desde el primer día que la vio cruzar la puerta del edificio hace más de un mes, cuando se pasó por la oficina junto a su madre después de volar desde Toronto cuando falleció su padre. Le parece atractiva, con ese aire de seguridad que se percibe en cada uno de sus movimientos a pesar de que, en ocasiones, hay en ella algo de vulnerabilidad, pero por encima de todo le parece inteligente y decidida, y ese conjunto es algo que a Tasha le parece una bomba explosiva.

—Vale, creo que está perfecto —dice Connie devolviéndole la hoja—. Envíaselo a todo el personal. Y si no es demasiado trabajo, te hago responsable del seguimiento de este asunto. Imprime todos los documentos de los que den parte los trabajadores, que los sellen en el departamento legal y después los archivas. Delégalo en alguien de tu confianza si no te puedes ocupar tú.

—No, tranquila, yo me encargo —responde Tasha—. Ahora mismo enviaré el correo con el archivo, aunque debe saber que, desde ayer, cuando envié el comunicado anunciando esta nueva medida, recibí un montón de preguntas.

—¿De qué tipo? —pregunta Connie.

—Pues la más común era la típica de si era obligatorio declarar las relaciones en caso de haberlas. A veces pienso que la gente es vaga por naturaleza y tiene pereza de leer la información completa, porque está perfectamente explicado en el correo —se queja Tasha.

Connie se ríe ante la cara de exasperación de su empleada. Su risa tiene el mismo matiz ronco de su voz y a Tasha le parece que solo añade un punto más de erotismo a la mujer que tiene delante.

—A la gente le gusta que se lo den todo mascado —responde Connie.

—También debe saber que me escribieron desde arriba. El señor Mason, para ser exactos, preguntando quién había aprobado esa normativa.

Connie tuerce el gesto, aunque no le sorprende.

—Le dije que había sido usted y ya no obtuve respuesta. No sé si ha hablado con él —tantea Tasha.

—No. A mí no me ha dicho nada, aunque me imagino que no tardaré en tener noticias tuyas. Gracias, Tasha —Connie se levanta.

Tasha abre la boca. Quiere invitarla a un café, o a salir, o a lo que sea, pero la cierra porque se siente intimidada cuando Connie la mira antes de girarse y dirigirse hacia la puerta.

Cuando Connie vuelve de comer, observa que la puerta de su despacho está entornada. Ella está segura de haberla dejado cerrada cuando ha salido, y tampoco es algo que le preocupe especialmente porque puede haber sido el personal de la limpieza, incluso los de informática para hacer alguna actualización en sus ordenadores —esto último le anuda el pecho durante un segundo al pensar en Hayden— pero todas esas ideas se desvanecen cuando se acerca a la puerta y percibe un perfume fuerte, pesado e inconfundible que ella detesta, el de su madre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta tal y como entra.

Su madre, sentada en ese sofá que quien ocupó su despacho decidió colocar con muy mal gusto, se levanta con expresión soberbia y se alisa la falda.

—¿Y tus modales, Constance? —protesta su madre.

Connie se detiene en seco y le dedica una mirada cargada de ironía.

—Aquí no hay nadie, mamá. No es necesario que finjas que eres una madre cariñosa, ni que entre nosotras existe algún tipo de relación afectiva —escupe con una frialdad que tensaría la expresión de su madre si no fuera porque el botox no se lo permite—. ¿A qué has venido? —añade Connie sentándose en su silla, interponiendo su mesa como barrera entre ambas.

Su madre da un par de pasos delicados hasta una de las sillas y se sienta frente a ella mientras la mira fijamente.

—Orlando Mason me ha llamado. ¿Qué es eso de que has enviado no sé qué documento para que los empleados puedan declarar si tienen alguna relación con otro? —pregunta irritada.

—Como no —chasquea la lengua Connie.

—Contéstame, Constance. ¿En qué demonios piensas? No puedes llegar aquí y hacer lo que te dé la gana. Hay unas normas, las cosas se debaten antes con los accionistas y...

—En realidad sí que puedo, mamá —la corta Connie—. La empresa es mía, soy la mayor accionista y no necesito el permiso de nadie para hacer nada.

Su madre resopla y se pone rígida en la silla.

—Esa idea es nefasta. ¿En qué pretendes convertir esta empresa? ¿En una casa de citas? Ahora todos se sentirán libres de liarse con cualquiera —protesta roja como un tomate.

—Lo que se sentirán es protegidos —la corrige Connie—. Si las relaciones se hacen públicas, ninguna de las dos partes sentirá la tentación de denunciar a la otra falsamente por acoso cuando la cosa se tuerza, o por pura maldad para conseguir dinero, como fue mi caso.

—Aquello pasó hace mucho tiempo —dice su madre sacudiendo la mano como si apartase una mosca.

A Connie el gesto le molesta, el mismo de siempre, como si no fuera algo importante pese a que a ella le costó años de terapia.

—Sí, es cierto, pasó hace mucho tiempo, pero a mí no se me va a olvidar en la vida que mi padre y tú me disteis la espalda —escupe ella.

—¿La espalda? —su madre se indigna—. Hicimos lo mejor para ti, Constance. ¿Sabes lo que habría supuesto eso para la reputación de la empresa si hubiera salido a la luz? Arreglamos el asunto y se acabó —concluye satisfecha—. Y no hables de tu padre muerto, ten un respeto.

Connie la ignora.

—Acabas de decirlo, lo importante era la reputación de la empresa. A vosotros nunca os importó una mierda mi opinión. Ni siquiera escuchasteis lo que tenía que decir, lo que yo necesitaba. Decidisteis por mí y se acabó.

—Decidimos por tu bien, eso es lo que hacen los padres.

Connie se levanta.

—Tengo trabajo.

—¿Me estás echando? —se ofende su madre.

—Sí. Y dile al señor Mason que seguiré haciendo lo que considere sin tener en cuenta su opinión. Ah, y que la próxima vez, tenga las pelotas de bajar a mi despacho y hablar conmigo si tiene algún problema. No hace falta que te llame a ti, ya ves que tampoco sirve de nada.

Su madre la mira espantada por su vocabulario y sale del despacho, haciendo que sus pasos de indignación resuenen con fuerza por todo el pasillo.

Capítulo 8

Connie entra en el restaurante donde ha quedado para cenar con su amiga Madison y el aroma a ajo asado y albahaca seca le inunda las fosas nasales de inmediato. En la calle hace frío, pero dentro del local la temperatura es perfecta y se desabrocha el abrigo mientras sus ojos se adaptan a las luces tenues que cuelgan de las lámparas del techo. No necesita que ningún camarero le indique la mesa donde se encuentra su amiga porque la doctora la localiza y le hace señas con una mano para indicarle su posición desde una mesa del fondo.

Mientras avanza, Connie observa la chimenea de piedra en el centro del comedor que añade un toque rústico al ambiente. Las paredes están adornadas con fotografías en blanco y negro de viñedos italianos, estanterías con botellas de vino y macetas de hierbas frescas que decoran los rincones. El sitio es acogedor, eso no puede negarlo.

—Siento llegar tarde —se disculpa Connie al mismo tiempo que besa la mejilla de su amiga.

—No pasa nada —dice Madison con una sonrisa torcida mientras señala la botella de vino tinto que hay sobre la mesa—. He estado bien acompañada.

Connie observa que falta un tercio de la botella y eleva las cejas con asombro, mientras deja el abrigo en el respaldo de la silla.

—Vaya, parece que no soy la única que ha tenido un día de mierda —comenta al mismo tiempo que se sienta.

Madison suspira a la vez que asiente y llena la copa de su amiga.

—A lo mejor estamos sincronizadas —dice la doctora.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Connie con verdadera intriga.

Madison levanta la mirada para enfocar a la empresaria y se muerde el labio. Ha sido Connie la que le ha propuesto cenar y salir

esa noche para tomar algo, de hecho, su amiga ha sido muy específica cuando la ha llamado. De manera literal, le ha dicho que necesitaba desahogarse, tanto verbal como físicamente, que estaba estresada y después de hablar con ella durante la cena, quería salir a cualquier sitio donde hubiera mujeres que buscasen pasar un buen rato, igual que ellas. Madison debería preguntarle a su amiga qué le pasa, dejar que fuera ella la primera en desahogarse, pero está tan rabiosa que, si no deja salir todo lo que lleva dentro, acabará estrellando un plato contra el suelo por el puro placer de ver cómo se rompe.

—El lunes comenzó a trabajar una doctora nueva —explica Madison—. La ves y parece normal, quiero decir —aclara cuando Connie levanta una ceja—, que es maja, de nuestra edad más o menos, sin nada que haga que te salte una bandera roja.

—Pero hay banderas rojas —concluye Connie.

—Rojas, moradas y naranjas —bufa Madison—. Todo parecía normal con ella hasta que tuvimos que atender al mismo paciente, de pronto se volvió una gilipollas. Cuestionaba todo lo que yo hacía y nada le parecía bien. Se atrevió a llevarme a una sala aparte y decirme que mi diagnóstico era erróneo, que debía pedir más pruebas.

Madison bebe un trago de vino, uno muy largo que casi deja su copa vacía.

—Oye, afloja un poco o te tendrán que sacar de aquí en ambulancia, y sería espantoso que tuviera que atenderte ella —se mofa la empresaria.

A Madison se le desencaja la cara solo de pensarlo.

—¿Tenía razón? —pregunta Connie.

—¿Qué?

—En lo del diagnóstico. ¿Te habías equivocado?

Madison retuerce la servilleta entre las manos.

—Sí y no. Mi diagnóstico era correcto, pero al pedir las pruebas que ella insistía en que yo había pasado por alto, descubrimos que había una segunda patología —contesta resignada.

Las cejas de Connie se elevan y suelta un suave silbido mientras hace bailar el líquido dentro de su copa.

—Mi diagnóstico era correcto —se enfada Madison—. No había motivo para pedir aquellas pruebas, los síntomas no lo indicaban. Llevo años ejerciendo, joder.

—Oye, que yo no te estoy juzgando —levanta las manos Connie—. Quizá si hablas con ella...

—¿Hablar? —Madison suelta una risa seca y burlona—. Es una ególatra de narices. Desde ese día cuestiona todo lo que hago y supervisa cada uno de mis pacientes. La tengo constantemente respirándome en la nuca, como si fuera una residente de primer año. No es mi superior, Connie, no está por encima de mí, es una médica más, como yo —dice frustrada.

—Pues habla con el jefe de personal, no sé, se podrá hacer algo contra eso.

—Ya lo he hecho, pero la doctora Paterson dice que puede ser interesante que tenga una segunda visión —Madison imita el tono condescendiente de su superior con una burla y Connie tiene que esforzarse para aguantarse la carcajada—. Según ella, Alice Dickens no solo viene de otro hospital en el que se trabaja con otros métodos, sino que, es una doctora muy reputada de la que puedo aprender mucho.

—¿Reputada? —pregunta Connie.

—Lo mismo me pregunté yo. ¿Sabes por qué es reputada? Porque escribió un maldito artículo que le publicaron en una revista científica. Joder, yo también puedo escribir un artículo —escupe indignada.

—Pues escríbelo —la anima Connie conteniendo la risa.

Madison la atraviesa con la mirada.

—Vale —Connie levanta las manos—. ¿Por qué no le sigues la corriente? Seguro que solo quiere destacar un poco. Estará nerviosa, Madison. Acaba de llegar a un hospital nuevo y no conoce a nadie. Engórdale el ego un par de días y verás cómo te deja en paz y se va a tocarle las narices a otro médico.

—¿Engordarle el ego?

—Sí, ya sabes. En lugar de esperar a que rebata tus diagnósticos o supervise lo que haces, hazle alguna pregunta estúpida.

Cualquiera cuya respuesta ya conozcas, ella se sentirá útil y, al mismo tiempo, se aburrirá de perseguirte.

—Qué fuerte —dice Madison con los ojos en blanco—. Ni que fuera una eminencia.

Las dos se ríen.

—Eso sí, si no fuera tan imbécil, intentaría ligármela, porque la verdad es que tiene un buen polvo, pero con ese carácter de mierda se me quitan las ganas. Hablando de polvos, ¿qué tal con tu jefa de personal? ¿Cómo se llamaba esa mujer? ¿Sasha?

—Tasha —la corrige Connie—. Tasha Merrell.

—Eso. ¿Te la has tirado ya?

—No —Connie arrastra las letras al responder y acaba riendo, pero también se sonroja.

—¿Qué? ¿Te ha tirado la caña? —Madison entorna la mirada.

—No, pero digamos que ya he comenzado a ver esas señales de las que hablabas. Quizá sí que me mira demasiado, no es muy disimulada que digamos.

—¿Y no vas a mover ficha?

—Trabaja para mí, Madison —zanja Connie.

—Joder, Connie. Olvida aquello de una vez. Ahora eres una mujer adulta con mucha experiencia y con los medios para detectar...

—Ya lo sé —la corta Connie—. No quiero hablar de ella.

Connie se aclara la voz como si esa suave ronquera fuera a desaparecer al hacerlo.

—Vale. ¿Y de quién quieres hablar? —pregunta Madison.

—De Hayden.

Madison se limpia la boca y aparta el primer plato a la espera de que le traigan el segundo.

—¿Y Hayden quién es?

Connie se lo explica. Se lo explica todo.

—Vaya, vaya —se mofa Madison—. Con Tasha no, pero con Hayden sí. ¿Es eso?

—No, no es eso —Connie baja la voz—. Es precisamente lo contrario, quiero alejarme de Hayden, pero me cuesta, y no entiendo el motivo.

El camarero les sirve los siguientes platos.

—Yo sí que lo entiendo —dice Madison, dándole a la conversación la seriedad que cree que merece—. Hayden no solo es mucho más joven que tú, sino que, además de ser también tu empleada, parece más vulnerable. No tiene la seguridad de Tasha Merrell y, por lo que cuentas, su carácter es un tanto extraño. Parece asustadiza.

—Sí, exacto —concierda Connie—, y al mismo tiempo me parece adorable. Me siento protectora con ella. Yo qué sé —chasquea la lengua y mira hacia otro lado.

—A lo mejor estás confundida, Connie. Sentirte protectora no es lo mismo que sentirte atraída. La ves vulnerable y quieres protegerla, me parece bien, pero si quieres mi opinión, tienes que alejarte de Hayden. Porque tú a ella sí que le gustas, ella misma te lo ha dicho, y si sigues propiciando esos encuentros matutinos, lo que sea que siente hacia ti, seguirá aumentando.

—Sí, supongo que tienes razón —admite Connie, pero pensar en no pasar por la mesa de Hayden por la mañana, le provoca una sensación de vacío que la hace sentir incómoda, aunque eso no se lo cuenta.

—Claro que la tengo, hazme caso. Céntrate en Tasha, tírate a esa mujer. Desahógate con ella y ya verás cómo te olvidas de esa chica en cuanto te dé un buen meneo —Madison le guiña un ojo y Connie sonríe.

De repente, no se siente cómoda hablando de follar con Tasha mientras piensa en Hayden.

—Hoy ha venido mi madre al despacho —explica cambiando de tema.

—Madre mía —dice Madison y se queda unos segundos con la boca abierta—. La buena de Susanne Bowler haciendo acto de presencia. No me lo digas, ¿ha ido para controlarte? ¿Para asegurarse de que a su hija lesbiana no le da por hundir la empresa?

Connie suelta una pequeña risotada.

—Algo así. Digamos que he tomado una decisión sin consultar a nadie y eso no ha gustado en la junta.

—¿Y la han llamado a ella? Qué divertido, me hubiera gustado verle la cara.

Connie le explica todo lo que ha pasado, con detalles. Madison no deja de reírse.

—Qué fuerte, seguro que le has alterado todos los chacras —dice entre carcajadas—. Mira que recordarle que la empresa es prácticamente tuya.

—Estoy segura de que todavía está buscando la manera de revocar el testamento —comenta Connie limpiándose las lágrimas de los ojos.

—Que lo haga, salvo que tu padre tuviera alguna demencia demostrable, le resultará imposible. Y tu padre estaba más lúcido que nosotras dos juntas.

Connie suspira y se recuesta en el respaldo de la silla; de repente, está agotada.

—¿Nos tomamos esa copa en mi casa? No me apetece salir.

—Me parece bien —acepta Madison al mismo tiempo que le hace una seña al camarero para pedir la cuenta—. Yo tampoco tengo ganas de conocer a nadie esta noche. Bebamos tú y yo solas, como en los viejos tiempos, pero no mucho, que mañana hay que trabajar y solo me falta que la doctora Dickens me vea resacosa.

Capítulo 9

Llueve con intensidad cuando Connie sale de su edificio esa mañana para ir al trabajo. Cuando ha mirado por la ventana, no le ha parecido que cayera tanta agua y, por un momento, duda sobre si volver a subir a por las llaves de su coche y no hacer el trayecto a pie hasta la oficina como tenía pensado. Mira al cielo plomizo lleno de nubes y después al suelo, donde el asfalto mojado brilla con destellos borrosos donde impactan las gotas bajo la luz mortecina de las farolas. Decide ir andando. Apenas son diez minutos los que la separan del trabajo.

Empieza a caminar sin prisa y respira profundamente, dejando que el aire húmedo le llene los pulmones. Los recuerdos de cuando vivía aquí hace diez años la golpean con fuerza, le gustaba, a Connie siempre le ha gustado vivir en Baltimore, en esa zona cercana al puerto donde las ráfagas de aire suelen transportar el olor a salitre por las calles de la zona. Se enfada, le molesta que le arrebataran diez años de su vida de un plumazo y que ella lo permitiera. Sabe que debió oponerse, que debió plantarse y pelear por su cuenta, pero era joven, estaba enamorada, hundida y decepcionada, y no tuvo fuerzas para hacerlo sola, porque nadie en su familia la apoyaba.

Suelta una de las manos del mango del paraguas y se aprieta las sienes. Le duele un poco la cabeza porque ayer ella y Madison se pasaron con las copas de vino y ahora está pagando las consecuencias. Se tomará un analgésico en cuanto tenga el primer café en la mano, piensa mientras sigue caminando.

Cuando está llegando, ve una figura alargada bajo la marquesina del edificio. Desde lejos le cuesta un poco reconocerla, pero, conforme se acerca, Hayden va tomando forma ante sus ojos entre la cortina de agua. Está quieta junto a la puerta, con las manos

hundidas en los bolsillos de su sudadera gris y la cabeza ligeramente levantada sin hacer otra cosa que observar la lluvia caer. A Connie la imagen le parece idílica, digna de enmarcar en un cuadro en blanco y negro. Desde su posición, puede ver toda la longitud de la calle vacía a esas horas, con el asfalto brillante por la lluvia y el efecto dorado de la luz de las farolas proyectado contra el suelo. A los lados, los edificios, y como nota discordante: Hayden bajo la marquesina, inmóvil como una estatua, como si formara parte de la postal. Se le acelera el corazón, es algo inevitable que Connie no puede controlar por mucho que lo intenta. Recuerda las palabras de Madison mientras se acerca y se plantea saludarla y entrar al edificio, pero sus pies se detienen y cierra su paraguas mientras Hayden sigue absorta, ajena a su presencia.

El corazón de Connie palpita más deprisa. Le parece increíble que no la haya visto a pesar de que está a un metro de ella, pero Hayden parece no estar allí, su mente está muy lejos y ella siente que podría quedarse todo el día contemplándola. Por suerte, la puerta se abre tras ella y, cuando se gira, ve a Randy Turrell sonreírle con amabilidad.

—Buenos días —saluda Connie cuando entra mientras deja su paraguas dentro del cubo junto a la puerta.

—Buenos días, señora Bowler —contesta Randy.

—¿Cuánto lleva ahí? —pregunta Connie señalando a Hayden con la cabeza, sin poder contener su intriga.

Randy sonríe y se dirige al otro lado de su mesa, sentándose en la silla para acercar los pies a la estufa antes de que se le enfríen.

—Desde que ha llegado, a Hayden le gusta mucho la lluvia —responde Randy.

Connie se queda quieta mirándolo y el hombre sonríe al comprender que espera algo más de información.

—Imagínese un día cualquiera —empieza Randy como si le contase una historia a cualquiera de sus nietos—. Llegamos aquí en un día despejado y a media mañana comienza a llover, de repente. Cuando eso pasa, Hayden baja aquí y se queda parada ahí donde la ve ahora durante varios minutos. La gente pasa por su lado y ella no

se mueve, es como si la lluvia la hipnotizara o la transportase a otro lugar, a algún recuerdo lejano, vaya usted a saber.

—Espero que el recuerdo sea bueno —dice Connie.

—Yo pienso que sí —asegura Randy haciendo un gesto hacia la calle. Los dos miran a Hayden a través de la puerta de cristal—. Está tranquila, no se balancea ni parece nerviosa. Expresa una serenidad que le veo pocas veces, sinceramente.

A Connie se le anuda algo dentro del pecho y siente una especie de pellizco por un tiempo muy breve. Un nudo de ansiedad que la obliga a contener las ganas de salir y plantarse a su lado, de hacerle compañía silenciosa mientras está en ese otro sitio al que ella siente que jamás podrá llegar.

—No permita que pase ahí mucho más tiempo, Randy. Hace frío —dice Connie antes de dirigirse hacia los ascensores.

—No se preocupe, yo me encargo —asegura él cogiendo el periódico.

Connie hace su ritual de los últimos días. Deja sus cosas en el despacho, coge su taza de café y se dirige hacia la puerta para ir a la sala de informática. Cuando está en el pasillo se detiene y duda. Por un momento, se plantea la posibilidad de esperar, de ir más tarde porque sabe que Hayden no está allí y, aunque sabe que no debe, ella quiere compartir esos minutos con ella, ese rato que se ha convertido en su espacio, en algo de las dos, pero reanuda el paso y va hasta la sala vacía. Se hace el café y regresa a su despacho sabiendo que hace lo correcto, aunque sintiendo que le falta algo.

Hayden sube apenas diez minutos después y se pasa los siguientes mirando hacia la puerta de manera constante. Sabe que Connie Bowler está en el edificio. Aunque no ha sido capaz de moverse ni de salir de su estado de trance, ha sido muy consciente de su presencia cuando Connie ha llegado. Primero ha sido una percepción, la certeza de que estaba ahí. Después, la confirmación cuando el olor a asfalto mojado se ha mezclado con el perfume fresco de la empresaria.

Está nerviosa. Hayden quiere verla, echa de menos ese rato, los minutos que Connie Bowler pasa con ella, su voz ronca cuando la saluda y el nudo flojo de su corbata. Se pregunta de qué color será

hoy, si el pantalón será negro o gris claro. A ella le gusta más el claro, aunque piensa que le quedan bien los dos. Los minutos pasan. Hayden se balancea hacia delante y hacia atrás mientras teclea sin descanso y comprueba la puerta de reojo, hasta que llega Miles y comprende que Connie esa mañana no irá a verla.

Dos golpes en su puerta hacen que Connie desvíe la mirada de la ventana y después la clave en el reloj de su pantalla, es casi la hora de irse a comer. Sabe de quién se trata incluso antes de dar paso y que esta se abra. Aunque apenas lleva unos días trabajando ahí, reconoce esos dos toques como propiedad de Tasha Merrell, secos y contundentes.

—Hola, Tasha —dice Connie y la observa con expresión interrogativa, sin saber el motivo de su visita.

—Hola —saluda la mujer, cerrando la puerta a sus espaldas.

Lleva un documento en la mano y parece algo nerviosa. Tampoco es muy evidente porque es una mujer muy segura de sí misma, pero Connie lo percibe.

—¿Puedo? —pregunta señalando una de las sillas al otro lado de la mesa.

—Claro —dice Connie, cada vez más intrigada.

—Vengo a traerle esto —Tasha se sienta y se inclina hacia delante para extender el brazo y entregarle el documento a Connie.

Ella frunce el ceño al mismo tiempo que lo coge.

—¿Qué es?

Sabe que es una pregunta estúpida, lo va a leer igualmente, pero no ha podido evitarla. Las palabras le han salido sin poder detenerlas.

—Es el formulario que mandó enviar a los trabajadores, ligeramente modificado por mí —dice Tasha y eso hace que Connie levante la mirada antes de leer el documento.

—¿Modificado? —pregunta sin entender.

Tasha duda un instante en el que se frota las manos con cierto nerviosismo, pero levanta la mirada y la clava en Connie sin vacilación.

—Sí, lo he modificado porque, en este caso, no expresa una relación existente.

Connie abre la boca, pero no sabe qué decir, está completamente perdida.

—¿Lo tengo que leer o me lo explicas? —pregunta con impaciencia.

Tasha coge aire y decide soltarlo todo del tirón, sin ninguna pausa.

—Lo que tiene ahí es una declaración firmada por mí en la que básicamente dice que, si entre usted y yo sucede algo en algún momento, es totalmente consentido y deseado por mi parte.

Ya está, ya lo ha dicho, y Connie la mira fijamente, sin parpadear. La empresaria se mantiene así durante unos segundos, procesando lo que ha escuchado. Después se levanta de su silla y se acerca a la ventana, apoya el culo en la repisa y comprueba que, en efecto, lo que tiene entre las manos es una declaración firmada por Tasha Merrell donde indica lo que acaba de decirle. Connie empieza a ponerse muy nerviosa.

—No sé qué tengo que decir, Tasha —dice incómoda.

La jefa de personal también se levanta, quedándose en medio del despacho.

—Solo quiero que lo tenga para que se sienta segura en caso de..., ya sabe. A mí no me importa lo que pasó con aquella chica —dice Tasha.

Connie contiene la respiración.

—Me importa a mí, Tasha —espetea con frialdad.

—Estoy segura, pero yo no sé por su boca lo que pasó. Sé lo que se comenta por aquí. Déjeme invitarla a una copa y me lo cuenta —propone Tasha.

Connie deja escapar una risa nerviosa. Sabe muy bien lo que significa esa copa y lo que puede pasar después. Su pulso se acelera y vuelve a recordar el consejo de Madison. Tasha es de su edad, segura de sí misma. Puede hablar con ella, dejar claras las cosas, y lo más importante, acaba de entregarle un documento que le garantiza que lo que marcó su vida en el pasado, no va a repetirse. Da igual que sea otra empleada.

—No sé —duda y mira la pantalla de su ordenador mientras intenta ganar tiempo.

La imagen de Hayden la atraviesa como un rayo, pero Hayden es eso, peligro. Un peligro dulce y tentador que no puede permitirse.

—Solo es una copa —insiste Tasha—. Un par de horas, conversamos, nada más.

Connie deja salir otra risa, aunque esta tiene un toque irónico que hace sonreír también a Tasha, lo que crea un momento de cierta complicidad entre ambas.

—Está bien, una copa —acepta, esperando no tener que arrepentirse.

Capítulo 10

—¿Necesita que le pida un taxi, señora Bowler? —pregunta Eric Baser cuando Connie camina hacia la puerta después de salir del ascensor.

—No es necesario, señor Baser, iré a pie. Gracias.

Eric Baser se levanta de su silla y se apresura a abrirle la puerta y franquearle el paso.

—Disfrute de la noche entonces.

—Gracias —dice Connie.

En cuanto sale de su edificio, se detiene un segundo y se acomoda la bufanda alrededor del cuello. El aire frío de la noche la envuelve de inmediato y le provoca un escalofrío, pero se siente reconfortada cuando aspira el olor a asfalto mojado que el otoño deja en las calles de Federal Hill.

Connie aprieta el paso sabiendo que no le sobra el tiempo. Ha salido más tarde de lo que pretendía de la oficina y después le ha resultado imposible recuperar ese tiempo en su apartamento. Mira el reloj de pulsera y comprueba que ya es la hora, si Tasha es puntual, estará esperándola en el bar donde la ha citado esta noche. Suspira incómoda, apenas necesita tres minutos para llegar, pero la impuntualidad es algo que detesta, ya sea por su parte o por la de la otra persona.

A pesar de la rapidez con la que camina, no puede evitar desviar la mirada hacia las fachadas de ladrillo y los pórticos iluminados con luz cálida a estas horas de la noche porque estas calles siempre la hacen sentirse en casa y en cierto modo le calman un poco esos nervios que siente por acudir a esta cita casi improvisada. Tuerce una esquina y la ve. Tasha está esperándola en la puerta del bar mientras se abraza el cuerpo para protegerse del frío.

—Siento el retraso —dice Connie cuando llega hasta ella.

—No se preocupe, ha llegado dentro de los diez minutos de cortesía —responde Tasha, sonriendo, palpándose la melena rizada sin necesidad.

—Si ahora me tratas con formalidades, me doy la vuelta y me vuelvo a casa —espeta Connie con las mejillas rojas por el esfuerzo de la carrera.

—De acuerdo. ¿Entramos? —propone Tasha.

Connie abre una puerta de madera que le parece que pesa una tonelada y le flanquea el paso para que sea ella la que la guíe por el interior, puesto que parece que ya ha estado allí antes.

El interior del bar desprende una atmósfera de sofisticación que hace que Connie se sienta cómoda de inmediato. Le gusta la iluminación cálida y que las ventanas sean grandes y dejen ver la calle mojada. Tasha elige una mesa de las que están pegadas al cristal, con una mesa baja de madera y un amplio sillón en forma de u que la rodea.

—Bonito sitio —dice Connie quitándose el abrigo y la bufanda.

—Hacía mucho que no venía —comenta Tasha—, pero es como si nunca pasara el tiempo aquí. El ambiente siempre es igual de acogedor.

Se sientan formando un ángulo de noventa grados y piden dos cervezas cuando llega el camarero. El nerviosismo de Connie es evidente desde el principio, le cuesta disimularlo. Tasha, sin embargo, parece tranquila y no está dispuesta a permitir que la tensión de su acompañante empañe la velada.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Solo vamos a tomar algo, Connie —dice atacando el problema de raíz, como suele hacer con todo, tanto en lo profesional como en lo personal.

Connie la mira y deja salir el aire atrapado en sus pulmones antes de sonreír.

—La verdad es que no lo sé —confiesa y levanta las cejas en un gesto que para ella es casual y para Tasha demasiado seductor.

—¿Qué tal la vuelta a Baltimore? Ha debido ser estresante que todo sea tan repentino —pregunta Tasha para romper el hielo.

Las cervezas llegan y Connie aprovecha para dar un buen sorbo. Está fría, justo como le gusta, y eso la ayuda a calmarse un poco.

—Sí. Reconozco que no me gustan los cambios abruptos. Yo soy más de planificar las cosas con tiempo y, aunque echaba mucho de menos regresar aquí, me hubiera gustado hacerlo de otra manera —explica Connie.

—Debió de ser duro. Todo —Tasha la mira fijamente. Poca gente lo hace porque Connie es una mujer que impone mucho y la mayoría se suele sentir intimidado ante ella, sobre todo los hombres—. Marcharte de aquella manera, volver por la muerte de tu padre, supongo que todo escapó a tu control.

Connie guarda silencio mientras la mira y sostiene su botella de cerveza en la mano. Tasha acaba de definir perfectamente cómo se ha sentido mejor que ella misma, como si nunca hubiera tenido el control de nada.

—Sí. Dejé que manejaran mi vida y no debí hacerlo —se lamenta Connie notando como la rabia le sube por el cuello.

—¿Qué pasó? —pregunta Tasha—. Me refiero a tu versión, no a la que se cuenta por ahí.

—¿Qué es lo que dicen por ahí? —pregunta Connie acomodándose en el sillón.

Nunca lo ha sabido a ciencia cierta. Solo sabe que hay rumores, primero porque se lo imaginaba y después porque su madre se lo confirmó para justificar la decisión de su padre de enviarla a otra sucursal cuando ella —tiempo después y más recuperada— empezó a echárselo en cara.

Tasha frunce el ceño y se remueve con cierta incomodidad en el asiento. Una cosa es haber escuchado los rumores y otra tener que contárselos a Connie.

—Tranquila —dice Connie, intentando esbozar una sonrisa que no llega a dibujarse en sus labios—, puedo soportarlo.

—Es que no me parece necesario, Connie. Solo son rumores y ya sabes que a medida que pasan por más bocas, más cosas se añaden y más crece la mentira —explica Tasha.

—Suponiendo que sea mentira —espetea Connie sorprendiendo a Tasha—. Venga, dímelo.

—Está bien. Lo que me llegó a mí cuando empecé a trabajar aquí, es que acosaste a la becaria que pusieron a trabajar contigo.

Que intentaste seducirla y como ella te rechazó, la seguiste un día cuando salió del trabajo, la abordaste dentro de los baños de un bar e intentaste besarla.

Tasha no se da cuenta, pero Connie no respira mientras la escucha, es incapaz de hacerlo porque la impotencia y la rabia la tienen paralizada.

—Ella te denunció por acoso al día siguiente en el departamento de Recursos Humanos de la empresa. Quería hacerlo ante la policía, pero tu padre la convenció de que no lo hiciera llegando a un acuerdo con ella que incluía una importante suma de dinero. Todo quedó resuelto y a ti te enviaron a la sucursal de Toronto para evitar comentarios y conseguir que la cosa se olvidara cuanto antes.

Connie ha cambiado el aire por un par de lágrimas silenciosas que no consigue contener. Se las seca con rapidez, arrastrándolas con los dedos mientras se muerde los labios con tanta fuerza que se clava los dientes y enseguida nota el sabor metálico de la sangre dentro de la boca. Tasha la mira sin saber cómo reaccionar. Jamás le ha visto esa mirada de desesperación y se arrepiente de inmediato de habérselo contado.

—Lo siento, no debería... —intenta disculparse.

—Sí que debías —la corta Connie con ese tono ronco más fuerte de lo habitual—. ¿Sabes por qué?

Connie la mira con los ojos vidriosos, pero no va a consentir que le salga ni una sola lágrima más.

—No —responde Tasha mientras la empresaria se termina lo que le queda de cerveza de un solo trago.

—Porque si ese rumor ha llegado a ti, también le llegó a mi padre, y permitió que continuara sabiendo que era falso, igual que mi madre.

—Se te ha corrido un poco el maquillaje —dice Tasha al mismo tiempo que se acerca y le pasa el dedo por debajo del ojo izquierdo con cuidado.

Connie siente que la corriente le atraviesa la espalda. Ahora mismo está tan rabiosa que descargaría toda su furia follando con Tasha en cualquier sitio. No piensa en Hayden, no piensa en nada. Por suerte, están en medio de un bar.

—¿Qué pasó en realidad? —insiste Tasha volviendo a su asiento.
Connie alza la mano y pide otra ronda antes de responder.

—Me parece que lo único cierto es que era mi becaria, lo demás... —Connie ladea la cabeza y esboza una sonrisa cansada—. Joder —dice y suspira frustrada, pasándose una mano por el pelo que lo arrastra desde la frente hasta la coronilla para después soltarlo y que este vuelva a su posición natural, fascinando a Tasha—. Fue ella, ella era la que me buscaba, la que propiciaba encuentros tontos en la cafetería, en el ascensor, en cualquier parte. Al principio no le daba importancia, pero era muy mona, eso no puedo discutirlo, y que a mí me gustaban las mujeres no era ningún secreto. Me sonreía, se interesaba por todo lo que decía y poco a poco fue captando mi atención. Después vinieron los roces casuales y las miradas y, cuando me quise dar cuenta, me había enamorado de ella como una imbécil.

—El amor es impredecible —opina Tasha.

—Y muy inoportuno —apunta Connie—. Yo pensaba que era recíproco —sonríe con amargura—, no había nada que me indicara lo contrario. Al menos no supe verlo, o estaba tan cegada que no fui capaz. Siempre era ella la que me buscaba en el trabajo, la de los roces, la que buscaba los momentos a solas que me desesperaban porque no la podía tocar. Jamás hice nada en el trabajo, tenía muy clara cuál era mi posición en la empresa y que ella era una becaria, aunque ambas teníamos casi la misma edad.

Hace una pausa y bebe, casi vacía media botella y después saborea la amargura del líquido en su boca, el mismo sabor amargo que la historia que está contando.

—Un día me siguió a los baños y entró conmigo en uno. Me asusté muchísimo y al mismo tiempo casi no podía respirar de las ganas que tenía de devorarla. Me dijo que no podía más, que estaba loca por mí y quería besarme. Me obligué a salir del baño antes de cometer una locura y cuando regresamos al despacho le dije que podíamos vernos esa tarde, fuera de allí.

Connie se aprieta las sienes y se muerde los labios otra vez, volviendo a notar el sabor de la sangre que disuelve con otro trago de cerveza.

—Quedamos en un bar, eso también coincide con su historia. Nos tomamos una copa y entramos al baño, solo que no la seguí yo, me siguió ella. La besé y sentí que desfallecía —vuelve a sonreír, pero esta vez lo hace de manera inexpresiva, como si su mente se hubiera apagado—. Era la primera vez que me enamoraba, así que para mí fue como flotar en una nube cuando ella siguió el beso, pero de repente, me soltó un bofetón y salió del baño.

—Joder —suelta Tasha sorprendida, enderezándose en el asiento como si el bofetón lo acabase de recibir ella.

Connie hace una mueca con los labios y encoge los hombros.

—Me quedé allí unos minutos sin comprender nada y, cuando salí, Samantha ya no estaba. Al día siguiente no apareció por el despacho y tres horas después, me llamaron a una reunión donde me encontré a mi padre, a Orlando Mason y al director de Recursos Humanos. Al parecer, me había denunciado por acoso a primera hora y, en lugar de preguntarme, se reunieron entre ellos y concluyeron en menos de tres horas que lo mejor era pagarle y enviarme a Toronto. Nadie quiso escucharme dentro de esa sala y, sinceramente, estaba tan hundida y me sentía tan humillada, que tampoco insistí.

—Lo siento mucho, Connie —dice Tasha, poniéndole una mano sobre la rodilla que mantiene durante unos segundos.

—Supongo que ya no importa.

—Sí que importa, te importa a ti y a mí también. ¿Qué dijo tu madre? —pregunta Tasha.

—Ese día me fui de la oficina en cuanto salí de ese despacho, necesitaba que me diera el aire porque estaba mareada. Cuando me sentí con fuerzas, fui por la noche a casa de mis padres, esperaba que al contarles mi versión mi padre entendiera que se había equivocado, que ella solo era una estafadora que había jugado conmigo y que yo había caído como una imbécil, pero lo que me encontré fue peor que lo que viví por la mañana en aquella reunión. Mi madre estaba hecha una furia, decía que los había humillado, que no tenía bastante con acostarme con mujeres que encima las acosaba. Mi padre no abría la boca, daba la impresión de que no le importaba lo que tuviera que decir, ni que Samantha hubiera

mentido, porque según él, la duda siempre estaría ahí revoloteando a mi alrededor, y supongo que en eso sí que tenía razón.

Se detiene y se pasa una mano por el pelo de nuevo, el mismo gesto que derrama su melena sobre su cara y sus hombros, cortando la respiración de Tasha.

—La cuestión era que él había tomado una decisión y no iba a retractarse, y yo estaba tan decepcionada con ellos y con la vida en general, que lo único que quería era desaparecer del mapa. Así que al día siguiente firmé mi declaración en Recursos Humanos y después el traslado, y dejé que me enviaran a Toronto con la moral por los suelos y el corazón hecho pedazos. Ahí tienes mi versión de la historia —remata y se termina la cerveza.

Tasha la mira, muy seria, sin saber qué decirle. No tenía mucho trato con el señor Bowler, no le caía ni bien ni mal, pero ahora se alegra de no haberle conocido lo suficiente porque le parece un hombre detestable.

—Debería irme, Tasha —dice Connie de repente—. No soy lo que buscas.

Tasha parpadea confundida, después sonríe.

—¿Cómo sabes que no lo eres?

Connie coge mucho aire. Vuelve a estar nerviosa. Contarle esa historia le ha dejado muy mal cuerpo y tiene ganas de romper cosas.

—Porque no busco nada, me gusta otra persona —suelta y se sorprende cuando se escucha confesando algo de forma tan categórica.

La imagen de Hayden bajo la marquesina esta mañana le atraviesa la mente como una ráfaga, encogiéndole el estómago.

—Estoy casada —dispara Tasha dibujando una expresión de pasmo en la cara de Connie—. En pleno proceso de divorcio, pero casada —aclara y sonríe mientras abre las manos como si así estuviera abriendo la caja que esconde todos sus secretos—. Te aseguro que yo tampoco busco nada serio, no tengo tiempo ni ganas para eso después de un matrimonio que me ha dejado sin energía, pero me atraes mucho y si nos podemos distraer juntas, a mí me iría de perlas.

—No sabía que estabas casada —dice Connie sin ocultar su sorpresa.

—Soy bastante discreta con mi vida privada —responde Tasha—, y sinceramente, no me apetece hablar mucho del tema. Mi mujer me está amargando la vida con el divorcio, su objetivo es quedarse con el apartamento y no pienso consentirlo, es mío, lo he pagado yo y no voy a regalárselo. Por eso necesito despejarme, porque de lo contrario, cualquier día de estos creo que me volveré loca.

Lo siguiente que nota Connie es el impacto de su sofá bajo la espalda y la presión del cuerpo de Tasha sobre ella. No suele ser pasiva, pero el ímpetu de la jefa de personal la sobrepasa —Tasha es como un huracán— y decide dejarse hacer cuando le pide que no se mueva. La ve desnudarse con lentitud y después la desnuda a ella. A Connie le cuesta no hacer nada y solo observar, pero deja que Tasha le inmovilice las manos por encima de la cabeza con una de las suyas. Se estremece cuando le mordisquea los pechos, se retuerce cuando le acaricia el pubis, jadea cuando la penetra y exhala hasta vaciarse cuando se corre.

Capítulo 11

Flashback

Hayden, hace once años

Hayden camina descalza sobre el césped, sintiendo la humedad y los pinchazos que las impurezas del suelo le provocan al clavarse en las plantas de sus pies. Camina despacio, con torpeza, con el cuerpo entero estremecido por algo que no se parece en nada al frío. Intenta cubrirse el cuerpo con los brazos a pesar de que sabe que es inútil, ataviada solo con la ropa interior y una camiseta de algodón blanco desgastada, sigue avanzando mientras nota su presencia detrás.

—Un poco más, pajarito. Hoy quiero probar una distancia nueva —dice él con la voz pastosa por la bebida y ese tono entre siniestro y burlón.

Hayden avanza un poco más hasta que él le toca el hombro izquierdo.

—Suficiente, quédate aquí —le dice inclinándose sobre ella.

Hayden aprieta las piernas y logra contener la orina que se le escapaba las primeras veces. Se queda quieta, paralizada, observando las sombras alargadas y tenebrosas que los árboles del bosque frondoso que tiene delante proyectan en el jardín trasero de su casa, donde ese hombre la utiliza como diana para su escopeta de perdigones. Hayden siempre se pregunta qué pasaría si gritase. ¿La escucharían los vecinos? No lo sabrá nunca porque el terror siempre la paraliza, pero está segura de que se desgañitaría en vano, porque están demasiado lejos para hacerlo. Entonces piensa en su madre y siente una mezcla de rabia y tristeza, porque sabe que ella está ahí, que está mirando y que no va a hacer nada para impedirlo porque solo tiene ojos para él.

—Ni se te ocurra moverte, pajarito —le advierte el hombre y Hayden sabe que esa es la señal.

Escucha sus pasos alejándose y su mente, rápida y prodigiosa para otras cosas, empieza a hacer cálculos. La distancia no es suficiente, de nuevo, el hombre ha calculado mal y la ha colocado demasiado cerca. Hayden sabe que, cuando dispare, los perdigones le rasgarán la piel. A veces no sabe qué es peor, si el puro impacto sobre su carne o que esta se abra. Las heridas nunca son graves, para eso sí que tiene cuidado, pero duelen tanto que Hayden se pasa días caminando erguida, con miedo de moverse.

El corazón empieza a latirle muy deprisa cuando deja de escuchar sus pasos. Ese es el peor momento, no saber cuándo llegará el primer disparo. El siguiente peor momento para Hayden es no saber cuándo parará. ¿Se conformará con uno? ¿Serán dos? ¿O cuatro como la última vez? Lo único que sabe es que no debe moverse, porque la única garantía que tiene, es que el tipo tiene buena puntería y el detalle de no darle en la cabeza, pero si se mueve y falla, la culpa será de ella.

—¿Lista para jugar, pajarito?

El disparo rompe el silencio como un trueno. Los perdigones le alcanzan en el muslo derecho y Hayden ahoga un grito. Duele. Duele tanto que las lágrimas le nublan la vista. Quiere moverse, presionarse con la mano para calmar el dolor, pero sabe que no debe.

—¡Has aguantado muy bien! —aplaude como un demente—. ¿Has visto, nena? —le pregunta a su madre.

La madre de Hayden no responde, aunque ella se la imagina sonriéndole de ese modo que ella no comprende, con fascinación y admiración por todo lo que hace, que no es otra cosa que comerse su comida, gastarse su dinero y disparar a su hija—. ¿Quieres probar otra vez, pajarito?

La pregunta la estremece y cierra los ojos. El siguiente disparo llega sin que tenga tiempo de pensar o de prepararse, y Hayden se sobresalta. Esta vez los perdigones le impactan en el hombro izquierdo y Hayden trastabilla, pero enseguida se yergue porque sabe que debe mantenerse quieta. El dolor es igual de intenso,

aunque sabe que la camiseta no ha permitido que el plomo se le clave en la carne.

—Vaya, parece que va a llover —dice el hombre cuando el cielo se ilumina de repente por un rayo.

Su risa siniestra resuena en el jardín y Hayden escucha la puerta trasera de su casa cerrarse cuando él entra. El juego ha terminado, pero ella no se mueve, solo levanta la mirada y permanece a la espera de que las gotas caigan y la empapen.

La lluvia le gusta, su sonido la relaja y siempre tiene la sensación de que el agua se lleva con ella sus miedos y parte de su tristeza. Hayden sabe que tiene que huir, si sigue en esa casa donde su madre no la protege, él algún día la matará. Mañana cumple dieciséis. Se repite que ya es adulta, que ella puede hacerlo, y que la casa de esa tía sobre la que su madre siempre echa pestes por la boca, no está tan lejos.

Capítulo 12

—Menuda rigidez —dice Randy Turrell cuando Hayden cruza la puerta del edificio, después de notar que la informática se mueve de una manera que le parece poco natural.

Ella intenta sonreírle, pero le sale una mueca tensa y tiene que girar todo el cuerpo para poder mirarlo porque le duele tanto el cuello que no puede moverlo. Esta noche ha tenido otra pesadilla. Ha sido tan real que no solo ha escuchado el sonido de los disparos magnificados por la extensión del terreno, sino que, ha podido sentir el mismo dolor, incluso diría que ha sido peor, más intenso. Se ha despertado sobresaltada, con el cuerpo en tensión, los puños apretados y la respiración entrecortada. Estaba sudando y no está segura de si también estaba llorando, pero era tal la rigidez en su cuerpo que, cuando se ha movido para salir de la cama, algo ha crujido por debajo de sus cervicales, haciéndole una contractura justo en medio de los hombros que la obliga a limitar sus movimientos si no quiere rabiar de dolor.

—Una contractura —dice ella apretando los labios—, una mala posición, supongo.

—Vaya por Dios —dice Randy frunciendo el ceño—. Quizá deberías quedarte en casa hoy, reposando.

Hayden quiere negar con la cabeza, pero no puede porque el dolor no se lo permite. Tampoco le apetece entretenerse, la pesadilla le ha dejado muy mal cuerpo —además de la contractura— y quiere irse hacia su mesa, en el rincón, y quedarse sola como siempre aprovechando esa hora que todavía falta para que lleguen los demás. O tal vez no, no sola del todo, porque le apetece ver a Connie y no deja de preguntarse si hoy pasará a verla o decidirá quedarse en su despacho como hizo el día anterior.

—No quiero quedarme en casa. Se me pasará —dice convencida, porque se ha tomado un antiinflamatorio, el mismo que utilizó cuando se torció un tobillo, y en aquella ocasión funcionó.

—Bueno —dice Randy—, intenta tener una postura cómoda al menos.

El hombre hace una mueca tras decirlo porque sabe que eso es difícil. Jamás ha visto a Hayden sentada en posición correcta en una silla, siempre tiene las piernas subidas y cruzadas en posición de loto, y está seguro de que eso no va a ayudarla.

—Lo haré. Gracias, Sr. Turrell.

Hayden desaparece detrás de las puertas del ascensor y, quince minutos después, es Connie la que entra y saluda al conserje del edificio. Su ritual es el mismo, sube y se dirige hacia el despacho para dejar sus cosas, sin embargo, en esta ocasión, se queda mirando la taza de café que le regaló Hayden mientras siente que el estómago se le retuerce. Es culpabilidad ese sentimiento extraño que la atraviesa y que la angustia, lo identifica de inmediato, de hecho, lo ha identificado desde que ha abierto los ojos esta mañana. Sabe que no debería sentirse así, anoche se lo pasó bien con Tasha, hablaron, pasaron una buena velada y follaron. Sin compromiso alguno, como dos mujeres adultas que saben lo que quieren y no tienen reparos en decirlo. Y a Connie no le importaría repetirlo porque una parte de ella se siente más tranquila tras la descarga emocional y física, pero siente que le ha fallado a Hayden y no entiende el motivo. O quizás sí lo entiende, pero se niega a admitirlo.

Se tira del nudo de la corbata como si la estuviera asfixiando a pesar de estar completamente holgado y coge la taza tras decidir que no quiere pensar más, entrará a por café y la saludará. Llega hasta la puerta y la imagen de Hayden la hace detenerse para observarla. Al igual que ayer cuando miraba la lluvia protegida bajo la marquesina, no ha reparado en ella, pero no tiene la expresión tranquila y serena del día anterior. A pesar de estar un poco lejos, Connie se da cuenta de que Hayden tiene las ojeras típicas de quien ha pasado mala noche, lo sabe porque ella las ha tenido muchas veces. También tiene la mandíbula apretada hasta dejar sus labios

dibujando una fina línea recta y se balancea hacia delante y hacia atrás sobre la silla mientras sostiene su taza de café en una mano, reposa la otra sobre el ratón del ordenador y mira la pantalla fijamente.

Connie traga saliva al notar que el nudo de su estómago se estrecha. Accede a la sala con naturalidad, dejando que sus tacones hagan ruido para que Hayden pueda escucharla y no se asuste al verla.

—Hola, Hayden —saluda cuando llega frente a ella.

La informática levanta la mirada y separa los labios para dejar salir el aire que parece haber contenido durante demasiados segundos.

—Hola, señora Bowler —responde, notando como esas mariposas que hasta que conoció a su jefa eran completamente desconocidas para ella, se expanden por su pecho como si vivieran dentro de ella.

Quiere sonreír porque se alegra de verla, está feliz, pero ese sentimiento se mezcla con el terror que ha sentido esta noche y los ojos se le humedecen sin que ella logre entender por qué una emoción se mezcla con la otra y le pasan esas cosas. Baja la mirada de inmediato y trata de girar la cabeza hacia un lado, pero la contractura cruje como si fuera una rama seca y le provoca un latigazo de dolor que la obliga a exhalar y contener la respiración hasta que el dolor disminuye.

—¿Qué te pasa, Hayden? —pregunta Connie, dejando su taza vacía sobre la mesa.

Ella se toma unos segundos para contestar y no es consciente de que su cuerpo comienza a balancearse de nuevo. Está nerviosa. No consigue sacudirse esa sensación de angustia que le ha dejado la pesadilla de esta noche y ese dolor punzante no la ayuda, ni el no ser capaz de expresar cómo se siente.

—Hayden —insiste Connie con un tono comprensivo y tan bajo que hace que su voz no suene ronca.

—Una contractura —responde como si eso lo explicara todo.

—Parece una de las gordas —frunce el ceño la empresaria—. ¿Te has tomado algo para el dolor?

—Sí. Ahora se me pasa —lo dice como un hecho, como si faltaran solo unos minutos para que lo que afirma se cumpla, pero no deja de balancearse lentamente como un péndulo.

Connie decide hacerse el café para darle un poco de espacio y permitir que se tranquilice, que se le pase la angustia que contiene y que le encharca los ojos mientras ella se muerde los labios en un intento de contener la impotencia.

La taza se llena y Connie sopla el líquido varias veces observando a Hayden de soslayo. Bebe un par de sorbos y se quema, pero necesita el café para despejarse.

—¿Me puedo acercar, Hayden? —pregunta sin poder contener su lengua, dejando la taza junto a la cafetera.

Hayden detiene su movimiento en seco y la mira, encorvada hacia delante mientras apoya los codos en las rodillas. Su posición en la silla es justo la que Randy esperaba, con los pies subidos y las piernas cruzadas en posición de loto.

—¿Para qué? —pregunta notando un cosquilleo repentino atravesarle la columna.

Connie no se esperaba esa pregunta de ninguna otra persona, pero de Hayden sí.

—A lo mejor puedo aliviarte si me dices dónde te duele. En los botiquines hay pomadas para el dolor muscular, te puedo poner un poco.

Hayden la mira como si estuviera viendo a uno de los marcianos de esos juegos que tanto le gustan a Miles. Nunca ha necesitado tanto sentir el contacto físico de nadie como lo necesita de ella, así que le dice que sí. Aunque le haga daño, quiere notar su piel sobre la de ella.

Connie se da la vuelta y camina hasta la entrada, donde está el botiquín de esa sala. Vuelve con la pomada, rodea la mesa y se acerca a Hayden muy despacio hasta situarse justo a su lado, donde ella pueda verla.

—¿Dónde te duele? —pregunta la empresaria.

Hayden intenta llevar un brazo hacia arriba y señalar la zona, pero el dolor se lo impide y su expresión de frustración entenece a Connie.

—No pasa nada, me agacho y me tocas donde te duele —dice tranquila, agachándose a su lado para que pueda tocarle la espalda.

Hayden tarda unos segundos porque su mirada se pierde en la melena suelta esparcida sobre la camisa blanca. El olor de su perfume es muy sutil, apenas imperceptible si no estás cerca de Connie, pero Hayden está muy cerca, más que nunca.

—Aquí —dice tocando la columna de Connie justo entre los omóplatos.

—Qué mal sitio —dice la empresaria cuando se incorpora—. Justo en el medio, te paraliza ambos lados.

Hayden está de acuerdo, aunque no dice nada.

—Te voy a meter la mano por debajo de la ropa, ¿de acuerdo? —dice Connie mientras se vierte la pomada entre los dedos de la mano derecha.

De nuevo, Hayden guarda silencio, pero se deja hacer y siente un hormigueo repentino cuando Connie agarra el cuello de su camiseta junto al de la sudadera y tira de él lo suficiente para poder meter la mano. Hayden permanece completamente rígida mientras le expande la crema, apenas respira y sus ojos vuelven a humedecerse haciendo que los nervios vuelvan y su pulso se dispare. Connie se da cuenta, nota la inquietud en su cuerpo y la ve cerrar las manos alrededor de los reposabrazos de la silla.

—¿Te hago daño?

—No —contesta con una exhalación.

Connie decide que ya es suficiente y saca la mano, pero no se aleja de ella. En su lugar, coge un pañuelo de papel de los que Hayden tiene sobre la mesa y se limpia los restos de la crema de la mano, mientras se agacha a su lado y gira la silla para poder verle la cara.

—¿Prefieres trabajar desde casa hoy?

—No quiero estar en casa.

La respuesta de Hayden es tan tajante que Connie no le insiste, pero si ahora que están solas la informática está tan nerviosa y sensible, ¿qué pasará cuando la sala se llene de gente?

—Te voy a hacer una pregunta y quiero que seas sincera conmigo, Hayden. ¿Estarías más cómoda en un despacho más

pequeño? He estado preguntando y me consta que hay uno vacío en esta planta. Tú y Miles podríais trabajar desde allí si lo prefieres.

—Sí.

La respuesta de Hayden es inmediata y para Connie no hay nada más sincero que eso.

—Está bien. Voy a pedirle a los de mantenimiento que lleven vuestras mesas de inmediato —Connie se pasa una mano por el pelo para apartarlo de su cara—. Mientras tanto, coge tu portátil y trabaja desde mi despacho, allí estarás más tranquila.

—Prefiero ir a la azotea —responde Hayden con esa sinceridad que la caracteriza, aunque hay un deje de angustia en su tono porque no quiere ofender a Connie.

La empresaria la observa y esboza media sonrisa al mismo tiempo que se pierde en su mirada. De nuevo siente confusión y duda de su propia memoria. Ahora que está tan cerca de Hayden, no tiene muy claro si sus ojos son verdes o azules porque, en ese instante, tienen una tonalidad que baila entre los dos colores, igual que el mar en un día nublado.

—De acuerdo —sigue sonriendo la empresaria—. Ve donde te sientas más cómoda e intenta tranquilizarte. Los días malos pasan —su voz suena tan cálida que el corazón de Hayden da un vuelco.

Al levantarse, Connie roza una rodilla de Hayden al apoyar una mano en la silla y esta da un respingo.

—Perdona —dice Connie, apartándose de inmediato—. Te dejo para que vayas recogiendo tus cosas. Enseguida vendrán para ayudarte.

Connie se acerca a la cafetera y coge su taza. El café ya está frío, pero no se entretiene en hacerse otro porque de repente siente que necesita salir de ahí. Se ahoga junto a Hayden, le asfixia tener que reprimir todo lo que experimenta cuando está junto a ella y, al mismo tiempo, siente angustia porque no puede ayudarla, aunque Hayden siente justo lo contrario. Connie Bowler es la primera persona después de su tía que se preocupa por ella. El problema es que no es eso lo que Hayden quiere de ella, lo que necesita es que Connie le diga lo mismo que ella le dijo el otro día, que ella también le gusta, pero Connie no se lo ha dicho y, aunque a veces Hayden

tiene la sensación de que sí que es así, no se fía de sus percepciones porque siempre le ha costado comprenderlas. A ella se le da bien analizar datos, en cambio las emociones, son como un enigma indescifrable.

—¿Puedo pasar? —pregunta Tasha Merrell tras asomarse a la puerta del despacho de Connie.

—Sí, claro, entra —dice la empresaria, carraspeando en un intento absurdo de aclararse la voz.

Las dos se miran un instante cuando Tasha cierra la puerta y Connie se aparta el pelo de la cara en un claro gesto de nerviosismo. Anoche no hablaron de esto, del día después, y no sabe qué es exactamente lo que le espera. La sonrisa divertida de Tasha la hace entornar la mirada, de repente, siente que tienen una confianza que parece forjada por cien años de amistad.

—¿Qué? —frunce el ceño Connie.

—Que te relajes —sigue sonriendo Tasha—. Somos adultas. Yo tengo muy claro cuál es mi puesto y tú cuál es el tuyo, y aquí se viene a trabajar —suelta divertida.

Connie arquea una ceja y le devuelve la sonrisa.

—Joder, gracias por aclararlo —le guiña un ojo y suspira más tranquila—. Entonces, ¿a qué debo esta visita tan temprana?

—Bueno, he ido a la sala de los informáticos y he notado que me faltaban un par de mesas. No sé, me ha llamado la atención —explica Tasha con las cejas levantadas.

—Ah, eso, perdona —Connie se lleva la mano a las sienes y se las aprieta, tiene un ligero dolor de cabeza desde hace un rato—. Quería decírtelo en cuanto llegaras, pero se me ha pasado por completo. Los he dejado trasladarse al despacho vacío, espero que no te suponga un problema.

—En absoluto, siempre he pensado que Hayden trabajaría mejor así, pero tu padre siempre abogaba porque compartir espacio fomentaba el compañerismo entre los informáticos, que, según él, de por sí ya son raros, así que nunca le comenté nada.

—Es una suerte que yo no sea mi padre —sisea Connie con sarcasmo.

Tasha le sonríe.

—Eso es cierto. Me vuelvo a mi puesto entonces —dice la jefa de personal.

Connie deja pasar unos minutos desde que Tasha se marcha y después sale del despacho para pasarse a ver si Hayden está cómoda en su nuevo puesto, pero cuando abre la puerta, solo encuentra a Miles.

—¿Y Hayden? —pregunta tras saludarlo.

—En la azotea —responde él soplándose los rizos, que se levantan y vuelven a caer exactamente en el mismo sitio.

—¿Todavía? —se sorprende Connie tras comprobar la hora en su reloj de pulsera y calcular que al menos lleva un par de horas allí arriba.

—La cobertura llega bien —trata de justificarla su compañero—, puede trabajar sin problema.

—No lo dudo, Miles. ¿Qué tal estás aquí? Te he movido sin consultarte y quizá preferías seguir en la otra sala —piensa Connie de repente.

—Estoy perfectamente, gracias —le sonríe, soplándose los rizos de nuevo.

—Bien.

Connie cierra la puerta y va directamente hacia las escaleras para subir a la azotea. El frío de los primeros días de noviembre le parece demasiado intenso como para pasar dos horas allí arriba, pero ella solo lleva la camisa y Hayden está abrigada con su chaqueta, sentada en la esquina de siempre.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Connie sentándose a su lado.

—Bien, me duele menos —responde Hayden haciendo un ligero movimiento con la cabeza para demostrarle que no miente.

—Me alegro —responde Connie y su cercanía estremece a Hayden—. ¿Y de lo demás? ¿Estás más tranquila?

Hayden asiente. Lo está, por eso no ha bajado todavía, porque está tan relajada que no tiene ganas de moverse. El viento le mueve varios mechones lacios que su coleta alta no logra retener y Connie tiene que sujetarse una mano con la otra para contener el impulso

de pasarle los pulgares por la cara y arrastrar esos mechones hasta colocarlos detrás de sus orejas.

Se hace un silencio raro. No es incómodo, sino tenso, porque Hayden no puede dejar de mirar el nudo flojo de la corbata de Connie y a su vez esa clavícula despojada de cualquier tela que la cubra. Se pierde por sus líneas y se queda absorta mientras la empresaria se acelera mirando sus labios entreabiertos.

—Bueno —carraspea Connie, consciente de que no puede estirar ese momento o podría perder el control—. No te quedes mucho tiempo aquí, Hayden, hace frío y eso no te va nada bien para la contractura.

Connie se levanta y se queda petrificada cuando Hayden le contesta.

—Me gusta que venga a verme —suelta la informática con tranquilidad.

Connie se gira para mirarla. El corazón se le ha subido a la garganta y nota como le palpita en las sienes. No sabe qué cojones contestarle. A ella también le gusta ir a verla, pero no puede decírselo porque siente que no es apropiado, aunque tampoco son apropiadas sus visitas y se las hace.

—No tardes en bajar, Hayden —dice finalmente y, aunque Hayden es bastante inexpresiva, a Connie no le cuesta ver la decepción en sus ojos, que ahora son de un verde muy intenso.

Capítulo 13

Connie se baja del taxi que la deja delante del hospital donde trabaja Madison y se ajusta bien el abrigo. Habían quedado para comer en un restaurante del centro, pero su amiga la ha llamado hace una hora diciendo que se le había complicado la mañana y le ha suplicado que se acerque allí para comer con ella. Connie odia la comida de la cafetería del hospital, le parece que hay poca variedad y que todo lo que sirven está pasado y seco, pero tendrá que conformarse.

Camina por el interior del edificio sin mirar a nadie en concreto, esquivando a médicos y visitantes mientras se decide a bajar por las escaleras. De nuevo llega tarde, últimamente llega tarde a todas partes y empieza a preguntarse desde cuándo está tan desconcentrada. En realidad, Connie lo sabe, pero prefiere no darle importancia. Empuja la puerta de la planta baja y se cruza con una chica vestida con vaqueros y sudadera gris oscura. No se parece en nada a Hayden, pero a ella se la recuerda porque cualquier detalle parece una buena excusa para pensar en ella. Esta mañana no ha pasado a verla, aunque deseaba hacerlo. Quería saber cómo se encontraba, si le seguía doliendo la contractura o si estaba cómoda en su nuevo despacho, pero no lo ha hecho. Ha logrado contenerse y, en lugar de sentirse bien, siente que le falta algo.

—Por fin llegas —dice Madison apareciendo a su lado de repente, ataviada con su bata y el estetoscopio todavía colgado del cuello.

—Lo siento, el tráfico —miente Connie.

—Tranquila, más siento yo tener que arrastrarte aquí con esta comida tan nefasta —masculla Madison—. Te prometo que la próxima vez será en un sitio decente, yo invito.

Connie sonríe mientras caminan y cogen una bandeja. La empresaria se decide por una ensalada que le parece lo único fresco

del día, una bolsita de pan tostado y un yogur. Madison se arriesga con un plato de pasta de dudoso aspecto y se sientan en la primera mesa que encuentran libre, cerca de una ventana que da al aparcamiento del hospital.

—¿Un mal día? —pregunta Connie cuando su amiga casi atraviesa el plato con el tenedor, atacando la pasta como si fuera la culpable de la ira que siente.

Madison pasea la mirada por toda la sala y después la clava en su amiga.

—En realidad, no, lo único que me desquicia es la doctora Dickens —dice y resopla, dejando caer el tenedor sobre el plato.

—Ah —recuerda Connie con una sonrisa—. ¿Sigue igual?

—Ya lo creo. Tu plan de seguirle el rollo no ha funcionado, aunque debo reconocer que tampoco me esforcé mucho —admite con una mueca de diversión—. Bastante le bailan el agua por aquí como para que lo haga yo también. Es como si hubiera llegado una diosa, parece que nadie sabe hacer nada y todo se lo tienen que consultar a ella —dice con los ojos en blanco.

Connie se ríe, divertida por la expresión desesperada de su amiga.

—Pero ella parece que solo tiene interés en lo que yo hago.

—A lo mejor le gustas —teoriza Connie.

—Sí, claro —suelta Madison, pero sus mejillas se ponen rojas y se remueve en la silla con inquietud.

Connie se da cuenta del detalle, pero decide no hacer ningún comentario, al menos por el momento.

—A ella lo único que le gusta es darme órdenes y supervisar lo que hago —dice Madison—. Deberías hacer más pruebas, no deberías dejar que la madre esté presente cuando hables con la paciente, al de la cuatro lo deberías mandar a casa, solo tiene cuento... —la imita Madison con burla, con un tono pomposo y estirado que hace que Connie se muera de la risa.

Ella no se ríe, solo tiene ganas de estrangular a Alice Dickens, o de empotrarla; sin embargo, eso no lo dice porque le parece contradictorio, ni ella misma se entiende.

—Buen provecho, señoras —dice una voz femenina y aterciopelada que manda un escalofrío por la columna de Madison. Es Alice Dickens pasando por su lado con una bandeja.

Connie le da las gracias sin saber quién es, Madison por poco se atraganta con su propia saliva y se queda hipnotizada viendo cómo la mujer camina hacia una mesa situada a poca distancia de la suya, con esa elegancia natural que hace que varias cabezas se giren a su paso.

—¿Quién es? —pregunta Connie, chasqueando los dedos frente a su amiga, que parece atontada.

—Ella —susurra Madison inclinándose hacia delante—. Es la doctora Dickens.

Connie, intrigada, se gira con cierto disimulo y ve por el rabillo del ojo como precisamente, en ese instante, Alice Dickens también se gira para mirar a Madison. Las dos doctoras parecen mantenerse la mirada durante una fracción de segundo y después la apartan con rapidez. Madison pincha un poco de pasta y se la mete en la boca, nerviosa, como si de repente no supiera qué hacer con las manos o dónde posar la mirada.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dice Connie, cogiendo un trozo de pan tostado y esbozando una sonrisa divertida.

—¿El qué? —Madison pregunta, pero no la mira a los ojos porque tiene miedo de su respuesta.

—Te gusta. Y ni si te ocurra negármelo, solo os ha faltado lanzaros un besito —se burla y, aunque Madison quiere clavarle el tenedor en un ojo, el comentario le hace gracia y suelta una risotada.

—Vale, quizá un poco —reconoce su amiga—. Esto es raro, ¿verdad? Porque no la soporto, así que no entiendo por qué mierda me siento atraída por ella. Es como si mi cerebro y mi... bueno, ya sabes, no se pusieran de acuerdo.

—Para eso no tengo respuesta —dice Connie—, a veces nos sentimos atraídas de quien no debemos.

—¿Ahora hablamos de mí o de ti? —inquire Madison.

—De ti, por supuesto.

Madison levanta una ceja y sonríe, pero antes de mirar a Connie, echa una mirada rápida hacia Alice sin poder evitarlo. Está sola, y le gusta ver su expresión concentrada mientras come.

—¿Qué tal tú con aquella chica, Hayden? —pregunta Madison centrando la atención en su amiga.

—Tu plan tampoco funcionó —responde Connie.

—¿Mi plan? Ahora me he perdido —dice Madison, tratando de hacer memoria mientras bebe un sorbo de agua.

—Dijiste que un buen polvo con Tasha me ayudaría a olvidarme de Hayden —Connie hace una mueca y tuerce los labios.

—¿Te tiraste a Tasha? —pregunta Madison sonriendo.

—Sí. Salí con ella la otra noche y al final acabamos en mi casa —explica la empresaria—. Y lo cierto es que no me arrepiento, es una mujer interesante y estamos en un punto parecido.

—¿A qué te refieres con un punto parecido?

—Le dije que me gustaba otra persona. No lo pude evitar, y resulta que ella está en pleno proceso de divorcio con pocas ganas de complicarse de nuevo, así que, si nos vemos, será solo para pasar el rato —responde Connie.

—Bueno, eso tampoco está mal, al menos liberas tensiones. Entonces, ¿lo de Hayden va a más?

Connie encoge los hombros y se recuesta en la silla.

—No lo puedo controlar, es como una bola de nieve que tengo dentro y va creciendo, pero me da muchísimo miedo. Cuanto más trato con ella, más frágil me parece.

Connie le explica lo que pasó el día anterior, el estado de nerviosismo de Hayden y su vulnerabilidad.

—Sé que no siempre está así, pero es evidente que le pasa algo, y después en la azotea me soltó que le gusta que vaya a verla —Connie carraspea, a veces tiene la sensación de que su voz se vuelve más ronca cuando habla de ella.

—¿Y tú qué le contestaste? —pregunta Madison.

—Nada. Volví a evitar el tema. No le quiero mentir, y tampoco alimentar lo que siente, aunque lo cierto es que no parece que le importe. Suelta lo que piensa sin cortarse cuando menos me lo espero —sonríe Connie.

Madison ladea la cabeza en un movimiento rápido, pensativa. Apenas se fijó en Hayden el día en que acompañó a Connie a la oficina. Sabe quién es por cómo se la ha descrito su amiga y empieza a hacerse una idea bastante definida de su carácter conforme le va hablando de ella. Madison tiene sus teorías, pero no puede exponerlas al azar sin conocer mejor a Hayden.

—¿Qué vas a hacer, Connie? —pregunta la doctora.

La empresaria chasquea la lengua con expresión amarga.

—No lo sé —dice y sacude la cabeza, arrastrándose el pelo hacia atrás para que de inmediato caiga hacia delante.

—Si quieres mi opinión, sigo pensando lo mismo del otro día. Si no lo sabes, deberías mantener la distancia. No pienses en ti, piensa en ella. No puedes estar alimentando lo que sea que siente mientras te acuestas con Tasha y decides si te conviene o no acercarte a ella.

—Lo sé —suspira Connie, aunque no sabe cómo hacerlo para alejarse de Hayden. La simple idea de no verla hace que sienta un vacío en el estómago que le cierra los pulmones.

Capítulo 14

—Odio cuando toca hacer esto —dice Miles con un resoplido que le mueve el flequillo.

Hayden detiene su balanceo de inmediato y lo mira apretando los labios en una mueca frustrada. Miles sonríe.

—Sí, tú lo odias más —dice su amigo y Hayden le devuelve la sonrisa.

Tienen que instalar una actualización nueva en todos los ordenadores de la empresa y lo han de hacer manualmente. Comenzaron ayer y se pasaron todo el día con lo mismo, Miles con los ordenadores de sobremesa y Hayden con los portátiles que podía llevarse al despacho. Hoy ya no puede hacer eso, los que faltan son los de los directivos y ambos saben que no permiten que se lleven sus ordenadores, cualquier actualización por mucho tiempo que lleve, la tienen que hacer allí, en sus despachos, con ellos, bajo sus miradas expectantes y a veces impacientes.

—Tú puedes encargarte de la señora Merrell, con ella te sientes cómoda, y después de la señora Bowler —dice Miles, guiñándole un ojo a Hayden cuando nombra a la última.

—No —responde ella tajante—. De la señora Bowler ocúpate tú.

Miles levanta las cejas, sorprendido.

—¿Por qué? Pensaba que te gustaba —dice al mismo tiempo que desconecta su portátil de la corriente para poder transportarlo.

—Pero yo no le gusto a ella —responde Hayden haciendo lo mismo.

Miles se acerca y se sienta sobre su mesa como un auténtico chismoso. Hayden se ríe y le da un empujón para que se baje porque altera su orden perfecto.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta él dejándose caer en una silla.

Ella encoge los hombros sin dar muestras de que le importe porque los primeros días era así, tenía claro que la señora Bowler era inalcanzable para ella y lo asumía, pero ahora la señora Bowler le gusta demasiado, y algo le duele mucho cuando tiene la certeza de que no es recíproco.

—Le dije que me gustaba, y también que me gustaba que viniera a verme —suelta Hayden enrollando de manera perfecta el cable de su portátil.

Miles parpadea impresionado y se endereza en la silla.

—¿Le has dicho a la señora Bowler que te gusta? —pregunta intentando contener la risa.

—Sí, hace días.

—Qué fuerte —dice y se inclina hacia delante—. ¿Y ella qué te dijo?

—Nada, cambió de tema, igual que hace un par de días cuando le dije que me gustaban sus visitas, y no ha vuelto a venir a saludarme desde entonces.

Eso es lo que peor lleva Hayden, que Connie no haya aparecido ninguna mañana desde que se trasladó al despacho nuevo. Echa de menos sus visitas, su voz ronca cuando la saluda, el sonido de sus pasos cuando se acerca, el nudo flojo de su corbata, el olor de su perfume que permanece en el aire durante unos minutos después de que se haya marchado y las conversaciones poco trascendentales que tienen, pero que para ella son muy importantes.

—Vaya —dice Miles chasqueando la lengua mientras observa la expresión desorientada de Hayden, que parece muy perdida—. A lo mejor no se lo tendrías que haber dicho.

—¿Por qué? —pregunta ella mirándolo fijamente, sin entender por qué debe ocultarlo—. Es la verdad.

—Lo sé, y está bien ser sincera, Hayden, pero ella es la jefa y tú una empleada. A lo mejor no se siente cómoda con eso. Además, recuerda lo que dicen por aquí, eso que le pasó con aquella chica que trabajaba con ella hace años —dice Miles.

Hayden lo mira y frunce el ceño mientras su mente analítica trabaja a demasiada velocidad.

—Aquello no es verdad —afirma Hayden convencida.

—Eso no lo sabes, Hayden y, en cualquier caso...

—Sí lo sé. He leído su declaración, la que entregó en el departamento de Recursos Humanos.

—Joder, Hayden —Miles suelta una carcajada nerviosa—. Te he dicho que no puedes hacer eso. Es información confidencial.

—Pero lo he hecho —dice ella como si ya no se pudiera hacer nada—. Y no fue culpa de ella, aquella chica la engañó.

—De acuerdo, supongamos que la señora Bowler no es una acosadora, pero es nuestra jefa. Intenta no decirle lo que sientes, ¿vale? —le aconseja Miles.

—Tú dijiste que debía hablar más.

Miles la mira con ternura mientras se levanta.

—Sí, Hayden, pero no de eso. Habla de ti, intenta ser más extensa en las respuestas cuando ella te pregunta y así ella no se sentirá incómoda.

Ella lo mira y asiente, aunque Miles no está muy convencido de haber logrado que lo entienda. Se siente frustrado porque a veces no sabe cuál es el mejor modo de explicarle las cosas, o de conseguir que las entienda, porque sabe que la mente de Hayden funciona de otra manera y él todavía no ha logrado descifrar todas las funciones.

—Ve a su despacho, anda —dice Miles—, de lo contrario, tendrás que subir a la planta de los pijos y ocuparte del señor Mason y compañía, ¿quieres eso?

—No —sonríe Hayden.

—Ya me lo imaginaba. Tú te ocupas de la señora Merrell y la señora Bowler y yo me encargo de los buitres. ¿Me esperas para comer?

—Sí —dice ella y ambos salen juntos del despacho.

Hayden va primero al despacho de la señora Merrell, aunque no suelen hablar mucho, se siente cómoda con ella. La mujer siempre respeta su espacio y la ha tratado bien, esforzándose por hacer que Hayden se sienta como una más dentro de la empresa. Actualizar su portátil le lleva alrededor de una hora y, cuando sale de su despacho, va directamente hacia el de Connie Bowler, llamando a la puerta antes de abrir.

Connie no se sobresalta al verla, de hecho, se alegra de que sea ella y no Miles la que va actualizar su ordenador de sobremesa y su portátil.

—Pasa, Hayden —dice y carraspea, notando como la garganta se le seca cuando ella entra.

No se han vuelto a ver desde que subió a verla a la azotea. Connie se dice a sí misma que ahora que Hayden ya no está en la sala donde ella va a sacar su café, no tiene motivo para visitarla, pero cada día cuando se marcha, siente que se ha dejado una tarea muy importante pendiente. Ella también la echa de menos de un modo que le parece impensable, y no se saca de la cabeza el último comentario de Hayden cuando le dijo que le gustaban sus visitas. Se siente mal por su indiferencia en aquel momento, y ahora cuando se miran, nota la tensión entre ellas flotando con densidad en el ambiente.

—¿Por cuál quiere que empiece? —pregunta Hayden plantada en el centro del despacho como si fuera un árbol, sujetando su portátil y un disco duro entre las manos con una fuerza que le tiene los nudillos blancos.

—El de sobremesa, seguiré trabajando con el portátil desde el sofá, siéntate aquí —responde Connie, levantándose de su silla para dejársela a Hayden.

Hayden no se mueve hasta que la empresaria ha recogido sus cosas y se ha sentado en el sofá, lo que le deja claro a Connie que no quiere pasar cerca de ella.

La empresaria la mira de reojo cuando se acerca a su mesa y se sienta en su silla. La ve removerse incómoda y enseguida empieza a hacer botar ambos pies de manera frenética mientras conecta su portátil al ordenador y pulsa el ratón para desbloquear la pantalla.

—La contraseña —dice Hayden.

—¿Disculpa?

—Pide la contraseña, tiene que ponerla —dice bajando la cabeza, lo que hace que varios mechones lacios de su pelo le invadan la cara y desconcentren a Connie.

—Sí, claro, perdona.

Connie se levanta de inmediato y se inclina al lado de la informática para teclearla. Hayden aparta la mirada y contiene la respiración cuando el pelo suelto de Connie le roza la oreja y su perfume la envuelve y se le mete por las fosas nasales, dejándola fuera de juego durante varios segundos.

—Ya está —anuncia Connie volviendo al sofá.

Durante la siguiente media hora el silencio es absoluto e incómodo para ambas. Hayden ha hecho todo lo que tenía que hacer y ahora solo puede esperar a que el ordenador se actualice, lo que la está desesperando y hace que no deje de moverse sobre la silla.

—¿Qué tal va en el nuevo despacho? ¿Estáis cómodos Miles y tú? —rompe el silencio Connie, que no puede concentrarse con Hayden dentro de su despacho.

—Sí —responde la informática sin más.

—Me alegro —dice Connie, conteniendo las ganas de levantarse, situarse frente a Hayden para hacer que se levante y meterle la lengua en la boca de una vez por todas.

—Miles ha llevado una máquina de cápsulas —suelta Hayden de repente—. Dice que el café es mejor que el de la sala grande.

A Connie el corazón le da un vuelco y se muerde los labios. Es incapaz de adivinar si solo es un comentario inocente para rellenar el silencio o una manera de hacerle saber que no tiene excusa para no ir a verla. De nuevo, Connie no sabe qué decirle y Hayden tiene la sensación de que su silencio la va hundiendo lentamente sobre la silla.

—Este ya está —dice desconectando su portátil—. Puede volver aquí.

Hayden se levanta y se aparta a la espera de que Connie vuelva a su puesto y le deje el sofá. La empresaria está atragantada mientras se mueve, sabiendo que debe decir algo, pero sintiéndose incapaz de hacerlo. Cuando se sienta en su silla, ve sorprendida que Hayden, en lugar de sentarse en el sofá como ha hecho ella todo este tiempo, se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y utiliza el sofá como mesa.

Entonces Connie cae en cuenta de que Hayden estaba tan extremadamente incómoda en su silla porque ella nunca se sienta en

posición correcta, siempre tiene las piernas cruzadas encima y como no era su silla, no podía hacerlo. Pensar en eso hace que algo se le retuerza en el pecho.

La observa sin disimular, concentrada mientras teclea en su portátil que ha dejado desbloqueado para no tener que acercarse tanto a ella y estremecida como lo ha hecho antes, cuando las ganas de cogerle el mentón y devorarle la boca parecían consumirla como si fuera la mecha de un cartucho de dinamita a punto de explotar.

En esta ocasión, Hayden hace lo que tiene que hacer y, mientras espera a que el portátil de su jefa se actualice, saca su móvil y lee algo mientras su cuerpo se balancea de delante hacia atrás. Connie no puede hacer nada, solo mirarla de soslayo durante cincuenta minutos mientras piensa en todos los sitios a los que le gustaría llevarla y las mil maneras en las que le haría el amor si no tuviera tanto miedo de acercarse a Hayden de ese modo.

—Ya está todo —anuncia la informática levantándose de un salto.

A Connie le sorprende que no le crujan las articulaciones cuando lo hace, pero después recuerda que Hayden tiene diez años menos que ella, otro motivo más para alejarse.

—Gracias, Hayden —dice cuando la informática le deja el portátil sobre la mesa, con la sensación de que su voz suena más ronca.

—De nada.

Hayden no la mira cuando se da la vuelta y se marcha, y Connie solo puede pensar en que no está segura del color que tenían hoy sus ojos.

Capítulo 15

La doctora Madison Shaw empieza a pensar que todo se confabula para que la doctora Alice Dickens y ella coincidan en todas las intervenciones. Ayer fue una familia intoxicada por un alimento en mal estado. Hace un par de días; varios jóvenes de un colegio que tuvieron una reacción alérgica en una clase de biología cuando manipulaban unas plantas de euphorbia. Y esta mañana, un accidente múltiple en una intersección en pleno centro en el que han tenido que coordinarse con otros médicos de urgencias para que la situación no los desbordara.

Madison ha estado sintiendo la mirada de Alice clavada en su espalda durante todo el día, como si controlase cada paso que ha dado o cada decisión que tomaba, igual que cada uno de los últimos días, y está hasta las narices porque eso la obliga a cuestionarse todo lo que hace y dudar de sus capacidades, haciendo que haya estado consultando manuales y notas de su época de estudiante, actualizándose con artículos y videoconferencias grabadas que ve por las noches en lugar de enredarse en las piernas de alguna mujer o descansar como debe.

Se quita los guantes, se lava las manos y entra en una de las salas de descanso con la intención de cerrar los ojos diez minutos. Está agotada después de un día tan intenso y, lo peor de todo, es que hoy tiene doble turno y no puede marcharse a casa. Madison comprueba con alivio que no hay ningún otro compañero durmiendo en la litera de la sala y reza para que no entre nadie más. Baja la tonalidad de la luz hasta quedarse casi en penumbra, se descalza y se sienta en la cama de abajo. Coge el móvil para ponerlo en silencio y contesta un mensaje de Connie antes de dejarlo debajo de la almohada y, justo cuando va a tumbarse, la puerta se abre y entra la doctora Dickens.

El resoplido de desaprobación de Madison es inmediato y no se molesta en disimular su incomodidad al verla.

—Lo siento, pero yo también estoy de guardia —dice la doctora sin apenas mirarla, mientras se quita la bata y la alisa con la mano antes de dejarla en el colgador con suma delicadeza.

Se descalza con una lentitud que exaspera a Madison y después abre su bolso y empieza a rebuscar dentro haciendo tanto ruido que la doctora explota.

—¿Puedes parar de una vez? —brama atravesándola con la mirada.

Alice se gira hacia ella y la observa como si fuera una niña protestona, arqueando una ceja con soberbia.

—Pararé cuando encuentre lo que busco —responde con sequedad y Madison se levanta porque, si sigue sentada sin moverse, siente que le dará un ataque de nervios.

—¿Y qué se supone que buscas? ¿Tan pequeño es que no lo encuentras?

Alice deja el bolso con un golpe sordo y vuelve a girarse. Madison es consciente de lo pequeña que es la habitación de repente.

—¿A ti qué te pasa, Shaw? —pregunta Alice como si no hubiera roto un plato jamás, cruzando los brazos sobre el pecho a la espera de una respuesta.

Madison aprieta la mandíbula con incredulidad, preguntándose si además de atosigarla, también le toma el pelo.

—¿De verdad me lo preguntas?

—Sí, por supuesto —responde Alice con una calma que desquicia a su compañera.

—Me pasas tú —espeta Madison acercándose un poco más con la intención de intimidarla.

Alice no se inmuta, es como si nada pudiera perturbar su paz inquebrantable.

—¿Yo? ¿Qué te he hecho?

Madison no se lo puede creer y la rabia le sube por el cuello hasta que se pone roja. Alice la observa, jamás la ha visto tan enfadada ni se había fijado en esa línea encantadora que atraviesa su frente cuando frunce el ceño.

—¿Cuestionar todo lo que hago no te parece suficiente? —pregunta Madison tan nerviosa, que empieza a costarle respirar.

—Yo no te cuestiono.

—¿Cómo que no me cuestionas? —explota Madison al borde del colapso—. Nada de lo que hago te parece bien. Siempre tienes algo que decir sobre mis diagnósticos, me dejas en evidencia delante de los demás y te atreves a darme consejos cuando no te los he pedido. No estás por encima de mí, Alice —dice y tiene que parar para coger aire.

—Cálmate, Madison —sugiere Alice, dando un paso hacia ella.

—Estoy calmada, joder —bufa Madison, aunque tiene la sensación de que cada vez hay menos aire dentro de esa habitación y que todo da vueltas a su alrededor a un ritmo vertiginoso.

—No, no lo estás —dice la doctora Dickens sin dejar de mirarla.

Alice da otro paso y se acerca tanto a ella, que la mente de Madison se queda en blanco y solo puede mirarle los labios.

—Apártate —le susurra levantando una mano para empujar a Alice, pero la doctora se la coge por la muñeca y coge también la otra mano de Madison cuando la levanta para hacer lo mismo—. ¿Qué haces? —pregunta rendida.

—Voy a besarte para que dejes de gritar, doctora Shaw. ¿Te parece bien? —pregunta, y Madison solo puede asentir una vez antes de que los labios de Alice impacten contra los suyos, suaves y exigentes.

Madison se siente poseída, como si fuera otra persona y no ella la que bloquea la puerta de la sala de descanso con movimientos torpes mientras permite que Alice le vaya quitando la ropa. La odia, o eso piensa ella, porque por encima de ese sentimiento, la desea con todas sus fuerzas.

Las dos caen sobre la cama en la que Madison pretendía dormir y, precisamente, eso es lo único que no hacen durante la hora que pasan en esa sala antes de que sus buscas comiencen a sonar al mismo tiempo, sacándolas del trance en el que han permanecido durante los últimos diez minutos. Tumbadas una al lado de la otra sin pronunciar una palabra, simplemente respirando calmadas,

permitiendo que la relajación después del sexo fluyera por sus cuerpos.

Capítulo 16

El nuevo despacho de Hayden no está lejos del de la señora Bowler, lo cual es una tortura porque a esas horas de la mañana, cuando en todo el edificio solo están ella y el señor Turrell, Hayden puede escuchar e identificar cada ruido que oye sin problema, y ya es capaz de reconocer el sonido de los tacones de Connie cuando entra en su despacho o mientras atraviesa el pasillo para ir hasta la sala de los informáticos a buscar su café.

Esta mañana solo identifica el primero de los sonidos y permanece durante un par de minutos con la respiración contenida, pensando que, quizá, Connie decida ir a probar el café de la máquina de cápsulas que ella le mencionó hace un par de días, pero el silencio le parece aplastante y no pasa ni una cosa ni la otra. Connie no va a la sala de siempre, pero tampoco va a verla a ella y Hayden siente que esta mañana ya no lo soporta. Quiere verla, necesita ver esa expresión simpática de la señora Bowler cuando la mira, escuchar su voz ronca cuando la saluda al menos una vez y comprobar el color de su corbata.

Hayden se levanta sin estar muy convencida de que sea buena idea lo que va a hacer. Probablemente, Miles le diría que es pésima, que debería volver a sentarse, pero su amigo no está ahí, así que Hayden coge una de las dos tazas de Pittsburgh que le quedan, se asegura de que está limpia y se acerca a la máquina de cápsulas para preparar un café y se mueve con impaciencia mientras espera a que se haga. Cuando ya lo tiene listo, coge la taza y sale de su despacho. Camina por el pasillo presa de un nerviosismo diferente al que suele perseguirla y, justo cuando está llegando a la puerta del despacho de Connie, la invade ese cosquilleo agradable que se expande por su pecho y la deja sin aliento siempre que sabe que va a verla.

Levanta una mano y golpea con los nudillos un par de veces. Connie deja de consultar las noticias en su móvil y levanta la mirada sorprendida, incapaz de adivinar quién puede ser a esas horas. No tiene tiempo de abrir la boca para dar paso a nadie porque Hayden no espera a que lo haga. Abre la puerta y entra dejándola abierta mientras camina hacia la mesa con la taza en la mano.

A Connie el corazón le da un vuelco al verla y no es capaz de articular palabra hasta que Hayden deja la taza sobre su mesa y le dedica la sonrisa más sincera que Connie ha visto jamás. También la más bonita, al menos es lo que le parece a ella.

—Es doble con medio sobre de azúcar, como le gusta —dice la informática al mismo tiempo que se da la vuelta para salir del despacho.

Connie dice algo, pero las palabras se le atascan y tiene que carraspear y repetirlas.

—Gracias, Hayden —dice antes de que ella llegue a la puerta.

Hayden se gira sin detenerse y vuelve a sonreírle antes de salir del despacho. Connie necesita varios minutos para que sus pulsaciones vuelvan a la normalidad. Le parece todo un detalle, y más viniendo de alguien como Hayden, pero también sabe que es una invitación a su despacho, su manera de decirle que ella también echa de menos esos momentos que compartían por las mañanas.

Connie quiere levantarse e ir al despacho de Hayden, lo desea con todas sus fuerzas, pero decide no hacerlo porque duda de su capacidad de autocontrol estando en un espacio tan pequeño a solas con ella. Ahora mismo solo puede pensar en arrollarla con su cuerpo, subirla sobre su propia mesa y hacerle cosas para las que, probablemente, Hayden no está preparada.

—Mierda —masculla Connie dejando caer la frente sobre su mesa con un golpe seco.

De repente está excitada y hay un ansia viva que le devora las entrañas. No puede acercarse a Hayden así y lo sabe, es una certeza que permanece dentro de ella de un modo que no se explica, pero Connie ahora mismo es como un tren de mercancías, una mezcla de fuerza salvaje y deseo contenido, y Hayden es tan frágil como una

vagoneta. No están en el mismo punto y Connie tiene que serenarse para no pasarle por encima.

La mañana se le hace extrañamente larga y agobiante. Las reuniones parecen interminables y aburridas y en todo momento tiene la sensación de que los relojes se han parado. Se siente incómoda y agobiada, sin dejar de preguntarse lo que estará pensando Hayden de ella, si se sentirá decepcionada igual que aquel día en la azotea o si simplemente permanecerá absorta delante de su ordenador, con la mente segmentada mientras teclea código y piensa en otra cosa.

—Por fin te pilló —dice Tasha alcanzándola en el pasillo cuando se dirige a su despacho después de salir de otra reunión.

Connie se detiene en seco y se gira hacia ella, como si fuera un sople de aire fresco en mitad de un día asfixiante.

—¿Qué necesitas? —pregunta la empresaria soltando un suspiro mientras se afloja el nudo de la corbata como si esta le apretara.

—A ti —suelta Tasha en voz baja, tras asegurarse de que nadie las escucha.

El comentario coge a Connie desprevenida, igual que el momento en el que Tasha la coge de la mano y la arrastra hasta la puerta de acceso a las escaleras, donde la acorrala contra la pared del rellano.

—¿Quedamos esta noche? —pregunta la jefa de personal manteniendo el tono bajo.

Connie exhala todo el aire de sus pulmones hasta vaciarse y guarda silencio unos segundos asegurándose de que no hay nadie en la escalera.

—No sé, Tasha —duda, pero sonrío cuando la mujer se aprieta contra ella y le da un beso en el cuello que lanza una descarga de placer por su columna.

—Por favor —suplica—. Necesito desahogarme, anoche discutí con mi mujer. Algo apoteósico, y estoy que me subo por las paredes —dice Tasha.

Connie vuelve a sonreír, lo hace ante su tono desesperado y la mira a los ojos mientras piensa que a ella también le vendría bien desfogarse. Dejar salir ese ardor que la está quemando por dentro desde esta mañana y que no le permite pensar. Quizá así, pueda

enfocarse de una vez y decidir qué mierda hace con Hayden, porque siente que han llegado a un punto en el que debe decidirse. O se lanza y sigue descubriendo lo que pasa entre ellas, o tiene que cortarlo de raíz.

—Vale —acepta y suspira de anticipación cuando Tasha mete una pierna entre las suyas y ejerce una presión que prácticamente la vuelve loca—. Ven a mi casa esta noche.

—No sé si podré esperar tanto —bromea Tasha lanzándose a por su boca.

Connie se ríe contra sus labios mientras la coge por las mejillas y trata de apartarla. Sus risas son las que impiden que escuchen las pisadas de Hayden cuando está bajando de la azotea con el portátil en la mano, y solo reparan en ella cuando de repente gira en el rellano y se encuentran de frente.

Las tres mujeres se sobresaltan, pero cada una lo hace a su manera. Hayden se ha detenido en seco, todavía con un pie en el último escalón y los ojos abiertos de par en par, reflejando una mezcla de sorpresa y algo muy profundo y doloroso que solo percibe la empresaria. Connie se ha quedado congelada, todavía con las manos en las mejillas de la jefa de personal, y lo único que consigue es parpadear antes de que Tasha, que reacciona mal al sentir que la han descubierto, se gire y le grite a Hayden.

—Joder, Reid, vete de aquí —le espeta de malas formas, haciendo que Hayden se dé la vuelta y empiece a subir con la misma velocidad a la que bajaba hace un momento.

La informática desaparece y Tasha da un paso atrás, arrepintiéndose de inmediato.

—Mierda —dice, y Connie se lleva las manos a la cabeza, aunque no por los mismos motivos que Tasha.

El corazón le late tan deprisa que le cuesta centrarse.

—No creo que diga nada, Hayden es muy discreta —murmura Tasha—. Aun así, debería disculparme con ella, no he debido gritarle.

—No, no has debido —dice Connie, levantando la mirada.

—Voy a subir —decide Tasha.

—No. Vuelve dentro —ordena Connie—. Ya hablarás con ella en otro momento, deja que respire un poco.

Tasha duda por un instante, pero asiente.

—De acuerdo. ¿Tú estás bien? —pregunta Tasha cogiéndole un brazo a la empresaria.

Connie debería decirle que no, que se siente tan mal consigo misma que le está costando contener el llanto, pero afirma con la cabeza.

—Sí. Me quedaré aquí un rato, estoy teniendo una mañana un poco intensa. Lo de esta noche lo aplazamos. ¿De acuerdo? —pregunta mientras se frota las sienes, aunque es más una afirmación.

—Por supuesto. Ya hablamos.

Tasha cruza la puerta hacia el pasillo y Connie mira hacia arriba y cierra los ojos, permaneciendo así durante los minutos que necesita para recuperar un poco de calma y empezar a subir por la escalera.

Cuando accede a la azotea, la ve de inmediato, sentada en la esquina de siempre, con las piernas cruzadas en posición de loto, el portátil abierto sobre ellas mientras lo observa fijamente, balanceándose de delante hacia atrás con más velocidad de la habitual. A Connie se le anuda algo en el pecho y la culpa la atraviesa como si le hubieran disparado con una ballesta. Se acerca despacio, pero haciendo evidentes sus pasos para que, como siempre, Hayden tenga constancia de que se acerca para no sobresaltarla. Al llegar frente a ella, Connie se detiene sin saber exactamente qué hacer. Puede hablar desde ahí o sentarse a su lado, pero, finalmente, opta por agacharse mientras intenta disipar el nudo de su garganta tragando saliva con fuerza.

—Hayden —la llama, pero Hayden no la mira.

Connie está segura de que la ha escuchado, pero tampoco quiere presionarla, así que se incorpora y le da unos segundos. Ahora opta por sentarse, pensando que quizá es menos violento para la informática.

—Puedes bajar, Hayden —dice Connie, avergonzada por lo que ha pasado.

—Estoy bien aquí —responde Hayden sin inmutarse, como si hablara con la pantalla y Connie no estuviera allí.

La empresaria se muerde los labios y después coge aire, se siente tan culpable que no quiere marcharse sin asegurarse de que está bien, pero al mirarla se da cuenta de que ese es un comportamiento muy egoísta por su parte. Eso es lo que necesita ella, no lo que necesita Hayden, es evidente que ella es la última persona con la que quiere estar en ese momento.

—Está bien, te dejo tranquila entonces —dice con una dulzura estremecedora cuando se levanta.

Hayden solo levanta la mirada cuando escucha la puerta de la azotea cerrarse. Tiene los ojos encharcados, pero es incapaz de llorar porque se ha quedado bloqueada. Esto no lo ha visto venir y no sabe cómo encajarlo. Que no tiene ninguna oportunidad con Connie Bowler es algo que va procesando cada día, pero en ningún momento se le había pasado por la cabeza que la señora Bowler estuviera con alguien, y menos con Tasha Merrell.

Capítulo 17

Esta mañana Connie no tiene dudas. Se ha pasado toda la noche en medio de un duermevela, despertándose constantemente con la necesidad de disculparse con Hayden. Cada vez que recordaba lo que sucedió en la escalera, la culpa le retorció el estómago y la obligaba a comprobar la hora, deseando que llegara el momento de levantarse para poder irse al trabajo.

Ha llegado más temprano que ningún día, tanto, que lo ha hecho antes que Hayden y ha tenido que esperar hasta escuchar sus pasos por el pasillo. Otra sensación le aplasta el estómago al saber que está allí, una especie de emoción cosquilleante que se mezcla con la culpa. Connie se levanta sin dudarlo y coge la taza de Pittsburgh que Hayden le llevó ayer. Devolvérsela le da una excusa perfecta para ir a su despacho, pero también coge la que le regaló porque tiene la intención de permanecer con ella el tiempo suficiente como para poder disculparse.

Tras dejar pasar cinco minutos en los que considera que Hayden ha tenido tiempo de acomodarse, abandona su despacho y camina con decisión hacia el de la informática. Ella no llama a la puerta antes de abrirla, no sabe si por miedo a que Hayden decida negarle el paso o porque su condición de jefa le otorga ese poder estúpido del que decide abusar por primera vez con alguien.

—Hola, Hayden —dice accediendo al interior.

Su voz ronca estremece a Hayden, que levanta la mirada y contiene el aliento mientras deja su mochila en la repisa de la ventana y se queda allí, de pie, escudada detrás de su mesa. No contesta. No es que tenga las palabras atragantadas, es que se ha quedado en blanco cuando su mente traicionera le ha enviado la imagen de Connie en la escalera, riendo mientras besaba a la señora Merrell.

—Vengo a devolverte la taza que me dejaste ayer —dice la empresaria, y se acerca hasta la mesa, dejándola sobre ella con mucha delicadeza.

A Connie el corazón le retumba contra el pecho. Ahora es cuando le gustaría que Hayden fuese una chica cualquiera y le gritase lo que siente, que descargase su rabia por algún sitio y le dijera lo que piensa, pero Hayden no es una chica cualquiera con la que Connie sabría cómo manejarse. Con Hayden se siente desnuda, como si necesitara un manual de instrucciones que no tiene o que está en un idioma que ella no comprende todavía.

—¿Te importa si me hago otro café? El de ayer estaba muy bueno —dice mientras se acerca a la máquina.

—Es de Miles —responde Hayden sin moverse.

Connie respira profundamente.

—No creo que a él le importe, haré que le traigan unas cuantas cajas de cápsulas —dice ella, y coloca una en la tapa superior y pulsa el botón para hacerse un café mientras Hayden le mira las manos, fijándose en el anillo de su dedo anular y en el reloj que sale por debajo de la manga de la camisa, ambos plateados.

Cuando la máquina termina, Connie deja la taza a un lado y decide bordear la mesa de Hayden hasta situarse lo suficientemente cerca como para que a la informática le llegue el aroma de su perfume.

—¿Te importa mirarme, Hayden? —pregunta con su particular voz ronca y un tono autoritario que hace que Hayden levante la mirada.

Connie carraspea cuando sus miradas conectan, sintiendo que la corbata le aprieta la garganta aunque es imposible. La culpa vuelve a atravesarla cuando percibe la decepción en los ojos de Hayden, ahora verdes como un bosque, aunque cuando ha entrado está segura de que eran azules como el mar. Toma nota mental de preguntarle de una vez por ese asunto, porque se está volviendo loca, pero ahora tiene otra prioridad.

—Quiero pedirte disculpas por lo que pasó ayer en la escalera, Hayden. Por lo que viste —se corrige—. No debió pasar.

Hayden no se mueve, pero la ve tragar saliva.

—No pasa nada —responde finalmente, bajando la mirada después de hablar, incapaz de mirar a Connie cuando lo dice.

Connie da un paso hacia ella, pero Hayden retrocede otro al mismo tiempo.

—Mírame, Hayden —le vuelve a pedir, sin avanzar para que no sienta que invade su espacio.

Hayden vuelve a levantar la vista y su boca se abre; sin embargo, no dice nada.

—De verdad que lo siento mucho —susurra Connie—. Creo que te he hecho daño, y es lo último que pretendía —añade exhalando todo el aire que tiene dentro.

Hayden no sabe qué decir. Se siente confusa, ni siquiera comprende por qué le pide perdón. Connie está con la señora Merrell y ella es solo una empleada a la que va a ver algunas mañanas, no le debe explicaciones.

—Vale —dice por decir algo, deseando que Connie se marche porque la angustia la asfixia y necesita estar sola para pensar, para intentar ordenar los acontecimientos en su cabeza y tratar de entenderlos.

Connie sabe que no vale, se lo nota en la expresión perdida de su mirada, pero no quiere agobiarla. Hoy hay otro desayuno para despedir a un trabajador que se jubila, quizá allí pueda acercarse si Hayden decide acudir, o pueda pasarse por su despacho si se queda.

—Bien, te dejo entonces —dice y, cuando sale del despacho, es ella la que tiene que subir a la azotea para que le dé el aire.

Se pone la mano en el pecho y se asusta por la rapidez de sus latidos y la dificultad que experimenta para que le llegue el aire, como si una fuerza invisible le presionara los pulmones. Cierra los ojos y apoya la espalda en la pared mientras aspira profundamente varias veces para calmarse y piensa en que debe llamar a Madison y explicarle lo que pasa, tal vez ella sepa darle algún consejo para resolver su conflicto con Hayden.

—Conflicto —dice en voz alta y abre los ojos de par en par.

Connie se da la vuelta y baja las escaleras como si le fuera la vida en ello. Se sienta frente al ordenador y accede a la carpeta donde tiene los datos de los trabajadores. Busca la de Hayden y

abre el mismo currículum del que se sirvió para saber su edad. Entonces no prestó atención a nada más, pero ahora se fija en la dirección y tuerce la boca en una mueca cuando ve que sale la actual, a unas pocas calles de la oficina. A ella le hubiera gustado ver la de su origen, saber de dónde procede. En cualquier caso, ignora eso y accede a la contabilidad para buscar su nómina, bajando hasta el apartado donde se muestran las discapacidades por si en la de Hayden aparece marcado. Sabe que Hayden no tiene ninguna discapacidad, pero está convencida de que tiene algún trastorno, pero ahí no aparece nada y lo único que le queda es esperar a que llegue Tasha Merrell, la jefa de personal, quizá ella tiene información que no aparece en esos documentos básicos, y ella necesita esa información, necesita algo que la ayude a entender a Hayden.

Media hora después, cuando todo el personal ya está en el edificio, golpea un par de veces en su puerta y se asoma.

—¿Tienes un momento? —pregunta Connie.

—Sí, por supuesto —dice Tasha, que todavía está encendiendo el ordenador.

Connie cierra la puerta y se sienta frente a ella, aflojando más el nudo de su corbata mientras piensa en cómo preguntar lo que quiere saber.

—¿Estás bien? —pregunta Tasha—. Pareces tensa.

—Sí, solo estoy un poco cansada. No he dormido muy bien esta noche.

—¿Es por lo de ayer? —pregunta la jefa de personal.

—No —Connie estira la palabra al pronunciarla y se inclina hacia delante—. Oye, quería preguntarte algo sobre Hayden.

—Claro. ¿Qué necesitas? —pregunta Tasha algo intrigada.

—Además de la información que aparece en la base de datos, ¿hay algo más?

—¿Algo más? ¿A qué te refieres? —pregunta descolocada.

Connie suelta un bufido de desesperación y mira hacia un lado.

—Connie, ¿qué pasa? —inquire Tasha—. ¿A qué información te refieres? —insiste.

—No lo sé. Algo más delicado, de carácter confidencial. Algo que explique por qué es así, Tasha —suelta de repente, irritada—. Entiendo que tiene algún trastorno, ¿no? Esas cosas se suelen notificar en las empresas, ¿no tienes nada?

Tasha parpadea y se reacomoda en la silla antes de responder.

—No, no hay nada.

—No lo has comprobado —se altera Connie señalando el ordenador.

—No me hace falta, Connie —rebate Tasha con firmeza—. Te digo que no lo hay, yo lo sabría.

—Joder —masculla la empresaria con frustración, girando la cabeza hacia la ventana.

Tasha se levanta y hace rodar su silla hasta situarla frente a Connie, bloqueando su visión.

—Yo también pienso que Hayden tiene algún tipo de trastorno del comportamiento. De hecho, es evidente que lo tiene, pero no tenemos constancia de ello —explica la jefa de personal.

—¿Quién le hizo la entrevista? ¿Nadie lo notó?

—A Hayden no se le hizo ninguna entrevista, ni a Miles tampoco. A los dos se les hizo una oferta de trabajo cuando se graduaron en la Johns Hopkins. Tu padre era amigo del rector y él le habló de ellos, le aconsejó ficharlos. Primero entró Miles y un par de años después lo hizo Hayden —explica Tasha—. ¿Qué es lo que pasa, Connie? ¿Te supone un problema que Hayden no se exprese como los demás? —frunce el ceño la jefa de personal.

—No, claro que no —Connie se aprieta el puente de la nariz—. La cosa no va por ahí, pero si descubro lo que tiene, a lo mejor me resulta menos complicado acercarme a ella —confiesa sin pensar, intentando darle un respiro a su mente cansada.

El silencio de Tasha es el que hace que Connie levante la cabeza, encontrándose su mirada de sorpresa clavada en ella.

—El día que quedamos para tomar algo dijiste que te gustaba otra persona —dice Tasha y los músculos de Connie se tensan como si fueran juncos—. No te pregunté de quién se trataba, no me pareció de mi incumbencia, pero ahora siento la necesidad de hacerlo. ¿Esa persona es Hayden?

Connie podría mentir, o simplemente no contestar, pero decide no hacer ni lo primero ni lo segundo y le cuenta la verdad.

—Sí, es Hayden —confiesa susurrando su nombre mientras mira a Tasha—. Parece que me gusta complicarme la vida —añade con una risa nerviosa.

Tasha arquea las cejas y sonríe.

—Es posible. ¿Es mutuo?

—Sí, eso creo. Bueno —se corrige—. Sé que le gusto porque me lo ha dicho, aunque no sé hasta qué punto. Hayden me resulta muy complicada de leer.

—Pues lo que pasó ayer en la escalera no te ayuda —suelta Tasha.

—Lo sé, y no sé cómo arreglarlo. Hablar con ella es... —Connie levanta las manos y hace una mueca.

Tasha vuelve a sonreír con complicidad hacia su jefa.

—No sé qué decirte. Yo también puedo hablar con ella si lo necesitas, le debo una disculpa por cómo le hablé.

—No, por ahora déjalo.

—Está bien, pero si necesitas algo, ya sabes dónde me tienes, para lo que sea —especifica Tasha con cierta picardía.

Connie sonríe por primera vez esa mañana y después suspira un poco más calmada, como si compartir su secreto con alguien que conoce bien a Hayden, lo hiciera todo más fácil.

—Vamos, el personal ya se estará reuniendo para la despedida de Thomas —dice Tasha levantándose.

Connie comprueba la hora en su reloj de pulsera mientras nota un suave cosquilleo golpearle el centro del pecho al preguntarse si Hayden estará allí con esa mirada que parece cambiar de color o si tendrá que ir a verla a su despacho. Lo que tiene claro, es que volverá a acercarse a ella esta mañana, y espera encontrarla más tranquila.

Capítulo 18

A Connie le sorprende ver que Hayden está en la sala. Una parte de ella pensaba —o deseaba— que se quedase en su despacho, lejos del agobio que le produce estar rodeada de tanta gente, pero está al fondo de la sala, con la espalda pegada a la pared mientras Miles le dice algo. La ve, Hayden no tarda ni un segundo en localizarla cuando entra y Connie nota cierto cambio en su actitud, un ligero movimiento de postura y la apertura de sus labios como si quisiera coger más aire, después desvía la mirada y la centra en su amigo de nuevo.

—¿Era necesario todo esto? —pregunta Connie cuando Tasha se coloca a su lado, mientras observa la decoración del espacio.

Hay un enorme cartel colgando en el centro donde le desean una feliz jubilación y del techo cuelgan globos y tiras decorativas que atraviesan la estancia de pared a pared.

—Nos tomamos las despedidas muy en serio —responde Tasha con sorna.

Connie sonríe, coge un tentempié y se aparta de la mesa central para charlar con algunas personas que se acercan con preguntas de trabajo que no le apetece responder. Cuando consigue quitárselos de encima con respuestas corteses pero secas, vuelve a buscar a Hayden con la mirada y la encuentra en el mismo sitio en el que estaba, solo que está sola y parece bastante incómoda. La empresaria trata de localizar a Miles y lo ve a tan solo unos pasos, hablando con una chica a la que le sonríe enérgicamente.

Decide coger un plato de plástico y colocar un par de cruasanes de chocolate pequeños, los mismos que vio comer a Hayden el primer día, cuando hicieron un almuerzo como ese para presentarla a ella, y camina hasta la informática hasta situarse a su lado.

—No te he visto comer nada —dice Connie ofreciéndole el plato.

Hayden la mira un segundo antes de aceptarlo. Tiene hambre, pero prefiere un cabezazo contra la pared antes que acercarse a la mesa y meterse entre tanta gente.

—Gracias —dice y se sienta en el poyete de la ventana antes de dar el primer mordisco.

Connie se queda con ella, apoyando un hombro en la pared mientras la observa.

—Pensaba que no vendrías —dice, cruzando los brazos sobre el pecho.

Los ojos de Hayden van directos al nudo de su corbata, que se eleva con la presión que los brazos de Connie ejercen en su propio cuerpo, creando una sombra extraña sobre su clavícula que la deja absorta unos segundos. Connie se estremece al sentir cómo la mira. De cualquier otra persona le parecería invasivo, de ella le parece adorable y excitante al mismo tiempo. Carraspea divertida y Hayden levanta la mirada notando el rubor en sus mejillas.

—Me gusta el chocolate —dice Hayden de repente, antes de dar otro mordisco.

Connie siente una ternura inexplicable al escucharla y le sonríe.

—¿Te puedo preguntar algo, Hayden? —dice la empresaria.

—Sí —contesta la informática mientras escanea toda la sala con la mirada antes de centrarla en Connie.

—¿De qué color tienes los ojos? Porque me estoy volviendo loca —dice curvando media sonrisa que hace que Hayden sienta que su corazón salta como si fuera un pez fuera del agua—. Unas veces tengo la sensación de que los tienes azules, y otras verdes, y no sé si son imaginaciones mías o realmente es así.

Ahora la que sonríe es Hayden, lo hace ampliamente y de manera tan espontánea que Connie le devuelve la sonrisa y se le queda congelada en la expresión como si estuviera atontada.

—Es por la cantidad de melamina del iris, según como me da la luz, se ven de un color o de otro —dice recordando la explicación de Miles—. Se les llama ojos camaleónicos, a mi tía también le pasa —comenta y se queda pasmada tras ese último comentario.

Nunca lo ha compartido con nadie, ni siquiera había pensado en ello, pero al hablarlo con Connie, le ha venido la imagen de su tía y

las muchas veces que sus ojos le parecían de un color u otro.

—Pues me parece fascinante, tienes unos ojos preciosos —dispara Connie muy consciente de lo que dice, y su voz suena un poco más ronca de lo habitual.

Hayden nota que su corazón se salta un par de latidos y acepta el cumplido con una suave sonrisa antes de meterse el último trozo en la boca.

—¿Tienes una tía? —pregunta Connie, que no ha pasado el comentario por alto y no piensa desaprovechar la oportunidad para saber cosas de ella.

—La tía Clarice —asiente Hayden y, aunque no parece tener intención de decir nada más, algo en la forma de pronunciar su nombre, hace que Connie presienta que esa mujer es importante para ella.

Una explosión repentina rebota por las paredes de la sala. La expresión relajada de Hayden demuda a una de puro pánico que sorprende a Connie que, por puro instinto, se sitúa muy cerca de ella y le pone una mano en el brazo al ver que Hayden se queda paralizada.

—Ha sido un globo, Hayden, alguien lo ha explotado —explica mientras se escuchan los murmullos y las risas del personal, que parece pasárselo en grande. Intenta sonar tranquilizadora, pero no parece que funcione.

Hayden intenta centrarse en Connie, en la mano que tiene sobre su brazo y que le abrasa la piel a través de la ropa. Lo intenta, pero su mente va y viene llevándola a aquel patio. Sus pupilas se dilatan y su respiración se vuelve errática.

—Hayden... —se empieza a asustar la empresaria y se coloca justo delante de ella, intentando que la informática no pueda ver nada que no sea a ella y sus pensamientos, sean cuales sean, se interrumpan.

Y alguien hace explotar otro globo.

Hayden baja del poyete de un salto y se queda estática frente a Connie. Empieza a temblar y se pone tan blanca que Connie teme que vaya a desmayarse allí mismo. La empresaria mira a un lado y a otro pensando qué hacer para no llamar la atención, aunque lo que

quiere es gritarles a todos esos atontados que dejen de comportarse como críos.

—¿Puedes caminar? —le susurra, rezando para que la esté escuchando, porque Hayden tiene la mirada completamente perdida—. Yo iré detrás de ti, protegiendo tu espalda —le asegura la empresaria para evitar que eso la estrese más—. Sal de aquí y ve a mi despacho, Hayden.

Tarda unos segundos en moverse, pero Hayden empieza a caminar hacia la puerta mirando hacia el suelo. Connie la sigue, y en ese momento le importa muy poco que la vean salir con ella. Sus ojos no se apartan de la figura que tiene delante mientras reza para que ningún imbécil explote otro globo.

A la empresaria el camino hasta su despacho le parece interminable. Los pasos de Hayden son mecánicos, cortos y lentos como si su cuerpo fuera cada vez más pesado.

—Venga, ya casi estamos —susurra Connie poniéndole una mano en la espalda baja, pero no la adelanta hasta que no llegan a la puerta y la abre.

Hayden pasa al interior y solo siente alivio cuando la puerta se cierra y el murmullo que resuena en su cabeza desaparece de golpe. Se acerca a la ventana y detiene el paso allí, y entonces su pecho empieza a subir y a bajar a toda velocidad, como si tratase de recuperar todo el aire que no ha podido coger mientras caminaban.

Connie se acerca, le pasa una mano por el cuello muy despacio, con la otra la sujeta por la cintura y con suavidad, la va pegando a su cuerpo hasta que puede abrazarla. Las manos de Hayden le retuercen la camisa por la cintura de tal modo, que nota cómo se le sale del pantalón por la parte izquierda y por detrás. A Connie no le importa, lo único que le interesa es que deje de temblar y que la tensión de su cuerpo se relaje.

La mantiene pegada a ella presionando su nuca contra su hombro y, con la otra mano, le va acariciando la espalda durante un tiempo que le es imposible definir mientras ella misma también trata de calmar los nervios que le ha provocado verla así. Hayden poco a poco va aflojando el agarre de su ropa y empieza a respirar más despacio. El calor de Connie y su perfume son como una droga que

la ayudan a serenarse, nunca ha sentido nada parecido. Además de lo que siente por ella, siente protección entre sus brazos, como si nada malo pudiera pasarle mientras esté cerca de la empresaria.

—¿Estás mejor? —pregunta Connie en un susurro que la estremece cuando su aliento le roza la oreja.

Hayden asiente y se separa para darse la vuelta y mirar por la misma ventana que lo hace Connie, que se queda justo detrás de ella, pegada a su espalda.

—¿Qué ha pasado, Hayden? —pregunta la empresaria dejando salir el aire con un suspiro entrecortado.

—Me he asustado —responde Hayden sin moverse.

La mandíbula de Connie se tensa mientras vuelve a coger aire. Da un paso corto y sus pechos rozan la espalda de Hayden impidiendo que avance más. Aspira el aroma de su pelo y cierra los ojos mientras entierra la nariz en su coleta durante un instante antes de volver a abrirlos. Escucha cómo Hayden suspira al sentirla y Connie adelanta una de sus manos para buscar la de Hayden. Le roza los dedos de forma casi imperceptible, pero la informática vuelve a suspirar al notar que se le eriza la piel. Entonces es ella la que busca los dedos de Connie y aumenta el contacto hasta entrelazar su mano con la de la empresaria mientras las dos miran al frente sin moverse.

—Sé que te has asustado —insiste Connie tras permanecer callada un minuto—, pero tu reacción no ha sido la de alguien que simplemente se ha llevado un susto, has entrado en pánico y...

—Ha sido un susto —la corta Hayden.

Connie se muerde los labios y levanta la mirada hacia el techo unos segundos mientras se pregunta si de verdad quiere complicarse la vida de esta manera.

—Quiero acercarme a ti, Hayden, pero tienes que ayudarme un poco —susurra y vuelve a inundarse con su aroma.

Hayden asiente sin saber qué contestar. Se siente confundida y se pregunta qué pasa con la señora Merrell, pero no le apetece hablar de ella ni de nada en ese instante. Está tranquila, con Connie pegada a ella, con su mano junto a la suya mientras juega haciendo girar el anillo que Connie lleva en su dedo anular.

Los murmullos comienzan a inundar el pasillo anunciando que el desayuno ha terminado y también ese momento entre ellas. Separan sus manos y Connie se aleja un par de pasos y empieza a meterse la camisa por el pantalón al mismo tiempo que Hayden se gira y las dos se miran.

—Al menos has recuperado el color —sonríe Connie con una mueca de frustración—. ¿Necesitas que te acompañe a tu despacho?

—No. Ya estoy bien —Hayden se rasca la frente porque un mechón de pelo le hace cosquillas y sonríe antes de dirigirse hacia la puerta.

En cuanto sale, Connie se deja caer en su silla y se mira la mano que ha tenido entrelazada con Hayden durante un rato. Le tiembla como si todavía se estuvieran tocando.

Capítulo 19

Otro día lluvioso mientras Connie camina a paso rápido hasta las oficinas, solo que, en esta ocasión, no se encuentra a Hayden bajo la marquesina y eso le sorprende.

—Buenos días, Randy —saluda cerrando su paraguas mientras él le abre la puerta, sacudiéndolo antes de entrar para no mojar el suelo.

—¿Qué tal, señora Bowler? —responde él con su habitual amabilidad mientras sostiene el periódico del día en una mano—. Otro día lluvioso.

—Sí —comenta sacándose la melena de debajo del abrigo—. ¿Hayden no ha llegado? —pregunta tratando de sonar casual.

—Sí, ha subido hace un momento.

Connie levanta la vista y frunce el ceño, esta vez sin ocultar su desconcierto.

—¿No se ha quedado viendo la lluvia?

—Muy poco —Randy le sonríe con complicidad—. Apenas ha estado unos minutos y después ha entrado. A mí también me ha sorprendido, pero es Hayden y nunca sabremos lo que pasa por su cabeza —añade el hombre con expresión afable.

—Sí, eso es verdad —concierda Connie—. Tenga un buen día, Randy.

—Le deseo lo mismo, señora Bowler.

Unos minutos después, Connie abre la puerta del despacho de Hayden con su taza en la mano y camina decidida hasta la máquina de café, observando a una Hayden cuyo corazón palpita desbocado mientras mira a su jefa, que esta mañana le parece más atractiva que nunca.

—¿Por qué no estás viendo la lluvia? —pregunta Connie sin rodeos—. Pensé que te gustaba hacerlo.

Coloca la taza bajo el chorro, mete la cápsula y se gira hacia Hayden después de pulsar el botón. La encuentra mirándola. Su expresión está relajada, muy lejos del terror que mostró ayer después de que los globos explotaran.

—¿No me vas a contestar? —pregunta Connie entornando la mirada, con una curiosidad que la deshace y la enciende como una antorcha mientras Hayden la mira de manera descarada.

Su tono al preguntar baila entre la provocación y la exigencia, incluso entre la amenaza vedada, como si hubiera alguna consecuencia oculta si Hayden no lo hace. La informática nota que su pecho se oprime y las cosquillas se disparan. Sonríe y exhala, y se humedece los labios de manera involuntaria antes de contestar, provocándole un pinchazo entre las piernas a Connie que la hace contraerse y apoyar el culo contra la mesa.

—No vino a verme la última vez que me quedé viendo la lluvia —suelta Hayden.

Otra respuesta de Hayden que coge a Connie desprevenida, pero esta se le clava en el pecho y le burbujea de tal modo que se tiene que aferrar a los bordes de la mesa para no inclinarse hacia delante y estrellar sus labios contra los de Hayden. El deseo le recorre el cuerpo como un torrente difícil de detener, pero se controla. Se levanta y vuelve a por su taza de café mientras intenta sacar esos pensamientos intrusivos de su mente que solo sirven para mojarle la ropa interior y hacer que le tiemblen las manos. Tiene que controlarse, no es así como quiere llegar hasta Hayden.

—¿Por qué te gusta tanto la lluvia? —pregunta volviendo a su lado, esta vez, apoyando el culo en la mesa y subiendo parte de una pierna, girada hacia Hayden.

—La lluvia se lleva la suciedad —responde Hayden de manera mecánica.

Connie frunce el ceño. No es la respuesta que busca, y ya está harta de permitirle salir por la tangente. Va a apretar, y Hayden tiene que darle algo si no quiere que se aparte del todo.

—¿Te refieres a que se lleva las cosas que te hacen daño?

La expresión relajada de Hayden desaparece, pero tampoco llega la angustia de ayer, solo al desconcierto y un repentino nerviosismo

al sentirse expuesta, al darse cuenta de que Connie hablaba en serio cuando le dijo que tenía que ayudarla a llegar hasta ella. Supone que esa es la manera, hablando de lo que no quiere hablar, abriéndose con ella.

—No... —Hayden quiere dejar la respuesta ahí como haría con cualquiera, pero se esfuerza—. Me recuerda un momento importante de mi vida.

Connie suspira de forma profunda y pausada y, con un movimiento lento, agarra un reposabrazos de la silla de Hayden y tira de él hasta que la silla rueda y la acerca a ella, dejándola justo al lado de la pierna que tiene apoyada en el suelo por completo.

—¿Qué momento, Hayden? —pregunta con una suavidad que hace que a Hayden se le erice la piel.

La informática nota el corazón palpitándole en las sienes. Tanta cercanía la abruma y, al mismo tiempo, la necesita y la hace sentir segura, igual que ayer.

Frunce el ceño y, muy despacio, apoya los codos sobre sus rodillas, cruzadas en posición de loto sobre la silla, y estira la mano para coger la de Connie, esa en la que lleva el anillo. A Connie le tiembla el labio inferior mientras la observa, en realidad, le tiembla todo el cuerpo, pero la deja hacer cuando Hayden comienza a darle vueltas al anillo de manera mecánica, como si ese gesto fuera un sustituto que la calma del mismo modo que ese movimiento que hace cuando se balancea.

—Una decisión que me salvó la vida —responde sin levantar la vista de su anillo.

Connie parpadea impresionada y se inclina un poco hacia delante, colocando un dedo bajo el mentón de Hayden para que levante la mirada.

—Háblame de esa decisión, Hayden —le pide en un susurro tan suave que la respiración de Hayden se entrecorta.

—¿Por qué? —inquire la informática tratando de comprender por qué le hace tantas preguntas personales.

Connie vuelve a suspirar, esta vez armándose de paciencia.

—Porque me interesa, Hayden. Me interesa todo de ti.

Hayden la mira como si no comprendiera ese interés y Connie se frustra porque no sabe de qué otra manera puede expresarlo con más claridad.

—¿Le intereso como una amiga? —arruga el ceño la informática.

Connie se queda callada, sorprendida por la mordacidad de la pregunta mientras Hayden la mira conteniendo la respiración y sigue jugando con el anillo de su mano como si le perteneciera.

—Miles es mi amigo —suelta mirándola a los ojos.

Connie tose atragantada cuando, de nuevo, le sale con algo que no se espera.

—Sé que Miles es tu amigo, Hayden —dice a punto de escupir el corazón por la boca—, y yo también quiero serlo.

Connie gira la mano con suavidad y atrapa la que Hayden utiliza para hacer girar su anillo.

—Pero también quiero besarte, así que no sé muy bien en qué me convierte eso —añade la empresaria, paralizando el cerebro de Hayden durante un instante.

La electricidad corre entre ellas como si fueran cables de alta tensión, hasta que Hayden vuelve a abrir la boca.

—La señora Merrell se enfadará si lo hace.

Connie se queda de piedra literalmente y necesita varios segundos para entender lo que sucede, hasta que se da cuenta de que ha pasado por alto un detalle que para ella no es relevante y que, sin embargo, a Hayden la tiene completamente confundida. Ella solo se ha disculpado con Hayden por lo que vio en la escalera, pero en ningún momento le ha aclarado cuál es la situación que hay entre ella y Tasha, y después de lo que vio, lo lógico es que Hayden piense que están juntas.

—Joder —masculla sorprendida por su propia estupidez, pasándose la mano libre por el pelo para arrastrar su melena hacia atrás—. Hayden, yo no tengo nada con Tasha —asegura ceñuda.

La expresión neutra de Hayden le deja claro que no entiende nada y Connie se da cuenta de que no le va a bastar con una explicación tan vaga. Carraspea entre nerviosa y abochornada y le da un sorbo al café, haciendo una mueca de asco porque se ha quedado frío.

—Salí con ella una vez y ya está, Hayden. Digamos que tuvimos un rollo —añade al ver que su expresión no cambia.

—Sexo —dice Hayden.

A Connie la garganta se le seca, se siente muy violenta hablándole de eso a Hayden porque sabe que le hará daño, pero tampoco quiere mentir.

—Sí. Una vez, pero no pasó de ahí. Ahora solo somos amigas, ¿entiendes eso? Entre ella y yo no hay nada —Connie le da un apretón en la mano y entrelaza los dedos con ella.

Hayden se queda muy quieta mientras lo procesa.

—A mí quiere besarme y a ella no —resume Hayden con su lógica aplastante y a Connie se le escapa la risa.

—Sí, justo eso —dice y tira de ella para que se levante—, pero no voy a hacerlo hasta que tú no empieces a abrirte conmigo, Hayden, o hasta que me beses tú a mí.

El desconcierto de Hayden es evidente, y también la decepción en su rostro mientras observa los labios de Connie sabiendo que no puede probarlos.

—¿Abrirme? —pregunta turbada.

Connie traga saliva.

—Te lo dije ayer y te lo repito ahora, me quiero acercar a ti, pero siempre tengo la sensación de que voy saltando obstáculos para hacerlo, y me asusta tropezar. Necesito que me ayudes, que bajes la guardia y que confíes en mí.

—Confío en usted —suelta Hayden y Connie se lleva un puño a la boca mientras cabecea, conteniendo una mezcla de frustración y ternura.

—Pues demuéstremelo. Habla conmigo, cuéntame quién eres, de dónde vienes y lo que te pasa. Y joder, Hayden —añade soltando un bufido de desesperación—, deja de tratarme de usted de una maldita vez. No puedo besarte si me llamas señora, se me corta el rollo —masculla y Hayden parpadea y se ríe de repente.

Connie se contagia y se incorpora, pegándose a ella hasta darle un suave beso en la mejilla que corta la risa de Hayden y la deja con el aliento contenido y la cara ardiendo.

—Ya sabes lo que necesito —dice la empresaria todavía sorprendida de su propia fuerza de voluntad—. Ahora me voy a trabajar, que me estás distrayendo mucho.

Le guiña un ojo y se aparta. Hayden nota que las piernas a duras penas la sostienen. Jamás le ha pasado nada parecido y vuelve a sonreír. No sabe si podrá hacer lo que Connie le pide, pero quiere intentarlo, quiere que lo que siente por Connie Bowler esté por encima de sus miedos.

—Después tengo que hacer otra actualización en tu ordenador —dice justo antes de que Connie salga por la puerta, tuteándola por primera vez.

La empresaria se gira y tuerce una sonrisa mientras intenta controlar el espasmo repentino que ha sufrido entre las piernas.

—Muy bien —alza las cejas Connie mientras tira del nudo de su corbata, sintiendo que le falta el aire—, pues nos vemos en un rato.

Capítulo 20

Connie no puede negarlo, por mucho que se esfuerza por controlarse, está muerta de ganas de pasar por encima de Hayden como un vendaval, arrasándolo todo a su paso. Todas las veces que ha escuchado golpes en la puerta de su despacho, su corazón se ha desbocado con furia y la decepción la ha hundido en su silla cada vez que no era ella, pero ahora sí que es, Hayden está en la puerta, con el portátil bajo el brazo y un montón de mechones escapando de su cola que Connie quiere recoger con sus dedos.

—Pasa, no te quedes ahí —dice la empresaria, y su voz rasposa atraviesa los tímpanos de Hayden como si fuera la única melodía que quiere escuchar durante el resto de su vida.

Hayden entra y cierra la puerta al hacerlo, observando cómo Connie se levanta para cederle su silla, aunque, en esta ocasión, no se va al sofá, si no que, se sienta de manera casual sobre la mesa, igual que ha hecho esta mañana en la suya.

—¿Te molesta si me quedo aquí? —pregunta la empresaria mientras se ajusta el reloj a la muñeca con un movimiento suave y delicado que capta la atención de Hayden.

—No —responde ella, dejando el portátil sobre la mesa antes de tomar asiento—. ¿No necesitas trabajar? —pregunta Hayden alternando la mirada entre los dos ordenadores de Connie.

La empresaria comprueba la hora en su reloj, lamentando que Hayden haya pasado por su despacho tan tarde.

—No, en un rato vendrá una amiga a buscarme para ir a comer.

Hayden asiente muy despacio, sin comentar nada.

—¿Cuántas actualizaciones hacéis durante el mes? —pregunta Connie para calmar un poco la tensión que percibe en Hayden. Quiere pensar que es porque está fuera de su despacho y su zona de control y no porque la tiene a ella tan cerca. En cualquier caso,

no le importa, necesita que Hayden normalice su cercanía si quiere llegar a alguna parte con ella.

—Depende. A veces hacemos dos o tres seguidas como ahora, otras no hacemos ninguna —responde la informática con la mirada fija en la pantalla.

El balanceo de su cuerpo comienza de inmediato y lo primero que hace Connie es fijarse en sus piernas, apoyadas en el suelo porque se ha sentado de manera correcta. La detiene poniéndole una mano sobre el brazo.

—Siéntate como te apetezca, Hayden, no te cortes porque yo esté aquí.

—Pero es tu silla —dice aturdida.

—No me importa. Ponte cómoda, anda. Sube los pies como haces siempre —insiste la empresaria.

Hayden sonríe antes de apoyarse en los reposabrazos para coger impulso y subir las piernas para cruzarlas. Después empieza a teclear en el portátil de Connie mientras ella se entretiene con el móvil porque sabe que no será capaz de concentrarse en otra cosa con Hayden en su despacho, hasta que la informática hace lo que tiene que hacer y solo puede esperar a que la actualización se complete en ambos ordenadores.

Connie la mira de reojo cuando ve que apoya la espalda en la silla mientras espera. Ella tiene el móvil para distraerse, Hayden no, y no piensa darle conversación porque quiere que sea ella la que rompa el silencio entre ambas.

Hayden tarda más de diez minutos en hacerlo, pero al final se atreve.

—El viernes hay una cena de empresa —comenta en voz alta.

Connie baja el móvil y la mira, intentando mantenerse inexpresiva a pesar de que el corazón le ha dado un vuelco.

—Sí, eso me han dicho —responde y su pulso se acelera sin motivo aparente—. ¿Tú vas a ir? —pregunta Connie.

—Miles quiere que vayamos, así podrá ver a la chica que le gusta —dice y se encoge de hombros.

Connie alza una ceja, divertida.

—¿La chica que le gusta? ¿Trabaja aquí? —pregunta sin ocultar su curiosidad.

—En administración. Es becaria, se llama Nora —recita Hayden todo lo que sabe, como si estuviera leyendo una ficha técnica.

Connie no puede evitar mirarla con ternura.

—¿Es la chica que hablaba con él ayer en el desayuno?

—Sí —responde Hayden.

—¿Y a ti qué te parece que Miles salga con ella? —pregunta Connie con tono despreocupado, aunque a ella sí que le preocupa que el que parece ser el único amigo de Hayden empiece a no tener tiempo para ella.

Hayden encoge los hombros sin más y un par de mechones le bailan por la frente desesperando a Connie, que se muere de ganas de apartárselos con los dedos para después sujetarle la cara y lanzarse a por sus labios.

—Miles es bueno, y ella me cae bien —dice, y aprieta una tecla en el portátil.

Connie niega con la cabeza mientras la mira embelesada.

—Madre mía, Hayden, eres preciosa. ¿Te lo han dicho alguna vez? —pregunta atravesándola con la mirada.

Hayden se pone roja como un tomate mientras mueve la cabeza con fuerza hacia los lados, ruborizada y a punto de que el corazón se le salga del pecho.

—Pues lo eres —asegura la empresaria y decide cambiar de tema antes de que se le vaya de las manos—. Entonces, ¿irás a la cena? —insiste para que le quede claro.

—Sí, lo acompañaré. Miles dice que nos sentaremos en la esquina. ¿Tú, vas a ir? —pregunta Hayden y vuelve a tocar otra tecla antes de mirarla.

Connie no tenía ninguna intención de ir, pero acaba de cambiar de opinión.

—Sí, supongo que me pasaré un rato.

Se miran y un silencio aplastante corta el ambiente haciendo que se vuelva muy denso. Hayden se pone nerviosa, sabe lo que quiere y lo que tiene que hacer para conseguirlo, pero está bloqueada y empieza a pensar que lo que Connie le pide es demasiado para ella.

Lo único que es capaz de hacer en ese instante es buscar algo que la calme, así que estira la mano para coger la de Connie, conformándose con el contacto de la piel suave de sus dedos y el calor reconfortante que siempre emana de ella mientras le da vueltas a su anillo, pero no ha llegado a cogerla cuando alguien llama a la puerta.

Hayden pega la espalda a la silla y Connie comprueba la hora en su reloj, aunque no se aleja de Hayden ni se molesta en sentarse de un modo más formal.

—Adelante —dice tranquila, porque ella sí que sabe quién es.

La puerta se abre y por ella entra su amiga Madison, con la que ha quedado para comer. Cuando la doctora se acerca, Connie sí que se levanta para ir a saludarla.

Hayden las observa desde la silla, recuerda a la mujer vagamente, la vio el primer día junto a Connie y pensó que era su pareja.

—Hayden, te presento a mi amiga, Madison, estuvo aquí el día de mi presentación, no sé si la recuerdas —dice Connie desde el otro lado de la mesa.

Hayden asiente y Madison se acerca para estrecharle la mano sin necesidad de que Connie le diga quién es. Al escuchar el nombre, lo ha sabido de inmediato.

—¿Qué tal, Hayden? —pregunta la doctora con una sonrisa amable.

—Bien —responde tan bajo que a Madison le cuesta escucharla.

Hayden parpadea y se levanta de la silla para estrechar su mano por encima de la mesa. Después vuelve a sentarse en un movimiento demasiado rápido y se centra en la pantalla del ordenador de sobremesa de Connie, el único que no ha terminado de actualizarse. Sin ser consciente, Hayden empieza con su balanceo y su mirada se pierde en algún punto de la pantalla mientras las dos amigas hablan y Connie recoge sus cosas, aunque Madison no puede dejar de mirarla de reojo.

—Me tengo que ir, Hayden —llama su atención Connie—. ¿Necesitas algo o te las apañas sola?

—No necesito nada, acabo enseguida —responde sin dejar de moverse.

—De acuerdo. Cierra cuando salgas, por favor —dice y le sonríe antes de salir del despacho.

En cuanto salen al pasillo, a Madison le cuesta seguir los pasos rápidos de Connie hasta el ascensor. Aprieta el botón varias veces y suspira con alivio cuando las puertas se abren.

—Joder, te juro que no he estado tan cachonda en mi vida —suelta Connie en cuanto las puertas se cierran, alzando las manos para mostrarle a una Madison que la observa boquiabierta el temblor que tiene en ellas, a juego con su pulso disparado.

La carcajada de la doctora es inmediata cuando observa la expresión frustrada de Connie. Las puertas del ascensor se abren en la planta baja y las dos atraviesan el pasillo en silencio hasta pasar por delante de Randy, despedirse de él y abandonar el edificio.

—Entiendo que este calentón es culpa de Hayden, ¿no? —pregunta Madison colgándose del brazo de Connie para caminar por la acera.

Connie resopla como un búfalo y suelta una risilla nerviosa mientras aprieta el paso.

—Nunca me había pasado —confiesa Connie—. No necesita decirme nada, ni rozarme o hacerme cualquier gesto que delate que le gusto. Solo tiene que aparecer, y ya está —dice, y sus cejas se levantan como si no lo entendiera—. Me mira y ardo por dentro.

Madison vuelve a soltar una risotada, esta vez más fuerte que la anterior, y tira de Connie para que corra antes de que el semáforo del paso de peatones se ponga en rojo. Las dos amigas cruzan entre risas y llegan sofocadas por el esfuerzo al otro lado.

—Si no fuera porque me he vuelto una persona fiel, te diría que yo puedo ayudarte con eso si quieres —suelta Madison, manteniendo el mismo paso rápido hasta que llegan a la puerta del restaurante donde tiene la mesa reservada.

—¿Fiel? —la mira Connie con gesto interrogante—. ¿A quién se supone que le eres tú fiel? ¿Qué me estoy perdiendo?

El camarero las lleva hasta la mesa.

—Fiel a mí misma —dice Madison con los ojos en blanco, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia mientras se acomoda en la silla—, pero de esto hablamos luego. No entiendo lo tuyo. ¿Cómo está el tema con Hayden?

Connie suspira y se muerde los labios, dejándose caer contra el respaldo de la silla.

—Digamos que he dejado la pelota en su tejado —resume Connie.

—¿En su tejado? —Madison no puede contener otra risilla—. No me extraña que vayas cachonda como una perra en celo —añade con mofa y Connie mira hacia el techo y cierra los ojos durante unos segundos.

—No puedo ser yo la que se lance, Madison —dice poniéndose seria—. No sé cómo explicarlo, pero necesito que sea ella la que dé el primer paso para todo, tengo que estar segura de que es lo que quiere, de que no voy demasiado rápido, de que no hace algo para lo que no está preparada o no se siente cómoda solo porque le gusto y quiere estar conmigo —Connie junta las manos todavía temblorosas y apoya la barbilla sobre los dedos un instante—. Además, por mucho que me cueste, no quiero hacer nada con ella si no confía en mí, tiene que abrirse conmigo. A mí no me importa que se aterrorice cuando explota un globo, pero yo tengo que saber las cosas que le dan miedo y le provocan ese tipo de reacciones para estar preparada y poder ayudarla, incluso protegerla de ellas si es posible, y no puedo hacerlo si no habla conmigo.

—Connie, ¿de qué hablas? —pregunta Madison, muy seria.

Connie le cuenta el episodio sucedido durante el desayuno cuando explotaron los globos.

—Ayer fueron los globos. Otro día puede ser otra cosa —dice entre enfadada y frustrada—. Sé que le agobian los espacios muy abiertos, que se estresa si no controla lo que tiene por detrás y que no está cómoda cuando hay mucha gente a su alrededor, pero todo eso lo sé porque lo he visto o me lo han dicho otras personas, ella no me ha contado nada.

Madison la mira y tuerce los labios en una mueca.

—Te entiendo, y no me gustaría estar en tu pellejo ahora mismo, Connie. Te enfrentas a una situación un poco complicada porque, por lo que me estás contando, parece que Hayden tiene muchos problemas para comunicarse, y me atrevería a añadir que para confiar en las personas. Vas a tener que ser paciente.

—¿Ese es tu gran consejo? ¿Paciencia? —pregunta Connie con una sonrisa burlona, tratando de poner un poco de humor a un tema que le preocupa mucho.

—Por ahora, sí. Eso y que te masturbes cada noche para calmar esos temblores —responde con un guiño.

Las dos se echan a reír a carcajada limpia y solo se detienen cuando el camarero llega para tomar nota.

—Bueno, ahora cuéntame qué es eso de que eres fiel contigo misma —le pide Connie.

—Me acosté con la doctora Dickens —confiesa Madison y Connie abre los ojos casi tanto como la boca.

—Menos mal que te caía mal... —apunta mordaz.

—No te confundas, sigo pensando que es impertinente, pero pasó y ahora siento que algo ha cambiado entre nosotras, o más bien en mí —se corrige y baja la voz como si temiera que Alice tuviera espías en el restaurante.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que tengo ganas de que se repita, joder, y eso me preocupa, Connie. Yo no repito, yo follo y paso a la siguiente. Y ahora no veo el momento de quedarme a solas con ella otra vez, aunque sea para discutir.

—¿Y no será que la doctora Dickens te gusta? —plantea Connie.

—¿Gustarme? ¿Estás tonta? —se ofende Madison.

—Tal vez —ladea una sonrisa burlona Connie—, pero no soy yo la que pierde las bragas por acostarse con ella otra vez.

—No, tú las pierdes por acostarte con Hayden —contraataca Madison.

Connie se ríe y levanta las manos en señal de rendición.

—Sí, y la diferencia entre tú y yo, es que yo lo admito, Madison. A mí Hayden me gusta muchísimo. ¿Por qué no reconoces tú que te

gusta la doctora Dickens? Que os llevéis a matar no significa que no pueda atraerte —opina Connie.

—Qué putada —masculla Madison arrastrando cada sílaba con rabia.

A Connie comienza a dolerle la barriga de tanto reírse.

Capítulo 21

—Pensé que no ibas a venir —dice Tasha cuando Connie llega al bar del restaurante donde se celebra la cena.

La ha llamado por la tarde y le ha pedido que la espere allí para tomar una copa. El restaurante se cierra por completo para todos los trabajadores de Bowler Securnet Industries, una cena que se celebra tres veces al año para fomentar la interacción entre todos los miembros, desde la dirección hasta los becarios que todavía no tienen un contrato oficial.

—Yo también, pero soy la dueña, ¿no? —Connie encoge los hombros y acepta el combinado que Tasha ha pedido para ella mientras esperaba.

—Una dueña arrebatadora, si me permites el comentario, esta noche estás especialmente guapa —la alaba Tasha.

Connie sonríe un poco sonrojada por el piropo.

—Gracias, tú también.

—¿Qué tal las cosas con Hayden? —pregunta Tasha.

Connie medita la respuesta, lo cierto es que no sabe muy bien qué decir.

—Digamos que lentas, pero lo prefiero así. No quiero precipitarme con ella. ¿Y tú? ¿Cómo va con tu exmujer? —cambia de tema la empresaria.

—Me gustaría decirte que mejor, pero tiene días. Uno parece que cede y comprende que no puede seguir en ese intento absurdo de paralizarlo todo y al siguiente le entra la locura y vuelta a empezar —suspira Tasha, dando un largo trago a su bebida.

—Qué amargura —dice Connie.

—Sí. A veces me entran ganas de ceder, decirle que se quede con todo y empezar de cero solo para poder perderla de vista de

una vez, pero no pienso dejar que se quede con algo que es solo mío.

—No me gustaría estar en tu situación, la verdad —dice Connie—. Si puedo hacer algo, dímelo.

Tasha se lo agradece dándole un apretón en el brazo. Connie paga las bebidas y concluye que deben dejar el bar para pasar al restaurante, donde probablemente ya estarán sirviendo los primeros platos.

La sucursal de Baltimore tiene un total de setenta y dos empleados, pero Connie no necesita pasear la mirada por todas las figuras para localizar a Hayden, solo tiene que fijarse en las esquinas de las cuatro mesas alargadas que hay en el centro del salón para localizarla junto a Miles en la que está al fondo, cerca de la pared, donde tendrá menos problemas para controlar el espacio y donde probablemente, nadie pasará por detrás de ella porque a su espalda no hay nada. Aun así, Connie está segura de que no está cómoda, y lo sabe porque Hayden no deja de balancearse a pesar de que Miles habla sin parar, hasta que repara en ella y detiene su movimiento en seco, como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su cabeza.

Connie duda, está parada en la entrada del salón junto a Tasha mientras la jefa de personal localiza el sitio en el que les corresponde sentarse. Quiere acercarse a Hayden, saludarla y tranquilizarla de algún modo, pero sabe que no puede porque hay demasiados pares de ojos posados sobre ella en ese instante.

—Lamento decirte que estamos en la misma mesa de Mason —le dice Tasha. Connie desvía la mirada enfocando donde le dice.

—Supongo que no debe sorprenderme —dice tras soltar un bufido.

Vuelve a mirar a Hayden una última vez antes de dirigirse hasta su mesa y sentarse en una silla que la deja de espaldas a ella. En el fondo lo prefiere, así no se distrae ni siente la tentación de mirarla todo el tiempo.

La cena transcurre relativamente tranquila y, en cuanto terminan el segundo plato, muchos de los presentes ya no esperan el postre y empiezan a pasar al jardín trasero, también cerrado en exclusiva para ellos, donde hay barra libre y música para acabar el resto de la

velada. Connie se gira para buscar a Hayden y descubre que no está, Miles y su amiga tampoco, así que deduce que han salido al exterior, lo cual no le sorprende porque, sin duda, Hayden estará mejor allí que dentro, donde hay menos gente.

—Voy fuera —le dice a Tasha mientras se levanta y coge su abrigo.

Apura el último trago de su copa, la segunda que se bebe, y sale al jardín. El aire frío la golpea y se estremece con un escalofrío. La temperatura es demasiado baja para su gusto y observa las estufas de butano repartidas cerca de todas las mesas altas que hay por el jardín, donde comienzan a arremolinarse sus trabajadores. En ninguna localiza a Hayden, pero sí que ve a Miles con la becaria pidiendo en una de las barras, y no duda en acercarse.

—Hola, Miles —dice, colocándose a su otro lado.

El informático se gira sobresaltado y los rizos le rebotan en la frente como si fueran muelles.

—Hola, señora Bowler —saluda sonriente.

El camarero se acerca y coloca tres bebidas frente a él. Connie pide la suya, su tercera copa.

—¿Dónde está Hayden? —pregunta la empresaria sin cortarse.

—Al fondo —señala Miles—. Detrás de aquella carpa hay unas mesas de madera, no hay estufas, por lo que tampoco hay gente.

Connie sonríe, el lugar perfecto para Hayden, alejado del bullicio.

—Ahora voy a llevarle un refresco —sigue Miles.

—¿Cuál de ellos es? —le pregunta Connie señalando los vasos.

Miles señala el de la derecha.

—¿Te importa si se lo llevo yo? —pregunta Connie sabiendo que ambos se harán un favor mutuo.

Él la mira torciendo una sonrisa cómplice y arrastra el vaso de Hayden hacia ella. Connie coge su vaso y el de Hayden y camina con decisión hacia donde Miles le ha indicado. Atraviesa la carpa, rodea unos setos y, en efecto, justo detrás en una zona mal iluminada que sin duda está pensada para hacer barbacoas durante el día, ve varias mesas de madera con sus respectivos bancos, y a Hayden sentada sobre una de ellas, con los pies sobre el asiento y los

antebrazos apoyados sobre las rodillas. Permanece quieta, absorta, como si la quietud de esa zona le diera la tranquilidad que necesita.

—Hola, Hayden —saluda Connie y la mirada de la informática se eleva al mismo tiempo que se ensancha su sonrisa.

Connie nota un temblor en el pecho que la hace suspirar.

—Bonito rincón —añade la empresaria mientras le tiende la bebida.

—Lo ha encontrado Miles —dice ella aceptando el vaso sin preguntar.

Hayden da un sorbo y lo deja sobre la mesa. Connie también deja el suyo sin dar un solo trago, de repente, siente que ha bebido demasiado porque, de pie frente a Hayden, todo lo que la frena parece haberse evaporado de su mente y solo puede mirarle los labios, y está segura de que el alcohol tiene parte de la culpa, al menos, es lo que quiere pensar. Necesita un culpable para la falta de control que experimenta en ese instante.

—Por un momento, he pensado que te habías marchado —dice Connie subiendo una pierna al banco.

Apoya la mano sobre la rodilla sin darse cuenta de que es esa en la que lleva el anillo, y Hayden se la coge de inmediato para hacerlo girar sobre su dedo. Un gesto que parece ser algo íntimo entre ellas. Algo muy suyo.

—No quiero estar aquí, no me gusta —dice Hayden—, pero quería verte, sabía que vendrías.

A Connie se le aprieta el pecho al escucharla y las manos comienzan a temblarle. Hayden lo nota y levanta lentamente la mirada. La mano libre de Connie se acerca a su cara y desliza un par de dedos por su frente para arrastrar esos mechones que la tientan cada día y colocarlos detrás de su oreja.

No se dicen nada, solo se mantienen la mirada y Connie deja de sentir ese frío que ha experimentado al salir para sustituirlo por un calor que empieza en su centro y se expande lentamente por todo su cuerpo. Arrastra los dedos que han rozado la oreja de Hayden hacia atrás, siguiendo la línea de su pelo a través de la cola hasta que llega a la base de su nuca y extiende la mano para abarcarla por completo.

Hayden emite un suave jadeo al estremecerse y notar que el vello de todo el cuerpo se le eriza con la caricia. Sus labios se entreabren al mismo tiempo que su mirada se oscurece. Connie traga saliva, no quiere ser ella. Le dijo a Hayden que no daría ningún paso, que no la besaría, pero la tentación es demasiado fuerte y, por mucho que intenta resistirse, su cuerpo no quiere obedecer a su cerebro.

Da un pequeño paso que prácticamente impide que pase el aire entre ellas. Maldice a Hayden por no moverse, por no adelantarse y buscar esos labios que le hormiguean de pura necesidad. Connie quiere dar un paso atrás, quitar la mano de su nuca y alejarse, pero hace lo contrario, arrastra el pie hasta que su rodilla choca con el borde del banco y empuja la nuca de Hayden hacia delante, hacia ella, hacia su boca.

El primer contacto es tan suave que Connie siente cosquillas en el perfil de sus labios, pero esa sensación solo dura una milésima de segundo, lo que tarda en apretarse más contra ella y aumentar el contacto. Hayden vuelve a jadear, temblando porque no quiere que pare. Aprieta la mano de Connie, la del anillo, y la otra la coloca en su cintura con timidez, como si no tuviera derecho y necesitara permiso para hacerlo. El chasquido de ese primer beso suave se graba a fuego en la mente de Hayden y separa los labios por instinto. Connie lo recibe como una invitación para explorar y abre los suyos pegándose más a ella, metiendo la lengua lentamente hasta que encuentra la de Hayden. El contacto le manda una descarga que va directa hasta su vientre y la hace contraerse. Aumenta la presión de la mano que tiene en la cabeza de la informática y pasea su lengua por la cavidad de Hayden muy despacio, intentando descubrir cada rincón sin ser invasiva mientras aguanta los calambres que le atraviesan las piernas y convergen contra su sexo.

El ruido de unas pisadas y el murmullo de unas risas las sobresalta. Connie rompe el beso y se aparta alejándose un par de pasos. Clava la mirada en el suelo, se aparta el pelo de la cara arrastrando su melena hacia atrás y después se aprieta el puente de la nariz mientras intenta tranquilizarse. Quien sea que ha hecho el

ruido, parece pasar de largo por el otro lado de los setos sin acercarse a ellas, entonces Connie mira a Hayden. La informática está quieta, como si se hubiera quedado congelada después del beso, hasta que mueve una mano y se la lleva a los labios como si estuviera comprobando que siguen ahí, todavía cosquilleando tras el beso.

Connie deja salir un suspiro entrecortado y ladea la cabeza hacia un lado antes de mirar al cielo. Se reprende a sí misma por haber sido tan débil. No ha debido hacerlo, no tenía que ser ella.

—¿Estás enfadada? —pregunta Hayden, y la voz le sale tan ronca como la de Connie, que levanta la mirada al escucharla.

—No, no estoy enfadada, Hayden —dice la empresaria, acercándose a ella inquietada por la pregunta.

Hayden estira el brazo y, cuando Connie piensa que va a coger su mano, la sorprende al tirar de su abrigo para acercarla tanto a ella como lo han estado antes.

—Me ha gustado —dice Hayden—. Y quiero más —añade poniendo sus manos en el cuello de la empresaria antes de bajarse de la mesa y buscar su boca.

A Connie se le pasa todo el malestar que ha sentido durante un segundo. Puede que ella haya dado el primer beso, pero el segundo se lo está dando Hayden y es mucho más intenso que el anterior, más necesitado y urgente, lo que le confirma que lo desea tanto como ella.

—Tengo cosquillas en el pecho —suelta Hayden contra su boca, mirándole los labios mientras sonríe.

Connie se deshace en una mezcla de ternura y excitación que le cuesta describir.

—Yo las tengo en el estómago —responde la empresaria.

Otro ruido las hace parar. Más pasos y más risas, solo que, en esta ocasión, sí que se acercan a ellas. Son Miles y Nora, que charlan ajenos a lo que han interrumpido.

—Nosotros nos vamos ya, Hayden. ¿Estás lista? —pregunta Miles.

Hayden traga saliva al experimentar un sentimiento de vacío que no le gusta. Mira a Connie y ella le sonríe.

—Ve —dice y le guiña un ojo cuando está segura de que solo Hayden puede verla—. Es tarde. El lunes nos vemos en el trabajo. ¿De acuerdo?

Hayden hace una mueca y suelta un bufido que hace reír a Connie. Es la primera vez que la ve mostrar desaprobación con algo, pero sabe que esto es lo correcto. Entre ellas todo debe ir despacio y si ella la acompaña a su casa, no podrá detener el tren de mercancías que lleva dentro. Antes de dar otro paso quiere conocer a Hayden, necesita algo más, y espera ser capaz de contenerse.

Capítulo 22

—En este despacho no tengo mucho que buscar, ¿quieres que mire debajo de la mesa de Miles? Con esos rizos y esa cara de niño bueno, seguro que tiene escondida alguna chica —bromea Randy Turrell enfocando su linterna mientras Hayden saca su termo de la mochila y lo deja sobre la mesa.

El hombre ha decidido subir con ella para hacer su ronda y ha aprovechado para hacerse un café con las cápsulas que Connie le hizo llevar al despacho de los informáticos, sin duda, de mejor calidad que las que había.

Hayden suelta una pequeña carcajada y desvía la mirada hacia la mesa de su amigo mientras Randy estira el cuello como si estuviera viendo algo. Lo observa y piensa que no le hubiera importado tener un abuelo como él, está segura de que sus nietos se lo pasan muy bien cuando los visita.

—A su chica tendrá que buscarla un par de plantas más abajo —le sigue el juego Hayden.

—Ajá, ya decía yo que últimamente tiene cara de tonto —apunta Randy y apaga la linterna ante una nueva carcajada de Hayden, que se siente extrañamente feliz desde el viernes.

Cuando Randy se gira dispuesto a salir, se encuentra a Connie apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre una camisa azul claro y un pantalón negro ajustado que realza su figura.

—Ah, señora Bowler, no la había visto. Buenos días —saluda alegre el hombre.

Hayden gira la cabeza hacia la puerta y su aliento se congela al mismo tiempo que siente que su pecho se aprieta cuando observa la sonrisa ladeada y la expresión divertida con la que Connie la

observa. La intensidad de su mirada hace que Hayden sienta que le fallan las rodillas.

—Buenos días, Randy. Me alegra ver que todos empezamos el lunes con buen humor —dice Connie apartándose de la puerta.

Hayden sigue petrificada, observando primero el nudo de su corbata —como siempre— y después la parte expuesta de su clavícula y el momento en el que Connie se cruza de brazos otra vez. Entonces se fija en su reloj, le gusta cómo le queda. Después mira sus labios y los suyos cosquillean ante las ganas de volver a besarla. El recuerdo de lo que pasó el viernes en aquel jardín se materializa con tanta nitidez en su cabeza que prácticamente puede notar la presión sobre sus labios.

—Con buen humor y mejor café —dice el hombre alzando su vaso.

—Me alegro —sonríe Connie.

—En fin, las dejo, señoras. Voy a seguir mi ronda.

El hombre se aleja por el pasillo con pasos lentos pero firmes y Connie cierra la puerta del despacho, girándose hacia Hayden, que sigue de pie al lado de su mesa.

—Hola —saluda Connie, arrastrando las letras mientras la mira fijamente, haciendo que su voz ronca suene más seductora que nunca para Hayden, que se siente al borde del infarto ante la sonrisa provocadora de su jefa.

—Hola —consigue decir Hayden.

—¿Qué tal? —sigue provocando Connie, mordiéndose los labios, consciente del efecto que provoca.

Su pulso está más disparado que el de Hayden, pero ella tiene autocontrol, Hayden, al parecer, carece de él, y eso a Connie le parece divertido y sexy. Le fascina ver cómo la informática intenta mantener la calma sin conseguirlo.

—¿No te haces café? —pregunta Hayden señalando la máquina, que está justo a su lado.

Connie exhala una sonrisa y niega con la cabeza lentamente, sin dejar de mirarla.

—No, Hayden. No me voy a acercar si es lo que esperas —asegura y su voz ronca se agrava.

Connie descruza los brazos y decide dar un par de pasos hacia la mesa de Miles para apoyar el culo ahí, estirando las piernas para cruzar un pie sobre otro mientras se sujeta con ambas manos al borde de la madera. Hayden, a dos metros de ella al lado de la máquina de café, aprieta la mandíbula y resopla.

—Siempre te haces café —evidencia con tono molesto, consciente de que sus patrones se rompen y su rutina se desestabiliza.

—Es verdad —dice Connie—. Quizá puedes hacérmelo tú hoy, igual que el otro día.

Hayden se rasca el pelo mientras mira la cafetera y decide qué hacer. Mira de reojo a Connie, su postura, su expresión hambrienta y su mirada oscurecida. El cosquilleo de su pecho se traslada de manera repentina hacia su vientre, haciendo que sus piernas se muevan muy despacio, hasta que se detiene frente a ella y se queda ahí, casi ahogada en su propio deseo mientras la mira con los labios ligeramente abiertos y su pecho subiendo y bajando como si acabase de emerger de una inmersión profunda bajo el agua.

Connie descruza las piernas y las separa, dejando un hueco entre ellas en cuyo espacio solo puede caber Hayden, que no duda en dar otro paso y colocarse ahí, pegándose a ella de tal modo que el contacto le envía una descarga que hormiguea directamente sobre su sexo, haciendo que exhale contra la boca de Connie justo antes de que sus labios vuelvan a buscar esa suavidad con la que ha estado fantaseando todo el fin de semana.

Se desata. La falta de autocontrol de Hayden se evidencia cuando sus manos se posan directamente a ambos lados del cuello de Connie en un primer momento. La empresaria la coge por la cintura y la sujeta con firmeza mientras sus lenguas se entrelazan y se permiten explorar con detenimiento en medio de ese beso que las dos tanto deseaban. El perfume de Connie envuelve a Hayden, mareándola un poco más.

Hayden se pega más a ella y el burbujeo las paraliza a ambas, haciendo que sus bocas se separen unos milímetros para dejar salir un suave gemido de placer que hace que Connie tenga que agarrarse al borde de la mesa con una mano para controlarse y que

Hayden busque más contacto ante algo que para ella es nuevo y demasiado agradable e intenso como para no querer más.

—Espera, Hayden —sonríe Connie cuando las manos de la informática bajan por su espalda marcando una línea de fuego a su paso y se detienen en su cintura para atraerla con firmeza hacia su cuerpo, descontrolado por la excitación.

Hayden exhala otro jadeo cuando se detiene, pero no suelta a Connie, solo permanece quieta, con la mejilla pegada a su barbilla y un temblor incontrolable recorriendo sus manos y su abdomen.

—Lo siento —dice Hayden de repente, con la respiración entrecortada.

Connie la sujeta por el mentón para poder verle la cara, le sonríe y le da un beso, uno más calmado.

—No lo sientas —le sonríe otra vez—. Me gusta que te lances, pero ya sabes que no es esto lo único que quiero de ti. Necesito otras cosas, Hayden.

Hayden exhala, todavía nerviosa y tan excitada que le cuesta pensar. Connie está igual o peor, pero tampoco puede continuar y, si se deja llevar por el descontrol de Hayden, acabarán desnudas sobre alguna de las mesas, y eso sí que no puede consentirlo. No ahí, no en la empresa.

—Necesitas que hable —dice Hayden y suspira, agarrando la corbata de Connie mientras empieza a calmarse.

—Sí, que me hables de ti. Podríamos vernos un día fuera de aquí —propone Connie.

—Una cita —resume Hayden, y su estómago se gira solo de pensarlo. Una cita con Connie Bowler.

—Sí, una cita —Connie le aparta algunos mechones de pelo de la cara con ternura, observando el tono sonrosado de las mejillas de Hayden.

—Vale —dice Hayden.

—Vale —repite Connie, besándola de nuevo.

Escuchan el sonido del ascensor al fondo del pasillo y Connie comprueba la hora en su reloj de pulsera.

—Parece que se nos ha acabado el tiempo. Deja que me haga el café, anda —dice, dándole una suave palmada en la cadera, cerca

de la nalga.

Hayden sonríe y se aparta para dejar a Connie moverse. La empresaria se acerca a la cafetera y ella se dirige a su silla para sentarse mientras la observa manipular la máquina hasta que el líquido termina de llenar su taza.

—Te veo mañana —dice Connie, guiñándole un ojo antes de salir de su despacho.

Capítulo 23

Como la gran mayoría de las noches, Hayden sale de su casa para ir al *diner* de Harry a comerse un sándwich vegetal. La cocina no es su fuerte y tampoco le gusta perder el tiempo preparando nada, la pone nerviosa, por lo que lo único que prepara con mimo y dedicación es su café de las mañanas. Por eso su rutina en ese aspecto está bastante marcada. Al mediodía come con Miles en una cafetería cercana a la oficina, por las noches cena en el *diner* de Harry y los fines de semana suele pedir comida a domicilio.

A pesar de estar muy cerca de su casa, camina a paso rápido, con las manos hundidas en los bolsillos mientras gira la cabeza hacia atrás cada pocos segundos. Odia esa sensación de inseguridad y está segura de que jamás se acostumbrará a ella. Tampoco quiere, porque si lo hace podría volverse descuidada y entonces él podría aparecer y sorprenderla. Siente un escalofrío atravesarle la columna al recordarlo con esa expresión sádica y su voz pastosa mientras le pedía que siguiera caminando. Entonces piensa en Connie, en cómo explicarle algo que jamás le ha contado a nadie, ni siquiera a su tía Clarice, y no sabe si puede.

Llega a la puerta del *diner* y se gira para entrar sin darse cuenta de que justo en ese instante, un joven con el pelo de varios colores que va subido sobre un patinete eléctrico a demasiada velocidad, está a punto de adelantarla sin ninguna precaución. Hayden nota el impacto sin saber por dónde viene ni lo que pasa. El chico y su patinete golpean contra ella con brutalidad por su lado derecho y los dos se van al suelo sin tiempo de poner las manos y prevenir el golpe. Lo primero que ha notado ha sido un dolor agudo en la sien derecha producido cuando sus cabezas se han golpeado, después el embiste de su cuerpo contra el del chico y, por último, la dureza del asfalto cuando cae como un fardo sobre él.

Hayden se queda quieta intentando que el murmullo de la gente que se arremolina a su alrededor se disipe. No quiere que la toquen, tampoco que le hablen, solo quiere que el dolor se pase para levantarse y correr hasta su casa. Reconoce una voz fuerte por encima de las demás, la de Harry gritándole a alguien.

El hombre lo ha visto todo desde detrás de la barra y ha salido de inmediato con el tiempo justo para ver cómo el chico del patinete se levanta con torpeza, se sube sobre el aparato y desaparece calle abajo sin mirar atrás.

—¡Eres un desgraciado! —grita Harry rojo de indignación.

Después le pide a la gente que se aparte y se agacha junto a Hayden, todavía desorientada.

—Déjame ver —dice él mirándola con preocupación.

Hayden siente una especie de corriente atravesarle el cuerpo y se sienta de repente con la intención de levantarse y salir corriendo, pero al apoyar el pie derecho nota un escozor que se mezcla con una punzada de dolor que la hace sentarse de nuevo.

—Tienes sangre —apunta Harry y ella se mira el tobillo tras tirar de su pantalón hacia arriba.

Se toca con los dedos y los ve manchados de rojo.

—Vaya, ahí también —dice el hombre y Hayden lo mira confundida, intentando que su mente procese lo que ha pasado cuanto antes.

—Hay que llevarla al hospital —dice Anette, que ha salido de la cocina alertada por los gritos de la gente.

Harry le señala la cabeza y Hayden se lleva una mano temblorosa hacia la sien, donde el corazón le palpita con fuerza provocándole punzadas de dolor con cada latido. Se toca también la nariz porque comienza a picarle y descubre que no le sangra, aunque está segura de que pronto empezará a hacerlo.

—Estoy bien —dice asustada, pero no lo está.

Está mareada y la ansiedad se la está comiendo. Hay demasiada gente y demasiado ruido, y ha perdido el control completo de la situación.

—De eso nada, te tienen que ver ese golpe de la cabeza y echarte un vistazo en general. Te puedo llevar y dejarte allí —dice

Harry mirando a Anette.

—Ve, me apaño hasta que vuelvas —dice su mujer.

Hayden se siente como una marioneta cuando Harry la ayuda a levantarse. No protesta, el hombre tiene el coche al otro lado de la calle y, con tal de que la saque de allí y la aleje del tumulto, irá donde le diga. Al sentarse nota que también le duele la espalda y la nalga derecha, en realidad, le duele todo el cuerpo como si la hubiera embestido un camión, pero no dice nada, solo mira al frente mientras se balancea, intentando calmarse.

—¿Hay alguien a quien puedas llamar? —pregunta Harry cuando llegan al hospital, después de bajarse del coche y abrir la puerta para ayudar a Hayden.

Ella no quiere responder, pero necesita decir algo para que Harry se marche y la deje tranquila.

—Lamaré a Miles cuando acabe —dice cuando entran.

Harry le explica a una enfermera —o eso deduce él que es esa mujer— lo que ha pasado. Como se ha golpeado la cabeza y parece bastante aturdida, le dicen que va a pasar de inmediato a uno de los boxes.

—¿Es usted un familiar? —le pregunta la mujer a Harry.

—No, soy un amigo, estaba cuando ha pasado.

—Lo siento, solo puede acompañarla un familiar, tendrá que esperar aquí —dice la mujer haciéndose cargo de Hayden, a la que todo empieza a darle vueltas.

Le molesta la claridad de la luz blanca que invade los pasillos y el espacio abierto le parece inabarcable para controlarlo. Empieza a sentir un vértigo que la asfixia y ni siquiera entiende las palabras de Harry cuando se despide de ella esperando que no sea nada.

La mujer abre la puerta de un box, una habitación que a Hayden le parece demasiado grande. La camilla está justo en el medio, lateral a la puerta y no de frente, por lo que, cuando la enfermera le dice que se tumbe hasta que venga la doctora, se queda paralizada con la espalda pegada a la pared.

—Eh, te tienes que sentar, no te va a pasar nada —dice la enfermera mirándola con confusión mientras la respiración de Hayden se va volviendo errática.

Trata de captar su atención, pero Hayden no la escucha, ni siquiera parpadea, solo permanece ahí, inmóvil, con la cara ensangrentada, la espalda pegada a la pared y la mirada fija en el suelo. La enfermera lleva muchos años tratando con pacientes como para saber que algo no va bien. La deja sola un segundo, segura de que no va a moverse, y sale al pasillo para ir a buscar a la doctora Dickens, la que tiene que atenderla.

—Deme un segundo, acabo con esto y voy enseguida —dice la doctora mientras completa el informe del paciente al que acaba de dar el alta.

—Debería venir ahora, creo que está en shock. Se ha quedado junto a la puerta y no reacciona cuando le hablo —explica la enfermera.

La doctora Dickens guarda lo que tiene escrito y lo deja para después. Sigue a la enfermera y entra en el box, encontrando a Hayden donde le ha dicho, respirando de manera agitada con los ojos entornados como si acabaran de cegarla.

—¿Te molesta la luz? —le pregunta la doctora sin acercarse mucho.

Hayden no contesta, pero su mirada se desvía hacia la doctora el tiempo suficiente como para que ella pueda adivinar la respuesta.

—Baja un poco la luz —le pide a la enfermera.

La mujer obedece y ese tono blanco intenso que ha estado cegando a Hayden desde que ha entrado, disminuye hasta convertirse en algo soportable.

—¿Le voy limpiando la sangre? Puedo hacerlo, aunque esté de pie —dice la enfermera.

—No —dice la doctora, consciente de que la expresión corporal de Hayden indica que no quiere que invadan su espacio—. ¿Cómo te llamas? —le pregunta y el silencio llena la sala.

Alice suspira y se muerde el labio mientras piensa. Le mira el golpe de la cabeza, que sigue sangrando en medio de una pequeña inflamación que comienza a adquirir un tono violáceo. También observa el temblor de sus manos y el ligero movimiento de su cabeza, hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué hacemos? —pregunta la enfermera poniendo nerviosa a la doctora Dickens—. No podemos dejarla ahí sin más...

La doctora le hace un gesto con la cabeza y le pide que la siga hasta el pasillo.

—Le vamos a dar unos minutos para que se tranquilice, sin agobiarla. Si la forzamos a tumbarse en la camilla solo conseguiremos ponerla más nerviosa.

—No parece nerviosa, solo parece...

—¿Qué parece? —la corta la doctora de manera abrupta.

—Nada, no sé —dice la enfermera, nerviosa ante la intensidad de su mirada.

—Ve a ver si alguien necesita ayuda, yo me encargo. Te llamaré cuando te necesite.

La enfermera desaparece y la doctora vuelve al box. Hayden sigue en el mismo sitio, con la respiración acelerada y la mente bloqueada, incapaz de pensar ni reaccionar. Solo sabe que está ahí, que le duele todo el cuerpo, que tiene miedo y está sola. Quiere apretar un botón y aparecer en su casa, en la seguridad de sus cuatro paredes, pero no sabe qué paso debe dar para conseguirlo.

—¿Tienes familia? ¿Alguien a quien pueda llamar? —pregunta la doctora manteniendo un tono suave y constante.

El silencio vuelve a reinar en la sala.

—¿Llevas el teléfono encima? Quizá puedo buscar...

Hayden da un paso hacia un lado sin despegarse de la pared como si quisiera alejarse. Es un paso muy corto, pero se tambalea porque su tobillo le manda un pinchazo agudo de dolor que le atraviesa la pierna.

—Vale, no me acerco —levanta las manos la doctora, dando un paso atrás.

En ese momento la puerta se abre y entra Madison Shaw. La doctora Dickens es la última a la que querría ver esa noche después de la discusión que han tenido esa tarde al no ponerse de acuerdo con un diagnóstico, pero necesita su firma para terminar un informe y poder marcharse a casa.

—Perdón —dice entrando de manera sigilosa, como si el hecho de encontrar poca luz la hiciera bajar el tono automáticamente—.

Necesito que me...

Madison se gira al reparar en la figura a su derecha, la chica a la que Alice tiene frente a ella.

—¿Hayden? —pregunta y entorna la mirada.

—¿La conoces? —pregunta Alice.

Madison se acerca, pero Hayden hace un movimiento extraño con el cuerpo y la doctora se detiene en seco.

—¿Qué ha pasado? —pregunta impactada por el rastro de sangre seca que prácticamente le cubre media cara.

—¿La conoces o no? —insiste la doctora Dickens, cogiéndola de un brazo para que la mire.

Madison se gira conteniendo la furia que le recorre las venas con la misma rapidez que el hormigueo se apodera de la zona que le ha tocado.

—Sí, trabaja para mi amiga Connie —responde Madison y, antes de poder decir nada más, se ve arrastrada hacia el pasillo por Alice.

—Joder, menos mal —dice la doctora—. ¿Qué tiene diagnosticado exactamente?

—¿Qué? —pregunta Madison, todavía impactada por la imagen de Hayden ensangrentada.

Alice tuerce el gesto y suelta un bufido.

—Joder, Shaw, la acabas de ver, es evidente que le pasa algo más allá de la caída que ha tenido. A simple vista se me ocurren varias cosas, como mutismo selectivo, autismo, trastorno de estrés postraumático, catatonía o quizá trastorno de apego afectivo, pero tú la conoces, así que nos podemos ahorrar las teorías.

—No la conozco tanto —responde Madison—, de hecho, solo la he visto un par de veces y la primera apenas me fijé en ella. Pero el mutismo y la catatonía ya las puedes descartar, y de las otras, bueno, por las cosas que me ha contado Connie y lo poco que he visto, me decanto por el autismo, aunque tampoco lo tengo claro del todo.

—¿No está diagnosticada? —pregunta Alice.

Madison resopla.

—No lo sé, Dickens. Diría que no, imagino que Connie lo sabría, y no me ha dicho nada.

—Esa tal Connie, ¿la conoce bien? —sigue preguntando la doctora.

Madison asiente y un mechón de pelo del recogido improvisado que se ha hecho se le escapa. Alice tiene que reprimir el impulso de su mano cuando se mueve sin permiso con la intención de recogerlo con sus dedos, desesperada por volver a sentir el tacto suave y caliente de la piel de la doctora Shaw.

—Sí, creo que bastante —responde Madison, ajena al burbujeo repentino que Alice ha experimentado por el pecho y que ignora sin alterar su expresión.

—¿Sabrá decirnos si tiene familia cerca? Necesitamos a alguien que la haga reaccionar, no me gustaría tener que sedarla para poder curarla.

—La puedo llamar —dice Madison.

—Pues hazlo —lanza Alice con exigencia.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer o me largo y te espabilas sola. Al fin y al cabo, Hayden es tu paciente —la amenaza Madison, harta de aguantarla.

Alice aprieta la mandíbula y se muerde los labios mientras las dos se mantienen una mirada eléctrica.

—Llámalas, por favor —masculla Alice.

Madison tuerce una sonrisa victoriosa y saca su teléfono.

—Eso ya me gusta más, doctora. ¿A qué no ha sido difícil? —pregunta al mismo tiempo que se lleva el móvil a la oreja.

Capítulo 24

Connie no recuerda haberse vestido tan deprisa en toda su vida. Se acababa de duchar y estaba en pijama, a punto de hacerse la cena cuando Madison la ha llamado. Connie sabe que Hayden tiene una tía, incluso recuerda que se llama Clarice, pero no tiene ni idea de dónde vive ni un número en el que localizarla porque en la empresa no consta una persona de contacto para Hayden.

—Voy yo, dame quince minutos —ha respondido Connie antes de colgar, con las manos temblando por culpa de los nervios.

Se ha puesto unos vaqueros y un jersey y ha salido con el pelo todavía mojado. Llega al hospital en tiempo récord, con el corazón en la garganta y un nudo de ansiedad oprimiendo su pecho. Madison la está esperando en la puerta de urgencias y, de camino hacia el box, le explica la situación de Hayden.

—No sé si me ha reconocido, parece estar en shock y no deja que nadie se acerque. La herida de la cabeza ha dejado de sangrar, pero probablemente habrá que darle algún punto y, por cómo ha descrito la caída el hombre que la ha traído, deberíamos hacerle un examen completo.

Connie la escucha, pero apenas logra retener lo que le dice, ansiosa por llegar hasta Hayden.

—Es aquí —dice Madison, pero cuando Connie está a punto de entrar, la coge de un brazo y la detiene—. Quitá esa expresión de terror. Lo que necesitamos es que se tranquilice, no que la pongas más nerviosa.

Connie parpadea y traga saliva. Se pasa la mano por el pelo mojado, arrastrándolo hacia atrás y asiente mientras suspira.

—Vale, ya está —dice y carraspea.

—Bien, hemos bajado un poco la luz, parece que le molesta, por lo demás, Alice y yo estaremos dentro contigo, tu misión es lograr

que confíe en nosotras para que podamos atenderla.

—¿Algo más? —pregunta Connie, ansiosa por entrar con ella.

—Sí, tiene la cara llena de sangre porque no hemos podido limpiarla, pero no te impresiones, si fuera grave, ya se habría desplomado.

Connie abre la puerta y entra muy despacio. A la primera que ve es a la doctora Dickens, después a Hayden, al lado de la puerta. El corazón le da un vuelco y se le corta la respiración, no le impresiona la sangre, le impresiona su expresión aterrada.

—Hayden, soy yo —dice poniéndose frente a ella.

Su voz rasposa atraviesa los tímpanos de Hayden y la reacción es inmediata ante la sorpresa de ambas doctoras. Su mirada se levanta y abre la boca como si quisiera decir algo, aunque las palabras no le salen. Connie da un par de pasos hacia ella y acerca una mano muy despacio hasta que roza los dedos de Hayden que, en lugar de retirarse, exhala un suspiro y su cuerpo se estremece, como si por fin pudiera soltar toda la tensión que ha estado acumulando.

—No llevas corbata —la voz de Hayden es un susurro entrecortado que sorprende a las doctoras otra vez, haciendo que se miren entre ellas.

—No —sonríe Connie y sus dedos se entrelazan.

La empresaria pasa un brazo por detrás de su cuello y la atrae hacia ella muy despacio. No se atreve a abrazarla con fuerza porque no quiere hacerle daño, pero quiere que sepa que está ahí, que ya no está sola.

—No has de tener miedo —le susurra cuando Hayden se agarra con la mano libre a su cintura y hunde la cara en el hueco de su cuello, acariciándola con su respiración errática—. Me quedo aquí contigo.

Le da su tiempo, manteniéndola abrazada hasta que su respiración empieza a normalizarse.

—¿Te acuerdas de mi amiga Madison? —pregunta Connie sin soltarla y Hayden asiente contra su hombro—. Yo confío en ella plenamente, y sé que tú confías en mí, así que deja que ella y la doctora Dickens te echen un vistazo, por favor. ¿Harías eso por mí?

Hayden siente que el dolor de su cuerpo se magnifica de repente, como si una parte de ella hubiera estado dormida, manteniéndolo a raya durante todo este tiempo. Los músculos se le tensan y se le escapa un aullido flojo de dolor cuando se mueve para separarse de Connie.

—La puerta —dice mirando la camilla y Connie gira la cabeza.

De inmediato entiende lo que pasa y desvía la mirada hacia su amiga.

—La camilla, ¿la podéis mover? Necesita ver la puerta.

—Eh, sí —dice Madison, rezando para que Alice no proteste, pero la doctora Dickens asiente y entre ambas lo mueven todo de manera que puedan trabajar cómodamente.

—Vamos —le dice Connie a Hayden y muy despacio, la lleva hasta la camilla.

Las doctoras dejan que sea Connie la que la ayude a sentarse, también la que la descalce y la que se quede junto a ella porque Hayden no le suelta la mano.

—¿Quieres que me quede o lo tienes controlado? —le pregunta Madison a Alice cuando Hayden parece lista para dejar que se acerquen.

Alice mira su reloj. Sabe que el turno de Madison ha terminado hace casi una hora y tuerce la boca porque a ella no le gusta pedir favores.

—Eres amiga de la única persona de la que parece fiarse —dice en voz baja, sin dejar de mirar a Hayden.

—Eso no responde mi pregunta —insiste Madison, disfrutando como nunca—. Si quieres que me quede, pídemelo.

Alice se gira hacia ella con una mirada que se podría catalogar como fulminante, pero también de puro deseo.

—Me iría bien que me echases una mano con ella —pide masticando cada palabra como si se fuera a atragantar al pronunciarla.

—Será un placer —suelta Madison con tono burlón, acercándose a Hayden antes de que Alice pueda añadir nada.

Las dos se sitúan frente a ella, pero es Alice la que le hace varias preguntas a Hayden para asegurarse de que está orientada y su

memoria y atención son correctas. Con ojo experto, observa cada reacción mientras le pide que siga su dedo con la mirada y responda preguntas básicas sobre el día y su identidad. Después le hace una evaluación neurológica general ante la mirada expectante de Connie, que de manera inconsciente contiene la respiración hasta que ve a Alice asentir, dándose por satisfecha con los resultados.

—Parece que todo está bien, vamos a ocuparnos ahora de esos cortes, ¿de acuerdo? —le dice a Hayden.

Como si las dos doctoras estuvieran coordinadas, Madison se centra en limpiarle la cara y examinar la herida de su sien, mientras que Alice hace lo mismo con la del tobillo. En ambos casos concluyen que necesita un par de puntos, pero al no ser cortes profundos, deciden que en la sien le pondrán pegamento quirúrgico y en el tobillo tiras adhesivas y un vendaje compresivo.

—No son heridas graves —explica Madison con tono muy pausado mientras termina de curar el pequeño corte de su cabeza—. La más incómoda es la del tobillo, pero no te va a impedir caminar, no te preocupes.

—Vale —responde Hayden, dirigiéndose a ella por primera vez, mientras sostiene la mano de Connie entre las suyas, dando vueltas a su anillo en un gesto que las doctoras interpretan como algo que le transmite calma.

Madison mira a su amiga y le sonríe, es evidente que Connie tiene que contarle algunas cosas, pero tendrá que ser en otro momento.

—¿Nos dejas quitarte la ropa para ver dónde te duele? —pregunta Madison después de que Hayden se haya quejado de una molestia en la espalda y en la cadera.

Su expresión se tensa y su mirada se clava en Connie como si necesitara su refugio.

—Será un momento, Hayden —le dice ella, apartándole un mechón de pelo de la cara con suavidad, hablándole en voz baja.

Hayden no sabe por qué sucede algo así, pero la simple presencia de Connie logra un efecto balsámico sobre ella. Como siempre que la tiene cerca, se siente a salvo, segura de que no puede pasarle nada malo si ella está a su lado, así que se baja de la

camilla y se apoya en ella para permitir que Madison le quite los pantalones.

—Menudo moretón tienes ahí —dice Alice palpándole la cadera derecha, justo por el lado donde ese chico ha impactado contra ella.

Hayden da un respingo cuando la toca, más por el contacto que por el dolor.

—Tranquila —le dice Alice—, te voy a hacer una serie de movimientos con la pierna, solo para asegurarme de que no tienes nada.

Se agarra a Connie con más fuerza y deja que la doctora le mueva la pierna. Algunos gestos le molestan mucho, pero, en general, no parece que sea más que el golpe que se ha llevado, así que vuelve a ponerse los pantalones y se sienta en la camilla.

—Ahora la sudadera —dice Madison abriéndole la cremallera.

Lo primero que ve al quitársela es un raspón en el codo derecho que deben desinfectarle, lo segundo lo ven en su espalda cuando le quitan la camiseta, y las dos doctoras se quedan perplejas y se miran entre ellas. Connie frunce el ceño, pero no dice nada porque nota que Hayden contiene la respiración con incomodidad ante el silencio repentino.

—Bueno —dice Alice, carraspeando—, aquí hay otro raspón —añade señalando su hombro, intentando mantener un tono calmado y despreocupado.

—Tendrás que ponerte en este lado, Connie —dice Madison, cortándole el paso de tal modo, que la empresaria no tiene más remedio que pasar por detrás de Hayden para cambiar de sitio.

Connie se queda inmóvil al ver la espalda de Hayden, notando que el aire se le escapa de los pulmones en un suspiro silencioso.

La piel, que ella se imaginaba lisa y tersa, es un mapa de cicatrices dispersas. Son de distintos tamaños y formas: algunas apenas perceptibles, manchas pálidas que se funden con su tono de piel claro, mientras que otras sobresalen como pequeños montículos endurecidos o se hunden en depresiones irregulares. Están repartidas por toda su espalda como diminutos puntos oscuros que salpican la superficie.

Connie recuerda el día que le echó la pomada por debajo del cuello, ella no notó nada, pero justo en esa zona Hayden no tiene nada salvo una pequeña mancha oscurecida, como una especie de pequeño hematoma permanente.

A la empresaria le cuesta respirar por un instante. No porque las cicatrices le resulten desagradables, sino por lo que significan. Se imagina el momento en el que esas heridas fueron abiertas, el dolor punzante que debieron provocarle, el ardor, el escozor, la sangre. Se imagina a Hayden —a esa Hayden de la que ya está enamorada— soportándolo, sobreviviendo. Y eso le duele de una forma que no se esperaba.

Traga saliva y levanta una mano con la intención de rozar las marcas, de sentir con sus propios dedos lo que su vista no alcanza a comprender del todo, pero se detiene a mitad de camino porque no sabe si Hayden quiere que las toque. Ni siquiera sabe si alguna vez alguien lo ha hecho, si alguien ha sido testigo de esa vulnerabilidad. Su pecho se aprieta con una mezcla de tristeza y amor enfurecido y Connie se muerde los labios con fuerza. Quiere preguntarle qué le ha pasado. Quiere decirle que a ella no le importa el estado de su piel, que la quiere con todas sus cicatrices, las que puede ver y las que no, pero Hayden sigue ahí, sentada en la camilla, con la espalda recta y los hombros tensos, como si esperara el veredicto de Connie.

La empresaria rodea la camilla y se sitúa al otro lado de Hayden. La informática levanta la mirada, asustada como si Connie fuera a salir corriendo después de lo que ha visto, pero Connie le guiña un ojo haciendo que su corazón dé un vuelco y se mete entre sus piernas para abrazarla.

—Tranquila —le susurra, y Hayden la abraza con tanta fuerza que su cuerpo semidesnudo tiembla.

Capítulo 25

—¿Qué necesitabas? —pregunta Alice Dickens cuando ella y Madison están en el vestuario.

Al final, gracias a que se ha quedado para ayudarla con Hayden, han pasado las dos horas que faltaban para acabar su turno y ahora se van a marchar al mismo tiempo.

—¿Perdona? —responde Madison sin comprender, cerrando su taquilla tras coger el bolso.

Está agotada y reprime un bostezo con el puño mientras los ojos se le humedecen por el cansancio.

—Cuando has entrado en el box, antes de ver a Hayden. Venías para algo, ¿qué era? —aclarar Alice al mismo tiempo que se descalza.

—Necesitaba tu firma para completar el informe de esta tarde.

—Ah, eso —dice Alice con cierta decepción en su tono de voz, como si en el fondo, esperara otra cosa. Aunque no sabe qué.

Ya se lo ha firmado, lo ha hecho cuando estaba completando el de Hayden tras darle el alta.

—Bueno, me marcho ya —dice Madison—. Nos vemos mañana.

Otro bostezo le abre la boca de manera repentina. Alice sonrío al verla, le parece tierna, diferente, nada que ver con esa mujer borde, descarada y contestona a la que está acostumbrada. Hay algo vulnerable en su expresión somnolienta que la hace parecer más accesible.

—Claro. Oye, Shaw —le dice antes de que Madison atraviese la puerta.

La doctora se detiene y se gira resoplando. Tiene sueño y solo quiere llegar a su casa, y no tiene ganas de aguantar ninguna lección de Alice.

—¿Qué? —pregunta con desgana.

—Gracias por quedarte —dice al mismo tiempo que se quita el pantalón del pijama médico.

Madison parpadea, sorprendida por una humildad que le parece sincera mientras su mirada se queda atrapada en esas piernas que el otro día no tuvo oportunidad de ver.

—¿No te ibas? —pregunta Alice con cierta petulancia, aunque su piel arde mientras Madison la mira.

—Por supuesto —Madison se gira y desaparece, ella se queda quieta, observando la puerta con una sonrisa y el pulso disparado mientras se pregunta a qué demonios juegan.

Madison llega al aparcamiento y se frota los brazos estremecida por el frío. El sueño y el cansancio la tienen destemplada y la temperatura de finales de noviembre no es nada agradable a esas horas de la noche. Camina a paso rápido hasta su coche y acciona el mando para abrirlo. El pitido que emite el vehículo le resulta agradable como siempre, la primera señal de que vuelve a casa para poder descansar.

Se desliza dentro de su coche con un suspiro tembloroso, frotándose las manos heladas antes de girar la llave para ponerlo en marcha. El interior del coche está helado y Madison siente cómo el frío se filtra a través de su abrigo, clavándose en su piel como si fueran agujas diminutas. Solo quiere llegar a casa, darse una ducha caliente y meterse en su cama. Tampoco pide mucho.

Gira la llave. Nada. Lo intenta de nuevo. Esta vez, el coche responde con algo parecido a un clic seco. Madison frunce el ceño y lo intenta otra vez, y otra, escuchando un clic tras otro. El motor de arranque parece querer sobrevivir, pero no lo consigue y todo su esfuerzo resulta inútil hasta que prueba una última vez y ya no se escucha nada.

—No... no, no, no —Madison deja caer la cabeza hacia delante y golpea el volante con la frente.

Se permite estar así unos segundos hasta incorporarse de nuevo y apoyar la cabeza en el respaldo. El aparcamiento está vacío y silencioso y frente a ella solo se proyecta la sombra de una farola cuya luz mortecina le parece demasiado siniestra. Suspira agotada y

se frota los brazos otra vez cuando unos golpes en el cristal la sobresaltan haciendo que el corazón le dé un vuelco.

Madison se gira y se encuentra con la mirada interrogante de Alice Dickens al otro lado del cristal. Le da al botón para bajar la ventanilla, pero obviamente no funciona y tiene que abrir la puerta.

—¿Qué haces aquí todavía? Te vas a helar ahí dentro —dice su compañera.

Madison pone los ojos en blanco, es obvio que, si pudiera, no estaría ahí.

—No arranca, supongo que la batería ha dicho basta —explica resignada.

—Vaya, qué mala suerte —dice Alice, y Madison tiene la sensación de que hay cierto sarcasmo en su tono, pero lo ignora porque no tiene ganas de discutir—. Anda, baja. Te llevo.

Madison levanta la mirada y frunce el ceño. Lo último que necesita es que Alice Dickens le haga un favor, no quiere imaginársela al día siguiente, convirtiéndola en su esclava para cobrarlo.

—No, gracias, ya me apaño —contesta demasiado rápido, dejando que su orgullo decida por ella.

Alice asiente, arqueando una ceja que a Madison no le gusta ni un poco.

—Tú misma, llama a la grúa o a un taxi, en cualquier caso, tendrás que esperar a cualquiera de los dos con este frío tan desagradable. Nos vemos mañana, Shaw.

Alice se da la vuelta y se aleja hacia su coche. Madison prácticamente se lanza desde el suyo.

—Espera, Alice. Vale, sí, me voy contigo —dice cerrando el vehículo.

Alice no contesta, pero contiene una sonrisa de satisfacción mientras abre su coche. El camino hasta casa de Madison no es largo, apenas quince minutos que hacen en un silencio más tenso que incómodo.

—Es ahí —dice Madison señalando un edificio.

La doctora Dickens no le dice que ella vive a apenas dos manzanas. Detiene el coche en un estacionamiento libre y espera a

que Madison se baje mientras la observa de reojo.

—¿Tienes hambre? —pregunta Madison de repente antes de abrir la puerta, sorprendiéndose a sí misma.

Su lengua ha ido más rápida que su cerebro y no ha podido detenerla. Ni siquiera pretendía cenar, solo darse una ducha y enterrar su cuerpo cansado bajo el edredón, pero no le apetece que Alice se marche todavía, y eso la deja estupefacta.

—Pues sí, la verdad —responde la doctora Dickens, sorprendida por la pregunta, y también expectante y nerviosa ante la idea de cenar con Madison.

¿Es una cita? Está segura de que no, solo debe ser una cena entre compañeras, pero ella no lo siente así, sabe que es algo más aunque ninguna de las dos lo diga.

—No esperes nada elaborado, pero tengo lasaña congelada. Si te gusta, podemos salir del paso con eso —dice Madison.

—La lasaña es mi plato favorito cuando estoy agotada. Un rato en el microondas y a cenar —responde Alice y su compañera tiene la sensación de que sus ojos brillan en la penumbra del coche.

Madison sonríe y exhala todo el aire de sus pulmones mientras la observa durante más tiempo del necesario. El aire dentro del coche se vuelve denso y las dos se quedan congeladas mientras se miran, hasta que Alice se inclina hacia delante y le pasa una mano por la cara para acercarla hasta su boca.

—Si subo, no creo que quiera marcharme después de la cena —murmura contra sus labios.

—Pues no lo hagas, además, necesitaré que me lleves al trabajo mañana —dice Madison, abriéndose paso con la lengua mientras su mano se hunde por su pelo.

Capítulo 26

—Es ahí —dice Hayden, señalando una hilera de casas adosadas después de que Connie se haya adentrado en el barrio de Federal Hill.

La empresaria no logra identificar la casa exacta que Hayden le señala, pero tampoco le importa porque no tiene intención de pararse en la puerta para que ella se baje. Connie piensa entrar con ella, así que aparca en el primer hueco libre que encuentra y se baja del coche ante la mirada nerviosa de la informática.

—A lo mejor no te gusta —dice mientras Connie le ofrece su brazo para que se apoye en ella.

No le han dado muletas, no las necesita para caminar porque ni siquiera cojea, pero Connie todavía está asustada y prefiere que se apoye en ella.

—¿Por qué no va a gustarme? —pregunta mientras dan pasos cortos hacia la puerta.

Hayden encoge los hombros sin saber qué decir. Nunca ha llevado a nadie a su casa, ni siquiera a Miles, al que siempre le pone alguna excusa, pero para Connie no tiene ninguna, quiere que entre. Introduce la llave y la gira. Empuja la puerta y enciende la luz. Lo primero que ve Connie son las escaleras que suben a la primera planta, pero ellas se quedan en la de abajo y acceden al salón.

—Vaya —dice Connie sorprendida mientras Hayden permanece a un lado, como si estuviera avergonzada.

El salón es grande y está decorado con mucho gusto, aunque todo le parece muy clásico para Hayden.

—¿Lo has elegido tú?

Ella niega con la cabeza.

—La alquilé amueblada. Solo añadí la cama ahí —señala hacia el fondo.

Connie da un paso hacia ella y se pega a su espalda mientras observa todo el espacio. El sofá frente a la chimenea en medio del salón y, en el espacio del fondo donde debería estar la mesa, hay una cama de matrimonio y una cómoda. Lo cierto es que no queda mal del todo, el espacio resulta acogedor y peculiar al mismo tiempo, y eso sí que es muy del estilo de Hayden.

—¿Por qué la tienes ahí? —susurra Connie bajando una mano hasta que encuentra sus dedos.

—La casa es muy grande, no me gusta dormir arriba. Hay demasiado espacio.

—Es bonito. Me gusta —dice Connie, y Hayden se gira y la mira con sorpresa—. Yo tengo la cama en la habitación —sonríe la empresaria—, y no se me ocurriría ponerla en el salón, pero reconozco que queda bien.

Hayden sonríe y se relaja al mismo tiempo que sus tripas se quejan recordándole que no ha cenado.

—¿Tienes hambre? —pregunta Connie.

Hayden asiente.

—¿Puedo mirar en la nevera? —sigue preguntando la empresaria mientras se deshace de su abrigo.

Hayden se va relajando cada vez más, como si la presencia de Connie en su casa fuera justo lo que necesitaba para poder respirar tranquila.

—Hay algunas cosas, no muchas. No me gusta cocinar —reconoce mientras la guía hacia la cocina por la puerta que hay justo al lado del espacio donde ella ha puesto su cama.

Connie abre la nevera y encuentra lo justo para sobrevivir. Huevos, queso, ensalada, yogur y alguna fruta. Sobre el mármol encuentra pan y algunas latas de atún.

—El sándwich vegetal es mi favorito —dice Hayden y Connie sonríe mientras comprueba con sorpresa que no tiene ninguna mesa donde sentarse a comer.

—Bueno, pues siéntate aquí —dice señalando el mármol—. Te prepararé el mejor que hayas probado.

—Los mejores los hace Harry —rebate Hayden con esa sinceridad tan suya.

Connie se gira con expresión divertida y la señala mientras sostiene los huevos en la mano.

—Ya no, cariño. Cuando pruebes los míos, los de ese tal Harry serán unos simples segundones.

Hayden se ríe y Connie la mira de reojo. Le gusta verla así, a pesar de que ella por dentro está deshecha de ansiedad. No se saca de la cabeza lo que ha visto y no ve el momento de poder preguntarle.

Prepara los condimentos y los mezcla dentro de un bol mientras Hayden la observa sin tener muy claro que vaya a gustarle, pero cuando da el primer mordisco, sus ojos se abren con sorpresa y suelta un murmullo de placer mientras Connie le sonríe desde el otro lado de la cocina, comiéndose su sándwich con la espalda apoyada en la nevera.

—No es mi mejor obra —dice la empresaria—, con más ingredientes estaría mejor, pero no ha quedado mal.

—Está muy bueno —apunta Hayden con la boca llena y ella le guiña un ojo por segunda vez esa noche, haciendo que su pecho se encoja con un nuevo aleteo.

Cuando terminan, Hayden camina hasta el sofá y Connie se sienta sobre la pierna a su lado. El silencio cae como una losa sobre ellas, necesario para Connie mientras piensa en cómo abordar el tema, incómodo para Hayden porque intuye lo que viene.

—Lo de tu espalda... —empieza Connie sin preámbulos, concluyendo que no tiene sentido darle vueltas, no para alguien como Hayden—. ¿Podemos hablar de esas cicatrices?

Nota como Hayden contiene la respiración y sus hombros vuelven a ponerse rígidos, así que Connie prueba con otra táctica.

—¿Qué te parece si yo te hablo primero sobre ese rumor que circula sobre mí en la empresa? —propone Connie en un intento de normalizar la situación.

Hayden se gira hacia ella y le coge la mano, buscando su anillo.

—Sé que no fuiste tú —responde con expresión culpable—. He leído tu declaración.

Connie abre la boca y vuelve a cerrarla, impactada.

—Miles dice que no debo hacer esas cosas, que no está bien, y sé que tiene razón —dice y ahora su gesto adquiere una expresión traviesa que fascina a Connie, dejando claro que, en realidad, no le importa haberse saltado las normas—. Pero quería saber cosas de ti. Lo siento.

Puede enfadarse, pero lo cierto es que no le sale hacerlo, de hecho, se siente halagada. Incluso experimenta una opresión extraña por el pecho, una de las buenas, de las que hace que se sienta más unida a Hayden porque ni siquiera sus padres se molestaron en escucharla, y mucho menos en leer lo que declaró.

—No importa. Lo entiendo. Querías saber cosas de mí, igual que yo de ti, Hayden.

Ella la mira y se muerde los carrillos, no está lista. Esa noche no.

—No quiero hablar de eso ahora —admite aturdida y Connie se arma de paciencia.

—Está bien. ¿Lo has hablado con alguien alguna vez? —indaga la empresaria—. Una terapeuta, por ejemplo.

—No —responde Hayden.

Connie traga saliva. No sabe por qué ha mencionado a un terapeuta, pero quizá haya sido porque, en el fondo, sabe que a Hayden le iría bien hablar con uno, igual que lo hizo ella en su momento.

—¿Estarías dispuesta a ver a una?

—No quiero hablar de esto —repite Hayden y Connie se exaspera y aparta la mirada mientras se muerde los labios.

Hayden le aprieta la mano.

—No te enfades —le pide angustiada.

Connie la mira, no quiere enfadarse, pero ya es tarde, lo está. Está rabiosa porque no sabe cómo llegar a Hayden y eso la frustra.

—¿De qué quieres hablar entonces? —pregunta la empresaria tratando de mostrarse impasible.

Hayden no quiere hablar de nada, lo único que quiere es sentir el tacto de sus labios otra vez. Se inclina sobre Connie y ella al principio no reacciona, pero cuando Hayden la roza con la lengua, todo lo que hay en su mente se envuelve en una nebulosa que no la

deja pensar y se deja llevar por la corriente que se expande por su cuerpo.

Sin saber cómo, está tumbada al lado de Hayden mientras la informática le acaricia los costados como si temiera que fuese a romperse. Connie observa sus manos, temblando cuando se mueven cerca de sus pechos, como si necesitara permiso para rozarlos o jamás hubiera tocado unos. Ese último pensamiento la trastorna, pero no le da importancia y besa a Hayden. Ella se controla, solo toca si Hayden la toca a ella, no quiere hacer nada que ella no haga primero, asegurándose de que siempre marque el ritmo.

La mano llega al borde inferior de su jersey y Connie se estremece cuando Hayden por fin se atreve a colarla por debajo de la ropa. Su abdomen se tensa y exhala un suspiro, Hayden sonríe, fascinada por lo que una sola de sus caricias ha provocado, y exhala con ella cuando la mano de Connie resbala por su espalda, desde la base de su cuello hasta su cintura. Se estremece ante el hormigueo que le provoca sentirla y roza un pecho de Connie con los dedos por encima del sujetador.

La empresaria jadea y cierra los ojos un segundo cuando su sexo sufre un espasmo. Empieza a pensar que la excitación acabará con ella. Connie es de las que folla rápido al principio y se entretiene después, cuando ha liberado un poco de esa tensión que le paraliza el cuerpo y no la deja pensar, como en ese momento, pero ahora tiene que soportarla, pulsando contra su centro con cada roce de Hayden, mareándola de gusto y de deseo, y no está segura de poder contenerse.

Entonces pasa un dedo por debajo de la cintura del pantalón de Hayden. No tiene intención de ir más allá, solo es un roce, una caricia más, pero ella se pone rígida de repente y Connie siente que ha tocado la tecla que no debía, justo lo que no quería hacer.

—Perdona —dice mientras Hayden la mira, medio tumbada sobre ella.

—No pasa nada —dice la informática.

Connie frunce el ceño, descolocada.

—¿No?

Hayden carraspea y niega con vehemencia. Tiene las mejillas rojas y los ojos de un color verde oscuro que a Connie le recuerda a un bosque en un día de lluvia. Le gusta, todo en Hayden le gusta, aunque a veces la desespera.

—No he hecho esto con nadie —suelta y sigue mirando a Connie esperando su reacción.

La empresaria se queda petrificada en un principio, pero solo le dura una fracción de segundo porque, en el fondo, había una parte de ella que lo intuía. Tenía la certeza de que Hayden no había estado con nadie antes.

—No pasa nada —contesta con esa voz rasposa que fascina a Hayden mientras le aparta varios mechones de pelo de la cara.

—¿No te importa? —pregunta Hayden con un suspiro de alivio.

Connie la atrae hacia ella con cuidado de no hacerle daño y se colocan de lado, mirándose de frente.

—No, no me importa —dice, dejando que Hayden entrelace los dedos con los suyos cuando busca su mano—, pero me sorprende. ¿No has estado con nadie? Quiero decir...

—Con nadie con quien me sintiera segura y me apeteciera hacerlo —la interrumpe Hayden—. Las dos cosas juntas nunca se han dado, solo contigo.

Connie sonríe notando que la corriente le atraviesa todo el cuerpo. No es de excitación, es un sentimiento de amor hacia Hayden que le cuesta definir con palabras y que le cosquillea por el pecho. Le sonríe y le da un beso en los labios notando como Hayden se relaja. Connie se queda quieta hasta que nota que su respiración se ralentiza.

—¿Estarás bien si me voy? —le pregunta en un susurro contra su pelo.

—Sí, pero prefiero que te quedes —responde Hayden sin abrir los ojos.

Connie sonríe y se levanta para buscar una manta, descartando pedirle que se mueva para ir hasta la cama. Le apetece estar ahí, acurrucada junto a ella en el sofá, así que la descalza, se descalza ella también y, después de apagar la luz, se tumba junto a Hayden dispuesta a darle el tiempo que necesite para abrirse.

Capítulo 27

Connie abre la puerta de su apartamento en cuanto suena el timbre. No tiene que preguntar quién es porque ya lo sabe. Ha quedado con Madison para tomar una copa después de cenar y, como de abrirla la puerta del edificio se encarga el señor Baser o en su ausencia como ahora, la mujer que hace el turno de noche, Connie solo tiene que ocuparse de su puerta.

—¿Has cenado? —pregunta Connie en cuanto Madison le estampa un beso en la mejilla y se quita el bolso y el abrigo, dejándolos sobre el perchero de la entrada.

—Un compañero pidió pizzas, odio estos turnos tan largos —responde su amiga con evidente cansancio.

—Podríamos haber quedado otra noche si estás cansada —comenta Connie caminando tras ella por el salón.

Madison se gira de sopetón con la mirada entornada, haciendo que su melena se eleve y el aroma afrutado de su champú le dé de lleno a la empresaria.

—Ni hablar, necesito beber con mi mejor amiga. ¿Qué tienes por ahí? Saca algo fuerte, por favor. Quiero que me arda la garganta —suplica la doctora.

Connie se ríe y se dirige hacia el mueble bar. Coge dos vasos y opta por una botella de whisky escocés que reserva para ocasiones como esa, donde ambas necesitan un buen trago. Vierte un chorro generoso en cada vaso y se sienta junto a Madison.

—¿Cómo está Hayden? —pregunta su amiga brindando con Connie.

—Bien, prácticamente la he tenido que obligar a tomarse el día libre —sonríe la empresaria.

Connie todavía tiene muy fresco el recuerdo de esta mañana cuando se ha despertado en el sofá, acurrucada junto a Hayden. Le

dolía todo el cuerpo porque probablemente no ha cambiado de postura en toda la noche, pero no le ha importado. Por las ventanas entraba la luz suficiente como para poder contemplar la placidez con la que Hayden dormía entre sus brazos, con varios mechones lacios de esos que a ella tanto le gusta arrastrar con sus dedos atravesando su rostro. A medianoche, se ha removido de repente, sobresaltada, pero Connie la ha apretado con fuerza contra ella mientras le susurraba que no pasaba nada, segura de que tenía una pesadilla, y Hayden ha suspirado, se ha girado hacia ella y ha seguido durmiendo.

Le ha sabido mal tener que despertarla, pero era tarde y todavía tenía que pasar por su apartamento para darse una ducha y cambiarse de ropa antes de ir a la oficina. Cuando Hayden ha abierto los ojos, a Connie se le ha encogido el pecho, porque lo primero que ha hecho ha sido sonreírle, y ella la ha besado.

—Me tengo que ir y, antes de que digas nada, te prohíbo venir hoy a trabajar. Al mediodía me escaparé para venir a comer contigo. Te dejo mi número apuntado, guárdalo y llámame si necesitas algo antes, cualquier cosa —le ha dicho, con tono autoritario.

Hayden ha vuelto a sonreír, murmurando algo que ella no ha entendido y después ha carraspeado antes de repetir la frase.

—Ahora tienes la voz más ronca —ha dicho a modo de saludo, acariciando su garganta con los dedos.

Connie también se ha reído, recién levantada su tono se endurece, pero el de Hayden era parecido al suyo.

—Tú tienes los ojos de un color indefinido, ni azules ni verdes —le ha susurrado ella—. Son como el mar en un día nublado, y me encantan. Ahora prométeme que te portarás bien y harás reposo.

Hayden ha asentido y Connie ha vuelto a besarla antes de marcharse.

—Al mediodía he comido con ella —sigue explicando Connie mientras hace girar el hielo dentro de su vaso—. Está bien, lo que más le molesta es el corte del tobillo, pero no le afecta a la hora de caminar. Dice que mañana irá a trabajar y no me he opuesto, si necesita algo estoy más cerca, además estará con Miles todo el día.

—Connie —cambia el tono su amiga—. ¿Le has preguntado por las cicatrices?

—Sí, dijo que no quería hablar del tema —responde y da un trago de su vaso—. No puedo obligarla, pero creo que vamos bien, ella es muy consciente de que yo necesito que se abra conmigo para seguir avanzando, y yo de que ella tiene su ritmo. ¿De qué crees que son? —pregunta la empresaria aterrorizada por la incertidumbre.

—No lo sé, podrían ser mil cosas —responde Madison.

—¿Quemaduras? —pregunta ella.

—No, quemaduras, no. Parecen pequeños impactos, pero son tan irregulares que no te sabría decir. Alice y yo lo comentamos, pero no llegamos a ninguna conclusión clara, tendríamos que examinarlas con más detenimiento.

—¿Y su comportamiento? —la pregunta de Connie sale ahogada.

—¿Perdona?

—El de Hayden, Madison —resopla como si le molestase tener que ser más específica—. Tú misma tuviste la oportunidad de verla...

—Ya —Madison asiente con una mueca y deja su vaso sobre la mesa.

—¿Qué piensas? Supongo que también hablasteis sobre ello.

—Sí, lo comentamos —admite su amiga—, pero sin una evaluación exhaustiva es imposible determinar...

—Déjate de chorradas, Madison —la corta Connie de forma abrupta—, que soy yo. Quiero tu opinión.

—Aunque seas tú, Connie —responde Madison—. Hayden tiene rasgos en el comportamiento que podrían señalar varios trastornos. Pero tendría que evaluarla un especialista para saber qué es lo que tiene exactamente. En algunos casos es fácil, los síntomas son tan evidentes que incluso sin ser experta puedes saber claramente lo que le pasa, pero en ella no. Lo más plausible en Hayden sería decir que tiene autismo en grado uno, de hecho, eso es lo que opina Alice a falta de que la diagnostiquen, pero yo no lo tengo tan claro.

—¿Por qué no? —pregunta Connie sintiendo un nudo que la asfixia.

—Porque, aunque tiene muchos rasgos que pueden señalar autismo, en mi opinión no los tiene todos. Además, una persona con

autismo en el grado más bajo como sería este caso, puede ser completamente independiente, pero necesita apoyo, y Hayden no me parece alguien que necesite ayuda ni la tenga. Ella no tiene problemas para relacionarse contigo, por ejemplo, ni con ese amigo suyo.

—Miles —dice Connie.

—Miles —repite Madison—. Se pueden tener muchos rasgos del autismo sin llegar a padecerlo, Connie, por eso sería muy importante que la viera un especialista si es que no la ha visto ninguno antes.

Connie deja la mirada perdida en algún punto de su salón mientras piensa que, realmente, no sabe nada de la vida de Hayden anterior a su trabajo.

—¿Estás bien? —pregunta Madison cogiéndole una mano.

—Sí —responde con una sonrisa cansada—, es solo que me frustro porque tengo la sensación de que nunca sabré llegar hasta ella.

—No seas absurda, Connie —dice Madison haciendo que su amiga frunza el ceño—. Ya has llegado a Hayden, fue evidente cuando entraste en el box. Te vio y todo su miedo desapareció, fue como si se hubiera encendido la luz para ella —Connie nota un hormigueo oprimirle todo el pecho al escucharla—. Hayden ya te ha dejado entrar en su círculo privado, ahora solo tienes que decidir si quieres quedarte.

—Claro que quiero —dice ella con la voz estrangulada por la emoción de algo que está ahí y no ha sabido ver.

—Pues entonces relájate, todo lo demás irá llegando solo.

Connie deja salir todo el aire que ha contenido en los pulmones y se siente más ligera de repente. Madison tiene razón, no tiene prisa y tiene claro que quiere estar con Hayden.

—Vale, hablemos de ti ahora. ¿Qué tal con Alice? Me pareció muy maja.

—¿Maja? Es una bruja despiadada —Madison se deja caer hacia atrás en el sofá y ladea la cabeza hacia su amiga con gesto agotado.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunta Connie, disimulando sus ganas de reír.

Madison se incorpora de nuevo.

—En realidad, no ha hecho nada, ese es el problema.

—No te sigo —dice Connie, descolocada.

—Nos acostamos otra vez, en mi casa.

Madison le resume lo que pasó cuando ella y Hayden se marcharon del hospital.

—Fue perfecto. Cenamos, hablamos y follamos. Se quedó a dormir y, por la mañana, simplemente ninguna de las dos mencionó nada al respecto. Nos marchamos al trabajo e hicimos ver que no había pasado nada.

Connie levanta las cejas, sorprendida por la indiferencia absurda de ambas, sobre todo, de su amiga.

—¿Por qué?

—Yo qué sé, Connie. A mí me dio pánico, pensé que era mejor pasar a otra cosa, ya sabes. Yo follo y no miro atrás —resume y se encoge de hombros.

—Pero con ella no es así, has repetido y quieres volver a verla. ¿Me equivoco? —pregunta Connie.

—¿Seré una blanda? —frunce el ceño Madison, fingiendo preocupación.

Connie se ríe.

—No lo sé, ¿crees que te equivocas?

—Lo que pienso es que está huyendo de mí —resopla Madison.

—¿A qué te refieres?

—A que la he estado observando. Aunque discutamos, creo que le gusto. De hecho, tengo la teoría de que discutimos tanto por eso; es nuestra forma de negar lo evidente.

—Vaya —dice Connie divertida—, nunca pensé que llegarías a admitir que te gusta de una forma tan clara.

—Yo tampoco, pero la situación me agota. Me agota verla y que el corazón me palpite, discutir con ella y tener ganas de cerrarle la boca con un beso, o verla andar por el pasillo y querer darle alcance solo para saludarla y preguntarle cómo le va el día. No sé en qué me he convertido, pero la cuestión es que estoy cansada de negarme a mí misma que me gusta y lo peor, es que creo que a ella le pasa lo mismo, con la diferencia de que ella no quiere acercarse a

mí porque es evidente que ha escuchado los rumores que circulan sobre mí por el hospital.

—Oh, vaya, eso es un problema, claro —sonríe la empresaria con expresión malvada.

—Claro que lo es, joder —dice y empuja a Connie, que se ríe con más ganas—. ¿Tú querrías sentir algo por una mujer que tiene fama de seducir a otras y después pasar de ellas?

—Por supuesto que no —deja claro Connie, haciendo que su amiga tuerza el gesto.

—Podrías mentir y decir que sí —suelta Madison con dramatismo.

—No voy a decirte lo que quieres escuchar para que te sientas mejor, pero sí voy a decirte lo que haría yo de estar en tu lugar.

—¿Y qué es? —pregunta Madison expectante.

—Hablar con ella y sincerarte. Sí que tienes esa fama, Madison, pero nunca le has mentido a nadie. Jamás le has prometido la luna a ninguna mujer, todas sabían lo que había antes de acabar en tu cama.

—Eso es verdad —dice ella pensativa—, y a Alice tampoco le he prometido nada porque nunca hemos hablado, ha pasado y ya está.

—Exacto. La diferencia es que, en este caso, tú sí que quieres algo más, así que, díselo, y si ella no quiere, por lo menos, lo sabrás.

—Tienes razón —dice Madison cogiendo el vaso para apurar el último trago—. ¿Puedo quedarme a dormir? Estoy agotada.

—Claro.

Capítulo 28

Connie llega tarde. Valiéndose de su cargo en la empresa y de que no tiene que darle explicaciones a nadie, ha decidido relajarse aprovechando que Madison ha dormido en su casa para no madrugar tanto y desayunar con ella. Después han hecho el camino a pie juntas, hasta que Madison ha torcido hacia su calle para pasar por su apartamento a darse una ducha antes de comenzar su turno y Connie se ha desviado hacia la oficina.

Es consciente de que se ha perdido esos minutos con Hayden por las mañanas que tanto disfrutaban juntas, pero ahora la situación entre ambas ha cambiado y sabe que le basta una llamada con cualquier excusa informática y la tendrá en su despacho en cuestión de minutos. En cualquier caso, le ha enviado un mensaje a primera hora para decirle que no la esperase, así que está tranquila.

—Buenos días, Randy —saluda sonriente cuando accede al edificio.

El hombre, despistado con el periódico tras su mesa, levanta la mirada y le sonríe mientras ella camina sin detenerse hacia el ascensor.

—Buenos días, señora Bowler.

Connie sube, deja las cosas en su despacho y decide ir directamente hacia el de Hayden en lugar de llamarla, pero, cuando abre la puerta, solo encuentra a Miles y, por un instante, la atraviesa una punzada de terror pensando que quizá su estado ha empeorado y no ha ido a trabajar.

—Hola, Miles —saluda ella desde la puerta, desconcertada.

Miles le sonríe sin dejar de teclear en su ordenador.

—Buenos días. Hayden está arriba, en la azotea —explica sin necesidad de que ella le pregunte.

Connie, aturdida y un poco abochornada, desvía la mirada hacia la mesa de Hayden y entonces se da cuenta de que su mochila está en el poyete de la ventana y su termo de café sobre la mesa, pero falta su portátil.

—Gracias, Miles —sonríe ella y cierra la puerta antes de salir.

La empresaria sube a la azotea y se lamenta por no haberse detenido a coger el abrigo en cuanto cruza la puerta. La bofetada de aire frío le traspasa la blazer y se estremece, pero se le pasa cuando Hayden se levanta del sillón donde suele estar siempre en cuanto la ve.

—¿Por qué estás aquí con este frío? —le pregunta Connie, pegándose a ella antes de besarla mientras busca el calor de su cuerpo.

—Me ayuda a concentrarme, y no hace frío si te pones una chaqueta —dice Hayden mirando la clavícula de Connie, siempre expuesta.

—Ya —responde y se encoge de frío, abrazándose a Hayden con más fuerza—. ¿Cómo te encuentras? —pregunta contra su cuello, aspirando su aroma.

Hayden se ríe porque le hace cosquillas con el pelo.

—Estoy bien, solo duele si no tengo cuidado.

Connie le aparta el pelo de la cara y deja que Hayden la arrastre hacia la pared, donde están más protegidas del frío, y también demasiado pegadas.

—¿Qué te parece si quedamos después? —propone Connie.

—Una cita con Connie Bowler—recuerda Hayden sonriendo.

—Sí, eso mismo, una cita con Connie Bowler —repite la empresaria entre divertida y fascinada por su mirada intensa.

—¿Dónde? —pregunta Hayden.

—Pues me gustaría llevarte a muchos sitios —dice Connie notando que le falta el aire cuando las manos de Hayden se cuelan por debajo de su blazer y se aferra a su cintura—, pero como estás convaleciente, iremos a mi apartamento si te parece bien. Podemos pedir la comida que más te guste o te preparo un sándwich vegetal con todos los ingredientes para que ya no quieras probarlo en otro sitio.

—¿Y qué haremos en esa cita? —pregunta Hayden, cogiéndole la corbata.

A Connie se le seca la garganta, hipnotizada por la mirada oscura de Hayden.

—Primero hablar —dice y carraspea—. Después lo que tú quieras.

Hayden hace una mueca como si calibrase la situación.

—¿No podemos hacer lo que yo quiera y después hablar?

Connie suelta una pequeña risotada.

—De eso nada, cariño —dice y el aire se le escapa de los pulmones cuando las manos de Hayden vuelven a su cintura y empiezan a subir por sus costados—. Primero hablamos, quiero saber cosas de ti.

Hayden asiente y sus manos suben hasta que sus pulgares rozan los pechos de Connie mientras su mirada se mantiene fija en los labios de la empresaria, que están ligeramente entreabiertos. Connie ni siquiera tiene claro que la esté escuchando cuando se acerca y la besa, enredando su lengua en un beso lento y explorador que la marea.

—Espera, Hayden —la detiene con el abdomen tenso de excitación—. No podemos hacer esto aquí —jadea cerrando las piernas, intentando controlar ese deseo que siempre la consume.

—Solo te estoy besando —contesta Hayden con tono inocente.

Las cejas de Connie se levantan y Hayden suspira antes de morderse ambos labios mientras la observa conteniendo la risa.

—Ya... —dice Connie, girándola para colocarse a su espalda y abrazarla desde atrás en un movimiento tan rápido que Hayden se ve atrapada entre risas—. Estoy loca de ganas de hacer el amor contigo, Hayden —le susurra Connie y Hayden exhala el aliento antes de quedarse muy quieta, como si no quisiera que ningún ruido la privase de las palabras de su jefa—. Y será especial, quiero recrearme, tenerte para mí sin límite de tiempo, sin prisas. Me da igual que sea hoy o dentro de un mes, esperaré lo que haga falta, así que tranquila.

—Yo no quiero esperar —protesta Hayden, excitada y tensa.

Connie se ríe y su aliento cálido acaricia el cuello de Hayden provocándole un escalofrío que le recorre la columna como una ráfaga.

—Aquí no será, cariño —sigue riendo Connie, divertida—. Te pago para que trabajes, no para que me aceleres el pulso.

Ahora la que se ríe es Hayden y se gira entre sus brazos.

—Lo siento —se disculpa y la besa de nuevo, aunque Connie está segura de que no lo siente en absoluto—. Es que nunca he sentido esto que me cosquillea aquí cuando estoy contigo —dice tocándose el pecho, con su sinceridad apabullante.

Connie le sostiene las mejillas con las manos y controla las ganas de estrujarla; en su lugar, vuelve a besarla.

—Es agradable, ¿verdad? —le sonríe y le aparta un mechón de pelo de la cara.

—Sí, mucho —confirma Hayden—, pero puedo controlarme —añade y se aparta con expresión divertida.

La informática coge su portátil, se dirige hacia la puerta y la abre para dejar pasar a Connie, que se ha quedado quieta en el sitio unos segundos, acostumbrándose al vacío que le ha dejado Hayden.

—Recuerda, tenemos una cita —dice la empresaria cuando pasa por su lado.

—Una cita con Connie Bowler —repite Hayden sonriendo, antes de cerrar la puerta.

Connie suelta otra risotada y comienza a bajar las escaleras a paso rápido, decidida a no girarse porque si lo hace y vuelve a pegar su cuerpo al de Hayden, a lo mejor ya no la deja escapar.

La mañana se le pasa rápido, una reunión con la junta y otra visita inesperada de su madre de esas que solo consiguen ponerla de un humor de perros hacen que cuando se quiera dar cuenta, prácticamente sea la hora de comer. Connie duda qué hacer, si quedarse y buscar un restaurante cerca de la oficina, llamar a Madison para ver si puede hacerle un hueco para comer con ella o marcharse a su casa y prepararse algo rápido mientras se toma una copa de vino en la paz de su apartamento cuando escucha dos golpes en su puerta.

Resopla sin poder evitarlo, porque cuando está de mal humor, prefiere estar sola, pero todavía es pronto, así que coge aire y se mentaliza de que aún podría tener que asistir a alguna reunión de última hora.

—Adelante —dice pensando que lo más probable es que sea Tasha Merrell con más documentos para repasar.

La puerta se abre muy despacio y por ella se asoma Hayden. Connie no sabe definir su expresión porque le parece asustada y nerviosa, pero le sonrío con timidez cuando entra.

—Hayden —dice sorprendida, sintiendo que su mal humor desaparece.

—¿Tienes un momento? —pregunta la informática y Connie frunce el ceño.

De inmediato sabe que algo pasa, pero no es capaz de adivinarlo porque Hayden parece esforzarse por ocultar su nerviosismo.

—Sí, claro —dice Connie, levantándose de su silla para rodear la mesa.

Retira las dos sillas que tiene al otro lado y le cede una a Hayden para que se siente, haciendo ella lo mismo en la otra.

—¿Qué ha pasado, Hayden? —pregunta Connie y los ojos de un tono azulado de Hayden, parecen aclararse cuando levanta la mirada y la luz le da de lleno.

—Necesito unos días, creo —dice, y de repente empieza a balancearse con expresión absorta.

—¿Crees? —Connie le coge la mano y Hayden se detiene, como si su contacto actuase como un ancla para ella—. Mírame a mí, Hayden —le pide la empresaria intentando mantener un tono sereno.

La informática quiere contárselo sin necesidad de que Connie tenga que preguntarle, pero está nerviosa y todo se ha desordenado en su cabeza.

—Tengo que ir a Pittsburgh —dice y el aliento se le congela, mirando a Connie con la boca abierta.

—Está bien —acepta Connie, bajando la mirada un segundo para ver cómo Hayden empieza a darle vueltas a su anillo—. ¿Qué hay en Pittsburgh?

—Mi tía Clarice.

A Connie se le acelera el corazón, parece que, sin pretenderlo, va a saber cosas de Hayden.

—¿Te ha llamado para que vayas? —indaga con paciencia.

Hayden le aprieta la mano y traga saliva. Está cansada de que todo le cueste, y no quiere que le cueste con Connie, eso la frustra.

—No soy rara —dice de pronto.

—¿Qué? —Connie frunce el ceño—. Ya lo sé, cariño, nadie ha dicho que lo seas. Y jamás lo he pensado. Te expresas de una manera diferente, Hayden, y no pasa nada —la calma, cogiéndole las manos entre las suyas—. ¿Qué pasa con tu tía? —trata de guiarla.

—Me han llamado del hospital. Han dicho que está bien, pero ha tenido algo parecido a un infarto. Creo que tengo que ir, solo me tiene a mí —explica de corrido, agobiada.

—¿Y tú qué quieres hacer, Hayden? ¿Quieres ir? ¿Necesitas hacerlo? —pregunta Connie.

Hayden la mira sin parpadear durante unos segundos que para la empresaria son eternos, después asiente con determinación.

—Está bien. ¿Qué te parece si yo te llevo? Son unas cuatro horas en coche. Si pasamos por tu casa y mi apartamento para coger una bolsa con algo de ropa y comemos por el camino, podemos estar allí a media tarde —propone Connie.

—¿Me llevarías? —pregunta Hayden sorprendida.

—Sí, claro que te llevo —asegura Connie, apretándole las manos con cariño.

Hayden sonríe con amplitud. No sabe qué le gusta más, si el hecho de no tener que subir al transporte público, ya que ella no sabe conducir, o compartir todo ese tiempo al lado de Connie. De repente, se siente más tranquila, como si tuviera la certeza de que todo saldrá bien.

—Vale, gracias.

—Bien. Dame diez minutos para organizarme aquí. Tú dile a Miles que se tiene que ocupar de todo lo tuyo el tiempo que estés fuera. Si necesita ayuda, que se lo diga a Tasha.

Hayden asiente y sale del despacho. Antes estaba nerviosa y preocupada por su tía, ahora solo está preocupada.

Capítulo 29

Llevan casi una hora de camino hacia Pittsburgh y ambas van en silencio. Connie la va mirando de reojo de vez en cuando sin atreverse a preguntar nada porque Hayden, a ratos parece tranquila y otros nerviosa, como si ella la estuviera llevando de regreso a un lugar al que por algún motivo no quiere volver.

—¿Qué relación tenías con tu tía? —se atreve a preguntar tras otros cuantos minutos en los que siente que el silencio la asfixia.

Hayden la mira durante un segundo y después ladea la cabeza hacia la ventana, agarrándose al cinturón de seguridad con ambas manos como si eso fuera lo único que siente que la protege.

—Hayden —insiste Connie.

—Perdigones —dice ella en un murmullo.

—¿Qué? —pregunta Connie.

No es que no la haya escuchado, pero no entiende lo que le quiere decir con eso ni si tiene algo que ver con su tía.

—Las marcas de mi espalda —aclarar Hayden y se yergue para mirar al frente—, son de perdigones.

Connie siente que el aire se le escapa de los pulmones y sus dedos se tensan alrededor del volante con tanta fuerza que teme partirlo, pero se esfuerza por tragar el nudo que acaba de cerrarle la garganta y mantiene la compostura.

—¿Perdigones? —repite, mirándola de soslayo—, pero ¿cómo, Hayden? —la voz casi se le quiebra y suena más como un gruñido que como su característico tono áspero, ese que tanto le gusta a Hayden.

—Vivía en Detroit con mi madre. Las dos solas. Los hombres iban y venían bastante a menudo, pero no le duraban mucho —empieza a explicar para asombro de Connie—. Algunos, unos meses, otros,

semanas. Ella siempre decía que la culpa era mía, que yo era rara y los espantaba, igual que a mi padre.

Su voz suena robótica y Hayden no parpadea, como si narrara un hecho que está leyendo y no un recuerdo que atormenta su mente desde hace años. Connie no se esperaba que fuese aquí donde Hayden decidiera contarle su historia y piensa en detener el coche en el arcén para dedicarle toda su atención, pero entonces se da cuenta de que a lo mejor es eso lo que a Hayden le está permitiendo hablar, el hecho de no tener que mirarla mientras lo hace ni tener que ver como a ella se le humedecen los ojos.

—Entonces llegó Josh —un desagradable escalofrío le recorre el cuerpo cuando pronuncia ese nombre—. Ese le gustaba más que ningún otro. Estaba cambiada, lo adoraba. Él decía una estupidez y ella sonreía como si fuera lo más gracioso del mundo, y yo no lo entendía.

Hayden empieza a balancearse y Connie teme que deje de hablar, pero no lo hace, solo parece ayudarse con ese movimiento mecánico para canalizar su nerviosismo.

—Yo los escuchaba desde el piso de arriba. Ella no me permitía bajar, decía que esa vez no iba a estropearlo, pero la tercera noche que vino hice ruido sin querer y ella se enfadó, así que me sacó a rastras y me llevó al patio trasero, dejándome allí hasta que él se marchó.

—¿Qué edad tenías, Hayden? —se atreve a preguntar Connie con la garganta estrangulada.

—Catorce. No me importó estar allí, prefería estar fuera antes que escucharla, pero entonces, una de las noches, él salió. Yo temblaba porque hacía frío y dijo que le recordaba a un pajarito.

Flashback

—Un pajarito —susurra Josh con voz pastosa, tambaleándose en el porche mientras la observa temblar junto a un árbol.

Hayden está encogida por el frío, protegida solo por una camiseta fina de algodón desgastada y un pantalón de pijama; sin embargo, hay algo en la mirada vidriosa del hombre que le resulta más estremecedor que la gelidez que siente. Su madre la ha

mandado al patio trasero porque él ha venido a verla y no quiere que la moleste, que lo espante como a los demás. Hayden se abraza a sí misma, pero en este caso, lo hace más por puro instinto de supervivencia que para protegerse del frío.

—¿Has visto, nena? Tiembla como un pajarito —le dice a la madre de Hayden, que está apoyada en el marco de la puerta—. Me recuerda a cuando iba con mi padre a cazar. Siempre me decía que, si le daba a un pájaro, podría darle a cualquier cosa.

La risa estridente de la madre de Hayden resuena en el jardín, mezclándose con la de él, produciendo un sonido que hace que el vello de la nuca de Hayden se erice. Ella los mira sin comprender, pero algo en su interior le dice que debe tener miedo, un miedo que le nace de las entrañas y no puede controlar.

—Espera aquí —le dice Josh a su madre antes de dirigirse tambaleante hacia el interior de la casa.

Cuando regresa, sostiene una escopeta de perdigones que probablemente ha cogido de su furgoneta, aparcada al otro lado de la casa. Hayden ve cómo su madre sonríe con fascinación, como si todo lo que ese hombre hace fuera extraordinario.

—Ven aquí, pajarito —le ordena—. Vamos a jugar a un juego.

Hayden mira a su madre, suplicante, pero esta permanece inmóvil, sonriendo como si todo fuera normal y divertido, como si no estuviera entregándole a su hija a un depredador.

—Que vengas, he dicho —insiste él y esta vez su voz es tan aterradora como su mirada.

—Ya lo has oído, Hayden —dice su madre, y ahí es cuando ella comprende que sea lo que sea lo que él va a hacerle, su madre va a permitirlo.

Se acerca hasta él, muy despacio, aterrada y sin apartar los brazos de su cuerpo.

—Muy bien, pajarito, ahora, camina hacia aquellos árboles y no te gires —le ordena apuntándola con el arma.

Hayden obedece. Empieza a caminar con pasos cortos y torpes, con los ojos humedecidos de puro pánico, mientras un zumbido le atraviesa los oídos y el corazón le late a mil por hora.

—Un poco más —la insta entre risas que al poco tiempo se mezclan con las de su madre como un coro macabro.

Hayden da unos pasos más, temblando cada vez con más violencia. No entiende qué está pasando, pero sabe que ese hombre va a hacerle daño y que su madre, la mujer que debería protegerla, no va a impedirlo.

—¡Perfecto, pajarito! ¡Ahora no te muevas! —grita Josh y, de repente, su voz suena serena, con una calma antinatural que hace que la sangre de Hayden se le congele en las venas.

Todo se ensordece para ella durante unos segundos interminables, hasta que escucha la primera detonación y siente que algo le golpea las costillas por detrás como un misil. El aullido de dolor es inmediato, saliendo de su garganta sin que pueda detenerlo hasta que Hayden cae de rodillas sobre el césped. Escucha unos pasos acercarse con rapidez a sus espaldas y piensa que es su madre que viene a socorrerla, pero, entonces, nota una sacudida cuando él la coge por el pelo y tira con violencia de su cabeza hacia atrás.

—Como vuelvas a gritar, la próxima vez te disparo en un ojo —le susurra dejando que su olor a alcohol y a tabaco la maree y le provoque una arcada, antes de soltarla con la misma violencia que la ha cogido.

Hayden cae hacia un lado y se hace un ovillo, comprendiendo que se ha convertido en la diana del novio de su madre.

Capítulo 30

Connie ha tenido que detener el coche en un área de servicio porque le faltaba el aire. Se gira hacia Hayden con el cuerpo entero temblando y el resquemor de una arcada subiéndole por el esófago.

—Cariño... —murmura, sin saber qué más decir.

Hayden se rasca el pelo y se gira hacia ella, alargando el brazo hasta que coge su mano, la mano del anillo, ese al que tanto le gusta darle vueltas sobre el dedo de Connie. La empresaria la observa hacerlo y se queda absorta, sorprendida de que un gesto tan simple que normalmente calma a Hayden, también la esté calmando a ella.

—¿Qué pasó, Hayden? ¿Cómo saliste de allí? —pregunta Connie tras unos minutos de silencio.

Hayden no levanta la mirada y sigue jugando con su mano.

—Me escapé de casa cuando cumplí los dieciséis.

Connie traga saliva y vuelve a sentir ganas de vomitar cuando se da cuenta de que estuvo soportando esa tortura alrededor de dos años.

—Corrí hasta la estación de autobuses y viajé hasta casa de mi tía en Pittsburgh —continúa Hayden con la mirada perdida, como si estuviera reviviendo aquella noche en algún lugar muy oscuro de su mente.

—Tu tía Clarice —completa Connie.

—Sí. No la conocía, solo sabía de ella porque mi madre la había mencionado algunas veces, pero me ayudó. No me obligó a volver a mi casa, me inscribió en un internado donde terminé los estudios y después me pagó la universidad que yo elegí, la Johns Hopkins. Me mudé allí para cursar el grado y me quedé cuando conseguí trabajo con tu padre. Eso es todo —dice y encoge los hombros. Sin más.

A Connie le gustaría hacerle muchas preguntas sobre su tía, pero se las guarda pensando que quizá es mejor buscar un momento a solas con esa mujer y hacérselas a ella.

—¿Y tu madre? —indaga conteniendo la furia que siente hacia esa perturbada.

—No lo sé, siempre pienso que va a venir, que me giraré y ella y Josh estarán detrás y me llevarán otra vez.

Connie abre los ojos, perpleja.

—Espera, ¿no los denunciaste?

Hayden niega con la cabeza en un movimiento rotundo.

—Pero, cariño, lo que hicieron... —Connie está tan sorprendida que no sabe cómo seguir—. ¿Tu tía no te dijo que podías denunciarlos?

—No se lo conté.

—¿Perdón? —Connie siente que la sangre se le acaba de congelar en las venas.

—A mi tía Clarice —aclara como si Connie no la hubiera entendido—. Nunca le conté lo que pasó.

—¿Y ella no te preguntó? —pregunta atónita.

—No, a la tía Clarice no le gustan las visitas.

—¿Qué?

La empresaria tiene la sensación de que todo da vueltas a su alrededor mientras Hayden le cuenta una historia que cada vez entiende menos.

—Tiene diagnosticado un trastorno de la personalidad esquizoide. En su caso, implica que no tiene ningún interés en socializar, prefiere la soledad porque no disfruta de las interacciones sociales —recita Hayden de memoria lo que le explicó su tía en su momento—. Su vida gira en torno a actividades solitarias porque no tiene ninguna necesidad de compañía, estar rodeada de gente la hace sentir incómoda.

Connie se pasa la mano por el pelo intentando calmarse. Guarda silencio unos instantes mientras su mente analítica concluye que Hayden simplemente estuvo sola, lo ha estado siempre. Nadie la ayudó a pasar el trauma. Su tía se limitó a alejarla de su madre y

aquel monstruo, y ya está. La rescató y le proporcionó un refugio, pero no le curó las heridas.

—¿Por eso siempre miras detrás de ti? ¿Crees que ellos vendrán a buscarte? —pregunta Connie atragantada.

Hayden levanta un momento la mirada y la enfoca, después vuelve a mirar el anillo y no contesta, pero a Connie no le hace falta.

—¿Y tu padre, Hayden? ¿Has sabido algo de él? —se interesa la empresaria.

Ella niega con la cabeza con vehemencia.

—No, y tampoco quiero. Se fue y me dejó con ella.

—Pero tú sabes que no se fue por tu culpa, ¿verdad? Ni él ni ninguno de los hombres que estuvieron con tu madre —aclara Connie, pasándole una mano por la cara para que Hayden la mire.

Hayden asiente. Eso lo ha tenido claro siempre. Su madre era pura maldad, cruel, avasalladora y manipuladora; con ella y con cualquiera que cruzara la puerta de su casa, era normal que todos quisieran marcharse. Salvo Josh, que era igual de diabólico que ella.

—¿Podemos continuar? No quiero hablar más de esto —pide Hayden con mirada suplicante, agarrándose a su mano con fuerza.

—Claro —Connie le aparta un mechón de la cara y le da un beso, después le sonríe y Hayden se relaja.

Dos horas después llegan al hospital de Pittsburgh, donde está ingresada la tía de Hayden. Son casi las ocho de la tarde cuando Connie aparca. Se bajan y acceden al interior, donde les indican el número de la habitación después de que Hayden se identifique como familiar y les recuerdan que el horario de visitas termina a las nueve.

—¿Estás bien? —pregunta Connie mientras suben en el ascensor, después de notar la tensión que Hayden ha ejercido en su mano cuando caminaban juntas por el pasillo.

—Sí. Es que hace mucho que no la veo.

—¿No hablas con ella por teléfono? —pregunta, aunque presiente la respuesta.

—No, pero en mi cumpleaños y Navidad me envía una postal y puedo llamarla si tengo una urgencia.

Qué detalle, piensa Connie con amargura, mordiéndose los labios hasta hacerse daño mientras llegan a la puerta de la habitación.

—¿Dónde quieres dormir esta noche, Hayden? ¿Te quedas en su casa o te vienes a un hotel conmigo? —pregunta Connie antes de dejar que entre—. Buscaré uno para mí mientras la visitas.

—Contigo —responde rápido—, pero no quiero entrar sola.

—Claro —dice Connie, guardándose el teléfono.

La tía de Hayden tiene el privilegio de tener una habitación para ella sola. La estancia es amplia y luminosa y la tele está encendida y en silencio cuando entran. La mujer tiene los ojos cerrados, pero los abre de inmediato y los clava en su sobrina, como si hubiera intuido su presencia.

Connie se queda junto a la puerta, consciente de la incomodidad que debe sentir la mujer con su presencia, aunque lo cierto es que no le importa mucho porque le cuesta sentir empatía por ella a pesar de saber que ese comportamiento frío y distante hacia su sobrina, que cuando llegó a su casa apenas era una niña, era algo irracional que no podía controlar.

—Acércate, Hayden —dice Clarice, mirando a su sobrina, que permanece estática a los pies de la cama.

Hayden se mete las manos en los bolsillos y camina a pasos cortos hasta colocarse a su lado. Connie traga saliva. La escena le parece surreal porque, a pesar de la distancia emocional de la estampa, puede percibir la conexión entre la tía y la sobrina, como si hubiera una fuerza invisible que las une y solo ellas pueden ver.

—Te veo bien —dice Clarice asintiendo.

Su expresión es neutra, incapaz de demostrar ninguna emoción, pero los ojos le brillan haciendo que Connie se estremezca.

—Estoy bien —responde Hayden, balanceándose ligeramente hacia los lados—. El médico dijo que tienes un problema de corazón —dice angustiada.

—Paparruchas —dice ella, haciendo un gesto con la mano como si espantase un mosquito incómodo—. Un amago de infarto, eso a mi edad es muy normal. Tú no te preocupes. ¿Quién es? —pregunta mirando a Connie con evidente incomodidad.

Hayden levanta la vista y suspira.

—Mi jefa, me ha traído. También es... —Hayden se detiene y se sonroja, incapaz de seguir.

A su tía tampoco le hace falta, no es tonta. Conoce a Hayden lo suficiente como para saber que no permite que nadie se le acerque tanto sin haber alguna conexión fuerte de por medio, y a su sobrina solo le interesan las mujeres, así que lo único que ha de hacer es atar cabos.

—Entiendo —dice Clarice.

Connie no se mueve, tampoco se presenta. Si Clarice no está cómoda, ella tampoco. Está rabiosa y tiene demasiadas preguntas y reproches que disparar contra esa mujer, así que prefiere decir lo justo.

—Es un placer conocerla —dice y después desvía la mirada hacia Hayden—. Os dejo solas para que os pongáis al día. Estaré aquí mismo —añade señalando la puerta.

Hayden asiente y se gira hacia su tía, más tranquila.

—¿Sigues en aquella casa? ¿Necesitas que busquemos otra? —pregunta Clarice.

Hayden sonríe y niega con la cabeza. Clarice no sabe expresar sentimientos, pero hace mucho tiempo que Hayden los asoció con el dinero. La manera de su tía de demostrarle que la quiere es esa, ofreciéndole todo lo que tiene, y su tía tiene lo suficiente como para que ambas vivan tranquilas porque, al contrario que su madre, ella no dilapidó la herencia que recibió de sus padres en menos de un año. Su tía Clarice la invirtió, y resulta que se le dan muy bien las inversiones.

Capítulo 31

Hayden sale de la habitación apenas unos minutos después. Connie está de pie, apoyada contra la pared mientras busca algo en su móvil.

—Hola —dice la empresaria, dedicándole una sonrisa cálida cuando Hayden se acerca—. ¿Ya nos vamos?

—Sí, pero antes quiero ir un momento al quiosco. A la tía Clarice le gusta hacer crucigramas y leer para entretenerse, y aquí no tiene nada —dice Hayden.

Connie mira la puerta de la habitación y después a Hayden, se siente rastrera por lo que está a punto de hacer, pero intuye que, probablemente, esta puede ser la única ocasión que tendrá para estar con esa mujer a solas.

—¿Te importa si te espero aquí? Todavía no he encontrado ningún hotel —miente alzando el móvil.

—No, hay un quiosco al otro lado de la calle, no tardaré nada —responde Hayden.

—Está bien —dice Connie y le da un beso en la frente mientras la culpa por no acompañarla sabiendo que Hayden no se siente segura en ningún sitio, la atraviesa como una daga ardiendo.

Cuando entra en la habitación, Clarice clava sus ojos en ella con una frialdad que paraliza a la empresaria durante un momento que la hace dudar de sus intenciones, pero no se detiene.

—Sé que mi presencia la hace sentir incómoda —dice al mismo tiempo que cierra la puerta tras ella—, así que seré breve.

—Se lo agradezco —dice Clarice sin dejar de atravesarla con la mirada.

—¿Hayden está diagnosticada con algún tipo de trastorno? Algo como déficit de atención...

—No lo sé —la corta Clarice de forma tajante.

—No lo sabe —chasquea la lengua Connie sin disimular su desagrado—. Dígame una cosa: ¿hay algo de la vida de Hayden que usted sepa, aparte de que un día se presentó en su casa huyendo de la suya?

—Lo hice lo mejor que pude —se defiende Clarice y ladea la cabeza hacia el otro lado, apartando la mirada de Connie.

La empresaria se queda quieta y la observa durante unos segundos, consciente de que ella no es nadie para juzgarla y que se ha dejado llevar por la rabia que le produce ser consciente de que Hayden era solo una niña asustada y que nadie fue capaz de ayudarla, al menos de la manera correcta. Por un momento, siente la tentación de echárselo en cara, de contarle lo que le pasó, lo que su hermana le hizo a su sobrina, pero ¿quién es ella para hacerlo si Hayden no lo ha hecho a estas alturas?

—Cierre la puerta al salir —dice Clarice y Connie sale sin hacer ruido, aturdida.

Todavía tiene que esperar cinco minutos hasta que Hayden regresa con un par de novelas en una mano y una revista de crucigramas en la otra.

—¿Has encontrado un hotel? —pregunta la informática antes de abrir la puerta de la habitación, sin percibir la tensión que todavía siente la empresaria.

—Sí, cariño. Cuando salgas, nos marchamos —sonríe Connie, con la culpa cerrándole la garganta.

Connie y Hayden cruzan las puertas giratorias del hotel, dejando atrás el frío cortante de la noche de Pittsburgh. El vestíbulo es amplio y elegante sin llegar a ser ostentoso: con techos altos y luces cálidas que se reflejan en el suelo pulido hasta casi parecer desgastado. Tras un registro rápido, toman el ascensor hasta su piso. La alfombra del pasillo amortigua sus pasos y la iluminación tenue hace que Connie comience a relajarse tras la inquietud que ha sentido durante los últimos minutos en el hospital. La empresaria desliza la tarjeta en la cerradura y empuja la puerta, cediéndole el paso a Hayden para que entre en primer lugar.

La habitación es espaciosa, con una decoración moderna en tonos neutros. Una gran cama con sábanas impecables y varios cojines ocupa el centro, flanqueada por dos mesillas con lámparas que ya están encendidas y ayudan a mantener un tono cálido en la estancia. Frente a ella, hay un ventanal inmenso por el que se intuye la ciudad iluminada de fondo. Un escritorio minimalista se apoya contra la pared, junto a una butaca tapizada en terciopelo azul que a Connie le parece espantosa. Sobre la cómoda, encuentran una bandeja con café y chocolates que la empresaria piensa saborear por la mañana.

Hayden deja su mochila a un lado y se acerca a la ventana, corriendo las cortinas. Desde ahí, Pittsburgh se extiende ante ellas, con sus puentes dorados y el reflejo de las luces en los ríos. Siente una nostalgia extraña porque la ciudad le trae buenos recuerdos a pesar de que, en realidad, no la conoce mucho porque su tía jamás la llevó a visitarla. Connie observa su silueta recortando el cristal y suelta un suspiro, dejando caer el abrigo sobre el sillón mientras intenta controlar su respiración, que se acelera por segundos.

Se acerca muy despacio y se sitúa detrás de Hayden, que reacciona cuando las manos de la empresaria se posan sobre su cintura y se estremece cuando Connie le da un beso en el cuello y después levanta la mirada para verse reflejada en el cristal junto a Hayden.

—¿Estás bien? —pregunta Connie, apretándose contra ella sin pretenderlo.

—Sí —exhala Hayden, girando sobre su propio eje para quedar frente a Connie, que la mira fijamente con los labios entreabiertos—. Ya me he abierto contigo —susurra la informática.

Connie no contesta, pero asiente y no opone resistencia cuando Hayden le quita la chaqueta del traje, dejándola en camisa.

—¿Puedo seguir? —pregunta Hayden con la voz tan áspera que suena como la de Connie.

Ella asiente, con la sensación de que escupirá el corazón por la boca mientras Hayden, con una lentitud exasperante, le desabrocha los botones de la camisa y va exponiendo su torso hasta que por fin se la quita. La mirada de Hayden recorre cada centímetro de su piel

expuesta como si fuera la pieza de un museo y Connie siente que se quema lentamente, hasta que no puede más y coge a Hayden de la mano y la acompaña hasta la cama, invitándola a tumbarse.

El corazón de Hayden late tan deprisa que nota las palpitaciones en la garganta. Le cuesta respirar cuando Connie, de rodillas a su lado después de haberse descalzado, comienza a quitarle la ropa. Hayden se estremece con cada roce y la excitación se va incrementando conforme su cuerpo va quedando expuesto ante la mirada de profundo deseo de Connie, que tiene que controlarse para no buscar ese primer orgasmo rápido que necesitaría para calmar ese instinto animal que la está matando.

—Eres preciosa —murmura Connie cuando lo único que cubre el cuerpo de Hayden, son sus bragas.

La informática tiembla como una hoja de puro deseo. Jamás ha sentido nada parecido y tiene la sensación de que desfallecerá si Connie no la toca. Estira una mano para atraerla, porque quiere que la bese, pero antes de acercarse, Connie se deshace de sus pantalones y se quita también el sujetador, liberando sus pechos ante Hayden, que no controla las ganas de tocarlos y extiende ambas manos y los rodea mientras Connie se tumba sobre ella y, esta vez sí, enredan sus lenguas y los suspiros placenteros y los jadeos empiezan a inundar la habitación.

Las caricias son muy lentas, desesperantes para Connie y exploradoras para Hayden. Ella recorre la espalda de la empresaria, los costados —siempre con delicadeza y manos temblorosas— y se atreve a bajar hacia sus nalgas y apretarla contra ella porque necesita sentir ese contacto más que el respirar. Connie gime con fuerza y la boca le tiembla cuando nota la presión de algo que ha estado deseando demasiado tiempo.

—Es... —Hayden no puede describirlo y cierra los ojos para seguir presionando a Connie contra ella.

Gime y exhala de repente, sorprendida por la descarga de placer que la atraviesa, y se aprieta con más fuerza contra una Connie que empieza a contonear sus caderas contra ella para ayudarla.

Connie no tenía previsto que el primer orgasmo juntas fuera así, ni el primero de Hayden con ella, pero no puede más, necesita

correrse y, además, lo está disfrutando tanto que no quiere detenerse.

—¿Estás cómoda? —consigue preguntar entre jadeos.

Hayden no puede contestarle porque el placer la tiene sofocada y el esfuerzo del movimiento la hace jadear constantemente, pero meneas la cabeza en una única afirmación que para Connie es suficiente. La vuelve a besar sin detener el ritmo y el beso se rompe cuando los dedos de Hayden se clavan en sus nalgas, su espalda se arquea y su cuerpo se tensa cuando empieza a correrse contra su boca. Connie la observa maravillada y solo puede contemplar lo que le parece una visión celestial durante un par de segundos antes de que la violencia de su orgasmo la haga agarrarse con fuerza contra Hayden y hundir la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro para dejarse llevar mientras gime sin control.

Extasiada, Hayden relaja los músculos y deja caer los brazos a ambos lados de su cuerpo con una sonrisa jadeante. Connie, todavía temblorosa, levanta la cabeza para poder observarla. Hayden tiene las mejillas rojas y los ojos de un color tan azul que a la empresaria le recuerda un día despejado.

—¿Siempre es así? —pregunta Hayden sin dejar de sonreír.

Connie también sonríe y le aparta el pelo de la cara.

—No, cariño, puede ser peor y mejor, y ahora te prometo que será mejor.

Connie se desliza por su cuerpo hacia abajo hasta que queda entre sus piernas. Hayden levanta la cabeza y la mira con atención cuando la empresaria, con devoción, empieza a besar sus piernas y su pubis por encima de las bragas que todavía lleva.

—¿Me dejas? —pregunta Connie, pasando un dedo por el borde de la tela.

Hayden asiente, mareada de puro deseo y Connie, sin darle mucha tregua, aparta un poco la tela y comienza a acariciar su sexo muy despacio, primero con un dedo, trazando líneas superficiales que lanzan descargas por cada terminación nerviosa de Hayden y después colándose con suavidad por su abertura para seguir investigando.

—No puedo respirar —jadea Hayden, con el abdomen temblando y las sábanas retorcidas entre las manos.

Connie la mira sonriendo y, apartando un poco más la tela, pasa la lengua por su sexo una primera vez, escuchando un gemido gutural escapando de la garganta de Hayden. Siente que la excitación de Hayden es la suya propia, se incorpora un poco para deslizarle la ropa interior por las piernas hasta que nada se interpone entre su sexo y su boca y, entonces sí, Connie se acomoda entre sus piernas y la lame, la sorbe y la chupa con exquisita sabiduría hasta que Hayden se deshace de placer entre sus labios.

Capítulo 32

Como la primera vez que durmieron juntas cuando Connie se quedó en su casa, Hayden tiene una pesadilla, solo que, en esta ocasión, todo es mucho más real y tarda demasiado en despertarse. De nuevo camina por el césped de su patio con los músculos engarrotados hasta que él le dice que se detenga. Como siempre, la voz de su madre para impedirlo nunca llega y la agonía de la espera hasta que suena el primer disparo la asfixia y la hace retorcerse hasta que escucha la voz de Connie devolviéndola a la realidad.

Cuando se despierta está temblando y a la empresaria no le basta con abrazarla y susurrarle palabras tranquilizadoras para que siga durmiendo. Connie se asusta tanto al notar cómo tiembla entre sus brazos que enciende la luz para asegurarse de que la ha despertado y Hayden no sigue soñando.

—Ya ha pasado —le susurra, apartándole los mechones sudorosos pegados de la frente—. Estás a salvo, Hayden, estoy aquí contigo.

Hayden la mira con expresión aterrorizada y se lleva una mano temblorosa hacia la nariz porque empieza a picarle.

—Va a sangrar —dice casi tartamudeando.

—¿Qué? —Connie estaba tan dormida que le cuesta centrarse, pero lo comprende de inmediato cuando una gota de sangre comienza a resbalarle por la cara a Hayden—. Vale, no pasa nada.

Connie se levanta, aturdida, y corre hacia el baño para coger un rollo de papel higiénico y llevarlo a la cama. Lo primero que hace es una bola con un trozo para introducísela en la nariz y cortar la hemorragia, después, vuelve a abrazarla con la intención de tranquilizarla, acunándola contra su cuerpo como si así pudiera protegerla del mundo entero.

—¿Quieres un poco de agua?

Hayden asiente y toma un sorbo muy corto para después tomar uno más largo antes de que Connie deje el vaso sobre la mesilla. La empresaria se acomoda apoyando la espalda en la pared y Hayden se abraza a ella apoyando la cabeza en su hombro mientras Connie, además de susurrarle palabras que la tranquilizan, pasea los dedos con suavidad entre las cicatrices de su espalda.

—¿Qué es lo que sueñas, Hayden? —le pregunta Connie cuando su respiración se normaliza y la informática comienza a relajarse entre sus brazos.

Hayden se lo explica en un susurro sin moverse, resumiendo que siempre son versiones de la misma escena. Ella en el patio, él detrás con la escopeta, su madre en algún punto observando sin hacer nada y esa voz siniestra que la llama pajarito.

—Ella siempre está ahí, pero nunca puedo verla —susurra buscando la mano de Connie, la del anillo—, pero la intuyo.

Connie le besa la frente y le pasa un dedo de la mano libre por debajo de la nariz para asegurarse de que ya no sangra.

—Tienes que ir a terapia, Hayden —dice Connie, sin dejar de acariciarla cuando Hayden levanta la mirada para observarla con ojos espantados—. Escucha —le dice la empresaria—, sé que es extraño hablar de lo que te ha pasado con alguien a quien no conoces, pero lo necesitas, Hayden. Has pasado por un trauma muy duro y no has tenido ayuda. No sé hasta qué punto te ha afectado; sin embargo, si quieres que las pesadillas se acaben, la solución empieza por ahí, por buscar ayuda.

—No sé si podría —dice aturdida.

—Sí que puedes, cariño, eres fuerte —asegura la empresaria.

Hayden vuelve a levantar la mirada para buscar esa serenidad con la que siempre la mira Connie.

—Saliste de allí, buscaste refugio en casa de tu tía —Connie hace una pausa y traga saliva—. Continuaste con tu vida, te graduaste, tienes un trabajo que se te da muy bien y vives de manera independiente desde hace años. Eres una mujer fuerte, más que yo.

Hayden parpadea sorprendida y se incorpora, sentándose a su lado mientras sigue jugando con el anillo de su mano.

—Eso es mentira, tú diriges una empresa y tomas decisiones importantes cada día —rebate Hayden.

—Eso es ahora, cariño. Cuando pasó lo de Samanta, no luché por mi verdad y dejé que otros decidieran por mí, y entonces yo tenía tu edad, pero agaché la cabeza, dejé que me separaran de todo lo que conocía y permití que me tacharan de acosadora.

—Te habían roto el corazón —la justifica Hayden.

Connie sonríe con amargura y le acaricia la mejilla.

—A ti te rompieron el alma, Hayden, y llevas peleando desde los dieciséis años. Eres la mujer más fuerte que conozco y lo único que te pido es que sigas luchando. Deja que te ayude a buscar al mejor terapeuta de la ciudad cuando volvamos, por favor. Así es como yo salí adelante, acudí a terapia durante mucho tiempo cuando llegué a Toronto.

—No lo sabía —dice Hayden.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —sonríe Connie con ternura—, pero deja que la diferencia de edad entre tú y yo sea algo más que un número, Hayden. En esto tengo más experiencia que tú y te aseguro que la terapia sirve. Inténtalo al menos.

—Vale —acepta Hayden.

—¿Sí? —sonríe Connie y entorna la mirada.

—Sí. Cuando volvamos, buscaré ayuda, lo prometo, aunque no prometo que le hable el primer día.

Connie suelta una pequeña carcajada.

—Me parece un trato aceptable. Creo que a mí también me convendría retomarla —piensa en voz alta, apretándose el puente de la nariz con fuerza.

—¿Por qué? —indaga Hayden con el ceño fruncido.

Para ella, Connie es una mujer inquebrantable, aunque en su momento pasara por un bache tan doloroso, así que, le cuesta imaginarse que haya algo que la perturbe lo suficiente como para necesitar ayuda. La observa como si intentara resolver una ecuación matemática mientras espera su respuesta.

—Porque cada vez que mi madre viene a verme, me siento muy rara —la aspereza de su voz se agrava al hablar de ella—. No la soporto, estoy muy rabiosa y me pongo de mal humor tras su visita.

Estoy enfadada conmigo misma por no haberle plantado cara en su momento y siento que ahora que podría hacerlo, es tarde y ya no sirve de nada. Y no sé cómo gestionar todo eso —confiesa la empresaria, levantando las cejas y torciendo la boca en una mueca de frustración cuando termina de hablar.

Hayden la observa unos instantes en silencio y deja de darle vueltas a su anillo.

—Nunca te pregunto cómo estás —dice la informática como si la hubiera golpeado una bofetada de realidad—. Me apoyo en ti porque me siento fuerte contigo, pero nunca te pregunto —se lamenta angustiada—. No sabía que te sentías así con ella.

—Yo tampoco hasta que lo he dicho en voz alta —esta vez es Connie la que le coge la mano a Hayden y le da un apretón—. Sé que mi madre no se puede comparar con la tuya. Aunque tenga sus defectos, no me puedo quejar de la vida que me dio cuando era pequeña, ni ella ni mi padre, pero después no hicieron más que complicármela, y ahora mismo estoy en un punto en el que a ella no soporto verla, y él... —Connie suspira y busca las palabras en su mente—. Lo único que lamento de su muerte es no haberle dicho el daño que me hizo, y a ella que está viva y se lo puedo decir, no me sale hacerlo, todo es muy extraño —dice y vuelve a suspirar.

—Buscaremos terapeuta para las dos, entonces —concluye Hayden asintiendo, sin saber de qué otra manera puede ayudarla, salvo estar también ahí para ella.

Connie sonríe.

—Sí, será lo mejor.

—Puedes esconderte en mi despacho cuando vaya a verte a la empresa —dice Hayden con expresión divertida.

—O anular su tarjeta de acceso, eso la desquiciaría —se ríe Connie con un deje de maldad en la mirada que contagia a Hayden.

—Y si va a tu apartamento, te vienes a mi casa —resuelve Hayden, aunque en esta ocasión, su mirada brilla con una intensidad diferente.

—Tú lo que quieres es llevarme a la cama —bromea Connie sin poder contener un bostezo.

—Siempre —reconoce Hayden contagiándose del bostezo.

—¿Quieres intentar dormir un poco más? Todavía es temprano — dice la empresaria, quitándole el algodón de la nariz.

—Sí, pero antes quiero que recuerdes una cosa —dice Hayden.

—¿El qué? —pregunta la empresaria intrigada.

—Que me debes una cita. Íbamos a tenerla, pero pasó esto... — Hayden mira a su alrededor sin saber cómo definir la situación de su tía—, y yo quiero mi cita con Connie Bowler.

Connie se echa a reír, consciente de que probablemente Hayden jamás ha tenido una cita de verdad con nadie.

—La tendremos, tú no te preocupes. Ahora, tumbate conmigo.

Capítulo 33

Madison empuja el carro de la compra por el aparcamiento hasta que llega a su coche y abre el maletero. Se gira para comenzar a meter las bolsas e intenta recordar cuándo fue la última vez que hizo una compra tan grande. Le resulta imposible. Últimamente ha estado viviendo prácticamente al límite, comprando lo necesario para pasar dos o tres días después de llegar a casa con alguna mujer y encontrarse la nevera vacía. Entonces conoce a Alice y todo en su existencia se da la vuelta. ¿Cuánto hace que no lleva a una mujer a su casa?

Eso lo recuerda perfectamente, al menos, puede acotar la fecha bastante, porque sabe que es desde que conoce a Alice Dickens y desde que eso ha sucedido, la única mujer con la que se ha acostado, ha sido con ella.

Carga la primera bolsa y la deja con cuidado en una esquina del maletero. Es sábado y ese fin de semana Madison no trabaja. Hacía mucho tiempo que no tenía dos días seguidos de descanso que coincidieran con el fin de semana y anoche hubiera deseado que Connie estuviera en la ciudad para tomarse unas copas con su amiga y desahogarse, pero cuando le escribió para proponerle el plan y Connie le dijo que estaba en Pittsburgh con Hayden y que ya se lo contaría todo en otro momento, se quedó pasmada en el salón de su casa.

En cualquier otra ocasión no habría dudado. Habría salido sola por ahí y no habría tardado en volver acompañada, pero la única compañía femenina con la que le apetecía compartir sábanas era la doctora Dickens, y se hubiera tirado por la ventana antes que proponerle un plan después de la discusión absurda que habían tenido por la tarde, de nuevo, porque Alice la hizo dudar con uno de sus diagnósticos. Las palabras de Alice todavía resonaban en su

cabeza, junto con el tono condescendiente que tanto la había irritado. Madison estaba tan agotada que la dejó con la palabra en la boca —literalmente— y le cerró la puerta en las narices antes de salir del despacho donde estaban discutiendo.

Está terminando de encajar la última bolsa en un hueco diminuto cuando le suena el teléfono. La doctora se gira, apoya el culo en el maletero y saca el teléfono de su bandolera para responderle a Connie, que la llama aprovechando que Hayden acaba de entrar en la ducha.

—¿Qué es eso de que estás en Pittsburgh? —dispara Madison a modo de saludo, corroída por la intriga.

Connie suelta una pequeña risotada ante la reacción de su amiga y, de inmediato, le hace un resumen muy breve de lo que la ha llevado allí.

—Ostras —dice sorprendida cuando Connie le cuenta en voz muy baja —y algo exaltada— la resolución que la tía de Hayden dio a su problema cuando ella se presentó en su casa.

—Entiendo que para ella es un problema dado su diagnóstico, pero joder, Madison, Hayden era una cría y ni siquiera se molestó en preguntarle lo que había pasado.

—Cálmate, Connie. Lo último que necesita Hayden ahora mismo es verte alterada. Piensa en todo lo que has conseguido. Se ha abierto contigo y está dispuesta a que la trate un terapeuta, céntrate en eso —le aconseja Madison.

—Es que ahora vamos otra vez al hospital y no sé cómo actuar —suspira la empresaria.

—Con normalidad, Connie. Lo hiciera mejor o peor, esa mujer es la única familia que tiene Hayden, y a su manera, la quiere. Así que a ti te toca tragar y comportarte mientras estés allí. Insisto en que a ti lo que te tiene que preocupar es asegurarte de que tenga esa terapia cuando volváis. Mi consejo es que busques un centro multidisciplinario donde primero pueda evaluarla un psiquiatra que diagnostique con exactitud si lo que tiene es estrés postraumático o de otro tipo, y a partir de ahí, decidir qué tipo de terapia es la que más le conviene. Puedo preguntar a algunos compañeros cuáles son los mejores.

—Por favor —le pide Connie—. Ha cerrado el grifo, hablemos de otra cosa. ¿Qué tal con Alice?

—No me hables de eso —espeta Madison, notando el repentino mal humor que la invade.

—¿Habéis vuelto a discutir? —se ríe Connie mientras su mirada se oscurece al ver salir a Hayden envuelta en una toalla.

—¿Cuándo no lo hacemos? Con ella es como vivir en bucle, discutimos tres veces, follamos una, discutimos otras tres, volvemos a follar... —recita con los ojos en blanco—. Es agotador.

Connie suelta una sonora carcajada y Madison está a punto de contagiarse, pero la risa se le congela en la garganta cuando, perpleja, se da cuenta de que, del coche que acaba de aparcar frente al suyo, se baja Alice Dickens.

—No me lo puedo creer, está aquí —dice con los ojos muy abiertos cuando Alice se gira y sus miradas se encuentran.

—¿Quién? ¿De qué hablas? —pregunta Connie descolocada.

—De la reina malvada. Te dejo, pórtate bien.

Madison cuelga y se guarda el teléfono en el bolsillo mientras observa sorprendida que Alice se acerca hasta ella.

—Qué casualidad —dice Madison, cruzándose de brazos con expresión defensiva.

—Las casualidades no existen, Shaw —espeta Alice más seca de lo que le hubiera gustado.

—¿Tengo que pensar entonces que me has seguido? —pregunta Madison, alzando una ceja.

—Qué más quisieras —suelta Alice más estúpida que antes y se da la vuelta con intención de dirigirse al supermercado.

Su tono le molesta mucho a Madison, que ya ha llegado al límite de lo que puede tolerar y acaba estallando.

—¿Qué puto problema tienes conmigo, Alice? —brama en voz alta, sin importarle que varias cabezas se giren hacia ellas intrigadas.

Alice vuelve a girarse y le sorprende la expresión de Madison, porque esperaba encontrarla rabiosa, pero a la doctora le están brillando los ojos y la barbilla le tiembla, y eso coge a Alice con la guardia baja.

—Yo no...

No puede contestar, porque Madison no la deja.

—Me tienes harta, ¿sabes? —dice sin moverse ni un centímetro, como si sintiera que la puerta abierta del maletero de su coche sobre su cabeza la protege—. Desde que llegaste no has hecho más que increparme, menospreciar mi trabajo y dejarme en evidencia de manera constante.

Alice quiere hablar, pero Madison parece dispuesta a soltar todo lo que tiene dentro y su lengua no se detiene.

—No te entiendo. Lo he intentado muchas veces, pero te juro que no lo logro —la voz le tiembla ligeramente, pero Madison traga saliva y se recompone—. Siempre tengo la sensación de que me odias por algún motivo que yo desconozco, sin embargo, después follamos y eres tan tierna que pareces otra persona, así que solo puedo pensar que juegas conmigo —se le escapa un sollozo y, aunque no ha podido controlarlo, mantiene la compostura.

Alice podría hablar ahora, pero tiene un nudo en la garganta, así que Madison sigue.

—Me follas y después me ignoras o me increpas, que no sé qué es peor —sigue Madison, sorbiéndose los mocos mientras sonríe con amargura—. Otras veces pienso que es cosa del karma, que yo le he roto el corazón a muchas chicas y ahora tengo que pagar un precio por ello.

La doctora Dickens se estremece al escucharla y da un paso hacia ella.

—Pero no puede ser eso —se corrige Madison—, porque como dice mi amiga Connie, yo siempre he ido de frente. Seré un poco zorra, pero jamás le he mentado a nadie. Cada mujer que ha pasado por mi cama sabía desde el principio lo que podía esperar de mí, en cambio, yo contigo no sé nada. No haces más que confundirme. La primera vez que follamos pensé, vaya, quizá todas las discusiones que tuvimos al principio eran por esto, para calmar la tensión sexual que había entre nosotras, pero después continuaste atacándome, así que no sé, Alice, estoy muy perdida —dice y abre las manos, dejándolas caer con gesto derrotado—. Ilumíname y dime qué coño quieres de mí porque yo lo único que quiero es que vuelvas a besarme.

Alice da otro paso hacia Madison y se queda justo delante de ella, mirándola fijamente con el corazón tan desbocado que apenas puede respirar.

—¿De verdad te gusto, Shaw? —pregunta en el mismo tono suave y tranquilo que utiliza cuando están en la cama.

—Debería odiarte por cómo me tratas, pero sí —dice Madison—, me gustas mucho, tanto, que he venido a llenar la nevera para tener algo más que una lasaña congelada si vienes a mi casa.

Alice da un nuevo paso, el que le falta para pegarse a ella y darle un beso que Madison no es capaz de rechazar.

—No pretendía ser así de dura contigo —confiesa Alice, acariciando su mejilla—. Nunca ha sido esa mi intención, lo único que quería era motivarte, pero las formas no son lo mío. Nunca lo han sido.

—¿Motivarme? —pregunta Madison descolocada.

—Estabas acomodada, Madison. Te limitabas a diagnosticar de memoria, a recetar lo que tocaba y pasar al siguiente paciente. Lo he visto en muchos médicos, pero tú tienes potencial para más, simplemente estabas aburrida y yo solo quería darte un empujón, recordarte que siempre puedes hacer más. Que puedes ser brillante, que lo eres.

Madison quiere estrangularla en ese instante, pero entonces empieza a pensar en todas esas tardes o noches que ha pasado repasando sus apuntes, viendo conferencias médicas y reciclándose para demostrarle a Alice que sus diagnósticos eran igual de correctos que los suyos. Y sobre todo recuerda lo satisfecha que se sintió haciendo todo eso.

—Madre mía, ¿en serio? —pregunta atónita tras soltar un resoplido.

Alice encoge los hombros.

—¿No vas a contestar? —pregunta Madison levantando las cejas.

Alice se incorpora y se coloca entre sus piernas.

—Ya lo he hecho. Ahora levanta el culo y siéntate al volante —dice antes de darle otro beso que a Madison le acelera mucho el pulso.

—¿Para qué? —murmura Madison contra su boca.

—Para que vayamos a tu casa ahora que tenemos comida para todo el fin de semana, porque a mí también me gustas mucho, doctora, y prometo que a partir de ahora solo opinaré sobre tus diagnósticos cuando tú me pidas que lo haga.

Madison se ríe y se levanta, poniéndose a la misma altura que Alice.

—No sé si serás capaz de mantener esa boca cerrada — comenta Madison entornando la mirada.

—Siempre puedes cerrármela tú con la tuya.

Capítulo 34

Están paradas en un paso de peatones frente al hospital, esperando a que el semáforo se ponga en verde para poder cruzar cuando Connie nota que los dedos de Hayden se cierran con fuerza sobre los suyos. Le cuesta entender lo que pasa, ella no es Miles, que la conoce desde hace tanto tiempo que le sirve de escudo por instinto. La empresaria necesita unos segundos para darse cuenta de que ese lado de la acera se está llenando de gente y Hayden no se siente cómoda con todos ellos detrás.

—Espera —dice y tira de ella, colocándola entre sus brazos antes de darle un beso en el cuello—. ¿Mejor así?

—Sí —sonríe Hayden, que no solo agradece sentirse protegida, sino el calor de su cuerpo en contraste con el frío cortante de esa mañana—. ¿Crees que un terapeuta logrará que se me quite el miedo? —pregunta justo cuando el semáforo cambia de color.

—Espero que sí, aunque supongo que llevará tiempo —responde Connie pensativa mientras cruzan la calzada, pasando un brazo protector sobre los hombros de la que para ella es su chica, aunque no lo hayan hablado formalmente.

De repente recuerda lo que Hayden le dijo "siempre pienso que va a venir, que me giraré y ella y Josh estarán detrás y me llevarán otra vez". Un escalofrío le atraviesa la columna cuando piensa en eso, consciente de que probablemente ese es el motivo por el que siempre se gira, por el que necesita controlar las entradas. Aunque han pasado once años, Hayden piensa que su madre y aquel psicópata todavía pueden venir a por ella.

—Nos podemos ir hoy, después de visitarla —dice Hayden antes de que Connie pueda verbalizar lo que ha deducido.

—¿Estás segura?

—Sí —Hayden se detiene frente al quiosco de la entrada—. Solo quería saber cómo estaba, y ya sabes que a mi tía las visitas...

—No le gustan, sí —confirma Connie—. ¿Vas a comprarle más revistas? —pregunta levantando una ceja con expresión divertida.

Hayden se ríe y hace botar los hombros.

—Le gustan mucho y los crucigramas los resuelve muy rápido, y ahora va a tener mucho tiempo.

Connie se sitúa detrás de ella mientras esperan su turno y piensa en su teoría de antes. Si se le hubiera ocurrido ayer, habría podido preguntarle a Clarice si sabe algo sobre la madre de Hayden cuando se quedaron a solas, por lo que no le quedará más remedio que conseguir su número y llamarla en otro momento.

—Entra tú sola, así tu tía se sentirá más cómoda. Tómame el tiempo que necesites —dice Connie cuando llegan a la puerta de la habitación.

—¿Tú qué harás? —pregunta Hayden.

—Iré al hotel a por nuestras cosas y después daré un paseo, me apetece estirar las piernas. Llámame cuando acabes y vuelvo a por ti —responde Connie, inclinándose para darle un beso en los labios en un gesto tan natural que parece que llevan toda la vida haciéndolo.

Connie ya tiene las maletas cargadas en el coche y está dando un paseo por la zona mientras busca alguna cafetería donde refugiarse del frío mientras espera a Hayden.

El frío en Pittsburgh en pleno diciembre es un enemigo implacable y Connie lo siente en cada centímetro de su cuerpo. El aire helado le corta la piel subiendo por su cuello hasta hacer que le duelan las orejas. Las aceras resbaladizas crujen bajo sus botas con los restos de la helada de esa noche y el viento, cada vez más fuerte, se cuela entre los edificios y la golpea de frente, obligándola a encogerse y hundir las manos en los bolsillos del abrigo, que le parece insuficiente.

Connie se alegra de la decisión que ha tomado Hayden de marcharse hoy mismo, porque ha consultado el parte meteorológico y para esa misma noche se espera una nevada en la ciudad, y prefiere que las pille en Baltimore. Mientras avanza a paso rápido,

distingue una cafetería en la esquina de la calle. No es la más grande ni la más moderna, pero hay algo en ella que la atrae de inmediato. Quizás sea el resplandor cálido que emana de los ventanales empañados o el letrero de madera con letras cursivas y doradas que le recuerdan a los de su librería favorita cuando vivía en Toronto.

Empuja la puerta con algo de esfuerzo y, en cuanto entra, siente un alivio inmediato con el cambio de temperatura. Hay algunas mesas de madera junto a la ventana, ocupadas por clientes que hojean el periódico o trabajan en sus portátiles, y en el fondo, un par de sillones de cuero gastado que invitan a quedarse. Avanza hacia el mostrador, se pide un café con leche y elige una de las pastas a la que no puede resistirse y toma asiento en una de las mesas junto a la ventana.

Está a punto de dar el primer sorbo cuando le empieza a sonar el teléfono. Lo saca del bolso convencida de que es Hayden, que ya ha dado por concluida la visita con su tía, sin embargo, cuando mira la pantalla, no reconoce el número que ve en ella.

—¿Hola? —dice al contestar.

—Buenos días, ¿hablo con Connie Bowler? —pregunta una voz de mujer.

Connie se yergue en su asiento, tensando cada músculo del cuerpo ante el temor de que vayan a decirle que a su madre le ha sucedido algo malo.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —pregunta tensa.

—Perdone que la moleste un domingo, pero me ha costado hacerme con su número. Me llamo Andrea Loter, soy abogada en el estado de Maryland, en la ciudad de Baltimore, donde usted trabaja actualmente.

—Lo siento, señora Loter, pero creo que se equivoca —dice Connie—. Yo no...

—Samantha Collins —dice la abogada, y Connie se queda petrificada en la silla cuando escucha el nombre de la mujer que le rompió el corazón y marcó un antes y un después en la relación con sus padres y que dio un giro en su vida.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta mientras observa el anillo en su dedo, ese con el que Hayden se calma dándole vueltas y ella no puede porque tiene la otra mano ocupada sujetando el teléfono.

—Samantha ha denunciado a mi cliente por acoso y, tras investigar un poco, he descubierto que a usted también la denunció hace años.

Connie siente que la cabeza le da vueltas al escucharla. Es como si volviera atrás en el tiempo y reviviera todo lo que sintió en aquel momento: la incredulidad, la rabia, la traición y el dolor punzante que le atravesó el pecho. Se aprieta el puente de la nariz con fuerza y traga saliva para aliviar el nudo que se ha formado en su garganta.

—¿Sigue ahí, señora Bowler? —pregunta la abogada.

—Sí, sigo aquí. ¿Cómo sabe que Samantha me denunció? El asunto se trató en privado, se resolvió con un acuerdo de confidencialidad —dice Connie con el ceño fruncido.

—Desconocía que lo habían resuelto así, aunque lo imaginaba al no haber encontrado nada en ningún archivo. El único dato que había conseguido era la denuncia en sí que ella interpuso contra usted en su momento. Su empresa es grande, siempre hay alguien que se va de la lengua, y este tipo de información circula por ahí, solo tienes que saber dónde buscarla.

—Ya —dice Connie—. ¿Para qué me ha llamado exactamente? No veo en qué la puedo ayudar, el acuerdo de confidencialidad que firmé me impide declarar a favor de su cliente, y le aseguro que lo haría encantada si tuviera la certeza de que ella miente.

—Le aseguro que Samantha miente de nuevo, señora Bowler. Y sé que no puede ayudar a mi cliente, aun así, me gustaría verla en persona si es posible. Si pudiera hacerme un hueco la semana que viene se lo agradecería, no será más de media hora, se lo prometo —dice la abogada.

Connie apoya los codos en la mesa y mira por la ventana mientras piensa. Le entra una nueva llamada y, ahora sí, ve el nombre de Hayden.

—Está bien —dice la empresaria—, pásese por mi oficina el martes. La veré allí, ahora tengo que colgar.

—Por supuesto. Gracias. Que tenga un buen día.

Connie cuelga la llamada de Andrea Loter para contestar la de Hayden y decirle que estará en la puerta del hospital en quince minutos, que la despida de su tía. Mientras va de camino, no deja de darle vueltas al comentario de la abogada cuando ha dicho que Samantha mentía de nuevo. De nuevo, piensa Connie aturdida, sin saber por qué motivo, Andrea Loter da por hecho que en su caso también mintió si no la conoce.

—¿Puedo subir un poco más la calefacción? —pregunta Hayden cuando llevan unos minutos en el coche.

—Sí, claro —responde Connie, mirándola un momento.

Apenas han hablado desde que la ha recogido en la puerta del hospital. Connie tiene la cabeza en otro sitio, incapaz de dejar de pensar en la llamada que ha recibido.

—¿Qué te pasa? —pregunta Hayden finalmente.

Ella la vuelve a mirar, aturdida, y carraspea mientras acelera, dejando por fin la ciudad atrás.

—He recibido una llamada mientras te esperaba.

Connie le detalla lo que le ha contado la abogada.

—Una parte de mí no quiere hablar con esa mujer, no quiero saber nada más de esta historia, y mucho menos de Samantha —explica Connie—, pero, por otro lado, me intriga su insistencia y, al fin y al cabo, su llamada ya me ha removido la mierda, así que, supongo que no pierdo nada por escucharla.

Hayden estira la mano y la coloca sobre su pierna, apretando con cariño.

—Creo que te arrepentirías si no la escuchas —opina la informática—, así que, en mi opinión, has hecho bien en aceptar que vaya a verte.

Connie le dedica una mirada rápida y sonrío, agradecida por su apoyo.

—¿Cómo has encontrado a tu tía hoy? —cambia de tema la empresaria.

Hayden hace botar los hombros.

—Bien, supongo. La enfermera dice que esta semana la mandarán a casa, creo que eso es lo que necesita para mejorar del

todo, salir de allí para dejar de tener visitas que la alteran, aunque sean médicos. Me ha dado recuerdos para ti.

—¿En serio? —Connie no puede evitar preguntarlo, sorprendida.

—Sí —Hayden se ríe—. Mi tía se alegra de que yo no esté sola, aunque no lo diga.

—Lo sé —ahora es Connie la que estira el brazo y le coge la mano—. Ha de ser complicado que tu única familia no sea capaz de relacionarse, pero ella te quiere a su manera, Hayden, y te ha protegido lo mejor que ha podido —dice Connie, sorprendida de sus propias palabras—. Tienes suerte de tenerla.

Hayden asiente y entrelaza los dedos con ella.

Capítulo 35

—Este es el momento que más me gusta del día —dice Connie, apoyada en el marco de la puerta del despacho de Hayden. La empresaria lleva treinta segundos ahí, observando a la informática teclear de manera tan absorta, que no la ha visto llegar.

A Hayden el corazón le da un vuelco cuando escucha esa particular voz rasposa y levanta la vista y la ve, con el nudo de la corbata flojo, su clavícula descubierta y el pelo recogido en un moño desaliñado mientras la observa sonriente. Le cuesta respirar cuando Connie la mira así, le recuerda los primeros días que la empresaria iba a visitarla, cuando apenas se conocían, y siente que hace una eternidad de todo aquello cuando apenas han pasado unos meses.

—¿Te vas a quedar ahí? —pregunta Hayden.

—Tal vez —responde Connie con una mueca chulesca mientras cruza los brazos sobre el pecho con aire desenfadado—. Soy la jefa, puedo hacer lo que me dé la gana.

Hayden se ríe y se levanta, pero, en lugar de acercarse, coge una de sus tazas y empieza a preparar un café.

—¿Lo hueles? —pregunta, quieta junto a la máquina mientras la empresaria sigue cada uno de sus movimientos con la mirada entornada.

Connie arruga la nariz, olfateando el aroma como un perro.

—¿Pretendes atraerme con café? —arquea una ceja, torciendo una sonrisa que comienza a marear a Hayden.

—No funcionas sin él, algo tengo que probar —dice y carraspea, levantando la taza mientras observa el dibujo del humo frente a ella.

—Tampoco funciono sin ti —dispara Connie, dejando fuera de juego a la informática—. Deja la taza antes de que te quemes y ven aquí ahora mismo —ordena tan autoritaria, que Hayden se deshace.

Deja la taza a un lado y se acerca muy despacio. Apenas las separan dos metros porque el despacho no es muy grande, pero se detiene cuando le faltan un par de pasos, provocando a Connie.

—¿Qué haces? —pregunta la jefa, fingiendo un tono de irritación que acelera más el pulso de la informática.

Hayden se lo piensa un poco, es muy nueva en esto de las relaciones y le cuesta gestionar todo lo que se le pasa por la cabeza, pero, como están solas, decide atreverse y hacer lo que le apetece. Estira el brazo, coge la corbata de Connie y tira de ella con la fuerza suficiente como para que la empresaria se sienta obligada a moverse y pegarse a su cuerpo.

—Vaya... —murmura Connie, cogiéndola por la cintura mientras cierra la puerta con el pie—. Eres muy atrevida —susurra apretándola contra ella.

Hayden se pone roja como un tomate al mismo tiempo que exhala el aire de sus pulmones, con la mirada tan oscurecida que Connie no puede definir el color de sus ojos. Sin soltar el agarre de su corbata, desliza una mano por el cuello de la empresaria hasta llevarla a su nuca y la guía hasta su boca, donde enredan sus lenguas y se devoran hasta que se sienten saciadas.

—Eres mucho mejor que el café —susurra Connie concentrada en no mover las manos de su cintura porque si las lleva hacia otra parte, no responde.

Hayden sonríe, aturdida, porque está tan excitada que no puede pensar en nada más que el hormigueo imparable que tiene entre las piernas. Sin poder contenerse, baja las manos hasta las nalgas de Connie y aprieta con necesidad de contacto, al menos de un poco, y se le escapa tal suspiro que Connie se estremece.

—Lo siento —dice Hayden, apoyando la cabeza sobre su hombro mientras aprieta las piernas.

Connie no puede creerse lo que presencia, y le gusta tanto que siente que podría correrse si Hayden lo repite. En un arrebato, la gira y la coloca de espaldas a la puerta, mirándola a los ojos mientras le desabrocha el pantalón con rapidez.

—Esto pasará ahora porque se me ha ido de las manos —le susurra a Hayden mientras su mirada se desvía un instante hacia el

reloj de la pared para comprobar que tiene tiempo, dejando que su mano se vaya colando por la ropa interior de la informática, que separa las piernas por instinto y se tensa cuando nota el primer roce de sus dedos—, pero no se repetirá, Hayden.

La informática parpadea desconcertada y la mira mientras la boca le tiembla de puro placer. Los dedos de Connie resbalan por su humedad muy despacio, volviéndola loca.

—A partir de ahora —Connie sigue explicando entre susurros roncos mientras empieza a masturbarla, sin dejar de mirarla—. Solo nos saludaremos con un beso, nada de abrazos ni roces. Tú en tu mesa y yo al otro lado.

Hayden empieza a jadear y a temblar de arriba abajo. La delicadeza de Connie es sublime para ella, cada roce es una descarga que lanza impulsos por todo su cuerpo y hace que se sacuda contra su mano como si estuviera poseída, buscando más, buscándola a ella.

—Vale —consigue decir y Connie desliza un dedo hacia su entrada.

Hayden jadea más fuerte. Connie no la penetra, pero la sola sensación de sentirla ahí también mientras presiona su clítoris, le lanza una explosión repentina y Hayden se corre agarrada al cuello de la empresaria, ahogando los gemidos contra su boca.

Connie la abraza con fuerza hasta que su respiración se normaliza y Hayden parece volver del éxtasis en el que estaba sumida.

—Vamos a la azotea a que nos dé un poco el aire —propone Connie cuando ve la sonrisa tonta de Hayden.

—¿Y tú? —pregunta Hayden con las mejillas encendidas.

Connie se muerde los labios y deja salir el aire de los pulmones, está tan cachonda que con uno no tendría suficiente.

—No hay tiempo. No te preocupes, estoy bien —miente y le guiña un ojo—. Voy a lavarme las manos. ¿Me subes el café y me esperas arriba?

Hayden asiente.

Cuando Connie sale a la azotea, agradece el bofetón de aire gélido que la golpea de lleno. Se acerca a Hayden a paso rápido y se

sienta junto a ella en otro asiento, uno protegido bajo un pequeño tejado, aunque el frío llega de todos modos.

—¿Haces algo este viernes? —pregunta la empresaria sosteniendo la taza de café entre las manos.

Aunque solo lleva un minuto ahí, el frío le ha bajado el calentón de golpe y comienza a colarse por debajo del cuello de su abrigo.

—Algunos viernes quedo con Miles para jugar online y después voy a cenar al bar de Harry —responde Hayden.

—Pero no has quedado todavía —dice Connie.

—No.

—Pues no quedes. Este viernes resérvalo para mí, tú y yo tendremos una cita —decide la empresaria.

La sonrisa de Hayden se ensancha y los ojos le brillan con una sinceridad que hacen que a Connie se le encoja el pecho. Da un sorbo a su café, que ya está frío para su gusto, y mira la hora. Todavía pueden permitirse cinco minutos más, y quiere aprovecharlos, aunque se esté quedando helada.

—¿Dónde iremos? —pregunta Hayden curiosa.

—No sé —responde Connie, apartándole un mechón de pelo de la cara—. La verdad es que no soy de tener citas.

—¿Y qué haces cuando quedas con una mujer? —interroga Hayden.

—Pues eso, quedar —sonríe Connie encogiéndose de hombros—. A veces quedo para tomar una copa y otras para comer o cenar, lo mismo que podría hacer con una amiga, pero más allá de eso, no hago nada especial.

—¿Y conmigo quieres hacer algo especial? —Hayden parece avergonzada cuando lo pregunta.

Connie le coge la mano y entrelazan los dedos de manera automática, como si lo hubieran pactado.

—Bueno, más que especial, quiero que te sientas cómoda y lo recuerdes como algo bonito, como un momento importante. Es tu primera cita, pero, en realidad, también es la mía —reconoce sorprendiendo a Hayden—. No es este el sitio donde me imaginaba hablando de esto, y menos muerta de frío, pero ha salido así —admite y se encoge en un escalofrío.

Hayden sonríe brevemente, sin dejar de mirarla con expectación.

—Aunque he salido con varias mujeres, en serio no he ido con ninguna. No sé si es porque lo de Samanta me marcó demasiado y me ha costado confiar o simplemente porque no he sentido lo suficiente como para querer hacerlo. El caso es que cuando he quedado con una mujer he tenido muy claro siempre lo que iba a pasar después de esa copa o esa cena. Y la cita se ha podido quedar en una sola o nos hemos podido ver más veces y salir durante un tiempo, pero esas citas no eran citas, Hayden, solo eran un trámite, un medio para un fin. Esto es diferente. Tú y yo ya nos conocemos, ya nos hemos acostado, ya sé que me gustas.

Las piernas de Hayden empiezan a botar de manera frenética mientras asiente y los ojos se le encharcan. Ella no sabe expresarse como Connie en ese sentido, las palabras emotivas no se le dan bien, siempre se quedan atascadas en algún punto entre su cerebro y su garganta, pero siente que la empresaria está verbalizando muy bien todo lo que siente ella, y no se esperaba que Connie sintiera algo tan parecido a lo que ella experimenta, todas esas sensaciones y emociones a las que le cuesta poner nombre, ese torbellino que la desconcierta y la emociona a partes iguales.

—No llores, cariño —sonríe Connie cuando percibe el brillo en los ojos de Hayden, cogiéndole la cara entre las manos—. Me gustas y te quiero, me estoy enamorando de ti y quiero que esa cita sea especial. Y ya está.

Hayden asiente sin que sus piernas dejen de botar, pero se inclina hacia delante y busca sus labios.

—Seguro que lo es —consigue decir—. A mí también me gustas y te quiero —eso sí lo sabe y puede identificarlo, y no le cuesta decirlo, del mismo modo que le dijo que le gustaba cuando la conoció.

Connie le da un beso que resuena con fuerza en el silencio de la azotea.

—Por supuesto que será especial, pero ahora bajemos antes de morir congeladas o nos quedaremos sin cita —decide la empresaria, tendiéndole la mano para invitarla a levantarse.

Capítulo 36

—Buenos días —dice Tasha Merrell tras abrir la puerta del despacho de Miles y Hayden.

Los dos informáticos están tras la mesa de Miles, revisando de manera conjunta varias líneas de código en busca del error que no deja avanzar al informático. Levantan la mirada y la saludan, pero están tan concentrados que ni siquiera le preguntan lo que quiere y siguen mirando la pantalla.

A Tasha le entran ganas de reír, nunca ha comprendido el comportamiento de ninguno de los dos, su fascinación por los ordenadores y la capacidad de abstracción de todo lo demás.

—¿Quién de los dos está libre? —pregunta y los dos levantan la mirada otro segundo, se miran entre ellos y ninguno dice nada.

Tasha carraspea, incrédula, y pone los ojos en blanco porque sabe lo que pasa. Ninguno hablará hasta que sepan para qué los quiere y, dependiendo de su respuesta, estará libre uno u otro porque Miles siempre protege a Hayden. Si es para algo que requiera interactuar con varias personas, irá él, si no es así, probablemente irá ella.

—La señora Bowler no puede acceder a un archivo importante y necesita que se lo recuperéis, es urgente —explica Tasha y contiene la risa cuando ve que Hayden se yergue de repente, como si se hubiera pinchado el trasero con una aguja.

—Voy yo —dice y el que no esconde su sonrisa repentina es Miles.

—Por supuesto —responde Tasha—. No tardes, está un poco nerviosa.

Hayden no tarda ni un minuto en llamar a la puerta del despacho de Connie. Esa mañana se han vuelto a ver en su despacho como el día anterior y, tal y como le advirtió mientras la tenía acorralada

contra la puerta y la mataba de placer, solo se ha acercado a ella para darle un beso, después se ha mantenido al otro lado de la mesa. Han estado hablando un rato, primero a solas, y después han compartido un café con Randy cuando ha pasado por allí, pero Hayden está un poco preocupada porque ha notado a Connie bastante inquieta a pesar de que ha tratado de disimularlo.

—Hola —saluda tal y como entra.

Connie sonríe y no disimula su alivio al verla.

—Mi informática favorita —dice y levanta las cejas, haciendo rodar su silla hacia atrás para poder levantarse.

Hayden cierra la puerta, se acerca y le da un beso en los labios antes de desviar la mirada hacia el portátil donde Connie estaba trabajando.

—¿Te has cargado un archivo? —pregunta torciendo una sonrisa.

Connie carraspea, le cede el sitio y se acomoda al borde de la mesa subiendo una pierna.

—No me he cargado nada, lo he cerrado y cuando he ido a abrirlo de nuevo, no estaba —dice y suspira, pero le sale entrecortado y Hayden levanta la mirada cuando se sienta ocupando su sitio.

—¿Estás bien?

—Sí, pero necesito ese archivo, Hayden, es como mi cuaderno de bitácora, ahí lo tengo todo, si lo pierdo, me puede dar un infarto. Es un Excel donde tengo el control de proveedores, gastos mensuales, facturación, calendario de pagos, clientes, contactos... Joder, voy a ahogarme —dice abanicándose con una mano mientras que con la otra tira de la corbata como si quisiera arrancársela.

—Oye, no pasa nada —trata de tranquilizarla Hayden, poniéndole una mano sobre la rodilla de la pierna que tiene sobre la mesa—. Puedo recuperar ese archivo. Tus ordenadores tienen programadas copias de seguridad cada quince minutos, solo tienes que decirme el nombre.

Connie carraspea y le sale un suspiro entrecortado antes de decirle el nombre. Hayden se inclina hacia delante, teclea durante un par de minutos y gira el portátil hacia su jefa.

—Ahí lo tienes, recuperado.

Connie mira la pantalla y esboza media sonrisa que hormiguea por el estómago de Hayden, pero ignora la sensación y le coge una mano.

—Estás nerviosa, Connie. ¿Es por la visita de la abogada?

La empresaria resopla con fuerza y asiente girando su mano hacia arriba para entrelazar sus dedos con los de Hayden mientras intenta tranquilizarse.

—No puedo evitarlo. No veo qué puede querer esa mujer de mí. Si no hubiera firmado aquel maldito acuerdo, podría declarar a favor de su cliente, pero no puedo, así que no entiendo el motivo de su visita.

—¿A qué hora viene? —pregunta Hayden.

—A las doce.

Connie consulta su reloj de pulsera como ha hecho cada diez minutos durante toda la mañana, falta media hora y tiene el corazón desbocado.

—¿Quieres que me quede? —se ofrece la informática.

—No, cariño —le agradece Connie—, prefiero hacerlo sola, pero podemos comer juntas después si te apetece.

—Claro.

—¿Sabes algo de tu tía? ¿Has hablado con ella? —cambia de tema la empresaria.

—Hablé con ella anoche. Hoy le dan el alta. Una ambulancia la llevará a su casa, allí estará más tranquila —explica Hayden.

—Seguro que sí. Estará bien, no te preocupes. Solo tiene que tomarse la medicación y hacer caso a los médicos.

—Lo hará, es muy metódica y ordenada —dice Hayden con una sonrisilla traviesa.

—Anda, dame un beso y vete. Nadie se va a creer que tardas tanto en recuperar un archivo —dice Connie tirando de su mano para que se incorpore.

Hayden se sitúa frente a ella, le pasa una mano por detrás del cuello y la sostiene con firmeza para besarla muy despacio, con una ternura que transporta a Connie a una dimensión paralela.

—Mmmm, me estoy volviendo adicta a tu boca —susurra la empresaria con voz especialmente ronca, pegando su frente a la de

Hayden un instante antes de separarse.

Hayden sonríe, satisfecha.

—Por cierto, mañana he quedado con Madison para comer. Tiene el nombre de un par de centros de terapia que le han recomendado. Si te parece, los comentamos mañana por la tarde en mi apartamento. Porque sigue en pie lo de la terapia, ¿verdad? —se asegura Connie.

—Sí, tranquila —contesta Hayden, besándole la mejilla antes de salir del despacho.

Connie sonríe y suspira cuando se queda a solas. Se sienta y se permite un par de minutos para pensar en lo mucho que ha cambiado el comportamiento de Hayden con ella —no con los demás — es más abierta, se expresa de manera más natural y se muestra muy tranquila cuando están juntas. Se siente una privilegiada por tener acceso a ella y conocerla de ese modo, y también siente alivio porque cada vez está más convencida de que Hayden no tiene ningún trastorno del comportamiento como creyó al principio, al menos, no uno severo. Lo que sea que le pasa, es fruto de su trauma, eso es lo que no la deja relacionarse con el mundo como debería, y espera que acudir a terapia la ayude, aunque sea un poco.

Los veinte minutos que faltan para la visita de la abogada van a asfixiarla dentro del despacho, así que decide salir a caminar por el pasillo para intentar despejarse y que el tiempo pase más deprisa, pero sus pasos la llevan al despacho de Tasha.

—¿Estás ocupada? —pregunta, asomándose por la puerta.

—En esta empresa siempre hay cosas que hacer —responde la jefa de personal—, pero pasa. ¿Hayden ha podido recuperar ese archivo?

—Sí —dice Connie, cerrando la puerta antes de caminar hasta la ventana del despacho y apoyarse allí cruzada de brazos.

Tasha se recuesta en la silla y la observa en silencio durante unos segundos, fascinada por ese porte elegante y su presencia imponente. Si Connie no estuviera con Hayden, ahora mismo se levantaría y le devoraría la boca sin pensarlo. Le atrae muchísimo, todo en Connie Bowler le resulta atractivo, desde su carácter, hasta

su mirada inquieta o esa corbata descolgada que ella jamás se pondría. Se excita cuando la ve, no puede evitarlo, pero ante todo la respeta y empieza a considerarla una buena amiga.

—¿Va todo bien con Hayden? —pregunta sin moverse de su sitio.

—Sí, todo bien —asiente Connie—. ¿Y tú? Hace días que no te pregunto. ¿Cómo va con tu mujer? ¿Está más calmada?

La respuesta de Tasha es un bufido tan prolongado que Connie no puede evitar reírse.

—Joder, lo siento —se disculpa—. ¡Qué mujer más terca! ¿Era así cuando la conociste?

—Supongo que sí, aunque en aquel momento me daba igual, todo en ella me parecía perfecto —admite Tasha—, y tampoco había nada que nos hiciera discutir lo suficiente como para que su mal carácter fuera preocupante. En cualquier caso, ahora mismo no me preocupa. Me parece que está conociendo a alguien, solo tengo que ser paciente, mantenerme callada y esperar, esa será mi nueva estrategia —dice con una sonrisa maliciosa.

—No te entiendo —dice Connie con expresión interrogante.

—Con un poco de suerte, en cuanto se enganche un poco más a esa mujer, será ella la que firme los papeles sin que yo tenga que pedírselo. La conozco, se obsesionará con ella como lo hizo conmigo y entonces yo seré solo un objeto molesto, algo de lo que necesitará deshacerse —explica con una sonrisa satisfecha.

—Pues en ese caso, paciencia, amiga —dice Connie, acompañándola en esa sonrisa.

—Gracias. Ahora, ¿vas a decirme qué haces aquí?

La empresaria deja de sonreír y suelta el aire por la nariz hasta quedarse vacía, intentando que también salgan sus nervios.

—He salido para despejarme y he acabado aquí, supongo que buscaba una amiga —admite Connie.

—Pues me tienes aquí. ¿De qué huyes? —Tasha se levanta y se acerca a la ventana, situándose en el extremo opuesto frente a la empresaria.

—De la espera. En cinco minutos vendrá una abogada a verme. Defiende a un tipo al que Samanta Collins también ha denunciado por acoso, al parecer falsamente.

—Vaya —Tasha chasquea la lengua y hace una mueca de asco—, no sé por qué no me sorprende, pero ¿para qué viene esa mujer? Tú no puedes ayudarla y, aunque le cuentes lo que te pasó, no lo puede utilizar.

—Lo sé. Y lo cierto es que me da igual para lo que viene, Tasha —reconoce Connie con rabia—, lo que me jode es que después de tantos años, haya bastado una llamada como esa para que yo sienta que la mierda me ha caído encima de nuevo. Es como si nunca pudiera dejarla atrás.

—Lo pasaste muy mal, Connie. La jugarreta que te hizo esa mujer implicó muchas cosas para ti, no solo la denuncia en sí. Te separó de tu familia, de tu vida, dejó tu reputación por los suelos, no sé, yo estaría muy enfadada —dice Tasha.

—Estoy más cansada que enfadada. Quiero olvidarme de ella, es como si su existencia siguiera marcando las pautas de la mía.

—Eso no es verdad. Tu vida no tiene nada que ver con ella, Connie. Puede que cambiase tu rumbo hace diez años, pero lo has redirigido. Es normal que esa abogada te haya removido cosas al nombrártela, pero Samantha no es más que un nombre en una carpeta cerrada de tu pasado. Escucha lo que tenga que decirte y después céntrate en Hayden y sigue haciendo tu vida con ella. Lo demás no importa.

—Tienes razón. Gracias, Tasha.

Connie comprueba la hora, pasan cinco minutos de las doce. Si Andrea Loter es puntual, ya debe estar esperándola en su despacho.

—Te dejo, voy a ver qué quiere.

—Te acompaño hasta el despacho, tengo que pasar por delante de todos modos —dice Tasha cogiendo una carpeta.

—¿Crees que voy a salir corriendo? —bromea Connie abriendo la puerta.

—Tú no huyes, Connie Bowler —asegura Tasha—. Si fueras una cobarde, no habrías aceptado volver aquí, y mucho menos ponerte al frente de la empresa. Hay que tener muchos ovarios para esto —dice, cediéndole el paso.

Connie sonríe, agradecida por el cumplido y por conservarla como amiga después del breve escarceo que hubo entre ellas.

Andrea Loter sí que es puntual, y alta, de facciones duras y afiladas que le dan un aire de elegancia intimidante. Es morena como Connie y de una edad parecida. Lleva el pelo recogido en un moño perfecto, un traje sastre de color gris y zapatos de medio tacón, y todo eso lo sabe la empresaria porque la mujer está en la puerta de su despacho cuando ella se acerca junto a la jefa de personal.

—Por Dios bendito —le sisea Tasha sin poder contener sus pensamientos—, me estoy planteando muy seriamente despedir a mi abogado y contratar a esa diosa.

Connie se detiene en seco y se gira, simulando hablar algo importante con Tasha porque no ha podido contener la risa ante el comentario repentino.

—Joder, cállate. Va a pensar que hablamos de ella —pide la empresaria en un susurro.

Tasha baja la mirada y saca el móvil como si le mostrase algo importante a su jefa.

—Es que hablamos de ella —dice entre dientes, divertida—. ¿Esperabas que fuese así?

—¿Así cómo? —pregunta Connie, pero se le escapa la risa porque sabe perfectamente a lo que se refiere Tasha.

Andrea Loter es abogada, pero podría ser modelo o actriz porque su atractivo físico desafía las leyes naturales.

—¿Crees que es humana? —sigue Tasha como si estuviera hipnotizada, sin poder apartar la vista de la abogada.

—Vale, se acabó —Connie carraspea—. Sigue caminando y desaparece de mi vista. O mejor, da la vuelta y vete a tu despacho.

Tasha frunce el ceño.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —responde Connie con firmeza, aunque no puede eliminar el destello de diversión de su mirada.

Tasha asiente y empieza a caminar hacia el lado opuesto, pero su cabeza se niega a girarse y camina retorcida varios pasos observando a Andrea Loter. La abogada también la mira; sin embargo, solo lo hace un momento con expresión extraña, como si Tasha fuera extraterrestre.

—¿Andrea? —pregunta Connie notando como los nervios vuelven a devorarla sin piedad.

Andrea Loter se gira y extiende una mano hacia ella.

—Connie Bowler, supongo.

—Sí, siento el retraso —se disculpa Connie.

—No se preocupe, le agradezco que me haya hecho un hueco. Seguro que tiene una agenda muy apretada y muchos asuntos que atender.

Connie no responde, solo abre la puerta de su despacho y le franquea el paso. Está nerviosa, pero no deja que se le note.

—Siéntese, por favor —dice señalando una silla.

Andrea Loter deja su maletín en el suelo al lado de la mesa y se sienta, cruzando una pierna sobre otra mientras Connie toma asiento en su sitio frente a ella.

—Usted dirá —dice la empresaria.

—Verá, me hago cargo de que esto debe ser muy incómodo para usted —dice Andrea.

—No tiene ni idea —interviene Connie, incapaz de contenerse.

—No, por supuesto que no —concuerta la abogada—, en parte, por eso estoy aquí.

Connie frunce el ceño, cada vez más perdida.

—No la comprendo, yo no puedo ayudarla, ya se lo dije.

—Lo sé. No quiero que me ayude —dice Andrea—, lo que espero, es poder ayudarla yo a usted con lo que le voy a decir.

La empresaria abre la boca para hablar, pero las palabras de la abogada la han dejado tan descolocada, que no sabe qué preguntar.

—Como ya le dije, descubrí que Samantha también la había denunciado mientras la investigaba para preparar la defensa de mi cliente —explica Andrea Loter—, pero no fue su nombre el único que encontré, señora Bowler.

—¿Qué? —pregunta Connie, parpadeando varias veces con incredulidad.

—Usted solo fue la primera, pero después hubo muchos más. Tengo una carpeta con siete nombres más, Connie, si me permite que la llame así.

Connie asiente, incapaz de pronunciar una palabra.

—Samantha encontró en usted un medio de vida. La jugada le salió bien y siguió ejecutándola de manera eficaz durante todos estos años. Siete denuncias más, siete contratos de confidencialidad y otros siete cheques con cantidades que le han permitido vivir con tranquilidad todo este tiempo. Es una estafadora en toda regla. Elige una víctima, la seduce, la extorsiona y pasa a la siguiente.

Connie tira de su corbata con tanta fuerza que desliza el nudo y se la quita, retorciéndola entre las manos. Siente que se ahoga y, al mismo tiempo, experimenta una sensación extraña de libertad.

—Por eso he venido —dice Andrea—, porque he pensado que le haría bien saber que lo que pasó no fue culpa suya. Usted solo fue víctima de una mente retorcida y depravada, nada más. ¿Quiere que le sirva agua? —pregunta Andrea, señalando la pequeña fuente que hay al lado de la puerta cuando percibe la palidez de la empresaria.

—Por favor —pide Connie, notando el sudor frío resbalarle por la espalda.

Andrea Loter deja un vaso de plástico frente a ella y Connie siente que vuelve a la vida cuando el agua fría le baja por la garganta.

—¿Se encuentra mejor? —se interesa la abogada.

—Sí, gracias. ¿Usted puede pararle los pies? Quiero decir, su cliente. No deje que él firme ese jodido acuerdo —pide Connie, casi suplicando.

—No lo hará. Va a denunciarla, y soy optimista. Tenemos testigos que pueden declarar a su favor. Gente que la vio acercarse a él y no al contrario. Además, sigo buscando nombres como el suyo, Connie, tengo la esperanza de encontrar alguno que no firmase un acuerdo, o cuyo acuerdo tuviera una fecha de caducidad.

—Siento no poder ayudarla, de verdad —dice Connie, sin molestarse en explicarle que decidieron por ella, al fin y al cabo, se siente culpable por haberlo permitido.

—No se preocupe, cada uno sabe sus circunstancias. Solo quería que lo supiera, por si eso la ayuda —dice Andrea antes de levantarse.

Connie la imita.

—Me ayuda mucho, no se imagina cuánto. Le agradezco que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí para decírmelo —dice la empresaria acompañándola a la puerta.

—No es molestia, ya le dije que tenía que venir por aquí de todos modos. Le dejo mi tarjeta por si tiene cualquier duda. Ha sido un placer conocerla, Connie —dice Andrea, estrechándole la mano con firmeza.

Connie la despide, cierra la puerta del despacho y se acerca a la ventana. Se queda ahí durante minutos, mirando a la nada. Los recuerdos la abruman y la rabia la consume, pero del mismo modo que todo eso ha llegado, se va desvaneciendo poco a poco hasta que se siente tranquila, en calma. Y es entonces cuando coge su abrigo y sale del despacho para ir a buscar a Hayden. Le apetece estar con ella. Samantha se queda ahí, en una carpeta.

Capítulo 37

Connie camina hacia la oficina a paso rápido, arrepintiéndose de no haber cogido el coche mientras se refugia bajo el paraguas, que parece querer hundirse con el peso de la lluvia que le cae encima cada vez con más insistencia. Cuando le faltan pocos metros para llegar a la entrada del edificio, el corazón le da un vuelco al verla bajo la marquesina y se le expande una sonrisa por el rostro.

La empresaria no se acostumbra al hormigueo que le recorre el cuerpo cada vez que ve a Hayden, y espera no hacerlo, porque le encanta ese cosquilleo que empieza en el estómago y se expande hasta llegarle a la punta de los dedos. Apresura el paso y cierra el paraguas colocándose a su lado, jadeando por las prisas.

—Hola —saluda, y Hayden se gira, necesitando unos segundos para centrar su mirada en Connie después de haber estado tanto rato absorta, perdida en sus pensamientos frente a la cortina de agua que tienen delante.

—Hola —contesta y se acerca para besarla, pero se detiene cuando repara en que Randy puede verla desde el otro lado del cristal, donde el hombre finge estar leyendo un periódico sin prestarles atención.

Connie desvía la mirada un instante para observarlo y después vuelve a centrarla en Hayden, colocándole una mano enguantada por el cuello.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco —dice la empresaria, mirándola a los ojos.

Hayden no responde, solo se acerca, le da un beso en los labios y se gira dejando la espalda pegada a su pecho para seguir mirando la lluvia. Connie apoya la barbilla sobre su hombro y se queda ahí durante un rato, contemplando el espectáculo junto a ella.

—¿Llovía? —le susurra al oído.

Hayden coge aire y lo contiene en los pulmones.

—¿Cuándo? —pregunta, aunque sabe perfectamente a lo que Connie se refiere.

—El día que te escapaste de casa. Una vez me dijiste que el día que tomaste la decisión que te salvó la vida llovía mucho. Ahora que conozco la historia, imagino que fue ese. ¿Llovía? —insiste.

—A cántaros —responde Hayden.

—Entonces a mí también me gusta la lluvia —dice la empresaria y le da un beso en la mejilla—. Voy a subir ya, estoy helada.

—Me quedo un poco más.

Connie le da un apretón en la mano y la deja ahí, de nuevo absorta.

—Buenos días, Randy —saluda al entrar.

El hombre le sonríe con amplitud y baja el periódico que estaba leyendo, el mismo que ha utilizado como pantalla para darles privacidad hace unos instantes.

—¿Hayden no entra? Hoy hace un día especialmente frío —comenta el hombre.

—Quiere quedarse un poco más —responde Connie—, dele un par de minutos y después arrástrala dentro —dice sonriendo.

—Cuenta con ello, señora Bowler.

Unos minutos después, Hayden entra en el despacho de Connie encogida por el frío y se sienta frente a ella, guardando las distancias como tienen pactado.

—Oye —dice Connie después de dar un sorbo al café que se ha hecho poco antes de que ella subiera—. ¿Cuánto hacía que no veías a tu tía? Me refiero antes de esta última vez.

Hayden se rasca el pelo y frunce el ceño mientras busca en su cabeza, aunque no tiene que esforzarse mucho.

—Desde que acabé la universidad, vino el día de mi graduación. Me acompañó a ver la casa donde vivo y se marchó esa noche.

Hace unos días, esa respuesta hubiera enfadado a la empresaria, pero ahora no. Sabiendo cómo es Clarice, incluso le sorprende que viniera y valora el esfuerzo de que se hubiera desplazado hasta Baltimore para ver a Hayden el día de su graduación y asegurarse de que vivía en un lugar decente.

—¿Y tú por qué no has ido en todo este tiempo? —indaga mirándola fijamente.

La pregunta provoca el movimiento automático de Hayden, que comienza a balancearse de delante hacia detrás sin ser consciente de ello.

—Mi madre no sabe dónde vivo, pero sí sabe dónde vive mi tía —dice y guarda silencio.

Otra respuesta que hace meses habría sido insuficiente para Connie, la habría dejado desconcertada, pero ahora ya no. Ha aprendido a rellenar los huecos de la información incompleta de Hayden, la que solo tiene sentido en su mente y parece un rompecabezas para los demás.

—Te da miedo que te encuentre —dice y se levanta, acercándose para sentarse en la otra silla, la que está a su lado.

Hayden la mira sin saber qué decir, sintiéndose pequeña, y Connie no se atreve a asegurarle que eso no es posible, que ya lo habría hecho de haber querido, y que ella ya no es una niña, ahora es una mujer. Pero se calla porque está segura de que Hayden se sigue sintiendo así cuando piensa en su madre, como una niña asustada.

—No voy a permitir que se acerque a ti, cariño, te lo prometo —le asegura, porque de eso sí que está convencida.

Le coge una mano y se la besa, notando la fuerza desmedida que Hayden ejerce sobre la suya. Connie le aparta un mechón de pelo de la frente y deja al descubierto la cicatriz que le ha dejado el corte que se hizo en la sien tras la caída. Le da otro beso ahí y después uno más en los labios antes de que ambas se levanten.

—¿Estás bien? —le pregunta Connie entornando la mirada.

Hayden sonríe, relajándose de inmediato.

—Sí —asegura antes de salir del despacho.

Connie y Madison se encuentran en la puerta del restaurante donde han quedado para comer y se saludan con un abrazo efusivo en el que permanecen enganchadas como si ambas llevaran meses sin verse.

—Dios mío, somos unas intensas —dice Madison sin soltarla, dándose cuenta de lo mucho que necesitaba el abrazo de su amiga.

—Eso parece —confirma Connie aflojando el agarre para besarle la mejilla—. ¿Entramos? Estoy muerta de hambre.

Esta vez han elegido un restaurante con vistas al puerto, conocido por sus paredes de piedra, las vigas de madera y una enorme chimenea que hace que todos los comensales se sientan como en casa.

—Gracias —dice Connie después de poner al día a su amiga sobre el tema de Hayden y su tía y que esta le haya recomendado un par de centros donde la informática puede recibir la atención que necesita.

—Podéis visitar los dos, que elija el que la haga sentir más cómoda. En ambos hay profesionales especializados y puede elegir entre hombres o mujeres, imagino que preferirá lo segundo. En cuanto a ti, cualquier terapeuta puede servirte, aunque quizá Hayden se sienta más segura si eliges uno en el mismo centro que ella.

—Sí, lo he pensado —concuerta Connie—. A mí me basta con que sea mujer y me inspire confianza para abrirme. En fin, ¿qué tal tú con Alice? —pregunta, entornando la mirada—. ¿Ha mejorado vuestra relación en el trabajo después de pasaros el fin de semana follando sin parar?

Connie sabe algo sobre lo que pasó después de que las doctoras se encontrasen en el aparcamiento del supermercado, pero le faltan los detalles y, sobre todo, saber cómo se siente su amiga. Por la carcajada que suelta Madison, intuye que la cosa va mejor entre ellas.

—Bueno, no sabría decirte —dice Madison.

Connie levanta una ceja, descolocada.

—¿Seguís discutiendo?

—Un poco de todo —Madison se ríe y la empresaria pone cara de circunstancias antes de dar un sorbo a su copa de vino—. A ver si me explico —dice Madison, tomando un sorbo también—. Alice ya no me cuestiona, al menos, no por amor al arte, pero es tan puntillosa que siempre tiene algo que añadir cuando firmo un diagnóstico. No

puede morderse la jodida lengua, siempre tiene alguna pregunta que, según ella, hace por asegurarse de que no he pasado por alto ninguna variable, así que ahora yo estoy haciendo lo mismo con ella, y está desquiciada —dice satisfecha, con un destello de maldad en la mirada.

Connie la mira, perpleja.

—¿Alice es mayor o menor que tú?

Madison no entiende el motivo de la pregunta, pero responde de todos modos.

—Tiene un par de años más que yo.

—Es decir —murmura Connie—, dos mujeres en la cuarentena que se comportan como adolescentes —concluye incrédula.

—Bueno, visto así —Madison se recuesta en el respaldo de la silla—. Sí, quizá tienes razón —se ríe—, y añade que ahora nos buscamos como si estuviéramos en celo.

Connie no contiene la carcajada que le sube por la garganta. Eso lo entiende perfectamente, ella se siente enferma desde que conoce a Hayden, ardiendo cada día, con una pulsión entre las piernas que parece que no desaparece nunca.

—Y dejando a un lado que no sabéis trabajar juntas y que solo pensáis en aparearos como animales, ¿qué pasa fuera del hospital? ¿Os veis? ¿Habéis hablado sobre lo que sentís? —se interesa Connie.

—No hemos tenido una conversación seria sobre eso todavía. Es decir, nos gustamos, eso sí lo tenemos claro, pero yo no me he atrevido a hablarle de nada más ni ella a mí tampoco. Simplemente, quedamos, salimos y hacemos cosas juntas. Hasta nos cogemos de la mano —explica espantada.

—Vaya, eso sí que es todo un logro por tu parte —se burla Connie, aludiendo a la aversión histórica de su amiga a cualquier gesto romántico.

—¿A qué sí? —se ríe Madison—. En cualquier caso, no sé si me apetece ponerle nombre a lo que tenemos, me gusta cómo estamos. Aunque en el trabajo no nos soportemos, es parte del encanto de nuestra relación, por llamarla de algún modo. Alice es la primera mujer con la que me apetece tener algo serio y estoy asustadísima,

así que prefiero ir con calma. Y en su caso —Madison tuerce el morro.

—¿Qué? —inquiére Connie.

—Bueno, creo que todavía no se fía del todo y por eso tampoco intenta formalizar nada. Ya sabes, mi historial de relaciones largas es inexistente y, aunque no me lo ha dicho, sé que le da miedo que no logre acostumbrarme a estar con una sola mujer. Y no la culpo, hasta yo tengo miedo de mí misma —hace una pausa y bebe—. Alice es de relaciones largas, por lo que me ha contado, es una romántica empedernida, así que me toca demostrarle a ella y demostrarme a mí misma que esto es lo que quiero y que estoy cómoda con ello, que no necesito nada más.

—Te veo muy asustada, Madison —se preocupa la empresaria.

—Es que no quiero cagarla, Connie. Alice me gusta de verdad, pero me siento insegura. Joder, en realidad, creo que sí que necesito algo más formal con ella, algo que me obligue a comprometerme —dice y deja caer la frente sobre el borde de la mesa, dando un coscorrón tan fuerte que todos los platos rebotan y el vino se agita dentro de las copas de manera peligrosa.

Connie baila entre la risa y la vergüenza de que varias cabezas se hayan girado hacia ellas, pero estira un brazo y le da un toque en el hombro para que se incorpore.

—Si eso es lo que necesitas, díselo, Madison. Sé clara con ella, que no sois unas niñas, joder —dice Connie.

—¿Y si me dice que no? ¿Y si dice que es muy pronto? Que voy muy rápido o que tiene que pensarlo —dice y los ojos se le abren mucho.

—Pues lo asumes como la persona adulta que eres, y si es posible, no te folles a otra. Si la respuesta no te gusta, primero medita.

—¿Por quién me tomas? —se ofende Madison.

Connie arquea una ceja y no responde.

—Vale, tienes razón. Tengo que hablar con ella —concluye la doctora y clava la mirada en el techo mientras piensa—. ¿Cómo se hace? ¿Qué le digo? —pregunta de repente, buscando consejo.

Connie suelta otra carcajada que hace que le boten los hombros.

—¿A mí me lo preguntas?

—Joder, claro. Eres mi amiga y tienes más experiencia, aunque no mucha —añade pensativa con una sonrisa ladeada—. ¿Cómo se lo dijiste a Hayden?

—¿Decirle qué? —Connie se pierde.

—Pues eso, que querías salir con ella, porque estáis saliendo formalmente, ¿verdad?

Connie se aclara la voz, aunque resulta inútil.

—Pues no, no lo hemos hablado —reconoce con una sonrisa divertida.

—¿De verdad? —se sorprende Madison—. ¿Te atreves a decirme que hable con Alice y tú todavía no lo has hecho con Hayden? Eres una caradura —se carcajea.

—Yo no soy la que necesita hablar con Hayden, lo nuestro se ha dado de otra manera. Me siento cómoda como estamos y creo que ella también, simplemente hemos dejado que pase sin necesidad de hablarlo, y no te digo que no vaya a tener una conversación con ella en algún momento, pero no es algo que me quite el sueño ni me angustie. A ti sí —dice y la señala con un dedo acusador.

Madison levanta las manos y acepta la derrota.

—Es cierto —admite resignada—. En fin, ¿compartimos el postre?

Capítulo 38

Connie está sentada en el sofá de su apartamento con el móvil en la mano. Desbloquea la pantalla por tercera vez y resopla indecisa, haciendo botar su pierna con la misma velocidad que lo hace Hayden cuando está nerviosa. Ha llegado hace una hora de comer con Madison, se ha dado una ducha y se ha tumbado en el sofá con la intención de descansar un rato, pero no puede, no deja de darle vueltas a ese miedo de Hayden de que su madre aparezca y a la promesa que le ha hecho, y está dispuesta a cumplirla, aunque no sabe exactamente cómo.

Ahora está ahí sentada, descalza y con ropa cómoda. Hayden llegará en una hora, han quedado para visitar los dos centros que le ha recomendado Madison y ver cómo se siente al estar allí. Connie no piensa presionarla, es solo una visita de contacto, ver los centros y poco más. Después ha accedido a probar ese famoso sándwich en el bar de Harry, acompañará a Hayden a su casa y volverá a su apartamento. Sola. Así Hayden no tendrá ninguna distracción y podrá decidirse.

Vuelve a mirar la pantalla del móvil y el nombre que aparece en ella: Clarice Banks, la tía de Hayden. Lo tiene desde que fueron a verla, hizo que Tasha se lo pidiera a Hayden para completar su ficha, "el de un familiar cercano", le pidió la jefa de personal. Y Hayden solo podía dar un número. Connie pulsa el icono de llamada, si alguien tiene las respuestas que ella busca, esa es Clarice Banks.

—¿Quién es? —responde la mujer casi de inmediato, con una voz que parece tan áspera como la de la empresaria.

Connie se aclara la garganta, nerviosa.

—Clarice, soy Connie, la jefa de Hayden. Nos conocimos en el hospital —dice y de repente se siente más segura.

—La recuerdo. ¿Hayden está bien? —pregunta la mujer.

—Sí, no se preocupe. ¿Y usted? ¿Se encuentra mejor? Hayden me ha dicho que ya está en casa —pregunta más por educación que por interés, y no sabe si alguna vez la conocerá lo suficiente como para que haya más de lo segundo que de lo primero.

—Estoy bien. ¿Por qué me llama? Porque no creo que sea para interesarse por mi estado.

Connie sonríe ligeramente. Le gusta que Clarice sea directa y no alargue la conversación convirtiéndola en algo más incómodo para ambas.

—Tiene razón —decide ser sincera—. Quería hacerle una pregunta sobre la madre de Hayden y, antes de que me mande a paseo, le ruego que se lo piense y me responda, porque sé que usted quiere a su sobrina, y hay algo que le sigue afectando mucho y necesito solucionarlo.

—¿Qué quiere saber? —pregunta Clarice con cierto temblor en la voz.

—Cuando hablé con usted en el hospital, me dijo que lo único que podía hacer por Hayden era alejarla de su madre. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo se aseguró de que no viniera a Baltimore a buscarla?

—No lo hice —responde Clarice, dejando a Connie petrificada en el sofá.

—¿Cómo dice?

—No me hizo falta —aclara Clarice—. La llamé al día siguiente de que Hayden se presentara en mi casa para decirle que estaba conmigo y que no se molestara en buscarla más. Había pensado ofrecerle dinero por ello, quizá algún pago mensual. Ella siempre ha sido una pobre desgraciada incapaz de administrarse, que se rodea de tipos detestables a los que no les gusta trabajar y le sacan lo poco que tiene. Siempre ha tenido problemas de dinero y yo en ese sentido vivo muy desahogada. Mi padre nos dejó una buena herencia al morir, yo la utilicé para invertir y multiplicar el dinero mientras que ella se lo dilapidó todo en cuestión de un año —Clarice hace una pausa y suspira pesadamente—. El caso es que no me dio tiempo a proponerle nada, cuando le dije que Hayden estaba conmigo, me dijo que perfecto y me colgó el teléfono.

—¿Y ya está? —pregunta Connie, alucinada.

—Y ya está —repite Clarice—. Si le soy sincera, tampoco me sorprendió. La niña siempre le molestó. No buscó el embarazo y se dio cuenta cuando estaba de más de cinco meses, así que no pudo abortar. La tuvo porque no le quedó más remedio, pero nunca la quiso.

—¿Y por qué la dejaron con ella? —se irrita Connie.

—¿Qué quería que hiciera? Era su hija, no podía quitársela y, aunque hubiera podido, yo tampoco era la persona más adecuada para Hayden. Además, no teníamos mucho contacto, ella se encargaba de mantenerme lejos y solo me llamaba cuando necesitaba dinero.

Connie se aprieta el puente de la nariz lo más fuerte que puede, intentando rebajar la presión que siente.

—Entonces, ¿no sabe qué ha sido de ella? —pregunta la empresaria.

—Claro que sí —dice y parece ofendida cuando habla—. Escúcheme bien, Connie, no soy la mejor persona del mundo y sé que no atendí a Hayden como necesitaba una niña de su edad. Estoy limitada por mis circunstancias personales y contra eso no puedo hacer nada, pero había otras cosas que sí podía hacer.

—¿Cómo qué? —pregunta Connie con interés.

—Como asegurarme de tener localizada a esa hermana mía siempre. Me cuesta empatizar, ¿sabe? Y expresarme, pero cuando Hayden llegó aquí estaba aterrorizada. No sé lo que le hizo esa zorra que tengo por hermana, y no quiero saberlo, lo que sí sé es que no voy a consentir que se acerque a ella.

A Connie le palpita el corazón en las sienes. Quiere gritarle y abofetearla, preguntarle por qué coño nunca le ha dicho eso a Hayden para que sienta un poco de alivio, pero se muerde la lengua y deja que siga hablando.

—Decidí gastarme el dinero que no tuve que darle en mantenerla vigilada. Contraté un detective que en aquella época me pasaba un informe cada tres días. Al ver que parecía ser cierto que no iba a mover un dedo para buscarla, lo espacié a una semana con el tiempo, y después a un mes. Y así sigo.

—¿Y qué ha sido de ellos? ¿Siguen haciendo su vida como si Hayden no existiera? —pregunta Connie.

—Mi hermana, sí —dice sin disimular su desprecio—. El tipo con el que vivía cuando Hayden se marchó de su casa, murió hará unos seis años.

Los ojos de Connie se desorbitan y el aire se le escapa de los pulmones.

—Ella no tardó en rehacer su vida. Al cabo de dos meses, otro tipo y sus dos hijos holgazanes se mudaron con ella, y ahí siguen los cuatro. Viven de las chapuzas que hace él y algunas casas que limpia ella.

Connie no se puede creer lo que escucha.

—¿Sabe que su sobrina vive pegando la espalda a las paredes y mirando hacia atrás cada cinco pasos porque piensa que su madre y aquel hijo de puta aparecerán en cualquier momento para llevársela? —suelta Connie, movida por la rabia.

La línea se queda en silencio y lo único que se escucha es la respiración pesada de Clarice al otro lado.

—¿Por qué no le dijo todo esto? —insiste Connie, al ver que no contesta.

—No se me ocurrió, pensé que era mejor no sacar el tema. Las pocas veces que hablamos nunca nombra a su madre, supuse que no le haría ningún bien mencionarla.

Ahora la que guarda silencio es Connie, poniéndose en la piel de Clarice. ¿Qué habría hecho ella en su lugar? ¿Tiene derecho a juzgarla? No tiene ni idea.

—¿Sabe dónde está enterrado ese tipo? —pregunta la empresaria suavizando la voz.

—No, pero me enteraré y la llamaré en cuanto lo sepa. ¿Saberlo ayudará a Hayden? —pregunta angustiada.

—Espero que sí.

—Está bien, y por favor, díglele que no tema por su madre. Explíquele que tiene otra familia, que no tiene dinero ni para coger un autobús urbano, mucho menos para llegar a Baltimore. Y Connie... —dice y se hace una pausa tensa.

—¿Sí?

—Dígale que, si mi hermana intenta acercarse a ella, en lugar de un detective pagaré un sicario, se lo juro por lo más sagrado —el tono de Clarice es tan frío y cortante que Connie siente un escalofrío atravesarle la columna.

—Se lo diré, Clarice —responde, convencida de que Clarice Banks habla en serio.

La tarde no ha salido exactamente como Connie la tenía planeada, ha ido mucho mejor. Hayden ha llegado a la hora que han acordado y en su coche han ido hasta el primero de los centros de terapia especializada. La casualidad ha hecho que, al entrar con la única intención de que Hayden echara un vistazo, la directora estuviera en la recepción y se haya acercado a saludarlas.

Ha resultado ser una mujer muy cercana, amable y de expresión serena que, además de ser la directora, también es una reputada psiquiatra que ha logrado que Hayden se sintiera cómoda de inmediato. Tras hablar unos minutos y explicarles todo lo que podían ofrecer como centro especializado, han pasado a su despacho y Connie ha sido la que le ha contado por encima las necesidades que ella cree que tiene Hayden.

—Entiendo —ha respondido asintiendo, y después se ha girado hacia la informática—. ¿Te sentirías cómoda hablando conmigo? Yo podría tratarte, entre las dos podemos averiguar la causa de tu ansiedad, identificar el origen de tus miedos, lo que los provoca, y buscar el tratamiento más adecuado para que vayan desapareciendo y te dejen respirar tranquila.

Hayden se movía de delante hacia detrás, haciendo rodar el anillo de Connie sobre su dedo mientras la psiquiatra no perdía detalle de su comportamiento.

—Sí, creo que sí —ha respondido Hayden para alivio de Connie.

—Bien. Piensa que no tenemos prisa, Hayden. Iremos a tu ritmo. ¿Quieres ver la consulta donde se harán las sesiones? Si no te sientes del todo cómoda allí, podemos adaptarnos y hacerlas en tu casa, en un espacio que tú controles y te resulte más cómodo, ¿de acuerdo?

Hayden ha mirado a Connie y ha sonreído mientras se levantaban, y la empresaria ha sentido tal alivio que ha comenzado a dolerle la cabeza, como si la preocupación que ha ido acumulando durante todo este tiempo con el trauma de Hayden, se hubiera liberado de golpe regalándole una migraña. Desde entonces, el dolor ha ido en aumento como si la estuvieran golpeando con un martillo, incluso cuando han salido del centro y se han quedado en el coche hablando de las sensaciones de Hayden sobre la psiquiatra. Después ha conducido hasta su casa y, cuando ha aparcado, han vuelto a permanecer dentro del coche, y ahí es cuando Connie, a pesar de que la cabeza ya le estaba estallando y solo quería meterse en la cama, ha decidido que no quería guardarse lo que sabía y le ha contado a Hayden la conversación que había tenido con su tía.

—Siento haberla llamado sin tu permiso, Hayden, pero para protegerte de tu madre como te prometí, tenía que saber dónde estaba —ha dicho, masajeándose las sienes con fuerza mientras sentía que las luces de la calle le atravesaban los ojos como si fueran alfileres.

Hayden no ha sabido cómo encajar la información. Su mente analítica y desordenada de pensamientos confusos, no ha sabido cómo proceder al respecto. Josh está muerto, pero en sus recuerdos está muy vivo, así que ha decidido que quizá ese es un tema que puede tratar con la terapeuta.

—Quédate en mi casa —ha dicho en voz baja, preocupada al ver cómo Connie entrecerraba los ojos por el dolor—. Te daré algo para la cabeza y te acuestas. Hoy te cuido yo a ti —ha añadido, apagando el motor del coche antes de coger las llaves y bajarse.

Connie no se ha negado y ahora está ahí, acostada junto a Hayden. El dolor no ha desaparecido del todo, pero está tan cómoda con la cabeza descansando sobre su pecho mientras la escucha respirar relajada, que no le importa.

Capítulo 39

Connie avanza por el pasillo hacia su despacho a paso rápido. Ha tenido dos reuniones a primera hora y, por un momento, ha temido que el dolor de cabeza volviera. Espera que no, porque es viernes. Hoy tiene la cita con Hayden y quiere estar despejada.

—Señora Bowler —la llama una voz femenina que ella reconoce de inmediato.

Connie se gira en medio del pasillo para ver a Tasha Merrell acercarse a ella a paso rápido.

—¿Ahora soy señora? —pregunta arqueando una ceja.

—No, bueno, es que me acabo de cruzar con Mason y no estaba segura de si me iba a escuchar.

—Me da igual lo que escuche, Tasha. Ni les debo respeto ni pienso esconderme. La empresa es mía y haré lo que me dé la gana —dice y Tasha la observa unos instantes antes de sonreír.

—Está bien, como quieras. ¿Tienes unos minutos?

Connie mira el reloj y asiente.

—Sí, ¿qué necesitas? —pregunta la empresaria.

—Si estás ocupada, puedo venir después, Connie, no es nada de la empresa, quiero decir, que es cosa mía, personal —añade con una mueca.

—¿Tengo que preocuparme? —dice Connie, señalándole el camino hacia el ascensor.

—No, para nada. ¿Qué te pasa? Estás un poco rara —dice Tasha, observándola con curiosidad.

Connie sonríe y suelta un bufido mientras aprieta el botón del ascensor.

—Nada, es que hoy tengo una cita con Hayden, algo más formal, y estoy un poco nerviosa. Vamos a la cafetería, te invito a un café y hablamos de lo que quieras.

Bajan un par de plantas hasta la zona habilitada para el descanso del personal. Connie pide un café doble con azúcar y una tostada después de recordar que no ha desayunado. Tasha pide un zumo tropical y ambas se sientan en la mesa más alejada que encuentran vacía.

—¿Qué querías comentarme? —pregunta Connie mientras unto su tostada con mantequilla y mermelada.

—En realidad quería saber cómo te había ido con la abogada sobre el tema de Samantha. Cuando terminé de trabajar, ya te habías marchado y no he podido preguntarte hasta ahora —dice Tasha.

—Ah, eso.

Connie deja el cuchillo sobre el plato y le resume el encuentro que tuvo con Andrea Loter.

—Una estafadora profesional, joder —masculla Tasha.

—Sí. Siempre he pensado que tuve muy mal ojo al fijarme en ella, pero ahora creo que no podía hacer nada, ella me había elegido y seducirme era solo un trámite, el primer paso del plan de una psicópata.

—Exacto, cualquiera habría caído, Connie. Ha sido un detalle por parte de esa abogada venir a contártelo —opina Tasha.

—Sí, la verdad es que sí. En ese momento estaba sobrepasada, pero creo que no se lo agradecí lo suficiente —dice Connie, mordiendo su tostada.

—¿Tienes su número de teléfono? —pregunta Tasha.

La empresaria levanta la mirada, sorprendida por la pregunta.

—No la voy a llamar para eso, Tasha —sonríe—. Como mucho, podría enviarle unas botellas de vino o algún detalle parecido.

—Podría llamarla yo —murmura Tasha, arqueando una ceja con expresión divertida.

Connie suelta una sonora carcajada y se recuesta en la silla.

—¿Tú? ¿Para qué exactamente? —inquieta apartando su plato para echar el azúcar en el café.

—Joder, Connie. ¿Tú la viste bien? Tengo la imagen de esa mujer grabada en la retina. Hasta he soñado con ella.

La carcajada de Connie es más fuerte que la anterior y parte del sobre de azúcar se le derrama fuera del plato.

—Claro que la vi, Tasha, pero ¿de verdad quieres llamarla? —pregunta atónita, limpiando el azúcar que ha derramado con una servilleta.

—Bueno, tampoco sería tan malo, ¿no? No la voy a acosar, solo pediré una cita con ella.

Connie no puede dejar de reírse.

—¿Con qué pretexto?

—No lo sé, tú dame su número y ya pensaré algo —insiste divertida, después se tapa la cara y sacude la cabeza—. Joder, sueno como una desesperada, pero es que de verdad que me impactó mucho esa mujer, y eso que me miró como si fuera un bicho raro.

—Me dio una tarjeta por si tenía alguna duda. No creo que la haya tirado, la buscaré si quieres. Y tú ya ves lo que haces —dice Connie.

—Sí, eso sería genial. Espero que me la des antes de coger las vacaciones de Navidad para que... —Tasha se interrumpe cuando una de las asistentes de su planta se acerca hasta ellas.

—Señora Bowler, siento molestarla —dice roja como un tomate, evidenciando que no quiere estar allí.

Connie levanta la vista bastante sorprendida, sin comprender qué puede ser tan urgente para que tenga que interrumpir su desayuno. Por un momento, la atraviesa una ráfaga de pánico pensando que a Hayden le ha pasado algo, pero antes de que pueda seguir aterrorizándose, la chica habla.

—Ha venido su madre, la está esperando en su despacho.

La mandíbula de Connie se tensa sin que pueda evitarlo.

—¿Te ha mandado ella a buscarme? —pregunta, intentando mantener un tono de voz pausado.

—Sí, ha dicho que era urgente. Lamento haberla molestado.

—No te preocupes, dile que iré enseguida —responde e intenta dedicarle una sonrisa, aunque no le sale.

—¿Estás bien? —pregunta Tasha cuando ve que la empresaria aparta su café y suelta un bufido.

—Odio que haga esto. No soporto que se presente aquí sin avisar y que se ponga a dar órdenes, pero todavía soporto menos que venga con exigencias.

—Tranquilízate, quizá sí que es urgente —le dice Tasha.

Connie lanza una sonrisa cansada al aire. Para su madre todo es urgente, hasta las nimiedades.

—Te aseguro que no. Te dejo, voy a ver qué quiere.

Cinco minutos después, Connie está de pie frente a la puerta de su propio despacho, tomándose unos segundos para intentar controlar su respiración. Le gustaría que no le sucediera, pero le pasa. Escuchar el nombre de su madre o saber de su presencia la ponen de mal humor de inmediato. No sabe si con terapia logrará que se le pase, o hacer que al menos aminore, ni siquiera está segura de que consiga perdonarla porque la mezcla de rabia y decepción que acumula hacia su progenitora es demasiado grande y parece que, en lugar de disminuir con el tiempo, aumenta.

Al fin abre la puerta y entra con decisión. La ve ahí, sentada en una de las sillas frente a su mesa, cruzada de piernas con expresión altiva y las manos sobre el regazo. Su madre, impecablemente vestida como siempre, con su traje de diseño, el maquillaje perfecto y las joyas adecuadas. Una mujer de hielo perfecta, piensa Connie.

—Por fin, Constance. ¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Susanne Bowler.

Connie prefiere no contestar esa pregunta, en su lugar, cierra la puerta y se dirige hacia su silla prefiriendo dejar su mesa entre ellas a modo de barrera.

—¿Qué haces aquí, mamá? ¿Va todo bien? —pregunta Connie, intentando mostrarse tranquila.

—Eso quiero saber yo —dispara Susanne contrariada—. ¿Es que no tuviste bastante la otra vez, hija? ¿Para esto querías ese maldito consentimiento? ¿Para liarte con una de tus empleadas? —masculla indignada.

Connie levanta las cejas, tan sorprendida que le cuesta unos segundos asimilar lo que escucha.

—Te enviamos lejos precisamente para evitar habladurías, Constance, para protegerte y que todo ese irritante asunto del acoso se olvidara —su madre escupe las palabras como si estuvieran envenenadas—. Y ahora vuelves aquí y en cuestión de tres meses ya andas tonteando con otra de las empleadas. ¿Es que no has aprendido nada? —pregunta conteniendo la voz, dejando los labios tan apretados que apenas forman una fina línea.

—En realidad, he tonteado con dos de mis empleadas —suelta Connie, mirando fijamente a su madre mientras mantiene un tono tan pausado que su madre se yergue.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta incrédula, parpadeando como si le fuera a dar un ataque.

La empresaria se inclina hacia delante y apoya los brazos en la mesa, sin perder la compostura.

—Ya me has escuchado —ahora el tono de Connie es glacial—. Primero me acosté con una, un rollo sin importancia, pero que me ha permitido encontrar a una buena amiga aquí dentro. Y todo eso sucedió mientras conocí a otra de la que me he enamorado —Connie hace una pequeña pausa mientras observa cómo el color desaparece de las mejillas de su madre—. Y no voy a entrar en detalles contigo, mamá, porque supongo que no te importan, solo has de saber que estoy bien con ella, que es recíproco y que no está conmigo porque quiere estafarme.

—Eso no lo sabes —dice Susanne.

—Eso no lo sé —repite Connie, negando con la cabeza mientras se recuesta en la silla, más decepcionada que nunca—. Sí que lo sé, mamá. Y por si te interesa, hace poco vino a verme una abogada para contarme que Samantha Collins es una estafadora profesional que cuenta con al menos otras siete víctimas a las que les hizo lo mismo que a mí. Vive de eso gracias a gente como tú y papá, que prefieren extender un cheque antes de que un escándalo salpique su buen apellido. Aunque la culpa también es mía, no debí permitir que movierais los hilos de mi vida como si yo fuera una marioneta.

—No te tolero que me hables así, Constance —se indigna su madre, levantándose de la silla.

—La que no tolera nada a partir de ahora soy yo, mamá. No quiero que vuelvas a aparecer por la empresa con tus estupideces. Te guste o no, ahora la dirijo yo y solo quiero verte por aquí cuando haya una reunión en la junta; de lo contrario, como pongas un pie en el edificio, haré que los de seguridad te echen a la calle.

—Si tu padre te escuchara —masculla parpadeando con rapidez.

—Mi padre no me escuchaba nunca, tampoco lo hará ahora —dice Connie, tragando saliva—. Podemos intentar mantener una relación de madre e hija si quieres, mamá, empezar de cero, pero por aquí no te quiero, ni quiero que menciones nada que tenga que ver con la empresa ni con lo que hago en ella. Ahora, por favor, vete.

Su madre la mira mientras va moviendo los labios apretados de un lado a otro de la cara. No sabe qué decir, está furiosa e indignada, acostumbrada a que se haga lo que ella dice y a imponer sus normas, pero Connie es su hija, y no quiere perderla.

—Está bien —dice y asiente—, a lo mejor podemos ir a comer un día de estos ahora que se acercan las Navidades.

Susanne se cuelga el bolso.

—Sí, a lo mejor —responde Connie sin moverse, observando la figura de su madre dirigirse hacia la puerta sin sentir un ápice de culpa por todo lo que ha dicho.

Susanne Bowler sale del despacho y Connie se levanta y se queda de pie con las manos metidas en los bolsillos. Aunque todavía está alterada, se siente sorprendentemente bien tras haberse impuesto a su madre y haber dejado la puerta abierta para recuperar una relación que se ha enfriado demasiado, pero siente que le falta un último detalle para sentirse satisfecha.

La empresaria sale del despacho y va directa hacia las escaleras, evitando los ascensores por si su madre todavía sigue por ahí. Sube hasta la siguiente planta, donde están todos los directivos —donde debería estar ella— y camina hasta el despacho de Orlando Mason. Golpea la puerta un par de veces y la abre sin esperar respuesta. El hombre está de pie, hablando por el móvil, pero se despide de su interlocutor en cuanto ve —con mucha sorpresa— que la que entra es Connie Bowler.

—Connie —sonríe falsamente mientras deja el aparato sobre la mesa—. ¿A qué debo el honor de tu visita? Siéntate, por favor —le señala una silla.

Connie deja la puerta abierta y se acerca hasta la mesa, pero no se sienta.

—Seré muy breve, Mason —su voz sale tan áspera como la animadversión que siente hacia él—. Deja de meterte en mi vida y de irle con el cuento a mi madre. Me parece que hay una cosa que no te ha quedado clara —Connie se inclina sobre la mesa y apoya las manos, su melena ondulada cae en cascada por delante de sus hombros y se balancea junto a la corbata—. La empresa es mía y puedo hacer lo que me dé la gana en ella, y entre todo lo que puedo hacer, está la tentadora opción de despedirte. Dedicar tu tiempo a hacer el trabajo por el que se te paga y no a ir por los pasillos preguntando a unos y a otros con quién me han visto, porque como mi madre vuelva a presentarse aquí para tocarme las narices, tú te vas a la calle. Y te aseguro que será un despido procedente, porque lo único que sabes tú de mí es con quién me acuesto, pero te recuerdo que viví los suficientes años con mis padres como para escucharlos hablar. Así que yo también sé muchas cosas sobre ti, Mason.

Connie abandona el despacho, dejándolo boquiabierto. Atraviesa la puerta que va a las escaleras y, en lugar de bajar, decide subir a la azotea y tomar el aire como hace Hayden tantas veces. El frío la golpea con tanta fuerza que prácticamente le congela los pensamientos. Aspira el aroma a salitre que llega desde el puerto y cierra los ojos unos segundos. Ahora sí que está tranquila, como si su tormenta interior se estuviera apagando, y se siente lista para seguir trabajando y tener esa cita con Hayden por la tarde.

Capítulo 40

Connie no recuerda haberse sentido tan nerviosa nunca, ni siquiera cuando era adolescente y comenzaba a tontear con las primeras chicas. Acaba de llamar al timbre de Hayden. Es viernes, son las siete de la tarde y cuando le abra la puerta, comenzará su cita. Quiere que salga bien. Hayden lleva tiempo ilusionada con ese momento, para ella es algo nuevo, no ha tenido ninguna relación seria con nadie y Connie sabe que ella es la primera. Su primera novia si se puede llamar así, la primera mujer que la ha besado con pasión, la primera que le ha hecho el amor y la primera con la que tendrá una cita. Sabe que cada cosa que haga con ella marcará las cosas y los recuerdos para Hayden.

No tiene ni idea de si lo que tienen durará hasta envejecer juntas o se acabará en algún momento y Hayden tendrá la oportunidad de experimentar el amor con otras mujeres. A una parte muy pequeña de ella le gustaría lo segundo, quisiera no ser la única mujer para Hayden, o no haber sido la primera para que la informática hubiera experimentado más, salido con otras mujeres y conocido otras formas de amar, pero otra parte de ella, la que ocupa más espacio, no quiere que se acabe nunca. Se ve junto a Hayden en el futuro y eso es algo que no le había pasado con nadie, y siente mucho vértigo.

—Hola —Hayden aparece al otro lado de la puerta con una sonrisa radiante.

Ha cambiado sus habituales vaqueros por un pantalón de vestir negro y un suéter color crema que le dan un aire más sofisticado, pero que no le roban nada de ese aire enigmático que siempre emana de ella.

—Estás muy guapa —dice Connie extendiendo una mano hacia ella.

Hayden se sonroja y se la coge, dejándose arrastrar por la empresaria hasta que la pega a su cuerpo y le da un beso en los labios.

—Y me encanta tu perfume —susurra con voz ronca contra su cuello.

Hayden se estremece. Quiere decirle que se olviden de la cita y se queden en su casa, pero de verdad le apetece salir con Connie, hacer cualquier cosa con ella. Imagina que harán lo típico que ha visto en las películas, ir al cine y después a cenar a un restaurante para terminar despidiéndose en la puerta de su casa y, aunque preferiría estar a solas con ella acurrucada en el sofá, quiere esa cita con Connie Bowler.

—¿A dónde vamos? —pregunta Hayden con inocencia.

—Ahora lo verás, coge el abrigo —dice Connie.

La empresaria mira al cielo y hace una mueca. Están cubiertas por una capa gris plomizo que anuncia una inminente nevada, solo espera que aguante unas horas más y no las sorprenda en la calle, porque no le gusta caminar sobre la nieve.

Hayden cierra la puerta y Connie la coge de la mano para empezar a caminar por la acera.

—No está lejos, pero si no estás cómoda, puedo ponerme detrás de ti —dice Connie.

—No —contesta Hayden, negando con la cabeza lentamente.

La inquietud la atenaza y no puede evitar mirar hacia atrás cada pocos pasos a pesar de saber que Josh está muerto y que es imposible que aparezca. Aun así, Connie se pega más a ella, le suelta la mano y se la pasa por detrás de la espalda, haciendo que se sienta más segura.

Hayden sonríe. Se siente la mujer más afortunada del mundo caminando así de pegada a Connie, todavía sin creerse que la haya elegido a ella. Tuercen por una calle y Hayden ve las luces del salón recreativo donde muchas veces va a jugar con Miles, se pregunta si su amigo estará allí, aunque lo duda porque este viernes sabe que ha quedado con la becaria. Cuando están a punto de pasar por delante del local, abre la boca para contarle a Connie que ese es uno de sus sitios favoritos, pero no lo hace porque Connie se detiene.

—¿Entramos? —pregunta la empresaria.

Hayden la mira, perpleja, y su pulso se dispara.

—¿Aquí?

—¿No te gusta? —Connie se asusta, pensando que ha metido la pata.

—Sí, claro que me gusta —sonríe Hayden—, pero ¿cómo sabes...?

—Miles —sonríe Connie con una ceja levantada—. Quería asegurarme de llevarte a algún sitio que realmente te gustara, uno donde te sintieras bien, así que le pregunté a él. ¿Quieres entrar?

Lo que quiere Hayden es besarla, besarla hasta quedarse sin aliento, besarla de una manera que no sería decente en un sitio donde suele haber adolescentes, así que se muerde los labios para controlar las ganas y después sonríe y asiente. La coge de la mano y es ella la que tira de Connie hasta la máquina cubierta donde suele jugar con Miles.

—¿Has jugado alguna vez? —pregunta entornando la mirada.

Connie mira el aparato con media sonrisa. Los videojuegos jamás le han llamado la atención, pero se ve capaz de girar un volante.

—No —confiesa divertida y se sorprende de que le apetezca sentarse ahí con Hayden—, así que sé buena y haz que mi primera vez no sea muy humillante, por favor.

Hayden exhala una sonrisa y se acerca a la máquina para sacar unas pocas fichas. Cuando regresa, el juego ya está libre y las dos se sientan. Connie siente un vértigo extraño. Nunca ha compartido ese tipo de experiencias con ninguna de las mujeres con las que ha salido. Todo han sido salidas a restaurantes, a teatros, al cine o alguna escapada de fin de semana, pero nunca se ha implicado en compartir lo que apasiona a la otra persona. Jamás ha dedicado su tiempo en pasarlo haciendo aquello por lo que ella no siente interés, pero que a su pareja la hace disfrutar como a una niña, al igual que ninguna de las mujeres con las que ha salido se ha interesado en compartir sus aficiones con ella. Y se da cuenta de que es un error. Estar ahí con Hayden y ver su expresión de fascinación mientras le explica cómo funcionan los botones y lo que debe hacer para no

estrellarse, es tan gratificante como una buena conversación o dedicar su tiempo a algo que sí que le interesa.

A Connie se le da fatal y no hace más que estrellarse o salirse de la pista, pero Hayden se ríe tanto que ella no quiere parar de jugar y se lo pasa incluso mejor que la informática. Abandonan el local casi una hora después, con las manos pegajosas y el estómago dolorido por la risa.

Connie le pasa una mano sobre los hombros y empiezan a caminar hacia el mismo sitio por el que han venido, agradecidas de que siga sin nevar.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta Connie apretándola contra su cuerpo.

Hayden asiente y se ríe.

—¿De qué te ríes? —pregunta Connie entornando la mirada.

—De lo mala que eres, hasta un crío te ganaría —se burla, y Connie detiene el paso en seco, la coge por el mentón y le estampa un beso que deja a Hayden boquiabierta.

—Por suerte para ti, hay otras cosas que se me dan mejor —dice Connie con ese tono áspero que tanto le gusta a la informática.

Hayden carraspea.

—Sí, es verdad —confirma aturdida y suspira para recomponerse, haciendo sonreír a la empresaria.

—¿Te lo has pasado bien? —repite Connie.

—Mucho —responde esta vez Hayden—. Pensaba que iríamos al cine, pero esto ha sido infinitamente mejor. ¿Tú te lo has pasado bien?

—Por supuesto. ¿Tienes hambre? He pensado que podemos cenar ahí —Connie hace un gesto con la cabeza señalando al otro lado de la calle.

Hayden se gira y suelta una carcajada cuando se da cuenta de que están frente al bar de Harry.

—¿Eso también te lo ha dicho Miles?

Connie le guiña un ojo.

—No, eso me lo dijiste tú, ¿recuerdas? Dijiste que Harry hacía los mejores sándwiches. Y necesito comprobar si son mejores que los míos —dice cogiéndola de la mano para cruzar.

—Yo no dije que fueran mejores que los tuyos —protesta Hayden, divertida, mientras corren para llegar al otro lado sin que las atropellen.

—Pero lo pensaste.

Cuando entran al bar, Harry las recibe con una sonrisa. Es la primera vez que Hayden entra con alguien que no sea Miles y eso lo alegra.

—Buenas noches, señoras —saluda sonriente y Hayden se pone roja cuando ve que él repara en que van cogidas de la mano—. Espera, buscaré otro taburete para el rincón —dice el hombre señalando la esquina donde siempre se sienta Hayden, pegada a la pared.

—No hace falta, Harry —responde la informática con cierta inquietud.

—¿Segura? —duda el dueño del bar.

Hayden coge aire mientras mira todas las mesas vacías hasta que encuentra una que está cerca de una pared. Sabe que no estará cómoda del todo, pero no piensa permitir que Connie cene en una esquina sin la comodidad de un respaldo. La empresaria se está esforzando en llevarla a todos los sitios donde sabe que ella se siente segura, y ella también quiere esforzarse en que esté cómoda.

—Sí, nos sentaremos allí.

Connie decide no preguntar para no angustiar a Hayden.

—Bueno, debo reconocer que está muy bueno —dice la empresaria tras el primer mordisco.

—Te lo dije —confirma Hayden—, pero el tuyo estaba más bueno.

Cuando salen del bar de Harry están comenzando a caer los primeros copos, pero a Connie ya no le importa porque, además de ser pocos, no tiene intención de seguir en la calle.

—¿Quieres venir a mi apartamento? —pregunta sin preámbulos, mientras caminan hacia la casa de Hayden.

—¿Formaba parte de la cita o estás improvisando? —pregunta Hayden.

—Formaba parte, aunque si no quieres venir...

—Sí que quiero.

Connie detiene el paso y se gira hacia Hayden mirando hacia el cielo.

—Lo que no formaba parte de la cita era pedirte que te quedes el fin de semana, pero viendo que va a nevar, no creo que me apetezca salir, y lo que sí me apetecerá es pasarme el día tirada en el sofá con la manta y alguna peli, y si estás conmigo será mucho mejor. ¿Te quieres quedar? —pregunta comiéndosela con la mirada.

Hayden asiente con vehemencia y tira de ella para reanudar el paso.

—Tengo que coger algo de ropa —dice con la mirada perdida en algún punto de la calle, como si se hubiera quedado absorta.

Connie no contesta, simplemente caminan hasta su casa y entra junto a ella, espera a que llene una mochila y media hora después, están cruzando la puerta de su apartamento. Se deshacen de los abrigo y, mientras ella enciende las luces del salón y se descalza para estar más cómoda, Hayden deja la mochila en la habitación y vuelve.

—Ven, siéntate —le pide Connie palmeando el sofá a su lado—. Había pensado rematar la cita viendo alguna peli antes de irnos a la cama, pero de repente me apetece hablar sobre nosotras —sonríe—, me refiero a aclarar un poco esto que tenemos. ¿Te parece bien?

—Sí, creo que es una primera cita muy completa —aprueba Hayden sin ocultar su nerviosismo, buscando la mano de Connie para jugar con su anillo.

—Al final te lo voy a regalar —dice la empresaria observando el aro plateado de su dedo.

—No —niega Hayden—. No sería lo mismo, lo que en realidad me tranquiliza es que esté en tu mano, notar que tú estás conmigo.

Connie traga saliva.

—Joder, creo que eso es lo más bonito que me han dicho nunca —afirma la empresaria, haciendo que el corazón de Hayden dé un vuelco.

—¿De verdad?

—Sí. Es profundo y sincero, Hayden —dice acariciando su mejilla.

Hayden la mira con tanta fijeza que la mente de Connie se queda en blanco.

—La verdad es que no sé qué decir sobre nosotras —empieza y se quita la corbata que, aunque está floja, de repente le molesta—. Nunca hemos tenido una conversación sobre lo que sentimos, ni le hemos puesto nombre a lo que tenemos, y lo cierto es que no me hace falta, pero teniendo en cuenta que hemos tenido una cita como Dios manda —bromea y Hayden sonríe dejando escapar un poco de esa tensión que ambas acumulan—, quizá sí que deberíamos dejar claro lo que esperamos de lo que tenemos.

—Todo —interrumpe Hayden.

—¿Qué?

—Yo lo quiero todo contigo —dice de manera atropellada—. No necesito ponerle nombre a esto, ni una etiqueta, solo estar segura de que tú también me quieres.

Connie deja de respirar.

—Ya te dije que me gustas —sigue lanzada Hayden—. Me gustaste desde el primer día, pero ahora me palpita todo el cuerpo cuando te veo y me entran unas cosquillas que me cortan la respiración cuando me miras. Eso es mucho más que gustarme, Connie, y no quiero dejar de sentirlo, ni que dejes de mirarme cómo me miras. Sé que tengo muchas cosas que me hacen diferente a las demás mujeres, que soy complicada y te cuesta leerme, pero lo haces, no sé cómo, pero eres capaz de ver más allá de mi fachada cuando a veces ni yo misma lo hago. Quiero estar contigo, y también quiero esforzarme por mejorar —su mirada se pierde y no parpadea; aun así, no deja de hablar—. Quiero dejar de mirar atrás siempre para mirar hacia delante contigo —ahora la mira a ella y a Connie los ojos se le encharcan—. No sé si esto te deja claro lo que siento, espero que sí, porque no creo que sepa explicarlo de otra manera —añade y coge aire, mirando a Connie con el terror de quien no sabe si ha hecho lo correcto.

Connie está tan impactada que todavía necesita unos segundos para reaccionar.

—Me queda clarísimo, cariño —dice, tan aturdida por lo que ha escuchado que permanece quieta, mirándola a los ojos.

—Entonces, ¿ya hemos terminado de hablar? —pregunta Hayden algo confundida.

—Sí. Solo tengo que añadir que yo también lo quiero todo contigo. Dicho eso, por mi parte, no hace falta hablar nada más.

La mirada de Connie es tan intensa que a Hayden se le seca la garganta.

—Por la mía tampoco —añade en voz muy baja—. ¿Qué hacemos ahora?

Connie exhala una sonrisa y sus labios comienzan a temblar cuando se saca la camisa del pantalón y empieza a desabrocharse los botones con urgencia.

—Necesito sentirte dentro, Hayden —dice con un tono de voz entre sensual y ronco que marea de deseo a la informática—. Muchas veces, cariño —aclara Connie, que ahora se desabrocha el pantalón.

Hayden nunca la ha tocado de esa manera y, cuando tras varios besos y caricias, al fin se hunde en su interior, siente un nivel de conexión con ella que le atraviesa el alma. Estar dentro de Connie es algo que no puede explicar con palabras, sentir cómo palpita contra sus dedos, cómo se cierra sobre ellos, su calor abrasador, su humedad, su forma de mirarla mientras se mueve en su interior, despacio al principio, tanteando, con miedo, y más segura al final, más deprisa.

—Voy a correrme, cariño —jadea Connie antes de arquear la espalda entre suspiros.

Cuatro palabras. Cuatro palabras y Hayden siente el orgasmo de Connie en sus dedos, enviando una corriente por su cuerpo que la tensa de tal modo, que lleva la mano de Connie hacia su sexo, pidiéndole con la mirada que la penetre de la misma manera porque ella también quiere sentirla así, dentro de ella, como si fueran una sola.

Capítulo 41

—Qué semana más larga —dice Alice Dickens, acorralando a Madison cuando esta le abre la puerta de su casa.

Madison se deja arrastrar por la doctora mientras las manos de esta, ansiosas por recorrer su cuerpo, resbalan por su cuello erizándole la piel. Quiere seguir, la desea y ella también ha estado esperando ese momento después de varios días en los que apenas se han visto porque sus turnos no han coincidido. Ese detalle es el que le ha confirmado a Madison que lo que siente por Alice Dickens es muy serio, más de lo que se hubiera imaginado.

—Espera —le pide cogiéndole las manos para que no siga tocándola.

Alice se separa y trata de controlar su respiración entrecortada, apoyándose en la pared de la entrada.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal? —pregunta la doctora.

Madison frunce el ceño de manera repentina.

—¿Mal? ¿Crees que si no quiero follar solo puede ser porque me encuentro mal? —pregunta indignada.

Da un paso hacia atrás, apartándose.

—Ay, Dios —Alice se aprieta el puente de la nariz con fuerza.

Está muy excitada y, si van a tener una discusión, necesita que se le baje el calentón.

—¿Dios qué? —bufa Madison.

Alice la enfoca mientras trata de buscar en su cabeza el origen del enfado de Madison. No recuerda que hayan discutido en los últimos días, además es imposible porque apenas se han visto y, la última vez, fue en su casa y se lo pasaron demasiado bien entre sus sábanas como para que esté enfadada.

—Nada, joder —gruñe—. ¿Qué te pasa? —pregunta, dejando su bolso en el perchero para caminar hacia el salón.

—Nada, pero me molesta que pienses que si no quiero follar es porque me encuentro mal, puedo querer otras cosas, ¿sabes? —dice Madison siguiéndola.

—Yo no he dicho lo contrario, y no pretendía ofenderte, es solo que no me lo esperaba. ¿Qué quieres hacer? —pregunta Alice, suavizando el tono.

—¿Qué? —pregunta Madison descolocada.

Alice echa de menos tener alguna bola antiestrés para apretar con las manos, porque se está poniendo muy nerviosa.

—Has dicho que quieres hacer otra cosa, Madison. ¿Qué es? —pregunta armándose de paciencia.

—No he dicho que quiera hacer otra cosa, solo que puedo hacerla.

Alice abre los ojos de par en par, perpleja, sintiendo que la conversación es absurda o que ella no la entiende.

—Mira, Maddie, me estás poniendo muy nerviosa. No sé si te pasa algo o me estás tomando el pelo, pero si es lo segundo, me levanto y me voy por donde he venido. La semana ha sido muy larga y tenía ganas de verte y estar contigo, no de discutir, y menos por algo que no sé de qué va.

Alice se levanta igual de rápido que se ha sentado y Madison, nerviosa y con el corazón acelerado, se planta frente a ella y le bloquea el paso.

—Espera, por favor —suplica con un tono tan suave que Alice siente que le vibra el pecho—. Lo que quiero es que hablemos.

La doctora Dickens se queda frente a ella, observando esa mirada desorientada de Madison, y le aparta el pelo de la cara con ternura, un gesto que coge desprevenida a su compañera.

—Muy bien. ¿De qué quieres que hablemos? —pregunta Alice.

—De nosotras.

—Ya veo —Alice esboza media sonrisa.

A Madison le encantaría borrarla con un beso o un empujón, no lo tiene claro, pero está tan nerviosa que se queda quieta.

—¿Por qué no nos sentamos? —propone Alice, señalando el sofá con la cabeza.

Madison asiente y se deja caer sobre el cojín. Alice la imita, sentándose sobre su pierna mientras la observa.

—Quieres hablar de nosotras —deduce Alice ante el evidente nerviosismo de Madison—. Imagino que te refieres a lo que tenemos.

—Sí —confirma Madison.

Alice traga saliva y le coge una mano, entrelazando los dedos con ella.

—¿Me tengo que preocupar? —pregunta dándole un apretón que hace reaccionar a Madison.

—¿Preocuparte? —repite Madison.

—Sí, preocuparme. Me gustaría que abrieras la boca y dijese de una vez lo que quieres decir. Si quieres acabar con esto, dímelo ya, y si es otra cosa, también —exige Alice.

—No quiero acabar con esto, quiero que lo formalicemos, que le pongamos nombre. Si es que tú también quieres, claro —dispara por fin.

Alice se queda petrificada unos instantes, pero sonrío con alivio tras asimilar lo que ha dicho su compañera.

—Joder, de verdad que me has asustado mucho dada la fama que te precede —bromea, haciendo que Madison intente zafarse de su mano.

Alice no la suelta, en su lugar, utiliza la otra mano para sujetarla mejor.

—Me gustas, Maddie —dice y el pulso de Madison se dispara como un martillo neumático—. Me gusta lo que tenemos y si tú necesitas que lo formalicemos para sentirte más cómoda, por mí no hay problema. ¿Quieres que seamos novias? ¿Es eso?

Madison suelta una risita nerviosa.

—Joder, suena muy raro —dice—, pero sí, quiero que lo seamos, necesito ese tipo de compromiso. No sé cómo explicártelo, pero de otra manera sentiré que estoy soltera, que puedo hacer lo que quiera, y no quiero hacerlo, Alice, solo quiero estar contigo.

—Está bien —dice la doctora—. Cada una funciona a su manera, y tú has estado demasiado tiempo soltera, siempre libre de cualquier compromiso o ataduras. Yo no pretendo encarcelarte, Maddie, pero

tampoco quiero que te acuestes con otras mujeres si estamos juntas, así que, si para eso necesitas que seamos novias oficialmente, lo seremos. ¿Quieres ser mi novia?

Madison se echa a reír mientras asiente, abrazándose a ella mientras experimenta una agradable sensación de alivio.

—Sí, es justo lo que quiero, gracias —murmura contra su cuello, aspirando su aroma con fuerza.

—De nada, y por favor, la próxima vez que quieras que hablemos de algo, no le des tantas vueltas ni me marees. Sé un poco más directa, ¿quieres? —pide Alice entre risas.

—Lo intentaré —responde Madison fundida en ese abrazo, segura de que eso es lo que quiere.

Capítulo 42

Connie ya no sabe cómo acomodarse en el sillón de cuero mullido que la tiene engullida en la sala de espera. Ha cambiado de posición varias veces, se ha levantado, ha paseado por el pasillo haciendo resonar sus tacones contra ese suelo de mármol tan inmaculado que casi se ve reflejada, se ha servido un vaso de agua de la fuente que se ha tomado mirando por la ventana que da hacia el jardín interior del edificio y también ha consultado el móvil varias veces, pero no consigue calmar la inquietud y siente que los minutos son largos como horas.

Está en el centro de terapia especializada que ella y Hayden visitaron la otra tarde y Hayden está al otro lado de la puerta blanca que ella tiene delante, asistiendo a su primera sesión de terapia con la doctora Isabel Ashton.

Hayden no le ha pedido que la acompañase, se ha ofrecido ella porque necesitaba asegurarse de que no se echaba atrás y, desde que ha entrado, ha estado temiendo que saliera de la consulta, sobre todo durante los primeros minutos. Suspira y cruza una pierna sobre otra mientras siente que la mirada de la secretaria de esa planta, parapetada detrás de una mesa de cristal junto a la entrada de la sala, se clava de nuevo sobre ella. La mujer no le ha dicho nada, pero Connie está segura de que se está mordiendo la lengua para no echarla de allí, harta de verla moverse y suspirar.

La puerta por fin se abre e Isabel Ashton le franquea el paso a Hayden para dejarla salir. Hayden pasa por su lado con las manos hundidas en los bolsillos de la sudadera y una expresión extrañamente serena que sorprende a Connie.

—¿Nos vemos el martes entonces? —dice la mujer mientras Connie se incorpora con el pulso acelerado.

—Sí, el martes —responde Hayden—. Adiós.

—Adiós, Hayden —se despide la mujer y, como si tuviera el poder de leer la mente de Connie, le dedica una sonrisa cálida para tranquilizarla y le tiende la mano—. Es un placer verla de nuevo, señora Bowler, que pasen un buen fin de semana —dice cuando la empresaria se la estrecha.

—Lo mismo digo —responde Connie exhalando una sonrisa de alivio antes de caminar hacia Hayden para abandonar el edificio.

Las dos bajan por las escaleras en silencio y se ponen el abrigo antes de cruzar la puerta. Ya es de noche y el frío les congela las mejillas de inmediato. Connie levanta la mirada hacia las luces navideñas que decoran la calle. Nunca ha sido muy amante de esas fiestas, sobre todo, desde que se fue de Baltimore, pero ahora que tiene a Hayden a su lado le provocan cierto sentimiento de calidez y nostalgia y se da cuenta de que le apetece mucho pasarlas junto a ella.

Corren hacia el coche y Connie lo pone en marcha para que la calefacción las ayude a entrar en calor, pero no arranca, sino que, se gira hacia Hayden, consumida por la ansiedad.

—No voy a preguntarte lo que ha pasado ahí dentro, pero ¿ha ido bien? Quiero decir, ¿estás bien? ¿Te has sentido cómoda? —dispara como una ametralladora.

Hayden también se gira hacia ella y asiente.

—Sí, estoy bien, tranquila —sonríe y le coge la mano, la del anillo—. ¿Has pedido hora para ti?

—Sí —confirma Connie—. Yo empiezo el miércoles —dice y suspira tan fuerte que Hayden le aprieta la mano con más fuerza.

—¿Qué pasa? —pregunta la informática.

—Nada, es solo que después de la visita del otro día de mi madre y todo lo que le dije me sentí bien, pensé que, incluso ya no necesitaba terapia, que me había liberado —explica Connie.

—¿Pero?

—Pero sigo enfadada con ella, y necesito dejar de estarlo porque esto me agota. Quiero pasar página de una vez —dice y apoya la cabeza en el asiento, mirando a Hayden mientras las luces navideñas se desdibujan a través del cristal.

Ella le aparta el pelo de la cara cuando ese movimiento hace que le caiga por el lado izquierdo.

—Lo harás, ya lo verás. Lo haremos las dos, aunque es posible que yo tarde un poco más —Hayden hace una mueca divertida al decirlo y Connie sonríe.

—Lo importante es que has empezado a trabajar en ello —dice la empresaria.

—La doctora Ashton dice que uno de los pasos que necesito dar para empezar a avanzar y aceptar que Josh está muerto, es visitar su tumba —explica mientras da vueltas al anillo de Connie.

Connie no dice nada de que, aunque Hayden sabe que está muerto, sigue actuando como si estuviera vivo.

—Dice que me tome mi tiempo, que no tiene que ser ahora, pero que, cuando me sienta lista, debería ir —sigue Hayden.

—¿Y tú qué piensas? —tantea Connie—. ¿Crees que tiene razón?

—Sí, sé que la tiene —confirma para alivio de la empresaria—. Y no quiero esperar, ya estoy lista.

—¿Qué?

—Que quiero ir, Connie —aclara Hayden mirándola a los ojos con una determinación que sorprende a la empresaria—. Yo también quiero pasar página, y siento que no podré avanzar con nada si no veo su tumba, porque yo sigo teniendo la sensación de que puede aparecer en cualquier momento. Desde que me dijiste que está muerto, sueño que voy por la calle, alguien me toca el hombro y, cuando me giro, él está ahí, mirándome con su sonrisa siniestra hasta que dice “hola, pajarito” y me despierto, empapada en ese sudor frío de siempre y con el corazón a punto de saltarme del pecho. Y después ya no puedo seguir durmiendo.

Connie se estremece al escucharla y retuerce la tela de su abrigo con la mano libre para liberar toda la impotencia que la recorre por dentro. A veces siente el impulso de pedirle a Hayden que se vaya a vivir con ella. Si lo hiciera, pasarían todas las noches juntas y ella podría abrazarla cada vez que la despierta una pesadilla; al menos con eso, sí podría ayudarla. Pero sabe que todavía es pronto para las dos. Ella todavía se está enfrentando a su regreso a la ciudad, a la gestión repentina de una empresa que le está resultando

extrañamente fácil, a esa rabia contra su madre que no consigue controlar por sí misma, al descubrimiento de saber que fue víctima de una estafadora y al miedo atroz que siente de no estar a la altura de lo que Hayden necesita. Y Hayden tiene que enfrentarse a unos fantasmas demasiado poderosos como para asimilar una invasión de su espacio de una forma tan abrupta. No es el momento, pero Connie espera que lo sea pronto.

—Quiero ver su nombre en una jodida lápida —escupe Hayden, presa de la rabia que ha ido acumulando durante años—. Necesito ver con mis propios ojos que es verdad, que está ahí, bajo tierra, para confirmar que ya no puede hacerme daño.

—Si estás tan segura, iremos cuando tú quieras —afirma Connie.

—¿Después de Navidades? —pregunta Hayden—. No tengo ningún recuerdo bonito de estas fechas y las quiero pasar contigo, no quiero que la visita a su tumba lo enturbie todo.

Connie sonríe y levanta las cejas. Definitivamente empiezan a gustarle estas fechas. Además, Hayden habrá tenido tiempo de asistir al menos a dos o tres sesiones más de terapia y estará más preparada emocionalmente para enfrentarse a ese momento con su agresor, aunque él esté muerto.

—Después de las fiestas me parece bien. ¿Te quieres venir a mi casa esta noche o te dejo en la tuya? —pregunta la empresaria.

—Voy contigo —dice Hayden, pero no suelta la mano de Connie cuando esta intenta recuperarla para ponerla en el volante.

—Si no me la devuelves, será difícil que nos marchemos de aquí —sonríe Connie entornando la mirada de ese modo que hace que a Hayden le vibre el pecho.

—Lo sé, pero antes quería darte las gracias.

—¿Por qué? —se sorprende Connie.

—Por todo. Desde que nos conocemos, siempre has estado ahí para todo lo que he necesitado, incluso cuando no estábamos juntas. Y nunca te lo he agradecido —las palabras le salen atropelladas.

Connie traga saliva, sintiendo un nudo de emoción estrangularle la garganta.

—No hace falta, Hayden.

—Sí que hace falta, para mí es importante. Aquí solo tenía a Miles, pero él no me daba la misma seguridad que tú. Siento que contigo no puedo caerme, aunque tenga mucho vértigo, porque siempre estás ahí, sosteniéndome —dice, y la mira un momento a los ojos antes de bajar la mirada cuando ve que Connie tiene los ojos encharcados.

Connie, conmovida, no sabe qué decir. Las palabras se le atascan en la garganta mientras se pelea con unas lágrimas que amenazan con desbordarse, y no quiere llorar.

—Ven —dice finalmente, extendiendo un brazo para acercarla a su cuerpo y estrecharla con fuerza—. A mí me tendrás siempre, Hayden, independientemente de lo que pase entre tú y yo —le susurra y Hayden asiente, hundiendo la nariz contra su cuello sin molestarse en pensar en su vida sin compartirla con Connie, porque es incapaz de imaginarla.

Capítulo 43

—¿Y Hayden? —pregunta Madison cuando abre la puerta de su apartamento y solo encuentra a Connie al otro lado.

Ella y Alice decidieron ir a pasar las Navidades a Nueva York, regresaron hace un par de días y, después de hablarlo con Alice, Madison concluyó que ya era momento de presentarle a su mejor amiga de manera oficial, por lo que invitó a Connie a que pasara por su apartamento esta tarde para tomar café, dando por hecho que ella vendría acompañada de Hayden.

—Está con su amigo Miles, ya había quedado con él cuando me invitaste a venir —explica Connie mientras se abrazan—. Ya la conocerás formalmente otro día.

—Claro, dame el abrigo —dice Madison.

Connie se lo entrega, Madison lo cuelga en el perchero de la entrada y las dos pasan al salón, donde Alice, que esperaba sentada en el sofá, se levanta y se acerca a la empresaria con la mano extendida.

—¿Qué tal, Connie? —pregunta Alice—. Es un placer saludarte en circunstancias normales.

—Lo mismo digo —responde Connie.

—¿Cómo está Hayden? —se interesa Alice mientras toman asiento y Madison sirve los cafés.

—Pues muy bien —sonríe Connie y se pasa la mano por el pelo echando su melena desordenada hacia atrás—. Está avanzando con la terapia y se siente muy cómoda con la psiquiatra que la atiende.

—Eso es genial —dice Alice.

—Sí, lo es —responde la empresaria, pero no con el entusiasmo que debería hacerlo, y eso solo lo nota Madison, que es la que la conoce desde hace años.

—¿Qué te preocupa? —pregunta su amiga.

Connie suspira.

—La psiquiatra dijo que la trataría hasta diagnosticarla y valorar qué tipo de terapia es la más adecuada para ella.

—¿Y? —inquire Madison, intercambiando una mirada rápida con Alice, que está desconcertada.

—Que ya lo ha hecho. Ya tiene un diagnóstico —la empresaria hace una pausa para dar un sorbo a su café—. Y no es que no me alegre, pero pensé que tardaría más, que Hayden pasaría más tiempo con ella. Ahora me da miedo que con la nueva terapeuta no se sienta cómoda y no quiera seguir —explica Connie.

—¿Qué le han diagnosticado? Si no es mucho preguntar —dice Alice, intrigada porque ella y Madison han discutido mucho sobre el posible diagnóstico de Hayden sin ponerse de acuerdo.

Ella apuesta por TEA (Trastorno del espectro autista) en un nivel muy bajo, debido a los síntomas que muestra Hayden: el movimiento repetitivo como el balanceo, que se mostrase alterada cuando intentaron acercarse a ella o que evitase el contacto visual. Madison no está de acuerdo, ha observado a Hayden en otras situaciones, sobre todo con Connie, y la comodidad que muestra con la empresaria no es la de una persona con TEA, pero tampoco es capaz de emitir un diagnóstico porque no es esa su especialidad.

—He traído el informe, por si queréis leerlo —dice Connie sacando un sobre de su bolso—, es demasiado específico como para que yo pueda explicarlo con palabras más básicas.

Madison estira la mano movida por la intriga y coge el papel, moviéndose un poco para estar más cerca de Alice en el sofá mientras lo leen al mismo tiempo.

La paciente presenta dificultades en la interacción social, comunicación no verbal limitada y una marcada preferencia por la rutina. También muestra hipersensibilidad sensorial y patrones de comportamiento repetitivos. A primera vista, estos síntomas podrían sugerir un diagnóstico dentro del Trastorno del Espectro Autista (TEA). Sin embargo, un análisis más profundo revela que estos rasgos surgieron tras una experiencia traumática significativa en su adolescencia, en lugar de ser innatos.

La paciente ha desarrollado estas conductas como un mecanismo de defensa ante la incertidumbre y el miedo, utilizando la rigidez estructural y la evitación social como estrategias de autopreservación. Su hipersensibilidad no parece ser de origen neurológico, sino una reacción condicionada a estímulos que alguna vez estuvieron asociados con la amenaza. Aunque ha pasado el tiempo, estas conductas se han afianzado hasta volverse parte de su funcionamiento cotidiano, impidiéndole una readaptación espontánea.

Dado el origen del cuadro, el diagnóstico más apropiado es un Trastorno de Estrés Postraumático con manifestaciones de tipo autista o un Trastorno de Apego con conductas restrictivas y evitativas. Con el tratamiento adecuado, la paciente podría recuperar mayor flexibilidad en sus interacciones y reducir su rigidez comportamental, aunque el proceso será gradual y requerirá un enfoque terapéutico especializado.

—Es una buena noticia, Connie —dice Madison cuando ella y Alice terminan de leer—. Esto significa que, con un tratamiento específico, puede mejorar mucho. No sé cómo de grave es el trauma que sufrió y eso no va a desaparecer jamás de su cabeza, pero podría llegar a llevar una vida completamente normal con el paso del tiempo.

—Lo sé —sonríe Connie mientras guarda el documento.

—En cuanto a la nueva terapeuta, no te preocupes —dice Alice—. Todo forma parte del proceso. Probablemente, la psiquiatra actual la acompañará en las primeras sesiones y, si no la nota cómoda, la cambiará a otro compañero. Relájate.

—Tienes razón, soy una estresada —se ríe Connie antes de dar otro sorbo a su café.

—¿Y a ti cómo te va la terapia? —pregunta Madison—. Ya has comenzado, ¿verdad?

—Sí, fui un par de veces antes de que mi terapeuta se cogiera vacaciones de Navidad. Reanudaré las sesiones cuando Hayden y yo regresemos de Detroit, pero de momento no puedo decir mucho, me está haciendo empezar desde muy atrás, incluso antes de que pasara lo de Samantha, cuando ya sentía una presión insoportable

por parte de mis padres de la que entonces no era consciente, así que me queda bastante por hacer.

—La terapia es así, por eso es tan buena —apunta Alice—. Saca espinas que no sabíamos que teníamos clavadas, pero que llevan toda la vida supurando.

—Amén —dice Madison, levantando su taza para brindar de forma imaginaria.

—Y vosotras, ¿qué tal? —se interesa Connie observando la expresión atontada de su amiga, que parece flotar en una nube de algodón.

—Bien —responde Madison—. En cuanto te marches, Alice tendrá que reconocer que se equivocó con el diagnóstico de Hayden y que yo tenía razón —dice con una sonrisa de satisfacción atravesándole el rostro.

—Joder, a veces me pregunto qué demonios he visto en ti —masculla Alice ante la expresión divertida de Connie.

Capítulo 44

La tarde en Detroit es fría y gris cuando Hayden cruza las verjas de hierro del cementerio, aferrada a la mano de Connie como si temiera perderse. Todo le parece siniestro y aterrador. El viento silba entre las lápidas, levantando hojas secas que crujen bajo sus pisadas y tiene la sensación de que las estatuas de los ángeles ennegrecidos por el tiempo las observan.

—¿Estás bien? —pregunta Connie en voz baja, a pesar de que no tienen a nadie cerca, como si temiera despertar a los muertos.

—Sí —responde Hayden, caminando muy despacio.

Connie sostiene en una mano enguantada el papel donde anotó la ubicación exacta de la tumba de Josh cuando Clarice la llamó para decírselo. Ha memorizado lo que pone y, aun así, no deja de mirarlo constantemente para asegurarse de que no se equivoca.

—Recuerda que no tenemos que seguir si no te sientes cómoda, podemos volver en otro momento —dice Connie, apretando la mano de Hayden con suavidad.

—Estoy bien, puedo hacerlo —asegura la informática tratando de mostrarse serena.

Hayden respira hondo. No está segura de lo que siente; tiene una pesadez extraña sobre el pecho, como si una mano invisible tratara de aplastarla. Miedo. Ansiedad. Pero también hay algo más que está por encima de todo, algo que le impide retroceder y camina junto a ella: Connie. Con ella se siente invencible, como si nada pudiera detenerla.

Siguen avanzando entre las hileras de tumbas y ella mira a su espalda cada pocos pasos con la sensación de que alguien las observa. Sabe que no puede ser Josh, que él está bajo tierra, pero hasta que no vea su lápida, no estará convencida.

—Es aquí —anuncia Connie deteniendo sus pasos.

El estómago de Hayden se revuelve cuando observa la lápida frente a ella. Ahí está. El nombre de Josh aparece escrito en ella y sus dedos se cierran con fuerza sobre los de Connie haciéndole daño mientras contiene la respiración. Se tambalea y siente que las rodillas le fallan, pero no se cae porque Connie la sostiene. Como siempre.

—Tranquila, cariño —le susurra, y ella aspira aire con fuerza y se recompone.

Eso es todo lo que queda de su agresor, su nombre grabado en una piedra. Está muerto. Muerto. Y ya no puede hacerle daño. Hayden exhala un suspiro profundo y se vacía por completo, un suspiro de alivio que le destensa cada músculo del cuerpo y la hace sentir más ligera. Está un poco mareada y las lágrimas comienzan a resbalarle por la cara. Toda la rabia acumulada, el estrés, el miedo y la impotencia salen de ella en forma de agua salada mientras observa ese trozo de piedra polvoriento, sin flores. Abandonada incluso por su madre, que parece haberse olvidado de él tan rápido como lo hizo de ella.

Hayden llora y Connie no la consuela, deja que se sacie durante minutos y solo se mantiene ahí, a su lado, como tiene intención de hacer siempre.

—Vámonos —dice la informática cuando siente que está lista.

Connie le da un pañuelo, la coge de la mano y caminan de vuelta hasta el coche en silencio. Antes de entrar, Hayden se detiene un momento y mira hacia atrás, con la sensación de que el cementerio ya no le parece tan intimidante como cuando han llegado.

—¿Te apetece dar un paseo en algún sitio tranquilo para que te despejes? —pregunta Connie abriendo una botella de agua para que Hayden beba.

—Después, antes quiero ir a un sitio —dice Hayden y la empresaria pone el coche en marcha.

Connie no necesita poner el navegador porque Hayden le va dando indicaciones para ir hasta donde quiere. Tardan alrededor de veinte minutos en llegar a uno de los barrios de Detroit y detenerse en una de las calles. Hayden está en silencio, con la mirada fija en una de las casas situada un poco más adelante, al otro lado de la

acera. Connie no necesita preguntarle para deducir que es ahí donde vivía, donde pasó todo y donde todavía vive su madre.

—¿Quieres bajar? —pregunta Connie con la mirada fija en la cancela de la casa.

Una parte de ella desea que la madre de Hayden aparezca, quiere verle la cara, ponerle rostro a ese ser despreciable que consintió que aquel salvaje utilizase a su hija como diana humana. Sin embargo, su parte más sensata prefiere no verla, porque no está segura de lo que hará si la tiene delante.

—No —responde Hayden y Connie estira su mano para ofrecerle el anillo, ese al que Hayden siempre le da vueltas.

La empresaria quisiera decirle que todavía puede denunciar a su madre, que lo que le hizo es un delito, pero está segura de que Hayden lo sabe, y no quiere interferir en una decisión como esa.

—Siempre me he preguntado si llegó a arrepentirse en algún momento —murmura Hayden y Connie se estremece mientras las dos mantienen la mirada fija en la fachada de la vivienda—, pero ahora me doy cuenta de que ya no me importa la respuesta.

Hayden le da vueltas al anillo mientras observa la imagen de su casa. Nada ha cambiado, está igual de envejecida que cuando ella vivía allí, como si el tiempo no hubiera pasado, pero sí ha pasado. Ella salió de allí siendo una niña aterrorizada que estaba sola, ahora es una mujer que, por primera vez en mucho tiempo, siente que no tiene que mirar a su espalda porque ya no hay nadie a quien deba temer, ni a Josh ni a su madre. Y lo más importante, no está sola. Tiene a su tía Clarice, tiene a Miles. Y, sobre todo, tiene a Connie.

—¿Nos vamos? —pregunta y Connie se gira hacia ella, encontrándose con la sonrisa de Hayden bajo una mirada verdosa que por la mañana era azul.

—Claro, cariño —responde la empresaria con su particular tono áspero—. ¿A dónde?

—Donde quieras, ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí y puedo pasar página —responde Hayden con la sensación de que el futuro le pertenece por primera vez en su vida, y lo quiere junto a Connie Bowler.

Capítulo 45

—Llega temprano, señora Bowler —dice Randy Turrell, aguantando la puerta para dejarla pasar.

—¿Sí? —Connie esboza media sonrisa y mira su reloj.

Sí que llega un poco antes de su hora habitual, pero tan solo diez minutos, y su expresión de extrañeza hace que Randy justifique su comentario.

—Discúlpeme, es que como Hayden siempre llega la primera —dice el hombre.

—¿No ha llegado? —se sorprende ella mientras empieza a desabrocharse los primeros botones del abrigo.

—No, parece que hoy se le han pegado las sábanas —dice algo desconcertado.

Connie siente cierta decepción al saber que no la encontrará cuando vaya a buscar su café, pero tampoco le preocupa que Hayden no esté allí tan temprano como acostumbra. Ayer llegaron de Detroit bastante cansadas del viaje. La dejó en su casa después de cenar en el bar de Harry y, Connie en concreto, estaba tan agotada que le costó conciliar el sueño, algo contradictorio, pero cuando siente cansancio extremo, le cuesta dormirse y ha descansado bastante mal. Por eso ha llegado más temprano, así que supone que a Hayden puede haberle pasado algo parecido, solo que ella ha decidido quedarse un rato más en la cama.

—Que tenga un buen día, señora Bowler —se despide Randy.

—Igualmente, Randy —responde ella dirigiéndose al ascensor.

Deja las cosas en su despacho como hace siempre, va a por su café al de Hayden y Miles —también como hace siempre— solo que, en esta ocasión, es Hayden la que no está.

Connie se deja caer en su silla, desorientada. Siente que le falta algo y se da cuenta de que ese encuentro matinal con Hayden se ha

convertido en algo que forma parte de su rutina, tan necesario como el café. La invade un mal humor repentino, algo estúpido que no puede controlar y la hace soltar un bufido de resignación mientras abre su portátil. Da un sorbo a su café, se aparta el pelo de la cara con un gesto de impaciencia, se mueve el nudo de la corbata y entra en el correo para empezar a trabajar.

La llegada de Hayden diez minutos después no es anunciada como la suya, porque Hayden no usa tacones que resuenan por el pasillo ni pasa primero por su despacho como hace la empresaria todas las mañanas, así que Connie no la escucha acercarse a su puerta y da un bote en la silla cuando Hayden, con poca delicadeza, la abre de sopetón. A propósito, con la intención de asustarla.

—Joder, Hayden —suelta Connie con el pulso disparado.

Hayden no se aguanta la risa mientras la observa de pie junto a la puerta. Le gusta ir al despacho de Connie, aunque nunca se lo dice. La pone mucho verla sentada detrás de su mesa mientras ella está de pie, porque esa posición le otorga una visión única, dejándola atrapada en la imagen que Connie proyecta sin ser consciente de ello. Su sonrisa se borra mientras la observa y su mirada se oscurece.

La melena desordenada y ondulada de Connie cae a ambos lados de su cara de una manera que a Hayden le resulta hipnótica. La camisa, con un par de botones desabrochados por encima de esa corbata con el nudo flojo, muestra las líneas de su clavícula haciendo que se le seque la garganta.

—Llegas tarde —suelta Connie, presa de esa irritación absurda que ha sentido al no encontrarla cuando ha llegado.

Hayden no contesta, porque de repente siente un tirón en el estómago y un calor apabullante entre las piernas que la hace exhalar un suspiro que parece contagiar a Connie, que se queda enganchada en esa mirada salvaje y las piernas comienzan a temblarle.

Se levanta de la silla con lentitud y rodea la mesa, apoyándose en el borde al otro lado sin dejar de mirar a Hayden, que contiene la respiración mientras la observa.

—Ven aquí —ordena Connie y su voz ronca atraviesa la columna de Hayden con un escalofrío.

Obedece sin pensarlo y se encaja entre sus piernas justo antes de colocar las manos en su cuello y besarla con urgencia. No es un beso delicado. Es crudo y profundo, la mecha que enciende la llama que se quema entre ellas. Connie responde con la misma intensidad mientras enreda una mano por su pelo lacio y utiliza la otra para colocarla en su nalga y apretarla contra ella. Contra su sexo. Con exigencia, provocando un gemido que se ahoga en la garganta de la informática.

—Dijiste que aquí no —jadea Hayden contra su boca, aturdida de deseo mientras Connie le desabrocha el pantalón.

—Todavía no estamos en horario oficial de trabajo, y te necesito, cariño —murmura ella, desabrochando también el suyo.

Antes de que sus manos se deslicen por debajo de la ropa, se detienen como si lo hubieran pactado y se miran un instante. Los ojos de ambas brillan con una mezcla de deseo y algo mucho más profundo, algo que hace que el pulso se les acelere todavía más.

No les hace falta decir nada. Se quieren y se complementan, y las dos lo saben.

Epílogo

Un año después.

Hayden contempla la ciudad de Baltimore desde el borde de la azotea con calma. Ya no necesita sentarse en un rincón específico ni vigilar constantemente la puerta. Sus sesiones de terapia están dando buenos resultados y, aunque todavía prefiere tener una visión clara de su entorno y necesita controlar los espacios, el terror paralizante que antes sentía se ha transformado en una precaución que le parece razonable.

—El nuevo sistema de seguridad está funcionando a la perfección —dice Miles, acercándose a ella con un zumo que sorbe con una pajita—. La detección de intrusiones perimetrales es prácticamente infalible ahora —añade sin ocultar su expresión de satisfacción.

Hayden sonríe girándose hacia él. El nuevo protocolo de seguridad ha sido implementado hace apenas un mes y los resultados son incluso mejores de lo que ella había calculado, fruto de largas horas de trabajo conjunto entre ella y Miles.

—Los simulacros de prueba han sido excelentes —responde Hayden con la misma satisfacción que su amigo—. El tiempo de respuesta se ha reducido a la mitad.

—Y todo gracias a tu algoritmo —Miles le da un codazo amistoso—. Por cierto, ¿cómo va la mudanza?

—Casi terminada. Este fin de semana llevamos las últimas cajas.

Tras un año de relación, Hayden y Connie han decidido dar el paso de vivir juntas. Después de hablarlo mucho, decidieron comprar una casa nueva, un término medio entre el amplio apartamento de Connie que para Hayden sigue siendo demasiado espacioso y la desaprovechada casa de dos plantas de Hayden donde solo utiliza una. En su lugar, han comprado una casa más pequeña —de una sola planta— en las afueras de la ciudad, cuyo encanto principal

radica en el jardín trasero. Es pequeño, pero acogedor, para el que ambas estuvieron dibujando bocetos la otra tarde para decidir dónde pondrían la mesa, las sillas y algunas decoraciones. Al final, ganó la propuesta de Connie, pero a Hayden le da igual porque lo que realmente le gusta de esa casa, es que es un lugar que no tiene historia para ninguna de las dos, por lo que pueden crear recuerdos desde cero. Juntas.

—¿Nerviosa? —pregunta Miles.

—No tanto como esperaba —responde con sinceridad—. Con Connie todo me parece cada vez más fácil.

Miles asiente y Hayden nota cómo su mirada se desvía hacia la puerta de acceso. Nora, que ahora es la prometida de su amigo, acaba de aparecer con una carpeta en la mano que sacude en el aire para llamar su atención.

—Ve con ella —dice Hayden, empujándolo con suavidad—. Yo bajaré en un rato.

—De acuerdo —accede Miles.

Mientras observa a su amigo alejarse, Hayden comprueba la hora en su reloj. Ha quedado con Connie dentro de una hora, van a cenar con Madison y Alice en el bar de Harry, el único sitio en el que ella se sentía cómoda para salir y que, como consecuencia, se ha convertido en el bar donde suelen reunirse siempre, aunque ahora podría sentarse en cualquier otro sitio sin que la ansiedad la devorase por completo.

Al igual que Hayden hace un momento, Connie también comprueba la hora, solo que ella lo hace desde la consulta de su terapeuta, donde está terminando la sesión quincenal de ese mes.

—Así que fuiste a cenar con tu madre para su cumpleaños —comenta la doctora, cerrando su libreta.

—Sí —contesta Connie pasándose la mano por el pelo.

—¿Y qué tal fue?

—Bastante bien —reconoce la empresaria—. Me confesó que también va a terapia, y se nota, ya no es tan... —Connie busca la palabra adecuada—, estirada, o distante. No sabría decir, pero parecía más cercana, más madre.

—¿Y tú cómo te sentiste al respecto? —indaga la doctora.

Las sesiones de terapia han sido determinantes para que Connie pueda reconstruir su relación con Susanne Bowler. No son íntimas confidentes y probablemente nunca lo serán, pero han encontrado un punto medio de respeto mutuo y comunicación sincera.

—Rara al principio —responde Connie—, pero después estuvo bien.

—Me alegra que hayas logrado establecer esos límites saludables con ella —dice la doctora.

—Creo que también ayuda que ya no tenga nada que ver con la empresa —explica Connie.

—Es cierto, vendió sus acciones, ¿no? —recuerda la doctora.

—Sí, lo hizo hace un par de meses. Dice que quiere disfrutar de su retiro.

No es que Connie hubiera vuelto a tener problemas con su madre en ese aspecto; sin embargo, cada vez que había una reunión de la junta, su madre siempre parecía tener una opinión diferente a la suya y muchas veces no sabía si lo hacía solo por llevarle la contraria o porque simplemente eran incompatibles. Así que, ahora que no está presente en dichas reuniones, se siente mucho más tranquila.

Cuando sale del edificio, Connie comprueba que tiene el tiempo justo para llegar al bar de Harry. Mientras camina a paso rápido, piensa en lo mucho que han cambiado las cosas en este tiempo. La empresa fluye bajo su dirección con un enfoque renovado en el bienestar de los empleados y la seguridad informática, área donde Hayden ha demostrado un talento excepcional. Tasha zanjó su divorcio y ahora, para su sorpresa, está saliendo con Andrea Loter, la abogada que ayudó a Connie a cerrar el capítulo de Samantha Collins.

Y Hayden..., ella simplemente se ha transformado. Sigue teniendo sus peculiaridades, pero ya no son algo que la hace completamente vulnerable, sino características de una persona única cuyos ojos cambiantes siguen fascinando a Connie tanto como el primer día.

El bar de Harry está más concurrido de lo habitual para ser un viernes por la noche. Connie no tarda en localizar a Hayden en una de las mesas cercanas a la pared y, obviamente, ella está sentada de cara a la puerta.

—Hola, cariño —saluda Connie inclinándose para darle un beso en los labios.

—Hola —responde Hayden, deteniendo el balanceo de su cuerpo.

Es otra de las secuelas que todavía no controla y que probablemente nunca controlará, pero ahora, son pocas las veces que ejecuta el movimiento por ansiedad o nerviosismo, la mayoría lo hace por rutina o aburrimiento.

—¿Cómo ha ido? —se interesa Hayden.

—Bien, estoy pensando en acudir una vez al mes en lugar de cada quince días, pero ya veré.

—¿Qué toman hoy las señoras? —pregunta Harry, apareciendo al lado de Connie.

—Zumo de naranja —dice Hayden.

—Yo quiero una cerveza, Harry —añade Connie.

—Marchando.

Connie apenas ha dado el primer sorbo de su cerveza cuando Madison y Alice entran por la puerta. La empresaria frunce el ceño mientras las observa acercarse. Nota algo diferente en la expresión de Madison, pero no es capaz de adivinar lo que es. Le parece que está especialmente nerviosa, mientras que Alice muestra mucha calma y sonríe como si disfrutase de la ansiedad de Madison.

—Seguro que han discutido por una chorrada —murmura Hayden, que también se ha dado cuenta.

Connie se ríe y asiente al mismo tiempo que se levanta para saludarlas.

—¿De qué te ríes? —inquire Madison besándole la mejilla.

—De nada, cosas nuestras. ¿Estás bien? —pregunta en voz alta, sin importarle que Alice la escuche.

—Claro que lo está —responde Alice por ella—. ¿A qué sí, amor? —añade cogiéndole la mano izquierda para dejarla expuesta.

Madison contiene el aliento y se pone rígida mientras sonríe. Connie clava la mirada en los dedos de su amiga, intentando

descifrar lo que ve.

—¿Anillo nuevo? —pregunta la empresaria, desconcertada.

—¿En serio, Connie? —dice Madison sorprendida.

Connie normalmente es más observadora y atenta a los detalles, aunque hoy algo le falla. Quizá sea porque siempre sale un poco aturdida de la consulta de la terapeuta o por el cansancio acumulado durante la semana, pero le resulta imposible ver algo más allá del anillo que decora el dedo de su amiga.

—Es un anillo de compromiso —indica Hayden con expresión divertida.

—¡Oh, joder! —exclama Connie abriendo mucho los ojos—. ¿Os casáis?

—Menos mal que está Hayden aquí, por un momento he pensado que tenía que hacerte un dibujo —murmura Madison con sarcasmo antes de reírse.

—Se lo pedí el lunes —explica Alice expandiendo su sonrisa—. Madison no te ha dicho nada porque te lo quería contar en persona.

Connie no deja de mirar a su amiga, asombrada y sonriente, intentando que su cerebro haga las conexiones necesarias para imaginarse a esa mujer que hace apenas un año iba de falda en falda, comprometida hasta el punto de casarse.

—Será una ceremonia pequeña, solo familia cercana y amigos íntimos, y eso os incluye —dice Madison.

—Anda, ven —dice Connie.

La empresaria se levanta para abrazar a su amiga.

—Me alegro mucho por ti, por las dos —añade mirando a Alice, mientras Hayden también se acerca para felicitarlas a su manera, con un abrazo breve pero sincero.

—¿Ya tenéis fecha? —pregunta Connie, volviendo a sentarse.

—Fijada, no, pero queremos que sea en primavera —responde Alice.

Mientras Connie las interroga sobre los detalles de la boda, Hayden observa a las tres mujeres con una sensación que todavía le resulta novedosa. Durante años, su único vínculo estrecho ha sido con Miles, y ahora tiene un círculo de personas en las que confía

plenamente. Personas que la aceptan tal como es, con sus peculiaridades y su historia.

—Por cierto —dice Madison cuando los platos principales llegan —, ¿cómo va la mudanza? Alice y yo podríamos ayudaros este fin de semana si lo necesitáis, no tenemos turno en el hospital.

—Está casi terminada —responde Connie—. Solo faltan algunas cajas, pero se agradece la oferta.

—Haremos un despacho para Connie que dará al jardín trasero —suelta Hayden de repente.

El entusiasmo con el que lo explica y el brillo en esos ojos que ahora son más verdes que azules, hace que Connie sienta un calor repentino expandirse por su pecho. Ver a Hayden ilusionada con ese futuro que piensan compartir es algo que nunca deja de emocionarla.

Cuando terminan de cenar, Harry les trae una botella de champán que no han pedido.

—Cortesía de la casa —dice con una sonrisa—. Para celebrar la mudanza de estas señoras.

—Y el compromiso de estas —añade Connie cuando Harry se retira.

Brindan tres veces: una por Madison y Alice, otro por la nueva casa de Connie y Hayden y el último por la amistad que las une.

Cuando la cena acaba y salen del bar, está lloviendo.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta Hayden mientras caminan bajo el paraguas de Connie después de despedirse de Madison y Alice.

—¿Viernes? —responde Connie, fingiendo estar tan confundida como cuando ha visto el anillo de su amiga.

Hayden le da un ligero empujón, consciente de que Connie no puede haberse olvidado de esa fecha.

—Hoy hace exactamente un año que tuvimos nuestra primera cita oficial —dice Hayden—. Mi cita con Connie Bowler.

Connie sonríe, recordando aquel día en el salón recreativo y la cena en el bar de Harry. Lo que empezó como un intento de

complacer a Hayden, se ha convertido en uno de los mejores días de su vida.

—¿Quieres repetirlo a la inversa? —sugiere Connie—. Ya hemos cenado, ahora podríamos ir al salón recreativo, aunque sigo siendo malísima.

—No hace falta, ahí puedo ir con Miles, prefiero ir a casa y saltar a la última parte de la cita.

Connie arquea una ceja y acelera el paso.

—Sí, suena más interesante.

Hayden asiente y saca una mano por fuera del paraguas para volver a sentir la lluvia. Connie la mira de soslayo y recuerda todas las veces que ha observado a Hayden contemplando el agua caer. Ese ritual que le resulta casi místico y que tanto la intrigaba al principio. Ahora entiende que, para Hayden, la lluvia representa libertad y renovación, el momento en que decidió salvarse a sí misma. Por eso mismo, los días lluviosos se han convertido en los favoritos de Connie. Porque le recuerdan que, a veces, las decisiones más difíciles son las que nos llevan exactamente donde debemos estar.

—Te quiero —susurra Connie, apretando a Hayden contra su cuerpo mientras siguen caminando.

—Yo también te quiero —responde Hayden con esa sinceridad que la caracteriza, dejando que las gotas sigan empapándole la mano.